

BARTLEBY EL ESCRIBIENTE	Bartleby, the scrivener: a story of Wall Street [1853, 1856]	<i>Bartleby, el Escribiente</i>	<i>Bartleby</i>	BARTLEBY EL ESCRIBIENTE	<i>Bartleby el escribiente</i>	Bartleby le scribe	Bartleby, lo scrivano una storia di Wall Street
de	by	de	de	de	de	de	di
Herman Melville	Herman Melville	5 Herman Melville	Herman Melville	Herman Melville	Herman Melville	5 Herman Melville	Herman Melville

tr. de Jorge Luis Borges

tr. de Julia Lavid
10 Cátedra, Madrid, 2005

tr. par Michèle Causse

tr. de Jorge Luis Borges

tr. de José Manuel Benítez Ariza
en *Preferiría no hacerlo*
Pre-Textos, Valencia,
España, 2000

tr de Pierre Leyris
10 Gallimard, 1996

Edizione Acrobot a cura di
Patrizio Sanasi
patsa@tin.it

15

15

Soy un hombre de cierta edad. En los últimos treinta años, mis actividades me han puesto en íntimo contacto con un gremio interesante y hasta singular, del cual, entiendo, nada se ha escrito hasta ahora: el de los amanuenses o copistas judiciales. He conocido a muchos, profesional y particularmente, y podría referir diversas historias que harían sonreír a los señores benévolos y llorar a las almas sentimentales. Pero a las biografías de todos los amanuenses prefiero algunos episodios de la vida de Bartleby, que era uno de ellos, el más extraño que yo he visto o de quien tenga noticia. De otros copistas yo podría escribir biografías completas; nada semejante puede hacerse con Bartleby. No hay material suficiente para una plena y satisfactoria biografía de este hombre. Es una pérdida irreparable para la literatura. Bartleby era uno de esos seres de quienes nada es indagable, salvo en las fuentes originales: en este caso, exiguas. De Bartleby no sé otra cosa que la que vieron mis asombrados ojos, salvo un nebuloso rumor que figurará en el **epílogo**.

Antes de presentar al amanuense, tal como lo vi por primera vez, conviene que registre algunos datos míos, de mis empleados, de mis asuntos, de mi oficina y de mi ambiente general. Esa descripción es indispensable para una in-

I am a rather **elderly** man. The nature of my avocations, for the last thirty years, has brought me into more than 20 ordinary contact with what would seem an interesting and somewhat singular set of men of whom, as yet, nothing, that I know of, has 25 ever been written—I mean the law-copyists, or scriveners. I have known very many of them, professionally and privately, 30 and, if I pleased, could relate divers histories, at which **good-natured** gentlemen might smile, and sentimental souls might 35 weep. **But I waive** the biographies of all other scriveners, for a few passages in the life of Bartleby, who was a 40 scrivener, the strangest I ever saw or heard of. While, of other law-copyists, I might write the complete life, of Bartleby nothing of 45 that sort can be done. I believe that no materials exist, for a full and satisfactory biography of this man. It is an irreparable loss 50 to literature. Bartleby was one of those beings of whom nothing is ascertainable, except from the original sources, and, in his case, 55 those are very small. What my own astonished eyes saw of Bartleby, that is all I know of him, except, indeed, one vague report, which will appear in the **sequel**.

Ere introducing the scrivener, as he first appeared to me, it is fit I 65 make some mention of myself, my employés, my business, my chambers, and general surroundings; because some such 70 description is indispensable

Soy un hombre bastante mayor. La naturaleza de mis ocupaciones, durante los últimos treinta años, me ha puesto en contacto, más de lo frecuente, con lo que podría parecer una clase de hombres interesante y un tanto singular, sobre los que, hasta ahora, que yo sepa, no se ha escrito nunca nada; me refiero a los amanuenses o escribientes. He conocido a muchos, tanto profesional como personalmente, y si quisiera, podría relatar diversas historias que podrían provocar la sonrisa en los caballeros bondadosos, y el llanto en las almas sentimentales. Pero renuncio a las biografías de todos los demás escribientes por unos cuantos pasajes de la vida de Bartleby, que era uno de ellos, el más extraño que jamás haya visto o del que haya oído hablar. Mientras que, de los otros amanuenses podría escribir toda su vida, nada similar se puede hacer con Bartleby (1). Creo que no existe material para escribir una biografía completa y satisfactoria de este hombre. Es una pérdida irreparable para la literatura. Bartleby era uno de esos seres sobre los que no se puede asegurar nada, excepto a partir de las fuentes originales, y, en su caso, son muy escasas. Todo lo que sé de Bartleby es lo que vieron mis ojos atónitos, excepto un vago informe que aparecerá en el **epílogo** (2).

Antes de presentar al escribiente, tal como se me apareció por primera vez, es conveniente que mencione algunas cosas acerca de mí mismo, mis empleados, mis negocios, mi despacho y del ambiente general que me rodea; porque una descripción de este tipo es in-

Je suis un homme d'un **certain** âge. Durant ces trente dernières années, la nature de ma profession a favorisé à un degré inusité mes contacts avec un groupe d'hommes intéressants et quelque peu singuliers dont nul, à ma connaissance, n'a jusqu'à ce jour relaté l'existence. Je veux parler des copistes ou scribes. J'en ai connu un très grand nombre, à titre professionnel ou privé, et s'il m'en prenait la fantaisie, je pourrais raconter diverses histoires qui arracheraient des sourires aux messieurs doués d'un heureux naturel, et des larmes aux âmes sensibles. Mais je donnerais volontiers toutes les biographies des autres scribes pour quelques passages de la vie de Bartleby, un copiste, le plus étrange que j'aie jamais vu ou dont j'aie jamais entendu parler. Alors que je pourrais rédiger la vie complète des autres gratte-papier, je ne saurais rien faire de tel pour Bartleby. Je crois qu'il n'existe pas de matériaux pour établir une biographie exhaustive et satisfaisante de cet homme. C'est une perte irréparable pour la littérature. Bartleby était de ces êtres dont on ne peut rien dire de certain, sinon en remontant aux sources originales or, en l'occurrence, elles sont fort maigres. Tout ce que je sais de Bartleby, c'est ce que virent mes yeux ébaubis, hormis, toutefois, une vague rumeur que je mentionnerai en temps utile.

Avant de présenter le scribe tel qu'il m'apparut au premier abord, il serait bon de livrer quelques détails sur moi-même, mes employés, mes affaires, mes bureaux et mon environnement; une telle description étant indispensable à la pleine

Soy un hombre de cierta edad. En los últimos treinta años, mis actividades me han puesto en íntimo contacto con un gremio interesante y hasta singular, del cual, entiendo, nada se ha escrito hasta ahora: el de los amanuenses o copistas judiciales. He conocido a muchos, profesional y particularmente, y podría referir diversas historias que harían sonreír a los señores benévolos y llorar a las almas sentimentales. Pero a las biografías de todos los amanuenses prefiero algunos episodios de la vida de Bartleby, que era uno de ellos, el más extraño que yo he visto o de quien tenga noticia. De otros copistas yo podría escribir biografías completas; nada semejante puede hacerse con Bartleby. No hay material suficiente para una plena y satisfactoria biografía de este hombre. Es una pérdida irreparable para la literatura. Bartleby era uno de esos seres de quienes nada es indagable, salvo en las fuentes originales: en este caso, exiguas. De Bartleby no sé otra cosa que la que vieron mis asombrados ojos, salvo un nebuloso rumor que figurará en el **epílogo**.

Antes de presentar al amanuense, tal como lo vi por primera vez, conviene que registre algunos datos míos, de mis empleados, [11] de mis asuntos, de mi oficina y de mi ambiente general. Esa descripción es indispensable para una in-

Soy un hombre de cierta edad. El carácter de mis ocupaciones durante los últimos treinta años me ha llevado a 20 relacionarme más de lo habitual con lo que podría parecer una clase interesante, y un tanto peculiar, de hombres de los que hasta ahora, que yo 25 sepa, nada se ha escrito: me refiero a los copistas legales, o escribientes. He conocido a muchos, profesional y si quisiera podría relatar diversas historias que harían sonreír a los señores benévolos y llorar a las almas sentimentales. Pero no cambio las bio- 35 grafías de todos los demás escribientes por unos cuantos pasajes de la vida de Bartleby; que era escribiente, y el más raro que he visto o 40 del que he llegado a tener noticia. Mientras que de otros copistas legales podría escribir la vida entera, de Bartleby es imposible hacer nada que 45 se le parezca. No creo que existan materiales para una biografía completa y satisfactoria de este hombre. Lo que es una pérdida irreparable 50 para la literatura. Bartleby fue uno de esos seres de los que nada puede llegar a saberse si no se cuenta con fuentes originales y, en su 55 caso, éstas son muy pocas. De Bartleby no sé más que lo que vieron mis atónitos ojos; con la excepción, en fin, de una vaga noticia que aparecerá en la **apostilla final**.

Antes de presentar al escribiente, tal como éste se presentó ante mí por vez pri- 65 mera, conviene decir algo de mí, de mis empleados, [11] mi trabajo y mis dependencias y alrededores; pues alguna descripción de esta 70 clase resulta indispensable

Je suis un homme d'un **certain** âge. La nature de mes occupations au cours des trente dernières années a voulu que je fusse particulièrement en contact avec une catégorie d'hommes intéressants et quelque peu singuliers, semblable à-il, au sujet desquels on n'a 25 encore, à ma connaissance, rien écrit: j'entends les copistes de pièces juridiques ou scribes. J'en ai connu un très grand nombre dans l'exercice de ma profession ou en privé et je pourrais, si je voulais, raconter sur leur compte une foule d'histoires qui feraient sourire 30 les hommes d'un bon naturel ou pleurer les âmes sensibles. Mais je renonce aux biographies de tous les autres scribes pour quelques passages de la vie de 35 Bartleby, scribe lui-même et le plus étrange qu'il m'ait été donné de voir ou dont j'aie jamais ouï parler. Alors que je me fais fort d'écrire la vie entière d'autres copistes, pour Bartleby on ne saurait rien faire de tel. Je crois qu'il n'existe pas de [9] matériaux qui permettraient d'établir une biographie complète et satisfaisante 40 de cet homme. C'est une perte irréparable pour la littérature. Bartleby était de ces individus dont on ne peut rien apprendre de certain sinon en remontant aux sources et, 45 en l'occurrence, celles-ci sont fort réduites. Ce que mes yeux étonnés ont vu de Bartleby et cela seul, voilà ce que je sais de lui - hormis pourtant un vague on- 50 dit, un seul, qui sera rapporté plus loin.

Avant de présenter le scribe tel qu'il m'apparut pour la 65 première fois, il est bon que je fasse quelque peu mention de moi-même, de mes employés, de mon affaire, de mes bureaux et de tout ce qui m'entoure; car une telle description est 70 indispensable pour faire

Sono un uomo piuttosto avanti negli anni. La natura della mia professione mi ha portato, nel corso degli ultimi tre decenni, in contatto, e non soltanto nel solito contatto, con una categoria di uomini interessante all'apparenza e in qualche modo singolare, sui quali, per quanto ne so, finora non è mai stato scritto nulla: mi riferisco ai copisti legali ovvero agli scrivani. Nella mia vita professionale e privata ne ho conosciuti moltissimi e, se volessi, potrei raccontare varie storie che farebbero sorridere i benevoli e piangere i sentimentali. Ma per qualche brano sulla vita di Bartleby, il più strano che abbia mai visto o conosciuto, rinuncio alle biografie di tutti gli altri. Mentre di molti scrivani potrei narrare l'intera vita, non si può fare nulla del genere per Bartleby. Non esiste materiale -ne sono convinto -per comporre una biografia completa e soddisfacente di quest'uomo. È una perdita irreparabile per la letteratura. Bartleby fu uno di quegli individui sui quali non si riesce ad accertare nulla, senza risalire alle fonti originali, nel suo caso molto esigue. Quello che videro i miei occhi attoniti: ecco ciò che so di Bartleby, tranne, invero, una vaga notizia che apparirà in seguito.

Prima di introdurre lo scrivano, quale mi apparve la prima volta, è opportuno che accenni a me, ai miei employés, al mio lavoro, al mio ufficio e all'ambiente in generale, perché si tratta di ragguagli indispensabili per capire in modo adeguato il

sequel) aparte de tener todas estas significaciones **sequel** resultado, efecto final, fin, secuela, consecuencia, continuación, concordancia, sequens, that supports a general design or intention, es, además de un término jurídico en sintonía con los parámetros heráuticos del narrador, de esos vocablos en los que resuena toda la narración, pero sobre todo su entramado interno irónico del narrador, «epílogo» podrá valer si se refiere exclusivamente a un orden secuencial narrativo, que también; en francés sería «suite» no «en temps utile»

1 Significativamente. La ironía principal de la historia radicaré precisamente en la incapacidad del narrador de caracterizar a Bartleby.
2 Se anticipa aquí la organización estructural del relato, como proceso perceptivo a través de la figura del narrador. Esta técnica inaugura la nueva orientación metodológica de Melville en sus historias cortas, basada, como se verá más adelante, en la yuxtaposición de diferentes perspectivas narrativas.

teligencia adecuada del protagonista de mi relato. Soy, en primer lugar, un hombre que desde la juventud ha sentido profundamente que la vida más fácil es la mejor. Por eso, aunque pertenezco a una profesión proverbialmente enérgica y a veces nerviosa hasta la turbulencia, jamás he tolerado que esas inquietudes conturben mi paz. Soy uno de esos abogados sin ambición que nunca se dirigen a un jurado o solicitan de algún modo el aplauso público. En la serena tranquilidad de un cómodo retiro realizo cómodos asuntos entre las hipotecas de personas adineradas, títulos de renta y acciones. Cuantos me conocen, considerárame un hombre eminentemente seguro. El finado Juan Jacobo Astor, personaje muy poco dado a poéticos entusiasmos, no titubeaba en declarar que mi primera virtud era la prudencia; la segunda, el método. No lo digo por vanidad, pero registro el hecho de que mis servicios profesionales no eran deseados por el finado Juan Jacobo Astor; nombre que, reconozco, me gusta repetir porque tiene un sonido orbicular y tintinea como el oro acuñado. Espontáneamente agregaré que yo no era insensible a la buena opinión del finado Juan Jacobo Astor.

Poco antes de la historia que narraré, mis actividades habían aumentado en forma considerable. Había sido nombrado para el cargo, ahora suprimido en el Estado de Nueva York, de agregado a la Suprema Corte. No era un empleo difícil, pero sí muy agradablemente remunerativo. Raras veces me enojo; raras veces me permito una indignación peligrosa ante las injusticias y los abusos: pero ahora me permitiré ser temerario, y declarar que considero la súbita y violenta supresión del cargo de agregado, por la Nueva Constitución, como un acto prematuro, pues yo

to an adequate understanding of the chief character about to be presented. Imprimis: I am a man who, from his youth upward, has been filled with a profound conviction that the easiest way of life is the best. Hence, though I belong to a profession proverbially energetic and nervous, even to turbulence, at times, yet nothing of the sort have I ever suffered to invade my peace. I am one of those unambitious lawyers who never addresses a jury, or in any way draws down public applause; but, in the cool tranquillity of a snug retreat, do a snug business among rich men's bonds, and mortgages, and title-deeds. All who know me, consider me an eminently safe man. The late John Jacob Astor, a personage little given to poetic enthusiasm, had no hesitation in pronouncing my first grand point to be prudence; my next, method. I do not speak it in vanity, but simply record the fact, that I was not unemployed in my profession by the late John Jacob Astor; a name which, I admit, I love to repeat; for it hath a rounded and orbicular sound to it, and rings like unto bullion. I will freely add, that I was not insensible to the late John Jacob Astor's good opinion.

Some time prior to the period at which this little history begins, my vocations had been largely increased. The good old office, now extinct in the State of New York, of a Master in Chancery, had been conferred upon me. It was not a very arduous office, but very pleasantly remunerative. I seldom lose my temper; much more seldom indulge in dangerous indignation at wrongs and outrages; but, I must be permitted to be rash here, and declare, that I consider the sudden and violent abrogation of the office of Master in Chancery, by the new Constitution, as a premature act; inasmuch

dispensable para comprender adecuadamente al personaje principal que va a ser presentado'. En primer lugar, soy un hombre que, desde su juventud, ha estado profundamente convencido de que la mejor forma de vida es la más cómoda. Por ello, aunque pertenezco a una profesión proverbialmente enérgica y estresante, a veces incluso hasta la turbulencia, sin embargo, nunca he tenido que soportar que nada similar invadiese mi paz. Soy uno de esos abogados sin ambición que nunca se dirigen a un jurado, ni intentan suscitar, en modo alguno, el aplauso del público, sino que, en la serena tranquilidad de un cómodo retiro, realizo un trabajo cómodo relacionado con las obligaciones, las hipotecas y los títulos de propiedad de los ricos. Todos los que me conocen me consideran un hombre eminentemente de confianza. El difunto John Jacob Astor (4), personaje poco dado al entusiasmo poético, no dudó en declarar, como mi primera cualidad, la prudencia, y después, el método (5). No lo digo por vanidad, sino simplemente constato el hecho de que el difunto John Jacob Astor no me tenía desocupado en mi profesión, nombre que, tengo que admitir, me gusta repetir, porque tiene un sonido redondo y orbital y suena como lingotes de oro. Añadiré, abiertamente, que no era insensible a la buena opinión del difunto John Jacob Astor.

Poco tiempo antes del periodo en que esta pequeña historia comienza, mis ocupaciones habían aumentado considerablemente. [76] Se me había otorgado el antiguo cargo, desaparecido ahora en el Estado de Nueva York, de Oficial de la Cancillería. No era un trabajo muy arduo, pero sí bien remunerado. Pocas veces pierdo los estribos; con mucha menos frecuencia me dejo llevar por una indignación excesiva ante las injusticias y los ultrajes, pero permítaseme ser aquí imprudente y declarar que considero la repentina y violenta abrogación del cargo de Oficial de la Cancillería, por la nueva Constitución, como... un acto prematuro; tanto más cuanto que

compréhension du personnage principal sur le point de faire son entrée. IMPRIMIS : je suis un homme habité, depuis la jeunesse, par la conviction profonde que la meilleure façon de vivre est de prendre les choses du bon côté. Partant, malgré mon appartenance à une profession proverbiallement énergique et agitée, parfois jusqu'à la turbulence, je n'ai jamais permis qu'un climat d'excitation vint troubler ma paix. Je suis un de ces hommes de loi sans ambition qui jamais ne haranguent un jury ou ne déclenchent les applaudissements du public mais qui, dans la fraîcheur tranquille d'une douillette retraite, vaquent à de douillettes besognes parmi les obligations, les hypothèques et les titres de propriété des riches de ce monde. Tous ceux qui me connaissent me considèrent comme un homme éminemment sûr. Feu John Jacob Astor, personnage peu enclin à l'enthousiasme poétique, n'hésitait pas à déclarer que ma qualité première était la prudence et, la seconde, la méthode. Sans vouloir me vanter, je tiens à rappeler que je fus consulté à titre professionnel par feu John Jacob Astor; un nom que j'aime à répéter, je l'admets, car il rend un son arrondi et orbiculaire, et tinte comme des pièces d'or sonnantes et trébuchantes. J'ajouterai en toute liberté que je n'étais pas insensible à la bonne opinion de feu John Jacob Astor.

Quelleque temps avant que je commence cette petite histoire, ma situation avait pris une certaine envergure. La bonne vieille charge de M Chancelier, maintenant éteinte dans l'État de New York, venait de m'être conférée. Ce n'était pas une tâche ardue, et elle était fort agréablement rémunératrice. Il m'arrive rarement de me mettre en colère; plus rarement encore de m'abandonner à une dangereuse indignation devant les torts et les outrages; mais que l'on me permette ici de m'emporter et de déclarer que je considère l'abrogation violente et soudaine de la charge de M Chancelier comme un... acte prématuré; d'autant plus que j'avais escompté la

teligencia adecuada del protagonista de mi relato. Soy, en primer lugar, un hombre que desde la juventud ha sentido profundamente que la vida más fácil es la mejor. Por eso, aunque pertenezco a una profesión proverbialmente enérgica y a veces nerviosa hasta la turbulencia, jamás he tolerado que esas inquietudes conturben mi paz. Soy uno de esos abogados sin ambición que nunca se dirigen a un jurado o solicitan de algún modo el aplauso público. En la serena tranquilidad de un cómodo retiro realizo cómodos asuntos entre las hipotecas de personas adineradas, títulos de renta y acciones. Cuantos me conocen, considerárame un hombre eminentemente seguro. El finado Juan Jacobo Astor, personaje muy poco dado a poéticos entusiasmos, no titubeaba en declarar que mi primera virtud era la prudencia; la segunda, el método. No lo digo por vanidad, pero registro el hecho de que mis servicios profesionales no eran deseados por el finado Juan Jacobo Astor; nombre que, reconozco, me gusta repetir porque tiene un sonido orbicular y tintinea como el oro acuñado. Espontáneamente agregaré que yo no era insensible a la buena opinión del finado Juan Jacobo Astor.

Poco antes de la historia que narraré, mis actividades habían aumentado en forma considerable. Había sido nombrado para el cargo, ahora suprimido en el Estado de Nueva York, de agregado a la Suprema Corte. No era un empleo difícil, pero sí muy agradablemente remunerativo. Raras veces me enojo; raras veces me permito una indignación peligrosa ante las injusticias y los abusos: pero ahora me permitiré ser temerario, y declarar que considero la súbita y violenta supresión del cargo de agregado, por la Nueva Constitución, como un acto prematuro, pues yo

para una comprensión adecuada del personaje principal que estoy a punto de presentar. Imprimis: soy un hombre que, desde su juventud, ha estado imbuido de una honda convicción de que la mejor forma de vida es la más sencilla. De ahí que, aunque mi oficio exija, en ocasiones, una energía y un nervio proverbiales, hasta rozar el desvarío, no haya permitido jamás que nada de esto turbe mi tranquilidad. Soy uno de esos abogados sin ambiciones que jamás se dirige a un jurado, ni hace por atraer el aplauso del público... En el fresco sosiego de un cómodo recogimiento, hago una labor cómoda entre obligaciones, hipotecas y títulos de propiedad de hombres ricos. Quienes me conocen me consideran, ante todo, un hombre seguro. El difunto John Jacob Astor, persona poco dada al arrebato poético, no dudaba en afirmar que mi primer mérito es la prudencia; y, después, el método. No lo digo por vanidad, sino que me permito señalar el hecho de que mis servicios profesionales fueron de alguna utilidad al difunto John Jacob Astor; cuyo nombre, lo reconozco, me encanta repetir, pues tiene un sonido rotundo y redondo, como el oro acuñado. Espontáneamente agregaré que yo no era indiferente a la buena opinión del difunto John Jacob Astor.

Poco antes del periodo en el que empieza esta historia, mis obligaciones habían experimentado un gran aumento. Me había sido encomendado el antiguo cargo, ahora extinto en el Estado de Nueva York, de Secretario de la Corte de Derecho Común. No era un cargo complicado, pero sí muy bien remunerado... Pocas veces pierdo la paciencia, y menos aún me dejo llevar por la indignación ante agravios y ofensas; pero permítaseme dejar a un lado toda consideración y declarar que considero que la repentina y forzada abolición del cargo de Secretario de la Corte por la nueva constitución es un acto * * * y precipitado; [12] y más cuando yo

comprendre de manière adéquate le personnage principal qui va être introduit. Imprimis : Je suis un homme empreint depuis ma jeunesse de la conviction profonde que la meilleure façon de vivre est de prendre les choses tranquillement. De là vient qu'exercant une profession proverbiallement énergique et remuante, parfois même jusqu'à la turbulence, je n'ai pourtant jamais souffert que rien de tel vint envahir ma paix. Je suis un de ces hommes de loi sans ambition qui jamais n'interpellent un jury ni ne suscitent en aucune manière les applaudissements publics, mais qui, dans la fraîcheur tranquille d'une retraite douillette, douillettement [10] besognent parmi les obligations, les hypothèques et les titres de propriété des riches. Tous ceux qui me connaissent me considèrent comme un homme éminemment sûr. Feu John Jacob Astor, personnage peu enclin à l'enthousiasme poétique, n'hésitait pas à déclarer que mon premier point fort était la prudence; mon second, la méthode. Car — je ne dis pas ceci par vanité, je rapporte simplement un fait — je n'ai pas laissé d'être employé dans l'exercice de ma profession par feu John Jacob Astor : un nom que j'aime à répéter, je l'admets, car il rend un son plein et orbiculaire, et comme un tintement, de milliards. J'ajouterai librement que je n'étais pas insensible à la bonne opinion de feu John Jacob Astor.

Quelleque temps avant l'époque où commence cette petite histoire, mes occupations s'étaient considérablement développées. La bonne vieille charge, éteinte à présent dans l'État de New York, de conseiller à la Cour de la Chancellerie, m'avait été conférée. Cette charge, sans être très ardue, était fort plaisamment rémunératrice. Il est rare que je me mette en colère; il est beaucoup plus rare encore que je m'abandonne à une indignation dangereuse lorsqu'on me fait tort ou qu'on m'outrage; mais que l'on me permette ici de montrer quelque emportement et de déclarer que je considère l'abolition soudaine et violente, par la nouvelle Constitution, de la charge de conseiller à [11] la Cour de la Chancellerie comme un acte prématuré; d'autant plus que

protagonista che fra poco sarà presentato. Anzitutto, sono un uomo che, dalla giovinezza in poi, ha maturato una profonda convinzione: nella vita la via più facile è la migliore. Ne consegua che, pur svolgendo una professione proverbialmente esuberante e a volte concitata al limite della turbolenza, non ho mai lasciato che cose del genere sconfinassero nella mia pace. Sono uno di quegli avvocati privi di ambizioni, che mai si rivolgono alla giuria e in nessun modo inseguono l'applauso del pubblico, ma che, nella tranquilla frescura di un angolino appartato e discreto, si dedicano a un lavoro discreto fra i titoli, le obbligazioni, le ipoteche di uomini abbienti. Quanti mi conoscono mi considerano una persona eminentemente cauta e fidata. Il compianto John Jacob Astor, personaggio poco incline ai voli poetici, non esitava a dichiarare che la mia prima virtù era la prudenza; la seconda, il metodo. Non lo dico per vanità, ma soltanto per attestare il fatto di aver prestato i miei servizi al compianto John Jacob Astor, nome che adoro ripetere, lo ammetto: possiede infatti un suono rotondo e sferico, tintinnante come l'oro. Aggiungerò di mia iniziativa di non essere stato insensibile alla buona opinione che di me aveva il compianto John Jacob Astor.

Qualche tempo prima dell'epoca in cui ebbe inizio questa breve storia, il mio lavoro era molto aumentato. Mi era stato conferito il buon vecchio incarico di giudice dell'Alta Corte di Equità, ufficio ormai abolito nello stato di New York. Non era una carica molto gravosa, ma assai piacevolmente remunerata. Di rado perdo la calma, ancora più di rado mi abbandono a una pericolosa indignazione davanti ai torti e agli oltraggi, ma - mi sia concesso a questo punto di essere avventato - dichiaro che, a mio avviso, l'abrogazione subitanea e violenta dell'ufficio di giudice dell'Alta Corte di Equità, da parte della nuova legge, fu... un atto prematuro, tanto più che avevo

3 Melville vuelve a jugar con la ironía en la presentación del abogado-narrador, ya que el protagonista del relato que éste va a contar no será Bartleby, sino él mismo.

4 John Jacob Astor (1763-1848), inmigrante alemán que acuñó una de las mayores fortunas del país.

5 Estas dos cualidades servirán también para caracterizar a los capitanes Delano y Vere en «Kenito Cerezo» y Billy Budd, respectivamente. Por otra parte, se han encontrado precedentes históricos para la figura del abogado en el juez Lemuel Shaw, suegro de Melville, y en Evert Dwyckinck, uno de sus principales editores. [76]

tenía descontado hacer de sus gajes una renta vitalicia, y sólo percibí los de algunos años. Pero esto es al margen.

1 *tame (of an animal) domesticated; not wild or shy. 2* *insipid; lacking spirit or interest; dull (tame acquiescence). 3 (of a person) amenable and available. 4* *USA (of land) cultivated. b (of a plant) produced by cultivation.*

Mis oficinas ocupaban un piso alto en el número X de Wall Street. Por un lado daban a la pared blanqueada de un espacioso tubo de aire, cubierto por una claraboya y que abarcaba todos los pisos.

1. TERNE 1. Qui manque de brillant, qui reflète peu ou mal la lumière. 2. (1832, Balzac). Abstrait. Qui n'attire ni ne retient l'intérêt; sans couleur (III, 1.) et sans force, sans expression. Este espectáculo era más bien **manso**, pues le faltaba lo que los paisajistas llaman animación. Aunque así fuera, la vista del otro lado ofrecía, por lo menos, un contraste. En esa dirección, las ventanas dominaban sin el menor obstáculo una alta pared de ladrillo, ennegrecida por los años y por la sombra; las ocultas bellezas de esta pared no exigían un telescopio, pues estaba a pocas varas de mis ventanas, para beneficio de espectadores miopes. Mis oficinas ocupaban el segundo piso; a causa de la gran elevación de los edificios vecinos, el espacio entre esta pared y la mía se parecía no poco a un enorme tanque cuadrado.

En el período anterior al advenimiento de Bartleby, yo tenía dos escribientes bajo mis órdenes, y un muchacho muy vivo para los mandados. El primero, Turkey; el segundo, Nippers; el tercero, Ginger. Éstos son nombres que no es fácil encontrar en las Guías. Eran en realidad **sobrenombres**, mutuamente conferidos por mis empleados, y que expresaban sus respectivas personas o caracteres. Turkey era un inglés **bajo, obeso**, de mi edad más o menos, esto es, no lejos de los sesenta. De mañana, podríamos decir, su rostro era rosado, pero después de las doce —su hora de almuerzo— resplandecía como una

as I had counted upon a life-lease of the profits, whereas I only received those of a few short years. But this is by the way.

My chambers were upstairs, at No. ___ Wall Street. At one end, they lived upon the white wall of the interior of a spacious skylight shaft, penetrating the building from top to bottom.

This view might have been considered rather **tame** than otherwise, deficient in what landscape painters call "life." But, if so, the view from the other end of my chambers offered, at least, a contrast, if nothing more. In that direction, my windows commanded an unobstructed view of a lofty brick wall, black by age and everlasting shade; which wall required no spy-glass to bring out its lurking beauties, but, for the benefit of all near-sighted spectators, was pushed up to within ten feet of my window panes. Owing to the great height of the surrounding buildings, and my chambers being on the second floor, the interval between this wall and mine **not a little** resembled a huge square cistern.

At the period just preceding the advent of Bartleby, I had two persons as copyists in my employment, and a promising lad as an office-boy. First, Turkey; second, Nippers; third, Ginger **Nut**. These may seem names, the like of which are not usually found in the Directory. In truth, they were **nicknames**, mutually conferred upon each other by my three clerks, and were deemed expressive of their respective persons or characters. Turkey was a **short, porsy** Englishman, of about my own age—that is, somewhere not far from sixty. In the morning, one might say, his face was of a fine florid hue, but after twelve o'clock, meridian—his dinner hour—it blazed like a

había contado con toda una vida de beneficios y sólo recibí los correspondientes a unos pocos años. Pero esto es de pasada.

Mi despacho estaba situado en un piso de Wall Street, número X. Por un extremo miraba a la pared blanca del interior de un espacioso pozo de ventilación por el que entraba la luz, que recorría el edificio de arriba a abajo.

Esta vista podría considerarse más bien insípida, deficiente en lo que los paisajistas llaman «vida». Pero, si así era, el panorama desde el otro extremo de mi bufete ofrecía al menos un contraste, si bien nada más. En aquella dirección, mis ventanas dominaban una vista despejada de un elevado muro de ladrillo, negro por el paso del tiempo y la sempiterna sombra; muro que no requería catalejo para ofrecer sus bellezas ocultas, sino que, para suerte de todo espectador miope, se elevaba a tres metros y medio de las hojas de mi ventana. Debido a la gran altura de los edificios de alrededor, y estando mi despacho en el segundo piso, la distancia entre este muro y el mío se parecía bastante a una enorme cisterna cuadrada.

En la época inmediatamente anterior a la llegada de Bartleby, tenía yo a dos personas empleadas como copistas, y un muchacho prometedor como botones. El primero era Turkey, el segundo Nippers, y el tercero Ginger **Nut**. Puede parecer que semejantes nombres no se suelen encontrar en la guía telefónica. En realidad eran **motes** que mis tres empleados se habían puesto unos a otros, y que se consideraban representativos de sus respectivas personas o caracteres. Turkey era un inglés bajo, rechoncho, aproximadamente mi edad, es decir, rondaba los sesenta. Por la mañana, diríase que su cara era de un tono ligeramente rosado, pero después del mediodía —su hora de comer— se le encendía como una parrilla llena de brasas [77] navide-

concession à vie des revenus de cet office et n'en reçus en réalité la jouissance que pour de courtes années. Soit dit en passant.

Mes bureaux se trouvaient à l'étage, au n° ... de Wall Street. À l'une des extrémités, ils donnaient sur le mur blanc d'une spacieuse cage vitrée parcourant l'immeuble de haut en bas.

On pouvait à juste titre trouver cette vue plutôt **terne** et totalement dépourvue de ce que les paysagistes appellent «la vie». Mais, à défaut d'autre chose, la vue qui s'offrait à l'autre extrémité de mes locaux faisait un surprenant contraste. Dans cette direction, mes fenêtres donnaient sur la vue imprenable d'un haut mur de briques noirci par l'âge et par une ombre sempiternelle : point n'était besoin d'une longue-vue pour découvrir les beautés cachées dudit mur puisqu'il se dressait, pour la plus grande satisfaction des spectateurs myopes, à dix pieds de mes carreaux. Du fait de la hauteur des immeubles avoisinants et de l'emplacement de mes bureaux au second étage, l'intervalle séparant ce mur du mien n'était pas sans évoquer une énorme citerne carrée.

À l'époque précédant la venue de Bartleby, j'employais deux personnes comme copistes et un jeune homme très prometteur comme garçon de bureau... Le premier, Dindonneau; le second, Pincettes; le troisième, Gingembre. Des noms qui ne figurent pas communément dans l'annuaire, pensera-t-on. En réalité, c'étaient des **sobriquets** que mes clerks s'étaient mutuellement attribués, estimant qu'ils étaient particulièrement représentatifs de leurs personnes et de leurs caractères respectifs. Dindonneau était un Anglais bedonnant et trapu, de mon âge environ... [12] autrement dit, non loin de la soixantaine. Le matin, son visage était comme qui dirait d'un beau coloris vermeil mais, après les douze coups de midi —heure de son déjeuner— il

tenía descontado hacer de sus gajes una renta vitalicia, y sólo percibí los de algunos años. Pero esto es al margen.

Mis oficinas ocupaban un piso alto en el número X de Wall Street. Por un lado daban a la pared blanqueada de un espacioso tubo de aire, cubierto por una claraboya y que abarcaba todos los pisos.

Este espectáculo era más bien manso, pues le faltaba lo que los paisajistas llaman animación. Aunque así fuera, la vista del otro lado ofrecía, por lo menos, un contraste. En esa dirección, las ventanas dominaban sin el menor obstáculo una alta pared de ladrillo, ennegrecida por los años y por la sombra; las ocultas bellezas de esta pared no exigían un telescopio, pues estaba a pocas varas de mis ventanas, para beneficio de espectadores miopes. Mis oficinas ocupaban el segundo piso; a causa de la gran elevación de los edificios vecinos, el espacio entre esta pared y la mía se parecía no poco a un enorme tanque cuadrado.

En el período anterior al advenimiento de Bartleby, yo tenía dos escribientes bajo mis órdenes, y un muchacho muy vivo para los mandados. El primero, Turkey; el segundo, Nippers; el tercero, Ginger. Éstos son nombres que no es fácil encontrar en las Guías. Eran en realidad **sobrenombres**, mutuamente conferidos por mis empleados, y que expresaban sus respectivas personas o caracteres. Turkey era un inglés **bajo, obeso**, de mi edad más o menos, esto es, no lejos de los sesenta. De mañana, podríamos decir, su rostro era rosado, pero después de las doce —su hora de almuerzo— resplandecía como una

contaba con que sus beneficios iban a ser de por vida, y sólo he recibido los de unos pocos años. Pero esto no viene al caso.

Mi despacho estaba en un piso alto, en el número *** de Wall Street. El extremo interior daba a la pared blanca de un amplio patio de luces que atravesaba el edificio de arriba a abajo.

Esta vista podría parecer más **insipida** que otra cosa, carente de eso que los paisajistas llaman «vida». A este respecto, la vista desde el otro extremo de mis habitaciones ofrecía, por lo menos, un contraste, que ya es algo. En esa dirección mis ventanas gozaban, sin obstáculos, de la vista de un imponente pared de ladrillo, negra por la edad y por la sombra permanente; y para que esa pared rindiera sus ocultas bellezas no se precisaba catalejo: en beneficio de los espectadores cortos de vista, se alzaba a apenas tres metros de mis ventanas. Debido a la gran altura de los edificios colindantes, y a que mis dependencias estaban en el primer piso, el hueco entre esa pared y la mía guardaba un parecido no pequeño con una enorme cisterna cuadrada.

En el período inmediatamente anterior a la llegada de Bartleby, yo tenía dos personas empleadas como copistas en mi despacho, más un chico espabilado, que hacía los recados. Primero, Turkey; segundo, Nippers; tercero, Ginger **Nuts**. Nombres como éstos no son corrientes en las guías. En realidad, eran apodos que tres empleados se habían conferido mutuamente entre ellos, y se consideraban apropiados a sus respectivas personas y caracteres. Turkey era un inglés bajito y regordete, más o menos de mi edad... es decir, no lejos de los sesenta. Por la mañana se diría que tenía un estupendo color de cara; pero a partir de las doce del mediodía, su hora de almorzar —le encendía como una

j'avais escompté la concession à vie des revenus attachés à cette charge et que je n'ai reçu que ceux d'un petit nombre d'années. Mais je ne dis cela qu'en passant.

Mes bureaux se trouvaient à l'étage, au n° ... de Wall Street. Ils donnaient à une extrémité sur la paroi blanche de l'intérieur d'une spacieuse cage vitrée qui parcourait l'édifice de haut en bas.

On pouvait considérer cette vue comme assez anodine et manquant de ce que les paysagistes appellent «la vie», mais, s'il en était ainsi, la vue qui s'offrait à l'autre extrémité de mes locaux faisait au moins contraste, pour ne pas dire plus, avec elle. Dans cette direction, mes fenêtres donnaient librement sur un haut mur de brique noirci par l'âge ainsi que par une ombre perpétuelle; et ce mur n'exigeait point que l'on fit usage d'une longue-vue pour révéler ses beautés intrinsèques, car il se dressait à dix pieds de mes croisées pour le bénéfice de tout spectateur myope. Du fait que les maisons avoisinantes étaient très élevées et que mes bureaux se trouvaient au second étage, l'intervalle qui séparait ce mur du mien ressemblait fort à une énorme citerne carrée.

À l'époque qui précède immédiatement l'apparition de Bartleby, j'employais deux personnes comme copistes et un jeune homme de grandes [12] promesses comme garçon de bureau. Le premier, Dindon; le second, Lagrinche; le troisième, Gingembre. On pensa peut-être que pareils noms ne se trouvent pas communément dans l'annuaire. En fait, c'étaient là des surnoms que mes trois employés s'étaient mutuellement décernés et qui passaient pour définir leurs personnes et leurs caractères respectifs. Dindon était un Anglais **trapu et bedonnant** qui avait à peu près le même âge que moi, c'est-à-dire qu'il frisait la soixantaine. Le matin, on pouvait prêter à son visage une belle teinte vermeille, mais après la douzième heure méridienne —celle de son déjeuner— il flamboyait comme charbons

contato su miei benefici per il resto dei miei giorni, mentre ne godetti soltanto per alcuni brevi anni. Ma questo è detto tra parentesi.

Il mio ufficio era al primo piano di Wall Street, n. - Da un lato le finestre si affacciavano sul muro bianco di un ampio cavedio, che prendeva luce da un lucernario e attraversava la casa da cima a fondo.

Questa veduta forse poteva sembrare più scialba che suggestiva, carente com'era di quanto i pittori paesaggisti definiscono «vita». Ma, se così era, la vista sull'altro lato dell'ufficio, offriva, almeno, un contrasto. Su quel versante le finestre dominavano in pieno la vista di un alto muro di mattoni, annerito dagli anni e incupito dalla perenne ombra. Non occorre che un cannocchiale ne rivelasse le bellezze nascoste, perché, a beneficio degli osservatori miopi, queste risaltavano a meno di dieci piedi dai vetri delle mie finestre. La circostanza che gli edifici intorno fossero molto alti e che il mio ufficio fosse al primo piano faceva sì che lo spazio fra questo muro e il mio assomigliasse a un'enorme cisterna quadrata.

Nel periodo appena precedente l'arrivo di Bartleby avevo al mio servizio due persone in qualità di scrivani e un ragazzo promettente che faceva da fattorino. Il primo, Tacchino; il secondo, Pinco-Nez; il terzo, Zenzero. Nomi questi che non si trovano forse nei registri: a dire il vero, erano nomignoli che i tre si erano reciprocamente affibbiati e pareva -esprimevano bene le rispettive persone e i rispettivi caratteri. Tacchino era un inglese **basso e asmatico**, della mia stessa età, cioè non lontano dai sessant'anni. Al mattino, si potrebbe dire, il suo volto aveva un bel colorito florido, ma dopo le dodici, mezzodì -l'ora di pranzo -si accendeva come la grata del

hornalla de carbones de Navidad, y seguía resplandeciendo (pero con un descenso gradual) hasta las seis p.m.; después yo no veía más al propietario de ese rostro, quien, coincidiendo en su cenit con el sol, parecía ponerse con él, para levantarse, culminar y declinar al día siguiente, con la misma regularidad y la misma gloria. En el decurso de mi vida he observado singulares coincidencias, de las cuales no es la menor el hecho de que el preciso momento en que Turkey, con roja y radiante faz, emitía sus más vívidos rayos, indicaba el principio del período durante el cual su capacidad de trabajo quedaba seriamente afectada para el resto del día. No digo que se volviera absolutamente haragán u hostil al trabajo. Por el contrario, se volvía demasiado enérgico. Había entonces en él una exacerbad, frenética, temeraria y disparatada actividad. Se descuidaba al mojar la pluma en el tintero. Todas las manchas que figuran en mis documentos fueron ejecutadas por él después de las doce del día. En las tardes, no sólo propendía a echar manchas: a veces iba más lejos, y se ponía **barullento**. En tales ocasiones, su rostro ardía con más vívida heráldica, como si se arrojara carbón de piedra en antracita. Hacía con la silla un ruido **desagradable**, desparramaba la arena; al cortar las plumas, las rajaba impacientemente, y las tiraba al suelo con súbitos arranques de ira; se paraba, se echaba sobre la mesa, desparramando sus papeles de la manera más **indecorosa**; triste espectáculo en un hombre ya entrado en años. Sin embargo, como era por muchas razones mi mejor empleado y siempre antes de las doce el ser más juicioso y diligente, y capaz de despachar numerosas tareas de un modo

grate full of Christmas coals; and continued blazing—but, as it were, with a gradual wane—till six o'clock, P.M., or thereabouts; after which, I saw no more of the proprietor of the face, which, gaining its meridian with the sun, seemed to set with it, to rise, culminate, and decline the following day, with the like regularity and undiminished glory. There are many singular coincidences I have known in the course of my life, not the least among which was the fact, that, exactly when Turkey displayed his fullest beams from his red and radiant **countenance**, just then, too, at that critical moment, began the daily period when I considered his business capacities as seriously disturbed for the remainder of the twenty-four hours. Not that he was absolutely idle, or averse to business, then; far from it. The difficulty was, he was apt to be altogether too energetic. There was a strange, inflamed, **flurried**, flighty recklessness of activity about him. He would be incautious in dipping his pen into his inkstand. All his blots upon my documents were dropped there after twelve o'clock, meridian. Indeed, not only would he be reckless, and sadly given to making blots in the afternoon, but, some days, he went further, and was **rather noisy**. At such times, too, his face was flamed with augmented blazonry, as if cannon coal had been heaped on antracite. He made an **unpleasant racket** with his chair; spilled his sand-box; in mending his pens, impatiently split them all to pieces, and threw them on the floor in a sudden passion; stood up, and leaned over his table, boxing his papers about in a most **indecorous** manner, **very sad** to behold in an elderly man like him. Nevertheless, as he was in many ways a most valuable person to me, and all the time before

ñas y continuaba llameando -pero, por así decirlo, con un gradual apagamiento— hasta las seis en punto de la tarde aproximadamente, después de lo cual, ya no volvía a ver más al propietario de aquel rostro, que, alcanzando su punto álgido con el sol, parecía ponerse con él, elvarse, culminar y apagarse hasta el día siguiente, con la misma regularidad e idéntica gloria. He visto muchas coincidencias similares en el transcurso de mi vida, y entre ellas no fue la menor el hecho de que, precisamente cuando el semblante rojo y radiante de Turkey lanzaba destellos más directos, justo entonces, en aquel momento crítico, comenzaba el momento del día en el que consideraba su capacidad profesional seriamente trastornada para el resto de las veinticuatro horas. No es que entonces se volviera totalmente ocioso o contrario al trabajo; ni mucho menos. La dificultad estribaba en que tendía a ser demasiado enérgico. Se dejaba llevar por una actividad extraña, **ardiente**, frenética y caprichosa. No ponía cuidado al mojar la pluma en el tintero. Todos los borrones en mis documentos caían después de las doce del mediodía. En realidad, no sólo era atolondrado y lamentablemente dado a hacer borrones por la tarde, sino que, algunos días, llegaba incluso a ser bastante ruidoso. En tales ocasiones, además, su rostro se encendía con un fulgor implacable, como cuando se atiza el fuego. Hacía un ruido desagradable con la silla, dejaba caer la salvadera (6); al arreglar las plumas, las hacía pedazos y las tiraba al suelo con violencia repentina; se levantaba y se apoyaba en la mesa, desparramando golpes a los papeles de la manera más **indecorosa**, algo muy triste de contemplar en un hombre mayor como él. Sin embargo, como en otros muchos aspectos me era muy valioso y hasta las doce del mediodía era la criatura más diligente y constante, llevando a cabo, además, una gran cantidad de trabajo de

flamboyait tel un **âtre** à Noël; et il continuait à flamboyer — avec un éclat allant décroissant — jusqu'à six heures du soir environ; après quoi il ne m'était plus donné de voir le propriétaire de ce visage qui, atteignant au méridien en même temps que le soleil, semblait se coucher au même moment, pour se lever, culminer et décliner le lendemain, avec une régularité et une splendeur égales. J'ai connu bien des coincidences singulières au cours de ma vie, mais la moindre n'est certes pas le fait qu'au moment précis où la face rougeaude et radieuse de Dindonneau émettait ses rayons les plus vifs, à cet instant critique, commençait cette phase quotidienne où j'étais obligé de constater que ses capacités de travail étaient sérieusement altérées pour le reste de la journée. Non qu'il fût absolument oisif, ou rétif à la tâche, loin de là. Le problème est qu'il faisait montre d'une excessive énergie. Il se laissait aller, dans son activité, à une témérité étrange, **forcené**, convulsifs et écervelé. Il ne prenait aucune précaution pour tremper sa plume dans l'encrier. Et c'est après les douze coups de midi qu'il laissait choir tous ses papiers sur mes documents. En vérité, l'après-midi, il ne devenait pas seulement brouillon et tristement enclin aux taches mais il lui arrivait, certains jours, d'aller plus loin et de montrer bruyant. A ces moments-là, son visage s'embrasait d'une ardeur accrue, comme de l'antracite sur lequel on eût versé du charbon de bois. Il faisait un **odieux** vacarme avec sa chaise; il renversait sa boîte à poudre; réparant avec impatience ses plumes, il les mettait en pièces et les jetait au sol dans un soudain accès de rage; il se levait, se penchait sur sa table et se mettait à frapper du poing les papiers, avec une inconvenance de manières fort triste à contempler chez un homme de cet âge. [13] Néanmoins, comme il m'était à maints égards très précieux et que, durant toutes les heures anté-méridiennes, il se montrait le plus rapide et le plus diligent des clercs,

hornalla de carbones de Navidad, y seguía resplandeciendo (pero con un descenso gradual) hasta las seis p.m.; después yo no veía más al propietario de ese rostro, quien, coincidiendo en su cenit con el sol, parecía ponerse con él, para levantarse, culminar y declinar al día siguiente, con la misma regularidad y la misma gloria. En el decurso de mi vida he observado singulares coincidencias, de las cuales no es la menor el hecho de que el preciso momento en que Turkey, con roja y radiante faz, emitía sus más vívidos rayos, indicaba el principio del período durante el cual su capacidad de trabajo quedaba seriamente afectada para el resto del día. No digo que se volviera absolutamente haragán u hostil al trabajo. Por el contrario, se volvía demasiado enérgico. Había entonces en él una exacerbad, **frenética**, temeraria y disparatada actividad. Se descuidaba al mojar la pluma en el tintero. Todas las manchas que figuran en mis documentos fueron ejecutadas por él después de las doce del día. En las tardes, no sólo propendía a echar manchas: a veces iba más lejos, y se ponía **barullento**. En tales ocasiones, su rostro ardía con más vívida heráldica, como si se arrojara carbón de piedra en antracita. Hacía con la silla un ruido **desagradable**, desparramaba la arena; al cortar las plumas, las rajaba impacientemente, y las tiraba al suelo con súbitos arranques de ira; se paraba, se echaba sobre la mesa, desparramando sus papeles de la manera más **indecorosa**; triste espectáculo en un hombre ya entrado en años. Sin embargo, como era por muchas razones mi mejor empleado y siempre antes de las doce el ser más juicioso y diligente, y capaz de despachar numerosas tareas de un modo

chimenea llena de brasas, y seguía ardiendo —eso sí, con intensidad menguante— hasta aproximadamente las seis, hora a la que yo dejaba de ver al dueño [13] de esa cara que alcanzaba su punto álgido con el sol y parecía ponerse con él, para volver a salir, llegar al cenit y ponerse con idéntica regularidad al día siguiente, sin perder un ápice de su esplendor. A lo largo de mi vida he conocido muchas coincidencias singulares, entre las que no desmerece el hecho de que, justo cuando Turkey exhibía en todos su intensidad los destellos de su cara roja y radiante, justo entonces, en ese instante crítico, empezaba la parte de la jornada en que sus capacidades profesionales me parecían seriamente perturbadas durante lo que quedaba de las veinticuatro horas. No es que permaneciera inactivo del todo, o reacio al trabajo. Al revés: el problema estribaba en que desplegaba un exceso de energía. Había en su actividad un nerviosismo extraño, inflamado, exaltado, **inconstante**. Era descuidado al mojar la pluma en el tintero. Todos sus borrones en mis documentos caían a partir de las doce del mediodía. Y no se limitaba a mostrarse atolondrado o a dejar pe- nosos borrones por la tarde; sino que, algunos días, iba más allá, y se ponía ruidoso. En esas ocasiones, la cara le ardía en un despliegue aumentado de sus colores, como si hubiesen echado cisco sobre antracita. Hacía un ruido con la silla, derramaba el polvo secante... Al arreglar las plumas, de pura impaciencia las hacía pedazos y, del enfado, las tiraba al suelo; se levantaba, se inclinaba sobre la mesa y mezclaba sus papeles de un modo **indecoroso**, muy **penoso** de contemplar en un hombre de sus años. Sin embargo, por serme de gran utilidad en muchos aspectos y, antes de las doce del mediodía, el ser más diligente y serio que pudiera desearse, capaz de

dans l'**âtre** à Noël; et continuait à flamboyer, avec un éclat décroissant il est vrai, jusqu'à six heures du soir environ; après quoi je ne voyais plus rien du possesseur de ce visage qui, atteignant au méridien en même temps que le soleil, semblait se coucher en même temps que lui, pour se lever, culminer et décliner le jour suivant avec une régularité et une splendeur égales. J'ai connu au cours de ma vie bien des coincidences singulières, mais je ne tiens pas pour la moindre d'entre elles le fait qu'au moment même où la rouge et radieuse physionomie de Dindon était dans toute la plénitude de son éclat, précisément à cet instant critique s'ouvrait la période quotidienne où je considérais ses capacités de travail comme sérieusement perturbées [13] pour le reste de la journée. Non point qu'il fût alors absolument oisif ou qu'il renâclât à la besogne; loin de là. La difficulté consistait en ceci, qu'il était susceptible d'une énergie décidément exagérée. Saisi d'une étrange flamme, son activité revêtait un caractère **brouillon**, capricieux et dévastateur. Il ne prenait aucune précaution en trempant sa plume dans son encrier. Toutes les taches qu'il faisait sur ses documents, il les laissait choir après la douzième heure méridienne. En vérité, non seulement il était négligent et fâcheusement enclin à faire des taches l'après-midi, mais certains jours il allait plus loin et devenait passablement bruyant. À ces moments-là, son visage flamboyait d'une ardeur nouvelle comme si l'on avait **amoncelé** de la houille grasse sur de l'antracite. Il faisait un **vacarme** déplaisant avec sa chaise; renversait son sablier; mettait ses plumes en pièces dans ses efforts impatients pour les tailler, et les jetait sur le sol avec une fureur soudaine; se levait, se penchait sur sa table et se mettait à envoyer promener ses papiers de-ci de-là avec une inconvenance de manières fort triste à observer chez un homme avancé en âge. Néanmoins, comme à **maints égards** il m'était très précieux et que, tout le temps qui précédait la

caminetto a Natale, e continuava a fiammeggiare -ma, per così dire, smorzandosi a poco a poco - fino alle sei o giù di lì, dopo di che non vedevo più il proprietario di quella faccia che, raggiungendo il pieno fulgore con il sole, sembrava tramontare con questo, per sorgere, culminare, declinare il giorno successivo, con pari regolarità e altrettanta gloria. Esistono molte coincidenze singolari che ho conosciuto nel corso della vita, non ultima quella che, esattamente quando Tacchino irradiava tutto il suo fulgore dal volto rosso e raggianti, proprio allora, in quel momento critico, aveva inizio la fase quotidiana nella quale, a mio avviso, le sue capacità professionali erano gravemente compromesse per ciò che restava delle ventiquattro ore della giornata. Non che allora rimanesse a girarsi i pollici, o mostrasse avversione al lavoro: lungi da ciò. Anzi: il guaio era che si affaccendava troppo. Cadeva in preda a una strana furia arruffata e pasticciona. Era sbadato nell'ingingere la penna nel calamaio. Le macchie sui documenti cadevano tutte allora, dopo le dodici. Invero nel pomeriggio non era soltanto sventato e tristemente incline a fare macchie, ma, in alcuni giorni, ne combinava di peggio e si faceva rumoroso. In queste occasioni la sua faccia accesa avvampava ancora di più, quasi che sull'antracite avessero ammucchiato carbone tipo cannell. Con la sedia faceva chiasso a **non finire**; rovesciava lo scatolino della sabbia; nell'agostolare le penne, per l'impazienza, le faceva a pezzi e le buttava per terra, preso dalla rabbia; si alzava, si sorgeva oltre il tavolo, metteva a soquadro le carte in modo addirittura **indecoroso**: insomma davvero un spettacolo triste in un uomo della sua età. Era tuttavia per me un collaboratore prezioso, che fino a mezzogiorno si dimostrava, come pochi, persona pronta, equilibrata e assidua, capace di svolgere una grande mole di lavoro di

6 sand-box en el original, se trata de una caja llena de arena, para secar la tinta.

incomparable, me resignaba a pasar por alto sus excentricidades, aunque, ocasionalmente, me veía obligado a reprimirlo. Sin embargo lo hacía con suavidad, pues aunque Turkey era de mañana el más cortés, más dócil y más reverencial de los hombres, estaba **predispuesto** por las tardes, a la menor provocación, a ser **áspero** de lengua, es decir, insolente. Por eso, valorando sus servicios matinales, como yo lo hacía, y resuelto a no perderlos —pero al mismo tiempo, incómodo por sus provocadoras maneras después del mediodía— y como hombre pacífico, poco deseoso de que mis amonestaciones provocaran respuestas impropias, resolví, un sábado a mediodía (siempre estaba peor los sábados), sugerirle, muy bondadosamente, que, tal vez, ahora que empezaba a envejecer, sería prudente abreviar sus tareas; en una palabra, no necesitaba venir a la oficina más que de mañana; después del almuerzo era mejor que se fuera a descansar a su casa hasta la hora del té. Pero no, insistió en cumplir sus deberes vespertinos. Su rostro se puso intolerablemente fogoso, y gesticulando con una larga regla, en el otro extremo de la habitación, me aseguró enfáticamente que, si sus servicios eran útiles de mañana, ¿cuánto más indispensables no serían de tarde?

—Con toda deferencia, señor —dijo Turkey entonces—, me considero su mano derecha. De mañana, ordeno y despliego mis columnas, pero de tarde me pongo a la cabeza, y bizarramente arremeto contra el enemigo, así — e hizo una violenta embestida con la regla.

—¿Y los borrones? — **insinué** yo.

—Es verdad, pero con todo respeto, señor, ¡contemple estos cabellos!

twelve o'clock, meridian, was the quickest, steadiest creature, too, accomplishing a great deal of work in a style not easily to be matched— for these reasons, I was willing to overlook his eccentricities, though, indeed, occasionally, I **remonstrated** with him. I did this very gently, however, because, though the civillest, nay, the blandest and most reverential of men in the morning, yet, in the afternoon, he was **disposed**, upon provocation, to be slightly **rash** with his tongue—in fact, insolent. Now, valuing his morning services as I did, and resolved not to lose them— at the same time, made uncomfortable by his **inflamed** way after twelve o'clock—and being a man of peace, unwilling by my admonitions to call forth unseemly retorts from him, I took upon me, one Saturday noon (he was always worse on Saturdays) to hint to him, very kindly, that, perhaps, now that he was growing old, it might be well to abridge his labours; in short, he need not come to my chambers after twelve o'clock, but, dinner over, had best go home to his lodgings, and rest himself till tea-time. But no, he insisted upon his afternoon devotions. His countenance became intolerably fervid, as he oratorically assured me— gesticulating with a long ruler at the other end of the room—that if his services in the morning were useful, how indispensable, then, in the afternoon?

“With submission, sir,” said Turkey, on this occasion, “I consider myself your right-hand man. In the morning I but marshal and deploy my columns; but in the afternoon I put myself at their head, and **gallantly** charge the foe, thus”— and he made a violent thrust with the ruler.

“But the blots, Turkey,” **intimated** I.

“True; but, with submission, sir, behold these hairs! I am

forma inigualable; por estas razones, de buen grado, hacía la vista gorda a sus excentricidades, aunque, en alguna ocasión, le llamaba la atención. No obstante, lo hacía con bastante suavidad, porque, aunque por la mañana era el más educado, y no sólo eso, el más dulce y respetuoso de los hombres, [78] sin embargo, por la tarde, era **propenso**, ante la más mínima provocación, a ser ligeramente imprudente en sus respuestas, insolente, de hecho. Ahora bien, como valoraba sus servicios matutinos, y estaba resuelto a no prescindir de ellos —aunque, al mismo tiempo, me sentía incómodo por su modo agitado de actuar después de las doce— y, como soy un hombre pacífico, que no deseaba provocar en él con mis advertencias respuestas impropias, me decidí un sábado al mediodía (siempre estaba peor los sábados) a sugerirle, muy cortésmente, que quizá, ahora que se iba haciendo mayor, sería conveniente reducir sus tareas; en suma, que no hacía falta que viniera al bufete después de las doce, sino que, después de comer, sería mejor que volviese a casa, a descansar hasta la hora del té. Pero no, él insistía en sus deberes vespertinos. Su semblante se volvió intolerablemente ferroso, al asegurarme en tono oratorio —gesticulando con una regla desde el otro extremo de la habitación— que si sus servicios eran de utilidad por la mañana, cómo no iban a ser indispensables por la tarde.

—Con todo respeto, señor —dijo Turkey en esta ocasión—, me considero su mano derecha. Por la mañana sólo dirijo y despliego mis columnas, pero por la tarde me pongo a la cabeza de ellas y cargo valientemente contra el enemigo, así — e hizo una violenta acometida con la regla.

—Pero los borrones, Turkey... **insinué** yo.

—Cierto; pero, con todo respeto, señor, ¡contemple estos cabellos! Me estoy

abattant la besogne avec un style difficile à égaliser, j'étais disposé à fermer les yeux sur ses excentricités sans pour autant renoncer, le cas échéant, à lui faire quelque remontrance. J'y mettais beaucoup de tact cependant car, autant il était civil, débonnaire et respectueux dans la matinée, autant l'après-midi, sur une simple provocation, il pouvait avoir la répartie **cinglante**, voire insolente. Or, estimant au plus haut point ses services matinaux, résolu à ne pas les perdre — mais, en même temps, indisposé par ses manières emportées après les douze coups de midi — et, en homme paisible, peu désireux de provoquer par mes admonestations des répliques mal venues, je pris sur moi un samedi à midi (son état empirait toujours le samedi), de lui suggérer avec amabilité que, l'âge se faisant désormais sentir, il était peut-être séant qu'il abrégât ses travaux; en un mot comme en cent, je lui laissai entendre qu'il n'avait plus besoin de venir au bureau l'après-midi; à déjeuner terminé, il valait mieux qu'il regagnât son logis et se reposât jusqu'à l'heure du thé. Mais non: il insista sur ses devoirs post-méridiens. Animé d'une intolérable fièvre, il m'assura d'un ton grandiloquent — tout en gesticulant à l'autre bout de la pièce avec une longue règle — que si ses bons offices matinaux étaient utiles, combien indispensables, dès lors, devaient être ceux de l'après-midi!

—Sauf votre respect, monsieur, dit Dindonneau à cette occasion, je me considère comme votre bras droit. Le matin, je range et déploie mes colonnes mais, l'après-midi, je me mets à leur tête et je charge **vaillamment** l'ennemi, comme ceci... — et il donna de sa règle un violent coup d'estoc.

—Mais les taches d'encre, Dindonneau! **intimai**-je.

[14] — C'est vrai; mais sauf votre respect, monsieur, contemplez ces

incomparable, me resignaba a pasar por alto sus excentricidades, aunque, ocasionalmente, me veía obligado a reprimirlo. Sin embargo lo hacía con suavidad, pues aunque Turkey era de mañana el más cortés, más dócil y más reverencial de los hombres, estaba **predispuesto** por las tardes, a la menor provocación, a ser **áspero** de lengua, es decir, insolente. Por eso, valorando sus servicios matinales, como yo lo hacía, y resuelto a no perderlos —pero al mismo tiempo, incómodo por sus provocadoras maneras después del mediodía— y como hombre pacífico, poco deseoso de que mis amonestaciones provocaran respuestas impropias, resolví, un sábado a mediodía (siempre estaba peor los sábados), sugerirle, muy bondadosamente, que, tal vez, ahora que empezaba a envejecer, sería prudente abreviar sus tareas; en una palabra, no necesitaba venir a la oficina más que de mañana; después del almuerzo era mejor que se fuera a descansar a su casa hasta la hora del té. Pero no, insistió en cumplir sus deberes vespertinos. Su rostro se puso intolerablemente fogoso, y gesticulando con una larga regla, en el otro extremo de la habitación, me aseguró enfáticamente que, si sus servicios eran útiles de mañana, ¿cuánto más indispensables no serían de tarde?

—Con toda deferencia, señor —dijo Turkey entonces—, me considero su mano derecha. De mañana, ordeno y despliego mis columnas, pero de tarde me pongo a la cabeza, y bizarramente arremeto contra el enemigo, así — e hizo una violenta embestida con la regla.

—¿Y los borrones? — **insinué** yo.

—Es verdad, pero con todo respeto, señor, ¡contemple estos cabellos!

despachar gran cantidad de trabajo con un estilo difícil de igualar; por estas razones, decía, yo estaba dispuesto a perdonarle sus rarezas, por más que, en ocasiones, hubiera de reprimirle. Lo hacía, no obstante, con amabilidad, porque, aunque por la mañana era el más educado, dócil y atento de los hombres, por la tarde era propenso a responder [14] **con aspereza** a cualquier provocación; era, en fin, insolente. Con todo, por la estima que me merecían sus servicios matinales, y resuelto como estaba a no prescindir de ellos (aunque molesto, al mismo tiempo, por sus modales inflamados a partir de las doce); y siendo yo hombre de paz, reacio a provocar, con mis reprensiones, respuestas inapropiadas por su parte, un sábado al mediodía (los sábados era cuando se ponía peor) me decidí a insinuarle muy cortésmente que quizá, ahora que se estaba haciendo mayor, sería conveniente reducir sus obligaciones; en resumen, que no hacía falta que viniera a la oficina después de las doce, sino que, tras el almuerzo, debería ir a casa y descansar hasta la hora del té. Pero no: insistió en sus deberes vespertinos. Puso una expresión de ardor intolerable mientras me aseguraba, con ademanes de orador, blandiendo una regla larga al otro extremo del cuarto, que si sus servicios de mañana eran útiles, cómo no iban a ser indispensables por la tarde.

—Con todo respeto —dijo Turkey en esa ocasión—, me considero su mano derecha. Por la mañana no hago más que desplegar mis fuerzas. Por la tarde me pongo a la cabeza, y bizarramente arremeto contra el enemigo, así... Y dio una violenta estocada con la regla.

—Pero los borrones, Turkey... **señalé**.

—Cierto; pero, con todo respeto, mire estos cabellos. Me estoy haciendo

douzième heure, il déployait autant de promptitude et d'application que possible, abattant force besogne avec un brio difficilement égalable — pour ces raisons, j'étais [14] disposé à fermer les yeux sur ses excentricités, encore qu'à l'occasion il m'arrivât de le **chapitrer**. J'y mettais d'ailleurs une grande modération, car, s'il était le matin non seulement le plus civil, mais aussi le plus débonnaire et le plus respectueux des hommes, l'après-midi le trouvait d'humeur à jouer assez vivement de la langue si l'on venait à le provoquer — être, en fait, insolent. Or, prisant comme je faisais ses services du matin et résolu à ne point les perdre, mais en même temps importuné par son comportement incendiaire de l'après-midi et répugnant, en homme pacifique, à susciter par mes **remonstrances** des répliques déplacées, je pris sur moi un samedi après-midi (son comportement était toujours pire le samedi) de lui suggérer d'un ton fort bienveillant que peut-être, à présent qu'il se faisait vieux, il ferait bien d'abréger ses travaux; en bref, qu'il n'avait plus besoin de venir au bureau l'après-midi, et qu'une fois son déjeuner terminé, il pourrait rentrer chez lui pour s'y reposer jusqu'à l'heure du thé. Mais non: il insista sur ses devoirs vespéraux; et s'anima d'une ardeur intolérable et m'assura emphatiquement — tout en gesticulant avec une longue règle à l'autre bout de la pièce — que, si ses services étaient utiles le matin, ils ne pouvaient être qu'indispensables l'après-midi.

« Sauf votre respect, monsieur, dit Dindon à cette occasion, je me considère comme votre bras [15] droit. Le matin, je ne fais que me **ranger** en ordre de bataille et déployer mes colonnes; mais l'après-midi, je me mets à leur tête et je charge **bravement** l'ennemi... comme ceci! » Et il fit un violent plongeon avec la règle.

« Mais les taches, Dindon? **intimai**-je.

— C'est vrai, mais sauf votre respect, monsieur, regardez ces cheveux! Je me

qualità non facilmente uguagliabile. Ecco perché chiudevo un occhio sulle sue bizzarrie, sebbene di tanto in tanto, invero, gli rivolgevo le mie rimozioni. Lo facevo con molto tatto, perché, mentre al mattino era il più civile, garbato, rispettoso degli uomini, nel pomeriggio, se provocato, rischiava di ricorrere a parole un po' avventate, anzi insolenti. Ora tenendo, come facevo, in grande considerazione i suoi servizi mattutini, e deciso — a non perderli — tuttavia, sentendomi nello stesso tempo a disagio per i suoi modi pomeridiani così esuberanti — ed essendo un uomo pacifico, poco propenso a suscitare con i miei improverbi reazioni disdicevoli da parte sua, mi decisi, un sabato pomeriggio (al sabato era peggio che negli altri giorni), ad accennargli, con molto garbo, che, forse, ora che invecchiava, avrebbe ben potuto ridurre l'orario di lavoro; insomma non era necessario che venisse in ufficio dopo le dodici, ma, una volta finito il pranzo, gli sarebbe convenuto ritornarsene a casa a riposarsi fino all'ora del tè. Niente da fare: insistette nel deditarmi i suoi servizi pomeridiani. Il volto gli si infervorò da far paura, mentre con piglio oratorio mi assicurava — gesticolando con un lungo righello all'altro capo della stanza — che, se erano utili i suoi servizi mattutini, non erano forse indispensabili quelli pomeridiani?

« Con tutto il rispetto, signore », disse Tacchino in questa occasione, « mi considero il suo braccio destro. Al mattino mi limito a ordinare in grande spiegamento le mie schiere, ma nel pomeriggio mi metto alla loro testa e audacemente attacco il nemico, così », e con il righello vibrò una violenta stoccata.

« Ma le macchie, Tacchino, **insinuai timidamente**.

« Vero, signore, ma con tutto il rispetto, guardi questi capelli! Sto

Estoy envejeciendo. Seguramente, señor, un borrón o dos en una tarde calurosa no pueden reprocharse con severidad a mis canas. La vejez, aunque borrona una página, es honorable. Con permiso, señor, los *dos* estamos envejeciendo.

Este llamado a mis sentimientos personales resultó irresistible. Comprendí que estaba resuelto a no irse. Hice mi composición de lugar, resolviendo que por las tardes le confiaría sólo documentos de menor importancia.

Nippers, el segundo de mi lista, era un muchacho de unos veinticinco años, cetrino, melnudo, algo pirático. Siempre lo consideré una víctima de dos poderes malignos: la ambición y la indigestión. Evidencia de la primera era cierta impaciencia en sus deberes de mero copista y una injustificada usurpación de asuntos estrictamente profesionales, tales como la redacción original de documentos legales. La indigestión se manifestaba en rachas de sarcástico mal humor, con notorio rechinamiento de dientes, cuando cometía errores de copia; innecesarias maldiciones, silbadas más que habladas, en lo mejor de sus ocupaciones, y especialmente por un continuo disgusto con el nivel de la mesa en que trabajaba. A pesar de su ingeniosa aptitud mecánica, nunca pudo Nippers arreglar esa mesa a su gusto. Le ponía astillas debajo, cubos de distinta clase, pedazos de cartón y llegó hasta ensayar un prolijo ajuste con tiras de papel secante doblado. Pero todo era en vano. Si para comodidad de su espalda, levantaba la cubierta de su mesa en un ángulo agudo hacia el mentón,

getting old. Surely, sir, a blot or two of a warm afternoon is not to be severely urged against gray hairs. Old age— even if it blot the page—is honorable. With submission, sir, we *both* are getting old.”

This appeal to my fellow-feeling was hardly to be resisted. At all events, I saw that go he would not. So, I made up my mind to let him stay, resolving, nevertheless, to see to it that, during the afternoon, he had to do with my less important papers.

Nippers, the second on my list, was a whiskered, **sallow**, and, upon the whole, rather piratical-looking young man, of about five-and-twenty. I always deemed him the victim of two evil powers—ambition and indigestion. The ambition was evinced by a certain impatience of the duties of a mere copyist, an unwarrantable usurpation of strictly professional affairs, such as the original drawing up of legal documents. The indigestion seemed betokened in an occasional nervous testiness and grinning irritability, causing the teeth to audibly grind together over mistakes committed in copying; unnecessary maledictions, hissed, rather than spoken, in the heat of business; and especially by a continual discontent with the height of the table where he worked. Though of a very ingenious mechanical turn, Nippers could never get his table to suit him. He put chips under it, blocks of various sorts, bits of pasteboard, and at last went so far as to attempt an exquisite adjustment, by final pieces of folded blotting-paper. But no invention would answer. If, for the sake of easing his back, he brought the table lid at a sharp angle well up toward his chin, and wrote there like a man using the steep

haciendo viejo. Seguramente, señor, un borrón o dos en una tarde calurosa no se deben utilizar con severidad contra las canas. La edad, aunque emborrone la página, es honorable. Con todo respeto, señor, los dos nos estamos haciendo viejos.

Esta llamada a mi simpatía era difícil de resistir. En cualquier caso, como saqué que no se iría. Así que decidí permitirle que se quedara, pero resuelto, no obstante, a procurar que por la tarde se ocupase de mis documentos menos importantes.

Nippers, el segundo en la lista, era un hombre joven, de unos veinticinco años, con patillas, cetrino y, en general, con bastante aire de pirata. Siempre lo consideré víctima de dos poderes malignos: la ambición y la indigestión. La ambición se manifestaba en una cierta impaciencia con los deberes de un [79] mero amanuense, una usurpación injustificable de asuntos estrictamente profesionales, tales como la redacción original de documentos legales. La indigestión parecía presagiada por un ocasional desabrimiento nervioso y una irritabilidad gesticulante, que hacía que los dientes rechinasen de forma palpable ante errores cometidos al copiar; por innecesarias maldiciones, siseadas más que pronunciadas en el ardor del trabajo, y, especialmente, por un descontento continuo por la altura de la mesa donde trabajaba. A pesar de ser muy hábil en cuestiones de mecánica, Nippers nunca conseguía colocar la mesa a su gusto. Ponía astillas debajo, calzos de diversos tipos, trozos de cartón y, por último, llegó al extremo de intentar un ajuste perfecto con trozos de papel secante doblado. Pero ningún invento era eficaz. Si, para aliviar su espalda, acercaba la tapa de la mesa formando así un ángulo agudo hasta la barbilla, y escribía como quien usa el tejado empinado de

cheveux ! Je me fais vieux. Pour sûr, monsieur, un pâté ou deux par un après-midi de chaleur ne sauraient être retenus contre des cheveux gris. Le grand âge, dût-il souiller la page, est honorable. Sauf votre respect, monsieur, nous nous faisons vieux tous les deux.

Cet appel à ma sympathie était difficile à repousser. En tout état de cause, je vis qu'il ne s'en irait pas. Aussi je pris le parti de le laisser rester tout en décidant de ne lui confier, l'après-midi, que les documents de moindre importance.

Pincettes, le second de ma liste, était un jeune homme d'environ vingt-cinq ans, blême, moustachu, à l'allure de pirate. Je l'ai toujours tenu pour victime de deux puissances malignes : l'ambition et l'indigestion. L'ambition était manifeste dans l'impatience qu'il montrait envers les devoirs d'un simple copiste, devoirs qui usurpaient effrontément la place des affaires strictement professionnelles, comme par exemple la rédaction originale d'actes juridiques. Sa dyspepsie, elle, donnait lieu à une sporadique irritabilité des nerfs et à une susceptibilité ricanieuse qui engendraient tour à tour des grincements de dents à la moindre faute de copie, une bordée de malédictions sifflantes dans l'ardeur du travail et, surtout, un perpétuel mécontentement quant à la hauteur de la table de travail. Malgré son ingéniosité dans la mécanique, Pincettes n'arrivait jamais à placer la table à son gré. Il glissait sous les pieds des éclats de bois, des cales de diverse nature, des morceaux de carton et, pour finir, alla jusqu'à tenter de parfaire son délicat ajustement en ajoutant des bouts de papier buvard pliés en quatre. Mais aucune invention ne le satisfaisait. Lorsque, dans le but de soulager son échine, il amenait le plan de la table à angle aigu avec son menton, et se mettait à écrire comme un homme qui prendrait pour pupitre le toit abrupt d'un

Estoy envejeciendo. Seguramente, señor, un borrón o dos en una tarde calurosa no pueden reprocharse con severidad a mis canas. La vejez, aunque borrona una página, es honorable. Con permiso, señor, los *dos* estamos envejeciendo.

Este llamado a mis sentimientos personales resultó irresistible. Comprendí que estaba resuelto a no irse. Hice mi composición de lugar, resolviendo que por las tardes le confiaría sólo documentos de menor importancia.

Nippers, el segundo de mi lista, era un muchacho de unos veinticinco años, cetrino, melnudo, algo pirático. Siempre lo consideré una víctima de dos poderes malignos: la ambición y la indigestión. Evidencia de la primera era cierta impaciencia en sus deberes de mero copista y una injustificada usurpación de asuntos estrictamente profesionales, tales como la redacción original de documentos legales. La indigestión se manifestaba en rachas de sarcástico mal humor, con notorio rechinamiento de dientes, cuando cometía errores de copia; innecesarias maldiciones, silbadas más que habladas, en lo mejor de sus ocupaciones, y especialmente por un continuo disgusto con el nivel de la mesa en que trabajaba. A pesar de su ingeniosa aptitud mecánica, nunca pudo Nippers arreglar esa mesa a su gusto. Le ponía astillas debajo, cubos de distinta clase, pedazos de cartón y llegó hasta ensayar un prolijo ajuste con tiras de papel secante doblado. Pero todo era en vano. Si para comodidad de su espalda, levantaba la cubierta de su mesa en un ángulo agudo hacia el mentón,

Estoy envejeciendo. Seguramente, señor, un borrón o dos en una tarde calurosa no pueden reprocharse con severidad a estas canas. La vejez es honrosa, incluso cuando emborronea la página. Con todo respeto, señor, los dos nos estamos haciendo viejos.

Esta apelación a mis sentimientos de simpatía lo desarmaba a uno. En definitiva, vi que no estaba dispuesto a marcharse. Así que me resolví a dejar que se quedara; con la salvedad, en fin, de procurar que, por la tarde, se ocupara de mis papeles menos importantes. [15]

Nippers, el segundo de mi lista, era un joven patillado, amarillo y, en conjunto, con cierto aspecto de pirata. Tenía unos veinticinco años. Siempre lo consideré víctima de dos poderes malignos: la ambición y la indigestión. La ambición se manifestaba en cierta impaciencia ante los deberes de un simple copista, una injustificable usurpación de tareas estrictamente profesionales, tales como la redacción de documentos legales de primera mano. La indigestión parecía manifestarse en un malhumor nervioso ocasional y una especie de mueca de irritación que hacía que los dientes le rechinaran perceptiblemente cuando cometía un error en la copia; también, en maldiciones innecesarias, siseadas, más que habladas, en plena faena; y, sobre todo, en una continua disconformidad con la altura de la mesa donde se trabajaba. A pesar de su talento para la mecánica, Nippers nunca pudo conseguir que esa mesa le viniera bien. La calzaba con astillas, tacos de todo tipo, pedazos de cartón... Al final, llegó a intentar un ajuste exquisito, a base de trozos doblados de papel secante. Pero ningún invento funcionaba. Si, con el propósito de aliviar su espalda, aumentaba el ángulo de inclinación de la tapa de su mesa, acercán-

fais vieux. Pour sûr, monsieur, une tache ou deux par une chaude après-midi, ce n'est pas là une chose dont vous puissiez faire sévèrement grief à des cheveux gris. L'âge, même s'il tache le papier, est vénérable. Sauf votre respect, monsieur, nous nous faisons vieux tous les deux. »

Cet appel à ma parenté de sentiment était difficile à repousser. Quant à s'en aller, en tout cas, je vis bien qu'il était décidé à n'en rien faire. Je pris donc le parti de souffrir qu'il restât, tout en me promettant de veiller à ce qu'il n'eût affaire l'après-midi qu'aux moins importants de mes papiers.

Lagrinche, qui vient en second sur ma liste, était un jeune homme à favoris au teint **plombé**, de vingt-cinq ans peut-être et qui, tout compte fait, avait assez la mine d'un pirate. J'ai toujours vu en lui la victime de deux puissances malignes: l'ambition et l'indigestion. L'ambition se manifestait par un certain mécontentement d'avoir à remplir ses devoirs d'un simple copiste, lesquels devoirs [16] constituaient un empêchement insupportable sur ses véritables fonctions professionnelles, d'actes notariés par exemple. L'indigestion semblait attestée occasionnellement par une nervosité irascible, par une intolérance ricanieuse qui parfois lui faisaient grincer distinctement des dents sur ses fautes de copie, par des malédictions superflues **chuintées** plutôt qu'articulées dans la chaleur du travail, et surtout par un mécontentement continuel de la hauteur de la table sur laquelle il écrivait. Bien qu'il eût l'esprit mécanicien et fort inventif, Lagrinche ne parvenait jamais à disposer la table à sa convenance. Il plaçait adoussés des copeaux, des bouts de carton, allant même jusqu'à tenter de parfaire de manière exquise son ajustement à l'aide de morceaux de buvard pliés. Mais aucune invention ne s'avérait satisfaisante. Si, dans le dessein de soulager son **échine**, il donnait à la table une inclinaison prononcée en l'élevant à bonne hauteur vers

invecchiando. Di sicuro non si può rimproverare a questi capelli grigi una macchia o due in un pomeriggio caldo, signore. La vecchiaia, anche quando imbratta una pagina, è onorevole. Con rispetto, signore, tutti e due stiamo invecchiando».

Difficile resistere a quell'appello alla mia solidarietà. Capivo in ogni caso che di andarsene non se ne parlava. Risolsi, perciò, di lasciarlo stare, decidendo tuttavia di provvedere a che nel pomeriggio trattasse documenti di minor conto.

Pince-Nez, il secondo della lista, era un giovanotto di circa venticinque anni, giallognolo, con basette e, nell'insieme, con un'aria piratesca. Ho sempre ritenuto che fosse la vittima di due influssi malefici: l'ambizione e la cattiva digestione. L'ambizione si manifestava in una certa insofferenza per i compiti di mero copista, che in a m i s s i b i l m e n t e usurpavano gli affari strettamente professionali, come la stesura originale di documenti legali. Quanto alla cattiva digestione, ne erano sintomi una saltuaria irascibilità e ringhiosa irritabilità che gli facevano arrotare i denti in modo udibile per errori commessi nel copiare; imprecazioni inutili, sibilate più che scandite a parole nell'incalzare del lavoro, e soprattutto la perpetua scontentezza per l'altezza della scrivania. Sebbene avesse un'inclinazione ingegnosa alla meccanica, Pince-Nez non riuscì mai ad adattare il tavolo alle proprie esigenze. Metteva sotto pezzi e pezzettini di vario genere, blocchetti di cartone: per ottenere uno squisito equilibrio arrivò all'estremo tentativo di utilizzare strisce di carta assorbente piegata. Ma inutili erano tutti i colpi di genio. Se, per dar sollievo alla schiena, alzava il ripiano del tavolo ad angolo acuto portando quasi sotto il mento e vi lavorava come

y escribía como si un hombre usara el empinado techo de una casa holandesa como escritorio, la sangre circulaba mal en sus brazos. Si bajaba la mesa al nivel de su cintura, y se agachaba sobre ella para escribir, le dolían las espaldas. La verdad es que Nippers no sabía lo que quería. O, si algo quería, era verse libre para siempre de una mesa de copista. Entre las manifestaciones de su ambición enfermiza, tenía la pasión de recibir a ciertos tipos de apariencia ambigua y trajes rotos, a los que llamaba sus clientes. Comprendí que no sólo le interesaba la política parroquial: a veces hacía sus negocios en los juzgados, y no era desconocido en las antecámaras de la cárcel. Tengo buenas razones para creer, sin embargo, que un individuo que lo visitaba en mis oficinas, y a quien pomposamente insistía en llamar *mi cliente*, era sólo un **acredor**, y la escritura, una cuenta. Pero con todas sus fallas y todas las molestias que me causaba, Nippers (como su compatriota Turkey) me era muy útil, escribía con rapidez y letra clara; y cuando quería no le faltaban modales distinguidos. Además, siempre estaba vestido como un caballero; y con esto daba tono a mi oficina. En lo que respecta a Turkey, me daba mucho **trabajo** evitar el descrédito que reflejaba sobre mí. Sus trajes parecían grasientos y olían a comida. En verano usaba pantalones grandes y **bolsudos**. Sus sacos eran execrables; el sombrero no se podía tocar. Pero mientras sus sombreros me eran indiferentes, ya que su natural cortesía y deferencia, como inglés subalterno, lo llevaban a sacárselo apenas entraba en el cuarto, su saco

roof of a Dutch house for his desk, then he declared that it stopped the circulation in his arms. If now he lowered the table to his waistbands, and stooped over it in writing, then there was a sore aching in his back. In short, the truth of the matter was, Nippers knew not what he wanted. Or, if he wanted anything, it was to be rid of a scrivener's table altogether. Among the manifestations of his diseased ambition was a fondness he had for receiving visits from certain ambiguous-looking fellows in **seedy** coats, whom he called his clients. Indeed, I was aware that not only was he, at times, considerable of a ward-politician, but he occasionally did a little business at the Justices' courts, and was not unknown on the steps of the Tombs. I have good reason to believe, however, that one individual who called upon him at my chambers, and who, with a grand air, he insisted was his client, was no other than a **dun**, and the alleged title-deed, a bill. But, with all his failings, and the annoyances he caused me, Nippers, like his compatriot Turkey, was a very useful man to me; wrote a neat, swift hand; and when he chose, was not deficient in a gentlemanly sort of deportment. Added to this, he always dressed in a gentlemanly sort of way; and so, incidentally, reflected credit upon my chambers. Whereas, with respect to Turkey, I had much **ado** to keep him from being a reproach to me. His clothes were apt to look oily, and smell of eating-houses. He wore his pantaloons very loose and baggy in summer. His coats were execrable; his hat not to be handled. But while the hat was a thing of indifference to me, inasmuch as his natural civility and deference, as a dependent Englishman, always led him to **doff** it the moment he entered the room, yet his coat was another

una casa holandesa como pupitre, entonces decía que esto detenía la circulación de sus brazos. Si bajaba la mesa hasta la pretina, y se doblaba sobre ella al escribir, entonces sentía un dolor agudo en la espalda. En resumen, la verdad era que Nippers no sabía lo que quería. O, si algo quería, era deshacerse de la mesa de escribiente para siempre. Entre las diversas manifestaciones de su ambición enfermiza estaba su afición a recibir visitas de ciertos tipos de aspecto ambiguo y con chaquetas **raídas**, a los que llamaba sus clientes. En realidad, yo sabía que no sólo era, en ocasiones, un notable político de barrio, sino que, vez en cuando, hacía algún pequeño negocio en los tribunales de Justicia, y era conocido en las escaleras de las Tumbas. No obstante, tengo buenas razones para creer que un individuo que preguntó por él en mi bufete y que, con aires de grandeza, insistía en que era su cliente, no era más que un **acredor**, y la escritura que aaducía, una factura. Pero, con todos sus fallos, y las molestias que me causaba, Nippers, como su compatriota Turkey, me resultaba un hombre muy útil; tenía una letra clara y rápida, y cuando quería, no le faltaba un comportamiento de tipo caballeroso. Además, siempre iba vestido como un caballero [80] y, de ese modo, indirectamente, honraba mi bufete. Por el contrario, con respecto a Turkey, tenía dificultades para evitar que fuese una vergüenza para mí. Su ropa solía parecer aceitosa y oler a comedor. En verano llevaba pantalones muy anchos y bombados. Sus chaquetas eran grandes y abominables y su sombrero no había por dónde cogerlo. Pero mientras el sombrero me resultaba indiferente, tanto más cuanto que su educación natural y su deferencia, como inglés y subordinado, le obligaba a quitárselo cuando entraba en la habitación, sin embarco, la chaqueta era otra cuestión. Yo intentaba ha-

maison hollandaise, il déclarait que cette position entravait la circulation de ses bras. Quand, en revanche, il abaissait le plan de travail jusqu'à sa taille et se penchait outrageusement pour pouvoir écrire, il prétendait avoir le dos tout endolori. La vérité est que Pincettes ne savait pas ce qu'il voulait. Ou, s'il voulait quelque chose, c'était se voir débarrassé d'une table de copiste. Au nombre des manifestations de sa malade ambition, figurait un goût prononcé pour les visites de certains individus d'allure équivoque et de mine douteuse qu'il appelait ses clients. Je n'étais pas sans savoir qu'il était, à l'occasion, tenu pour grand clerc en matière de tutelle, qu'il avait aussi affaire au Palais de Justice et qu'il n'était pas inconnu sur les marches des Tombes (1). J'ai de bonnes raisons de croire, cependant, que certain individu venu le demander à mon cabinet, et qu'il s'obstina, en prenant de grands airs, à me présenter comme un client, n'était en réalité qu'un **agent de recouvrement**, et le prétendu titre de propriété, une quittance. Mais en dépit de toutes ses faiblesses et des ennuis qu'il me causait, Pincettes, à l'égal de son compatriote Dindonneau, m'était très utile; il écrivait d'une main nette et rapide et, quand il le voulait, n'était pas dépourvu d'une certaine distinction. De surcroît, il s'habillait toujours avec élégance et l'honneur en rejaillissait sur mon cabinet. En revanche, j'avais fort à faire pour empêcher Dindonneau de me porter tort. Ses habits avaient un aspect fâcheusement grasseux et sentaient l'estaminet. En été, il portait des pantalons larges et ballants. Ses redingotes étaient execrables et son chapeau intouchable. Mais alors que le chapeau me laissait indifférent — la civilité et la déférence naturelles à un clerc [16] anglais poussant Dindonneau à retirer son couvre-chef dès qu'il entraient dans une pièce — il n'en allait pas de même

y escribía como si un hombre usara el empinado techo de una casa holandesa como escritorio, la sangre circulaba mal en sus brazos. Si bajaba la mesa al nivel de su cintura, y se agachaba sobre ella para escribir, le dolían las espaldas. La verdad es que Nippers no sabía lo que quería. O, si algo quería, era verse libre para siempre de una mesa de copista. Entre las manifestaciones de su ambición enfermiza, tenía la pasión de recibir a ciertos tipos de apariencia ambigua y trajes rotos, a los que llamaba sus clientes. Comprendí que no sólo le interesaba la política parroquial: a veces hacía sus negocios en los juzgados, y no era desconocido en las antecámaras de la cárcel. Tengo buenas razones para creer, sin embargo, que un individuo que lo visitaba en mis oficinas, y a quien pomposamente insistía en llamar *mi cliente*, era sólo un **acredor**, y la escritura, una cuenta. Pero con todas sus fallas y todas las molestias que me causaba, Nippers (como su compatriota Turkey) me era muy útil, escribía con rapidez y letra clara; y cuando quería no le faltaban modales distinguidos. Además, siempre estaba vestido como un caballero; y con esto daba tono a mi oficina. En lo que respecta a Turkey, me daba mucho **trabajo** evitar el descrédito que reflejaba sobre mí. Sus trajes parecían grasientos y olían a comida. En verano usaba pantalones grandes y **bolsudos**. Sus sacos eran execrables; el sombrero no se podía tocar. Pero mientras sus sombreros me eran indiferentes, ya que su natural cortesía y deferencia, como inglés subalterno, lo llevaban a sacárselo apenas entraba en el cuarto, su saco

dosela a la barbilla, y se ponía a escribir como quien tiene por escritorio el tejado en pendiente de una casa holandesa, entonces declaraba que aquello le paraba la circulación de los brazos. Si bajaba la mesa a la altura de su cintura, y se inclinaba sobre ella para escribir, entonces sentía un fuerte dolor de espalda. En definitiva, Nippers no sabía lo que quería. O lo que quería no era otra cosa que verse libre de la mesa de escribiente. Entre las manifestaciones de esta ambición enfermiza estaba su afición a recibir a ciertos individuos de aspecto dudoso y chaqueta raída, a los que llamaba «sus clientes». Yo sabía que, aparte de sus pinitos en política local, a veces tenía algún que otro asuntillo en los juzgados, y no era desconocido en las escalinatas [16] de la cárcel. Con todo, tengo mis razones para creer que cierto individuo que vino a verlo a la oficina (y que él, dándose aires de importancia, insistió en que era cliente suyo) no era otra cosa que un **cobrador**, y el supuesto título de propiedad, una factura. Pero, con todas sus faltas y las molestias que me causaba, Nippers, al igual que su compatriota Turkey, me era de gran utilidad. Tenía la letra clara y rápida. Cuando quería, tenía modales dignos de un caballero. A lo que se añadía que vestía siempre como un caballero. Lo que, como un caballero, lo que, indirectamente, redundaba en la buena fama de mi oficina... Pues, en lo que respecta a Turkey, me las veía y deseaba para evitar que fuera un descrédito para mí. Su ropa tenía aspecto grasiento y olía a casa de comidas. Llevaba los pantalones caídos, y en verano le hacían fondillos. Sus chaquetas eran execrables, su sombrero no se podía ni tocar. Pero mientras el sombrero me tenía sin cuidado, puesto que su natural cortesía y educación, como subordinado inglés que era, le empujaban a quitárselo en cuanto entra-

son menton, et s'il écrivait dessus à l'instar d'un homme qui utiliserait pour pupitre le toit abrupt d'une maison hollandaise, il déclarait que sa circulation s'en trouvait arrêtée dans les bras. Si au contraire il abaissait la table jusqu'à sa ceinture et se penchait sur elle pour écrire, il avait horriblement mal au dos. Bref, la vérité était que Lagrinche ne savait pas ce qu'il voulait; ou que, s'il voulait vraiment quelque chose, c'était de se [17] voir entièrement débarrassé d'une table de scribe. L'une des marques de son ambition malade était le plaisir qu'il prenait à recevoir les visites de certains individus de mine douteuse aux vêtements **rapés**, qu'il appelait ses clients. En fait, je n'étais pas sans savoir non seulement qu'il était un politicien d'importance dans la circonscription, mais encore qu'il faisait occasionnellement quelques petites affaires au Palais et qu'il n'était pas inconnu sur les marches des Tombes (1). J'ai de bonnes raisons de croire, cependant, que le quidam qui vint le demander à mon étude et qu'il s'obstina, en prenant de grands airs, à qualifier de client, n'était autre qu'un **créancier**, et le prétendu titre de propriété qu'il exhibait, qu'une quittance. Mais en dépit de toutes ses faiblesses et des ennuis qu'il me causait, Lagrinche, comme son compatriote Dindon, m'était un auxiliaire fort utile; écrivait d'une main nette et rapide; et, quand il le voulait, ne laissait pas de se comporter avec une certaine distinction. Ajoutez à cela qu'il s'habillait toujours, également, avec une certaine distinction, n'était par là, incidemment, du crédit à mon étude. J'avais au contraire le plus grand mal à empêcher Dindon de me faire honte. Ses habits prenaient volontiers un aspect huileux et [18] sentaient la gargote. Il portait en été ses pantalons très lâches et très ballants. Ses vestons étaient execrables; son chapeau, repoussant. Si le chapeau m'était indifférent — étant donné que la civilité et la déférence naturelles à un employé anglais le lui faisaient **ôter** à

chi usasse per scrivere il tetto spiovente di una casa olandese, allora dichiarava che così gli si bloccava la circolazione delle braccia. Se allora abbassava il tavolo fino alla vita e vi si piegava sopra per scrivere, ecco che insorgeva un acuto dolore alla schiena. Insomma, la verità era che Pince-Nez non sapeva quello che voleva. Oppure, se qualcosa voleva, era di sbarazzarsi una volta per tutte del tavolo da scrivano. Fra le manifestazioni della sua morbosa ambizione c'era una propensione entusiastica a ricevere le visite di certi individui loschi, intabarrati in malconce palandrane, che egli chiamava suoi clienti. Ero al corrente, in verità, che non soltanto si dava da fare, a volte, in una circoscrizione elettorale, ma di tanto in tanto sbriguava qualche faccenduccia in tribunale e non era sconosciuto sui gradini delle Tombe. Ho, tuttavia, buone ragioni di ritenere che almeno un individuo - uno che veniva a trovarlo in ufficio - e che lui con grandi arie si ostinava a chiamare suo cliente, altri non fosse se non un esattore che gli stava alle costole, e il presunto titolo di credito, una cambiale. Ma con tutte le sue manchevolezze e i fastidi che mi procurava, Pince-Nez, come il suo compatriota Tacchino, mi era molto utile: scriveva con mano rapida e nitida e, quando gli garbava, non gli mancavano maniere da gentiluomo. E da gentiluomo si vestiva sempre, dando così, incidentalmente, lustro al mio studio. Con Tacchino, invece, dovevo adoperarmi perché non mi facesse sfigurare. I suoi abiti erano spesso unti e puzzavano di trattoria; d'estate portava pantaloni larghi e sformati; le giacche erano esecrabili; il cappello, poi, meglio non toccarlo. Ma se il cappello mi era indifferente perché la naturale urbanità e la deferenza da impiegato inglese lo inducevano a toglierselo nell'istante in cui varcava la soglia, la giacca, invece, era tutt'altro affare. Ne ragionai con lui, a

⁷ The Tombs en el original, era el nombre de la antigua cárcel de Nueva York, que semejaba a las tumbas egipcias.

ya era otra cosa. Hablé con él respecto a su ropa, sin ningún resultado. La verdad era, supongo que un hombre con renta tan exigua no podía ostentar al mismo tiempo una cara brillante y una ropa brillante. Como observó Nippers una vez, Turkey gastaba casi todo su dinero en tinta roja. Un día de invierno le regalé a Turkey un sobretodo mío de muy decorosa apariencia: un sobretodo gris, acolchado, de gran abrigo, abotonado desde el cuello hasta las rodillas. Pensé que Turkey apreciaría el regalo, y moderaría sus estrépitos e imprudencias. Pero no; creo que el hecho de enfundarse en un sobretodo tan suave y tan acolchado, ejercía un pernicioso efecto sobre él —según el principio de que un exceso de avena es perjudicial para los caballos—. De igual manera que un caballo **impaciente** muestra la avena que ha comido, así Turkey mostraba su sobretodo. Le daba insolencia. Era un hombre a quien perjudicaba la prosperidad.

Aunque en lo referente a la continencia de Turkey yo tenía mis presunciones, en lo referente a Nippers estaba persuadido de que, cualesquiera fueran sus faltas en otros aspectos, era por lo menos un joven sobrio. Pero la propia naturaleza era su tabernero, y desde su nacimiento le había suministrado un carácter tan irritable y tan alcohólico que toda bebida subsiguiente le era superflua. Cuando pienso que en la calma de mi oficina Nippers se ponía de pie, se inclinaba sobre la mesa, estiraba los brazos, levantaba todo el escritorio y lo movía, y lo sacudía marcando el piso, como si la mesa fuera un **X perverso** ser voluntarioso dedicado a vejarlo y a frustrarlo, claramente comprendo que para Nippers el aguardiente era superfluo.

intent *adj.* absorbed, engrossed, captive, enwrapped, wrapped, **atento** concentrado, absorto.

Concerning his coats, I reasoned with him; but with no effect. The truth was, I suppose, that a man with so small an income could not afford to sport such a lustrous face and a lustrous coat at one and the same time. As Nippers once observed, Turkey's money went chiefly for red ink. One winter day, I presented Turkey with a highly respectable-looking coat of my own—a padded gray coat, of a most comfortable warmth, and which buttoned straight up from the knee to the neck. I thought Turkey would appreciate the favour, and abate his rashness and obstreperousness of afternoons. But no; I verily believe that buttoning himself up in so downy and blanket-like a coat had a pernicious effect upon him—upon the same principle that too much oats are bad for horses. In fact, precisely as a rash, **restive** horse is said to feel his oats, so Turkey felt his coat. It made him insolent. He was a man whom prosperity harmed.

Though, concerning the self-indulgent habits of Turkey, I had my own private surmises, yet, touching Nippers, I was well persuaded that, whatever might be his faults in other respects, he was, at least, a temperate young man. But, indeed, nature herself seemed to have been his vintner, and, at his birth, charged him so thoroughly with an irritable, brandy-like disposition, that all subsequent potatoes were needless. When I consider how, amid the stillness of my chamber, Nippers would sometimes impatiently rise from his seat, and stooping over his table, spread his arms wide apart, seize the whole desk, and move it, and jerk it, with a **grim**, grinding motion on the floor, as if the table were a **perverse** voluntary agent intent on hurting and vexing him, I plainly perceive that, for Nippers, brandy-and-water were altogether superfluous.

grim resulta, denodada, **perverse** 1 perverso, malvado, contumaz, adverso, contrario

cerle entrar en razón con respecto a las chaquetas, pero sin resultado. La verdad era, supongo, que un hombre de ingresos tan escasos no se podía permitir el lujo de lucir a la vez rostro y chaqueta tan lustruosos. Como Nippers comentó una vez, el dinero de Turkey se iba principalmente en tinta roja. Un día de invierno le ofrecí a Turkey una chaqueta mía de aspecto muy respetable: una chaqueta gris con forro almohadillado, de lo más cómodo y confortable y que se abrochaba desde la rodilla hasta el cuello. Yo pensé que Turkey apreciaría el favor, y moderaría su precipitación y ruido vespertinos. Pero no, creo realmente que el abrocharse hasta arriba una chaqueta tan suave y tan parecida a una manta, le produjo un efecto pernicioso, por el mismo principio de que demasiada avena es mala para el caballo. De hecho, igual que le sienta la avena a un caballo impetuoso e inquieto, así le sentó a Turkey la chaqueta. Lo volvió insolente. Era un hombre al que perjudicaba la prosperidad.

Aunque, con respecto a las costumbres immoderadas de Turkey, ya me hacía yo mis conjeturas, sin embargo, con respecto a Nippers, estaba persuadido de que, cualesquiera que pudieran ser sus defectos en otros aspectos, al menos, era un muchacho comedido. Pero realmente la naturaleza parecía haber sido su vinatero, y haberle dotado tan cuidadosamente, desde su nacimiento, de un temperamento irritable y ardiente, que todas las libaciones posteriores eran inútiles. Cuando pienso cómo, en la quietud de mi despacho, Nippers se levantaba a veces con impaciencia de su asiento, y doblándose sobre la mesa, extendía los brazos, agarraba el pupitre entero y lo movía y sacudía con un movimiento **terrible y pesado**, como si la mesa fuese un agente voluntario **X perverso** que intentase vejarle [81] y contrariarle, me doy cuenta claramente de que, para Nippers, el coñac con agua era claramente superfluo.

perverse 1 perverso, malvado, contumaz, adverso, contrario

pour la redingote. J'essayai de le raisonner sur ce chapitre, mais en vain. En vérité, je suppose qu'un homme doté de revenus aussi maigres ne pouvait s'offrir d'arborer à la fois une jaquette et un visage aussi luisants. Comme le fit une fois remarquer Pincettes, tout l'argent de Dindonneau partait en encre rouge. Un jour d'hiver, j'offris à mon clerc une redingote d'apparence hautement respectable, prélevée dans ma propre garde-robe: grise, molletonnée, à la fois confortable et chaude, elle se boutonnait du genou au cou. Je pensais que Dindonneau apprécierait cette faveur et qu'il mettrait un frein à sa turbulence impétueuse de l'après-midi. Mais non; je crois vraiment que le fait de se sangler dans une redingote aussi douillette et moelleuse eut sur lui le plus perniciosus effet: ne dit-on pas, en effet, qu'un excès d'avoine est mauvais pour les chevaux? De même qu'un cheval, indocile, rétif, sent son avoine, de même Dindonneau sentait sa redingote. Elle le rendait insolent. C'était un homme que la prospérité gâtait.

Bien que j'eusse mes petites idées sur les penchants de Dindonneau, j'étais convaincu que Pincettes, lui, en dépit de ses managements à bien des égards, était du moins un jeune homme sobre. Il faut dire que la nature même avait joué, dans son cas, le rôle de la dive bouteille puisqu'elle l'avait, dès sa naissance, doté d'un tempérament si inflammable, si spiritueux, que toute subséquente libation était inutile. Lorsque je considère la façon dont Pincettes, dans le calme de mon étude, avait coutume de se lever impatientement de son siège, de se pencher au-dessus de la table, d'étendre les bras, de saisir le pupitre à bras le corps, de le déplacer et le secouer, de le faire **sinistrement** grincer sur le sol comme si la table était un agent doué de volonté et **X de perversité**, animé du seul désir de le contrarier et le vexer, je me rends parfaitement compte que, pour Pincettes, la fine à l'eau était parfaitement superflue.

depravado 2 obstinado, caprichoso,

ya era otra cosa. Hablé con él respecto a su ropa, sin ningún resultado. La verdad era, supongo que un hombre con renta tan exigua no podía ostentar al mismo tiempo una cara brillante y una ropa brillante. Como observó Nippers una vez, Turkey gastaba casi todo su dinero en tinta roja. Un día de invierno le regalé a Turkey un sobretodo mío de muy decorosa apariencia: un sobretodo gris, acolchado, de gran abrigo, abotonado desde el cuello hasta las rodillas. Pensé que Turkey apreciaría el regalo, y moderaría sus estrépitos e imprudencias. Pero no; creo que el hecho de enfundarse en un sobretodo tan suave y tan acolchado, ejercía un pernicioso efecto sobre él —según el principio de que un exceso de avena es perjudicial para los caballos—. De igual manera que un caballo **impaciente** muestra la avena que ha comido, así Turkey mostraba su sobretodo. Le daba insolencia. Era un hombre a quien perjudicaba la prosperidad.

Aunque en lo referente a la continencia de Turkey yo tenía mis presunciones, en lo referente a Nippers estaba persuadido de que, cualesquiera fueran sus faltas en otros aspectos, era por lo menos un joven sobrio. Pero la propia naturaleza era su tabernero, y desde su nacimiento le había suministrado un carácter tan irritable y tan alcohólico que toda bebida subsiguiente le era superflua. Cuando pienso que en la calma de mi oficina Nippers se ponía de pie, se inclinaba sobre la mesa, estiraba los brazos, levantaba todo el escritorio y lo movía, y lo sacudía marcando el piso, como si la mesa fuera un **X perverso** ser voluntarioso dedicado a vejarlo y a frustrarlo, claramente comprendo que para Nippers el aguardiente era superfluo.

perverse 1 perverso, malvado, depravado 2 obstinado, caprichoso,

ba en el despacho, su chaqueta era harina de otro costal. Respecto a sus chaquetas, hablé con él, pero en vano. La verdad era, supongo, que un hombre de ingresos tan reducidos no podía permitirse ostentar, a la vez, una cara resplandeciente y una chaqueta resplandeciente. Como Nippers observó una vez, el dinero de Turkey se iba principalmente en tinta... de la roja. Un día de invierno le regalé a Turkey una chaqueta mía de aspecto bastante respetable; una chaqueta gris enguatada, muy cómoda y abrigada, y que se abotonaba de la rodilla al cuello. Pensé que Turkey me lo agradecería, y que ello mitigaría su atolondramiento y malos modos de las tardes. Pero no; sinceramente creo que encerrarse en una chaqueta tan suave y tan parecida a una manta tuvo un efecto pernicioso sobre él, por la misma razón que el exceso de avena es perjudicial para los caballos. De hecho, exactamente igual que dicen que un caballo nervioso y **repropio** se crece con su avena, así [17] se creció Turkey con la chaqueta. Lo hizo insolente. A ese hombre le perjudicaba la prosperidad.

Si bien en lo que se refiere a los hábitos immoderados de Turkey yo tenía mis propias conjeturas, sobre Nippers yo estaba totalmente convencido de que, cualesquiera fueran sus faltas en otros aspectos, por lo menos el muchacho era abstemio. No necesitaba otro bodeguero que su naturaleza, que era la que, desde su nacimiento, lo había dotado de un carácter tan irritable, tan, digamos, aguardentoso, que hizo innecesaria toda libación posterior. Cuando me paro a pensar en cómo, en la quietud de mi oficina, Nippers daba a veces en levantarse impacientemente de su asiento, se echaba sobre la mesa con los brazos abiertos, la agarraba, la movía y la arastraba haciéndola chirriar **horriblemente** contra el suelo, como si la mesa fuera un **ser perverso** dotado de voluntad y **decidido** a fastidiar y a vejar a su dueño, veo con toda claridad que para Nippers el coñac resultaba del todo superfluo.

perverse 1 perverso, malvado, depravado 2 obstinado, caprichoso, contumaz, adverso, contrario

l'instant où il entra dans la pièce - il en allait tout autrement de son veston. Sur le chapitre de ses vestons, c'est en vain que je raisonnais avec lui. Sans doute fallait-il croire qu'un homme nanti d'aussi maigres revenus ne pouvait se permettre d'arborer un veston reluisant en même temps qu'un aussi reluisant visage. Comme Lagrinche le fit une fois observer, l'argent de Dindon passait surtout à acheter de l'encre rouge. Un jour d'hiver, j'offris à Dindon sur ma garde-robe un habit d'un aspect hautement respectable, un habit gris molletonné, le plus confortable et le plus chaud du monde, et qui se boutonnait du genou jusqu'au cou. Je pensais que Dindon apprécierait cette faveur et qu'il mettrait un frein à sa turbulence inconsidérée de l'après-midi. Mais non; Je crois vraiment que le fait de s'envelopper dans ce douillet vêtement comme dans une couverture avait sur lui un perniciosus effet - en vertu du principe qui fait qu'un excès d'avoine est mauvais pour les chevaux. En fait, tout comme on dit d'un cheval indocile et rétif qu'il se crece con su avena, ainsi sent son avoine. Dindon sentait son veston. Lequel le rendait [19] insolent. C'était un homme à qui la prospérité nuisait.

Bien que j'eusse mon idée touchant les habitudes intempérantes de Dindon, j'étais convaincu que Lagrinche, en dépit des défauts qu'il pouvait avoir à d'autres égards, était du moins un jeune homme sobre. Mais il semblerait en vérité que la nature même lui eût tenu lieu de vigneron en lui donnant à sa naissance un tempérament si foncièrement irritable et comme alcoolique que toute libation subséquente était inutile. Lorsque je considère la façon dont Lagrinche se levait impatientement de son siège dans la tranquillité de mon étude, se penchait sur sa table en ouvrant largement les bras et, saisissant le pupitre tout entier, l'ébranlait, le faisait avancer par saccades en lui imprimant un mouvement **farouche** et grinçant sur le plancher, comme si la table eût été un agent volontaire et **perverse** animé du désir de le contrarier et le tourmenter, je vois clairement que pour Lagrinche, c'était chose parfaitement superflue que la fine à l'eau.

perverse 1 perverso, malvado, depravado 2 obstinado, caprichoso, contumaz, adverso, contrario

proposito dell'argomento giacca, ma senza risultato. La verità era, credo, che un uomo con uno stipendio così modesto non poteva permettersi di esibire simultaneamente una faccia smagliante e una giacca smagliante. Come osservò una volta Pince-Nez, i soldi di Tacchino andavano quasi tutti in inchiostro rosso. Un giorno d'inverno regalai a Tacchino una mia giacca dall'aria molto rispettabile grigia, imbottita, dava un delizioso calduccio e si abbottonava dalle ginocchia su su fino al collo. Pensavo che Tacchino, apprezzando quel favore, avrebbe mitigato la sventatezza e la chiososità pomeridiana. Macché: credo davvero che l'abbottonarsi in quella giacca morbida che pareva una coperta avesse su di lui un effetto pernicioso - per lo stesso principio che la troppa biada fa male ai cavalli. Infatti proprio come di un cavallo impetuoso e **recalcitrante** si dice che senta la biada, così Tacchino sentiva la giacca. Lo rendeva insolente. Era un uomo che la prosperità guastava.

Sebbene sulle abitudini in cui indulgeva di Tacchino io avessi le mie opinioni personali, nei confronti di Pince-Nez ero davvero convinto che, a prescindere dai suoi difetti, sotto altri punti di vista fosse perlomeno un giovanotto morigerato. Anzi, la natura stessa pareva avergli fatto da oste, e alla nascita gli aveva istillato, da capo a piedi, un temperamento così irritable, di tipo alcolico, da rendere superflue tutte le successive libagioni. Quando ricordo come, nella quiete immobile del mio ufficio, Pince-Nez a volte si alzava dalla sedia con impazienza e, chinandosi sul tavolo, spalancava le braccia, afferrava l'intera scrivania, la spostava, la sbattacchiava grattando il pavimento con un movimento **sinistro**, quasi che il tavolo avesse una sua volontà **perversa**, tesa a ostacolarlo e tormentarlo, capisco chiaramente come per Pince-Nez acqua e cognac fossero del tutto superflui.

perverse 1 perverso, malvado, depravado 2 obstinado, caprichoso, contumaz, adverso, contrario

Era una suerte para mí que, debido a su causa primordial —la mala digestión—, la irritabilidad y la consiguiente nerviosidad de Nippers eran más notables de mañana, y que de tarde estaba relativamente tranquilo. Y como los paroxismos de Turkey sólo se manifestaban después de mediodía, nunca debí sufrir a la vez las excentricidades de los dos. Los ataques se relevaban como guardias. Cuando el de Nippers estaba de turno, el de Turkey estaba franco, y viceversa. Dadas las circunstancias era éste un buen arreglo.

Ginger Nut, el tercero en mi lista, era un muchacho de unos doce años. Su padre era **carrero**, ambicioso de ver a su hijo, antes de morir, en los tribunales y no en el pescante. Por eso lo colocó en mi oficina como estudiante de derecho, mandadero, barrendero y limpiador, a razón de un dólar por semana. Tenía un escritorio particular, pero no lo usaba mucho. Pasé revista a su cajón una vez: contenía un conjunto de cáscaras de muchas clases de nueces. Para este perspicaz estudiante, toda la noble ciencia del derecho cabía en una cáscara de nuez. Entre sus muchas tareas, la que desempeñaba con mayor presteza consistía en proveer de manzanas y de pasteles a Turkey y a Nippers. Ya que la copia de expedientes es tarea proverbialmente seca, mis dos amanuenses **solían** humedecer sus gargantas con helados, de los que pueden adquirirse en los puestos cerca del Correo y de la Aduana. También solían encargarse a Ginger Nut ese bizcocho especial —pequeño, chato, redondo y sazonado con especias— cuyo nombre se le daba. En las mañanas frías, cuando había poco trabajo, Turkey los engullía a docenas como si fueran obleas —lo cierto es que por un penique venden seis u ocho—, y el **rasguído** de la pluma se

It was fortunate for me that, owing to its peculiar cause—indigestion—the irritability and consequent nervousness of Nippers were mainly observable in the morning, while in the afternoon he was comparatively mild. So that, Turkey's paroxysms only coming on about twelve o'clock, I never had to do with their eccentricities at one time. Their fits relieved each other, like guards. When Nippers's was on, Turkey's was off; and vice versa. This was a good natural arrangement, under the circumstances.

Ginger Nut, the third on my list, was a lad, some twelve years old. His father was a carman, ambitious of seeing his son on the bench instead of a cart, before he died. So he sent him to my office, as student at law, errand-boy, cleaner and sweeper, at the rate of one dollar a week. He had a little desk to himself, but he did not use it much. Upon inspection, the drawer exhibited a great array of the shells of various sorts of nuts. Indeed, to this quick-witted youth, the whole noble science of the law was contained in a nut-shell. Not the least among the employments of Ginger Nut, as well as one which he discharged with the most alacrity, was his duty as cake and apple purveyor for Turkey and Nippers. Copying law-papers being proverbially a dry, husky sort of business, my two scribes were fain to moisten their mouths very often with Spitzbergers, to be had at the numerous stalls nigh the Custom House and Post Office. Also, they sent Ginger Nut very frequently for that peculiar cake—small, flat, round, and very spicy—after which he had been named by them. Of a cold morning, when business was but dull, Turkey would gobble up scores of these cakes, as if they were mere wafers—indeed, they sell them at the rate of six or eight for a

Era una suerte para mí que, debido a su causa peculiar —la indigestión, la irritabilidad y consiguiente nerviosismo de Nippers fuesen principalmente perceptibles por la mañana, mientras que por la tarde comparativamente era un hombre apacible. De forma que, como el paroxismo de Turkey sólo aparecía hacia las doce, nunca tuve que enfrentarme con sus excentricidades simultáneamente. Sus ataques se relevaban mutuamente como centinelas. Cuando el de Nippers estaba de servicio, el de Turkey libraba, y viceversa. Dadas las circunstancias, era un buen arreglo (8).

Ginger Nut, el tercero de la lista, era un muchacho de unos doce años. Su padre era un cochero, que ambicionaba ver a su hijo, antes de morir, en el estrado en vez de en un coche. Así que lo envió a mi oficina como estudiante de leyes, recadero, chico de la limpieza y barrendero, a razón de un dólar por semana. Tenía un pequeño escritorio, pero no lo usaba mucho. Al inspeccionar el cajón, aparecía toda una colección de cáscaras de diversos tipos de nueces. En realidad, para este joven avisado, toda la noble ciencia de la ley estaba contenida en una cáscara de nuez. Entre las tareas de Ginger Nut, no era la menos importante, así como una de las que desempeñaba con mayor presteza, la de traer pastas y manzanas a Turkey y a Nippers. Como copiar documentos legales ha sido proverbialmente una labor árida y dura, mis dos escribientes **solían** humedecer la boca muy a menudo con Spitzbergers (9), que se adquirían en los numerosos puestos cercanos a la Aduana y a la Oficina de Correos. También enviaban a Ginger Nut con mucha frecuencia a por esa pasta peculiar, pequeña, plana, redonda y picante, por cuyo nombre le llamaban (10). En una mañana fría, cuando el trabajo se hacía monótono, Turkey podía [82] engullir docenas de estos pastelillos como si fueran meros barquillos - de hecho, los venden a razón de seis u ocho por penique-, confun-

Heureusement pour moi, la dyspepsie étant à l'origine de ses travers, Pincettes était irritable et nerveux durant la matinée, mais relativement calme l'après-midi. De la sorte, les crises de Dindonneau survenant vers midi, je n'avais pas à affronter leurs excentricités au même moment. Leurs accès se relayaient l'un l'autre comme des sentinelles. Quand Pincettes était de garde, Dindonneau était au repos, et inversement. En l'occurrence, la nature avait bien fait les choses.

Gingembre, le troisième larron de ma liste, était un gamin d'une douzaine d'années. Son père était charretier et, avant de trépasser, il nourrissait l'espoir de voir son fils assis sur un banc du Palais plutôt que sur un banc de charrette. Il me l'envoya donc à l'étude en qualité d'étudiant en droit, saute-ruisseau, homme de peine et balayeur, au tarif d'un dollar par semaine. Il avait un petit pupitre pour lui tout seul mais n'en usait guère. Soumis à inspection, son tiroir révélait une impressionnante variété de coquilles de noix. En vérité, pour ce loustic à l'esprit vif, la noble science du Droit était tout entière contenue dans une coquille de noix. Parmi les tâches dont Gingembre s'acquittait avec une alacrité toute particulière, la moindre n'était certes pas de pourvoir Dindonneau et Pincettes en gâteaux et pommes. La copie des minutes est une besogne proverbiallement aride et ardue, aussi mes deux commis étaient-ils **contraints** de se rafraîchir le gosier avec des bacs de bière achetés dans les nombreux estaminets proches de la Douane et du Bureau de Poste. Ils mandaient en outre fréquemment Gingembre pour acheter ce gâteau particulier —petit, plat, rond et très épicé— qui lui avait valu son nom. Par les matins froids, quand ralentissait le rythme de la besogne, Dindonneau gobait quantité de ces gâteaux, comme de simples gaufrettes — on en [18] vendait six ou

Era una suerte para mí que, debido a su causa primordial —la mala digestión—, la irritabilidad y la consiguiente nerviosidad de Nippers eran más notables de mañana, y que de tarde estaba relativamente tranquilo. Y como los paroxismos de Turkey sólo se manifestaban después de mediodía, nunca debí sufrir a la vez las excentricidades de los dos. Los ataques se relevaban como guardias. Cuando el de Nippers estaba de turno, el de Turkey estaba franco, y viceversa. Dadas las circunstancias era éste un buen arreglo.

Ginger Nut, el tercero en mi lista, era un muchacho de unos doce años. Su padre era **carrero**, ambicioso de ver a su hijo, antes de morir, en los tribunales y no en el pescante. Por eso lo colocó en mi oficina como estudiante de derecho, mandadero, barrendero y limpiador, a razón de un dólar por semana. Tenía un escritorio particular, pero no lo usaba mucho. Pasé revista a su cajón una vez: contenía un conjunto de cáscaras de muchas clases de nueces. Para este perspicaz estudiante, toda la noble ciencia del derecho cabía en una cáscara de nuez. Entre sus muchas tareas, la que desempeñaba con mayor presteza consistía en proveer de manzanas y de pasteles a Turkey y a Nippers. Ya que la copia de expedientes es tarea proverbialmente seca, mis dos amanuenses **solían** humedecer sus gargantas con helados, de los que pueden adquirirse en los puestos cerca del Correo y de la Aduana. También solían encargarse a Ginger Nut ese bizcocho especial —pequeño, chato, redondo y sazonado con especias— cuyo nombre se le daba. En las mañanas frías, cuando había poco trabajo, Turkey los engullía a docenas como si fueran obleas —lo cierto es que por un penique venden seis u ocho—, y el **rasguído** de la pluma se

Por suerte para mí, la irritabilidad y el consiguiente nerviosismo de Nippers, al no tener otra causa que la indigestión, se manifestaban sobre todo por la mañana, mientras que por la tarde permanecía relativamente tranquilo. Así que, como los paroxismos de Turkey se manifestaban a partir de las doce, nunca tuve que bregar a un mismo tiempo con las excentricidades de los dos. Sus respectivos ataques se relevaban entre sí, como centinelas. Cuando el de Nippers actuaba, el de Turkey libraba, y viceversa. Lo que era un buen arreglo natural, dadas las circunstancias.

Ginger Nut, el tercero de mi lista, era un chico de unos doce años. Su padre era carrettero, y antes de morir ambicionaba ver a su hijo en los tribunales en vez de subido a un carro. Así que lo envió a mi oficina en calidad de estudiante de leyes, mandadero, mozo de limpieza y barrendero, con un dólar de paga a la semana. Disponía de un pequeño escritorio, pero [18] apenas lo usaba. Bajo inspección, el cajón revelaba una gran cantidad de cáscaras de diversas clases de frutos secos. Para este muchacho tan espabilado, en fin, toda la noble ciencia del derecho cabía en una cáscara de nuez. Entre los deberes de Ginger Nut no era el menos importante (y, también, el que con más presteza despachaba) su cargo de proveedor de bizcochos y manzanas de Turkey y Nippers. Como copiar documentos legales es un trabajo proverbialmente árido y áspero, mis dos escribientes **gustaban** de refrescar frecuentemente sus bocas con manzanas que había que comprar en los numerosos puestos de las inmediaciones de la Aduana y Correos. También mandaban con frecuencia a Ginger Nut a comprar ese peculiar bizcocho pequeño, plano, redondo y especiado al que debía el mote que le habían puesto. En una mañana fría, cuando el trabajo se hacía más ingrato, Turkey engullía estos pastelillos por docenas, como si fueran galletas (los vendían al precio de seis u ocho

Heureusement pour moi, en raison de leur cause particulière - l'indigestion -, l'irritabilité et la nervosité conséquente de Lagrinche se manifestaient principalement le matin, tandis que l'après-midi il se montrait relativement doux. En sorte que, les paroxysmes de Dindon se déclarant seulement vers midi, je n'avais jamais à supporter [20] en même temps les excentricités de mes deux employés. Leurs accès se relevaient l'un l'autre comme des sentinelles. Quand ceux de Lagrinche étaient de garde, ceux de Dindon étaient au repos et vice versa. En l'occurrence, la nature avait bien réglé les choses.

Gingembre, le troisième de ma liste, était un gamin d'une douzaine d'années. Son père, un charretier, nourrissant l'ambition de voir avant de mourir son fils siéger non plus sur une charrette, mais au tribunal, l'avait envoyé à mon étude en qualité d'apprenti clerc, de garçon de courses, de frotteur et de balayeur au tarif d'un dollar par semaine. Il avait un petit pupitre à lui, dont il ne se servait guère. Si l'on inspectait le tiroir, on y découvrait un grand arroi de coquilles appartenant à diverses espèces de noix. En fait, pour ce brillant jeune homme, la noble science juridique était toute entière contenue dans une coquille de noix. Ce n'était pas l'une des moindres fonctions de Gingembre - c'était celle, en tout cas, dont il s'acquittait avec le plus d'alacrité - que de pourvoir en gâteaux et en pommes Dindon et Lagrinche. La copie des pièces légales étant proverbiallement une besogne aride et désœuvrée, mes deux scribes se trouvaient **contraints** de s'humecter fort souvent le gosier à l'aide de pommes fournies par les nombreux comptoirs qui avoisinaient la Douane et la Poste. En outre, ils envoyaient très fréquemment Gingembre chercher ce biscuit particulier - petit, rond, plat et très épicé - dont ils lui avaient donné le nom. Par les matins froids, quand la besogne languissait, on voyait Dindon engloutir ces biscuits à la vingtaine comme de simples gaufrettes (on les vendait à raison de six ou huit

Per mia fortuna, visto che la causa specifica ne era la cattiva digestione, l'irritabilità e il conseguente nervosismo di Pince-Nez si manifestavano soprattutto al mattino, mentre nel pomeriggio era relativamente tranquillo. Quindi, poiché gli attacchi parossistici di Tacchino maturavano soltanto intorno al mezzogiorno, non dovevo mai vedermela con la loro e c c e n t r i c i t à contemporaneamente. Le crisi si alternavano, come le sentinelle nei turni di guardia. Quando era in servizio Pince-Nez, Tacchino era in licenza, e viceversa. In quelle circostanze era una buona intesa naturale.

Zenzero, il terzo della lista, era un ragazzotto di circa dodici anni. Il padre, carrettiere, nutrivà l'ambizione di vedere, prima di morire, il figlio seduto sul seggio di un tribunale invece che sul sedile di un carro. Ecco perché me lo mandò in ufficio in qualità di studente di legge, fattorino, addetto a pulire e spazzare, al salario di un dollaro alla settimana. Aveva una piccola scrivania per sé, ma non la usava molto. A chi gli ispezionasse il cassetto si parava davanti una collezione di gusci di noce di ogni genere. Per questo ragazzo sveglio, infatti, tutta la nobile scienza del diritto stava in un guscio di noce. Non infima fra le mansioni di Zenzero - e quella che svolgeva con la massima alacrità - era il compito di approvvigionare di dolci e mele Tacchino e Pince-Nez. Copiare documenti legali è proverbialmente un compito arido e secco, ragion per cui i miei due scrivani erano **desiderosi** di inumidirsi spesso la bocca con mele Spitzberg che si potevano acquistare in varie bancarelle nei pressi della dogana e della posta. Molto di frequente inoltre mandavano Zenzero a comprare quelle particolari focaccine -piccole, piatte, rotonde, molto speziate -che avevano suggerito quel soprannome. Nelle mattine fredde, mentre il lavoro era torpido, Tacchino ingoiava dozzine di queste focaccine, quasi fossero cialde sottilissime -ne danno addirittura sei o otto per un centesimo -mentre lo

8 La influencia de *Anatomy of Melancholy*, de Burton, se pone claramente de manifiesto en la descripción de los diferentes rasgos temperamentales de Turkey, en cierto modo prototipo del hombre sanguíneo, y de Nippers, el colérico, frente a las figuras del abogado, de temperamento flemático, y de Bartleby, el melancólico.
9 Especie de manzana. 10 Su nombre hace referencia a las pastas de jengibre.

combinaba con el ruido que hacía al triturar las abizcochadas partículas. Entre las confusiones vespertinas y los fogosos atondramientos de Turkey, recuerdo que una vez humedeció con la lengua un bizcocho de jengibre y lo estampó como sello en un título hipotecario. Estuve entonces en un tris de despedirlo, pero me desarmó con una reverencia oriental, diciéndome:

—Con permiso, señor, creo que he estado generoso suministrándole un sello a mis expensas.

Mis primitivas tareas de escribano de transferencias y buscador de títulos, y redactor de documentos recónditos de toda clase aumentaron considerablemente con el nombramiento de agregado a la Suprema Corte. Ahora había mucho trabajo, para el que no bastaban mis escribientes: requerí un nuevo empleado.

En contestación a mi aviso, un joven inmóvil apareció una mañana en mi oficina; la puerta estaba abierta, pues era verano. Reveo esa figura: ¡pálidamente pulcra, lamentablemente decente, incurablemente desolada! Era Bartleby.

Después de algunas palabras sobre su idoneidad, lo tomé, feliz de contar entre mis copistas a un hombre de tan morigerada apariencia, que podría influir de modo benéfico en el arrebatado carácter de Turkey, y en el fogoso de Nippers.

Yo hubiera debido decir que una puerta vidriera dividía en dos partes mis escritorios, una ocupada por mis amanuenses, la otra por mí. Según mi humor, las puertas estaban abiertas o cerradas. Resolví colocar a Bartleby en un rincón junto a la portada, pero de mi lado, para tener a mano a este hombre tranquilo, en caso de cual-

penny—the scrape of his pen blending with the crunching of the crisp particles in his mouth. Rashes of all the fiery afternoon blunders and 5 flurried rashnesses of Turkey, was his once moistening a ginger-cake between his lips, and clapping it on to a mortgage, 10 en una hipoteca como si de un sello se tratase. Estuve a punto de despedirlo entonces. Pero me ablandó haciendo una reverencia oriental, y diciéndome:

“With submission, sir, it was generous of me to find you in stationery on my own account.”

Now my original business—that of a conveyancer and title-hunter, and drawer-up of 25 recóndite documents of all sorts—was considerably increased by receiving the master's office. There was now great work for 30 scribes. Not only must I push the clerks already with me, but I must have additional help.

In answer to my advertisement, a motionless young man one morning stood upon my office threshold, the door being 40 open, for it was summer. I can see that figure now—pallidly neat, pitifully respectable, incurably forlorn! It was Bartleby. 45

After a few words touching his qualifications, I engaged him, glad to have among my corps of copyists 50 a man of so singularly sedate an aspect, which I thought might operate beneficially upon the flighty temper of Turkey, and the 55 fiery one of Nippers.

I should have stated before that ground-glass folding-doors divided my 60 premises into two parts, one of which was occupied by my scribes, the other by myself. According to my humour, I threw open these 65 doors, or closed them. I resolved to assign Bartleby a corner by the folding-doors, but on my side of them, so as to have this quiet man within 70 easy call, in case any trifling

diéndose así el rascar de la pluma sobre el papel con el crujido del pastelillo al masticarlo. De todos los desatunos garrafales y vespertinos arrebatos irreflexivos de Turkey, el peor fue una vez que se metió una pasta de jengibre en la boca y lo estampó en una hipoteca como si de un sello se tratase. Estuve a punto de despedirlo entonces. Pero me ablandó haciendo una reverencia oriental y diciéndome:

—Con todo respeto, señor, ha sido muy generoso por mi parte proporcionarle material de escritorio por mi cuenta y riesgo.

Ahora mi trabajo original -el de confeccionar escrituras de traspaso y rastrear títulos de propiedad, y sacar a la luz recónditos documentos de todo tipo- se había incrementado considerablemente al obtener el cargo de oficial. Los escribientes tenían ahora mucho trabajo. No sólo tenía que apremiar a los empleados que ya tenía, sino que necesitaba ayuda adicional.

En respuesta a mi anuncio, una mañana apareció en el umbral de mi oficina un joven imposable; la puerta estaba abierta porque era verano. Todavía recuerdo aquella figura: pálidamente pulcro, enternecedoramente respetable, irremisiblemente desamparado. Era Bartleby.

Tras algunas palabras acerca de sus aptitudes, le contraté, contento de tener en mi equipo de amanuenses un hombre de aspecto tan extraordinariamente sosegado, que pensé, podría influir beneficiosamente sobre el ánimo voluble de Turkey y el ardiente de Nippers.

Debería haber dicho antes que unas puertas correderas de cristal esmerilado dividían mi oficina en dos partes, una de ellas ocupada por mis escribientes y la otra por mí. Según mi estado de ánimo, las abría o las cerraba. Decidí asignarle a Bartleby un rincón junto a las puertas correderas, pero en mi lado, para tener a este hombre tranquilo a mano, en caso de que hubiese que hacer cualquier cosilla. Colo-

huit pour un penny — et le grincement de sa plume se confondait avec le bruit croquant des galettes. Parmi toutes ses mémorables bévues et accès désordonnés de l'après-midi, il arriva un jour à Dindonneau d'humecter un gâteau au gingembre entre ses lèvres et de le coller sur une hypothèque en guise de cachet. Je fus alors à deux doigts de le renvoyer. Mais il me radoucit en s'inclinant à l'orientale et en déclarant :

« Sauf votre respect, monsieur, ce fut généreux de ma part de vous approvisionner en estampilles à mes frais. »

Or mes occupations premières — transferts de propriété, chasse aux titres, rédaction d'abstrus documents en tout genre — se trouvèrent considérablement multipliées par l'octroi de la charge de M Chancelier. Mes copistes avaient désormais fort à faire. Et non seulement je fus contraint de harceler les clerks de mon étude, mais je fus obligé de m'assurer un concours supplémentaire.

En réponse à mon offre d'emploi, je vis un matin un jeune homme immobile sur le seuil de mon étude : la porte était ouverte car nous étions en été. Je revis encore cette silhouette, lividement nette, pitoyablement respectable, incurablement solitaire ! C'était Bartleby.

Après m'être enquis en quelques mots de ses qualifications, je l'engageai, heureux d'avoir dans mon corps de copistes un homme d'un maintien si posé qu'il ne manquait pas, pensais-je, d'exercer une heureuse influence sur l'étourderie de Dindonneau et la fougue de Pincettes.

J'aurais dû préciser plus haut que des portes vitrées à double battant séparant mes locaux en deux parties, l'une dévouée à mes commis et l'autre à moi-même. Selon mon humeur, j'ouvrais toutes grandes ces portes ou les gardais fermées. Je résolus d'assigner à Bartleby un coin proche des portes, mais de mon côté, afin de garder cet homme tranquille à portée de voix pour l'exécution de

combinaba con el ruido que hacía al triturar las abizcochadas partículas. Entre las confusiones vespertinas y los fogosos atondramientos de Turkey, recuerdo que una vez humedeció con la lengua un bizcocho de jengibre y lo estampó como sello en un título hipotecario. Estuve entonces en un tris de despedirlo, pero me desarmó con una reverencia oriental, diciéndome:

—Con permiso, señor, creo que he estado generoso suministrándole un sello a mis expensas.

Mis primitivas tareas de escribano de transferencias y buscador de títulos, y redactor de documentos recónditos de toda clase aumentaron considerablemente con el nombramiento de agregado a la Suprema Corte. Ahora había mucho trabajo, para el que no bastaban mis escribientes: requerí un nuevo empleado.

En contestación a mi aviso, un joven inmóvil apareció una mañana en mi oficina; la puerta estaba abierta, pues era verano. Reveo esa figura: ¡pálidamente pulcra, lamentablemente decente, incurablemente desolada! Era Bartleby.

Después de algunas palabras sobre su idoneidad, lo tomé, feliz de contar entre mis copistas a un hombre de tan morigerada apariencia, que podría influir de modo benéfico en el arrebatado carácter de Turkey, y en el fogoso de Nippers.

Yo hubiera debido decir que una puerta vidriera dividía en dos partes mis escritorios, una ocupada por mis amanuenses, la otra por mí. Según mi humor, las puertas estaban abiertas o cerradas. Resolví colocar a Bartleby en un rincón junto a la portada, pero de mi lado, para tener a mano a este hombre tranquilo, en caso de cual-

por penique), y el roce de la pluma se mezclaba con el ruido de masticar las partículas crujientes. Entre las barrabasadas vespertinas y acaloradas torpezas de Turkey se cuenta la de haber humedecido una vez un pastelillo entre sus labios y haberlo plantado como sello en una hipoteca. Estuve en un tris de despedirlo en aquella ocasión. Pero él me desarmó haciendo una reverencia oriental y diciendo:

—Con todo respeto, es un detalle por mi parte que el material de escritorio corra a mi costa.

Por entonces mi negocio propiamente dicho (el de proveedor y cazador de títulos, y **extendedor** de recónditos documentos de todas clases) se vio considerablemente aumentado al ser nombrado secretario. Ahora había una buena cantidad de trabajo para los escribientes. Además de hacer rendir al máximo a mis empleados, debía encontrar ayuda extra.

En respuesta a mi anuncio, un muchacho imposable se plantó una mañana en el vestíbulo de mi oficina (la puerta, por ser [19] verano, estaba abierta). Todavía puedo ver esa figura: pálida y pulcra, respetable hasta inspirar compasión, con un aire irremediable de desamparo... Era Bartleby.

Tras una breve conversación sobre sus méritos, lo contraté, contento de tener entre mi cuerpo de copistas a un hombre cuya apariencia tan singularmente apacible pensé que podría influir para bien en el humor variable de Turkey y en el vehememente de Nippers.

Debería haber mencionado que unas puertas de cristal esmerilado dividían mis dependencias en dos partes, una de las cuales la ocupaban mis empleados y la otra yo mismo. Según mi humor, las abría de par en par o las cerraba. Decidí asignarle a Bartleby una esquina junto a la puerta vidriera, pero en mi lado, con el objeto de tener siempre a mano a este hombre tranquilo para cualquier cosa

pour un sou) et le grincement de sa plume se mêlait au crépitement des parcelles croquées. Parmi les bévues que la nature ardente de Dindon commettait dans sa fougue désordonnée de l'après-midi, il lui advint un jour de mouiller un biscuit au gingembre entre ses lèvres et de l'appliquer sur une hypothèque en guise de cachet. Je fus à deux doigts de le congédier cette fois-là. Mais il m'apaisa en disant 15 avec un salut oriental :

« Sauf votre respect, monsieur, c'était faire acte de générosité que de vous fournir en papeterie à mes frais. »

Cependant mes occupations premières — le notariat, la chasse aux titres et l'établissement de toute sorte de pièces abstruses — s'accrurent considérablement lorsque je reçus la charge de conseiller à la Cour de la Chancellerie. Il y avait maintenant fort à faire pour les scribes et je dus, non seulement presser les employés déjà à mon service, mais encore m'assurer un concours supplémentaire.

À la suite de l'annonce que j'insérai, un jeune homme immobile apparut un matin sur le seuil de [22] mon étude (nous étions en été et la porte était ouverte). Je vis encore cette silhouette lividement nette, pitoyablement respectable, incurablement abandonnée! C'était Bartleby.

Après quelques mots touchant ses capacités, je l'engageai, heureux d'avoir dans mon corps de copistes un homme d'aspect aussi singulièrement rassis, qui ne manquait pas, pensais-je, d'exercer une influence salutaire sur le tempérament évaporé de Dindon et sur les esprits ardents de Lagrinche.

J'ai oublié de dire que des portes à double battant de verre dépoli, que j'ouvrais et fermais selon mon humeur, divisaient mon bureau en deux compartiments, occupés l'un par mes scribes, l'autre par moi-même. Je résolus d'assigner à Bartleby un coin près des portes, mais de mon côté, afin de pouvoir aisément appeler à moi cet homme tranquille si j'avais quelque petite chose à lui faire faire. Je

scricchiolio della penna si mescolava al rumore della bocca che sgranocchiava quelle focaccine croccanti. Fra i clamorosi sbagli pomeridiani commessi da Tacchino nella sua smania pasticciona ce ne fu uno che per un pelo non mi indusse a licenziarlo: gli capitò di inumidire fra le labbra una cialda allo zenzero e appiccicarla su un'ipoteca a mo' di sigillo. Ma mi intenerì con un inchino di orientale cerimoniosità e con queste parole:

«Con rispetto, signore, è stato un gesto generoso rifornirla, a mie spese, di cancelleria».

Ora la mia attività originaria - quella di redigere atti notarili, di spulciare sulla regolarità dei titoli, di stendere oscuri documenti di varia natura -ebbe un considerevole incremento dopo che fui nominato all'Alta Corte di Equità. C'era quindi molto lavoro per i copisti. Non soltanto dovevo mettere sotto il torchio gli impiegati già con me, ma dovevo procurarmi altro aiuto.

In risposta a un annuncio, una bella mattina, si parò immobile sulla soglia del mio ufficio un giovane - la porta infatti era aperta, perché era estate. Rivedo ancora quella figura: pallidamente linda, pensosamente decorosa, irrimediabilmente squallida! Era Bartleby.

Dopo qualche cenno sulle sue qualifiche, lo assunsi, felice di avere nella mia squadra di copisti un uomo dall'aspetto così singolarmente mite, che -pensavo -forse avrebbe avuto un benefico influsso sull'irrequietezza di Tacchino e l'irruenza di Pince-Nez.

Avrei dovuto già accennare alle porte pieghevoli di vetro smerigliato che dividevano in due il mio ufficio: da una parte c'erano i miei scrivani, dall'altra c'ero io. A seconda dell'umore aprivo le porte oppure le chiudevo. Decisi di assegnare a Bartleby un angolo accanto alle porte pieghevoli, ma dalla mia parte, in modo da avere a portata di voce quell'uomo tranquillo, se, per caso; si fosse dovuto sbrigare

quier tarea insignificante. Coloqué su escritorio junto a una ventanita, en ese costado del cuarto que originariamente daba a algunos patios traseros y muros de ladrillos, pero que ahora, debido a posteriores construcciones, aunque daba alguna luz no tenía vista alguna. A tres pies de los vidrios había una pared, y la luz bajaba de muy arriba, entre dos altos edificios, como desde una pequeña abertura en una cúpula. Para que el arreglo fuera satisfactorio, conseguí un alto biombo verde que enteramente aislara a Bartleby de mi vista, dejándolo sin embargo al alcance de mi voz. Así, en cierto modo, se aunaban sociedad y retiro.

Al principio, Bartleby escribió extraordinariamente. Como si hubiera padecido un ayuno de algo que copiar, parecía hartarse con mis documentos. No se detenía para la digestión. Trabajaba día y noche, copiando, a la luz del día y a la luz de las velas. Yo, encantado con su aplicación, me hubiera encantado aún más si él hubiera sido un trabajador alegre. Pero escribía silenciosa, **pálida**, mecánicamente.

Una de las indispensables tareas del escribiente es verificar la fidelidad de la copia, palabra por palabra. Cuando hay dos o más amanuenses en una oficina, se ayudan mutuamente en este examen, uno leyendo la copia, el otro siguiendo el original. Es un asunto **cansador**, insípido y letárgico. Comprendo que para temperamentos sanguíneos resultaría intolerable. Por ejemplo, no me imagino al ardoroso Byron, sentado junto a Bartleby, resignado a cotejar un expediente de quinientas páginas, escritas con letra apretada.

Yo ayudaba en persona a confrontar algún documento breve, llamando a Turkey o a Nippers con

thing was to be done. I placed his desk close up to a small side-window in that part of the room, a window which originally had afforded a lateral view of certain grimy backyards and bricks, but which, owing to subsequent erections, commanded at present no view at all, though it gave some light. Within three feet of the panes was a wall, and the light came down from far above, between two lofty buildings, as from a very small opening in a dome. Still further to a satisfactory arrangement, I procured a high green folding-screen, which might entirely isolate Bartleby from my sight, though not remove him from my voice. And thus, in a manner, privacy and society were conjoined.

At first, Bartleby did an extraordinary quantity of writing. As if long famishing for something to copy, he seemed to gorge himself on my documents. There was no pause for digestion. He ran a day and night line, copying by sun-light and by candle-light. I should have been quite delighted with his application, had he been cheerfully industrious. But he wrote on silently, **palely**, mechanically.

It is, of course, an indispensable part of a scrivener's business to verify the accuracy of his copy, word by word. Where there are two or more scribes in an office, they assist each other in this examination, one reading from the copy, the other holding the original. It is a very dull, wearisome, and lethargic affair. I can readily imagine that, to some mettlesome a poet, Byron, would have contentedly sat down with Bartleby to examine a law document of, say, five hundred pages, closely written in a crimp hand.

Now and then, in the haste of business, it had been my habit to assist in comparing some brief document myself,

qué su escritorio junto a una ventanita lateral en aquella parte de la habitación, ventana que originalmente había ofrecido una vista lateral de ciertos horriblos patios traseros y ladrillos, pero que, debido a posteriores edificaciones, no dominaba actualmente vista alguna [83] aunque daba algo de luz. A un metro más o menos de las hojas de la ventana había una pared, y la luz venía de muy arriba, entre dos altos edificios, como de una pequeña abertura en una cúpula. Para una disposición aún más satisfactoria, me procuré un alto biombo verde, que pudiese aislar enteramente a Bartleby de mi vista, pero sin alejarle de mi voz. Y así, en cierto modo, se combinaban el aislamiento y la compañía.

Al principio, Bartleby escribió en cantidades extraordinarias. Como si hubiese estado mucho tiempo hambriento de algo para copiar, parecía atracarse con mis documentos. No hacía pausa para la digestión. Iba línea tras línea día y noche, copiando con luz solar y a la luz de las velas. Debería haberme sentido encantadísimo con su aplicación, si hubiese trabajado con alegría. Pero escribía en silencio, mortecinamente, de forma mecánica.

Por supuesto, es parte indispensable del trabajo de un escribiente verificar la exactitud de su copia, palabra por palabra. Cuando hay dos o más escribientes en una oficina, se ayudan los unos a los otros en este examen, leyendo uno la copia y sosteniendo el otro el original. Es una tarea monótona, tediosa y letárgica. Puedo imaginar fácilmente que, para algunos temperamentos sanguíneos, sería absolutamente intolerable. Por ejemplo, no puedo creer que el fogoso poeta Byron se hubiese sentado complacido con Bartleby a examinar un documento legal de, digamos quinientas páginas, escritas apretadamente en letra ondulada.

De vez en cuando, por la prisa del trabajo, tenía por costumbre ayudar yo mismo a comparar algún documento breve,

mes menues tâches. Je plaçai donc son bureau tout contre une lucarne qui, à l'origine, offrait une vue latérale sur de sinistres arrière-cours et des murs de briques mais qui, à la suite de constructions nouvelles, était devenue aveugle et ne laissait plus passer qu'une faible lumière. A trois pieds des vitres se dressait un mur et le jour tombait de très haut, entre deux bâtiments élevés, comme d'une minuscule ouverture aménagée dans un dôme. Pour rendre plus satisfaisant encore cet arrangement, je me procurai un haut paravent vert qui, tout en isolant Bartleby de ma vue, ne le soustrayait pas à ma voix. C'est ainsi que notre union et notre séparation furent astucieusement ménagées.

Au début, Bartleby fit un nombre extraordinaire d'écritures. Tel un homme longtemps affamé de copie, il semblait se repaître de mes documents. Il ne prenait pas le temps de digérer, travaillait jour et nuit, copiant à la lumière du soleil et à celle des bougies. J'aurais été tout bonnement ravi de son application s'il avait montré quelque gaieté dans son labeur. Mais il écrivait d'une manière silencieuse, éteinte, mécanique.

Il entre tout naturellement dans les attributions d'un copiste de vérifier, mot à mot, l'exactitude de sa minute. Lorsqu'une étude emploie deux ou plusieurs commis aux écritures, ceux-ci s'assistent mutuellement dans cet examen. L'un lisant la copie, l'autre la grosse. C'est une besogne très monotone, fastidieuse et léthargique. J'imagine aisément que, pour des tempéraments sanguins, elle soit parfaitement intolérable. Il m'est difficile, par exemple, d'imaginer que l'ardent poète Byron se fût assis d'un coeur content au côté de Bartleby pour collationner un acte de cinq cents pages couvert de pattes de mouche.

De temps à autre, dans l'ardeur du travail, j'avais pris l'habitude d'aider moi-même à la révision de quelque

quier tarea insignificante. Coloqué su escritorio junto a una ventanita, en ese costado del cuarto que originariamente daba a algunos patios traseros y muros de ladrillos, pero que ahora, debido a posteriores construcciones, aunque daba alguna luz no tenía vista alguna. A tres pies de los vidrios había una pared, y la luz bajaba de muy arriba, entre dos altos edificios, como desde una pequeña abertura en una cúpula. Para que el arreglo fuera satisfactorio, conseguí un alto biombo verde que enteramente aislara a Bartleby de mi vista, dejándolo sin embargo al alcance de mi voz. Así, en cierto modo, se aunaban sociedad y retiro.

Al principio, Bartleby escribió extraordinariamente. Como si hubiera padecido un ayuno de algo que copiar, parecía hartarse con mis documentos. No se detenía para la digestión. Trabajaba día y noche, copiando, a la luz del día y a la luz de las velas. Yo, encantado con su aplicación, me hubiera encantado aún más si él hubiera sido un trabajador alegre. Pero escribía silenciosa, **pálida**, mecánicamente.

Una de las indispensables tareas del escribiente es verificar la fidelidad de la copia, palabra por palabra. Cuando hay dos o más amanuenses en una oficina, se ayudan mutuamente en este examen, uno leyendo la copia, el otro siguiendo el original. Es un asunto **cansador**, insípido y letárgico. Comprendo que para temperamentos sanguíneos resultaría intolerable. Por ejemplo, no me imagino al ardoroso Byron, sentado junto a Bartleby, resignado a cotejar un expediente de quinientas páginas, escritas con letra apretada.

Yo ayudaba en persona a confrontar algún documento breve, llamando a Turkey o a Nippers con

que se ofreciera. Coloqué su escritorio pegado a un ventanuco lateral que había en esa parte de la habitación. En su día permitía la vista lateral de ciertos patios traseros murgrientos y muros de ladrillo, pero, debido a construcciones posteriores, no tenía en la actualidad vista alguna, aunque daba algo de luz. A un metro de los cristales había un muro, y la luz bajaba desde muy arriba, entre dos imponentes edificios, como por una pequeña abertura en una cúpula... Para hacer aún más satisfactoria esta distribución, me procuré un biombo verde, capaz de aislar completamente a Bartleby de mi vista sin ponerlo fuera del alcance de mi voz. Y así, en cierto modo, privacidad y compañía iban de la mano.

Al principio, Bartleby hacía una cantidad extraordinaria de trabajo. Como si hubiese padecido hambre de copiar, parecía atiborrarse de mis documentos. No había pausa en su digestión. Hacía turno doble, copiaba a la luz del día y a la luz de las velas. Y yo hubiese estado encantado de su aplicación si su laboriosidad hubiera sido alegre. Pero escribía en silencio, **pálidamente**, mecánicamente. [20]

Por supuesto, parte insoslayable del trabajo del escribiente es verificar la exactitud de su copia, palabra por palabra. Cuando hay dos o más escribientes en una oficina, se ayudan uno al otro en esta comprobación: uno lee la copia y el otro confronta el original. Es una tarea muy aburrida, fatigosa y adormecedora. Puedo suponer que para ciertos caracteres temperamentales debe de resultar completamente insoportable. No creo, por ejemplo, que el animoso Byron, el poeta, se hubiese resignado a sentarse al lado de Bartleby para revisar un documento legal de, pongamos, quinientas páginas, escrito en letra menuda por una mano agarrotada.

Alguna que otra vez, con las prisas, yo mismo he consentido en ayudar a comparar algún documento breve,

plaçai donc son pupitre dans cette partie de la pièce, tout contre une fenêtre latérale qui avait commandé jadis une vue de bords sur des arrière-cours et des briquetages encrassés, mais qui, du fait de constructions subséquentes, n'offrait plus de vue du tout, bien qu'elle donnât quelque lumière. Un mur se dressait à trois pieds des vitres et le jour tombait de très haut entre deux édifices altiers comme d'une toute petite ouverture pratiquée dans un dôme. Afin de [23] rendre cet arrangement plus satisfaisant encore, je dressai un grand paravent vert qui mettrait Bartleby entièrement à l'abri de mon regard tout en le laissant à portée de ma voix. Ainsi nous nous trouvâmes en quelque sorte unis, mais chacun en privé tout ensemble.

Pour commencer, Bartleby abattit un extraordinaire quantité d'écritures. On eût dit d'un homme longtemps affamé de copie et se gorgeant de mes documents. Il ne s'arrêtait pas pour digérer, mais tirait jour et nuit à la ligne, copiant à la lumière du soleil comme à celle des bougies. J'aurais été ravi de son application si son laboriosité avait été allègrement industrielle. Mais il écrivait toujours silencieusement, **lividement**, machinalement.

C'est, il va sans dire, une part indispensable du travail du scribe que de vérifier mot à mot l'exactitude de sa copie. Lorsqu'il y a deux scribes ou plus dans une étude, ils s'assistent mutuellement dans cet examen, l'un lisant la copie, l'autre prenant en main l'original. C'est une besogne ennuyeuse, monotone et soporifique. J'imagine aisément qu'elle puisse être absolument intolérable à certains tempéraments sanguins. Je ne saurais affirmer, par exemple, que le fougueux poète Byron se fût assis d'un coeur content aux côtés de Bartleby pour collationner un document de, disons, cinq cents pages d'une écriture serrée et chafouine.

De temps à autre, j'avais accoutumé, dans la [24] presse du travail, d'aider moi-même à la vérification de quelque bref

qualche lavoretto. Sistemai dunque la sua scrivania in quella parte della stanza, accanto a una finestrina laterale che in origine offriva uno scorcio sul retro, affacciandosi su certi cortili sporchi e muri di mattoni, ma che allora, a seguito di successive costruzioni, non si affacciava più su nulla, sebbene lasciasse entrare un po' di luce. A meno di tre piedi dai vetri della finestra c'era un muro, e la luce veniva da molto in alto, filtrando tra due alti edifici, quasi piovesse dal pertugio di una cupola. Per rendere ancora più soddisfacente la sistemazione, mi procurai un alto paravento verde pieghevole che poteva escludere completamente Bartleby dalla mia vista, pur lasciandolo a portata di voce. Così, in certo modo, conveivano solitudine e compagnia.

In un primo tempo Bartleby eseguì una straordinaria mole di lavoro. Quasi fosse ingordo di avere qualcosa da copiare, pareva volesse rimpinzarsi di documenti. Non c'era pausa per digerirli. Scriveva giorno e notte, copiando alla luce del sole e al lume della candela. Mi avrebbe entusiasmato quella sua dedizione, se fosse stato allegramente operoso. Continuava invece a macinare lavoro in silenzio, **esanguineo**, con moto meccanico.

È, naturalmente, parte essenziale del lavoro dello scrivano accertarsi che la copia sia esatta, parola per parola. Se in un ufficio vi sono due o più scrivani, si assistono a vicenda in questo controllo, uno leggendo la copia, l'altro tenendo l'originale. È una faccenda noiosa, spossante, soporifera. Non faccio fatica a pensare che sarebbe intollerabile per un temperamento sanguigno. Non riesco a immaginare, ad esempio, il focoso poeta Byron lietamente seduto insieme a Bartleby a controllare un atto legale di, diciamo, cinquecento pagine, scritte con grafia fitta e raggrinzita.

Di tanto in tanto, se c'era fretta, avevo l'abitudine di aiutare a confrontare qualche breve documento, chiamando

este propósito. Uno de mis fines al colocar a Bartleby tan a mano, detrás del biombo, era **aprovechar** sus servicios en estas ocasiones triviales. Al tercer día de su estada, y antes de que fuera necesario examinar lo escrito por él, la pris a por completar un trabajito que tenía entre manos, me hizo llamar **súbitamente** a Bartleby. En el apuro y en la justificada expectativa de una obediencia inmediata, yo estaba en el escritorio con la cabeza inclinada sobre el original y con la copia en la mano derecha algo nerviosamente extendida, de modo que, al surgir de su retiro, Bartleby pudiera tomarla y seguir el trabajo sin dilaciones.

En esta actitud estaba cuando le dije lo que debía hacer, esto es, examinar un breve escrito conmigo. Imaginen mi sorpresa, mi consternación, cuando, sin moverse de su ángulo, Bartleby, con una voz singularmente suave y firme, replicó:

—Preferiría no hacerlo.

Me quedé un rato en silencio perfecto, ordenando mis atónitas facultades. Primero, se me ocurrió que mis oídos me engañaban o que Bartleby no había entendido mis palabras. Repetí la orden con la mayor claridad posible; pero con claridad se repitió la respuesta.

—Preferiría no hacerlo.

—Preferiría no hacerlo —repetí como un eco, poniéndome de pie, excitadísimo y cruzando el cuarto a grandes pasos—. ¿Qué quiere decir con eso? Está loco. Necesito que me ayude a confrontar esta página; tómela —y se la alcancé.

—Preferiría no hacerlo —dijo.

Lo miré con atención. Su rostro estaba tranquilo; sus ojos grises, vagamente serenos. Ni un rasgo denotaba agitación. Si hubiera habido en su acti-

calling Turkey or Nippers for this purpose. One object I had, in placing Bartleby so handy to me behind the screen, was, to **avail** myself of his services on such trivial occasions. It was on the third day, I think, of his being with me, and before any necessity had arisen for having his own writing examined, that, being much hurried to complete a small affair I had in hand, I **abruptly** called to Bartleby. In my haste and natural expectancy of instant compliance, I sat with my head bent over the original on my desk, and my right hand sideways, and somewhat nervously extended with the copy, so that, immediately upon emerging from his retreat, Bartleby might snatch it and proceed to business without the least delay.

In this very attitude did I sit when I called to him, rapidly stating what it was I wanted him to do namely, to examine a small paper with me. Imagine my surprise, my consternation, when, without moving from his privacy, Bartleby, in a singularly mild, firm voice, replied, "I would prefer not to."

I sat a while in perfect silence, rallying my stunned faculties. Immediately it occurred to me that my ears had deceived me, or Bartleby had entirely misunderstood my meaning. I repeated my request in the clearest tone I could assume; but in quite as clear a one came the previous reply, "I would prefer not to."

"Prefer not to," echoed I, rising in high excitement, and crossing the room with a stride. "What do you mean? Are you moon-struck? I want you to help me compare this sheet here—take it," and I thrust it toward him.

"I would prefer not to," said he.

I looked at him steadfastly. His face was leanly composed; his gray eye dimly calm. Not a wrinkle of agitation rippled his him. Had there been the least

llamando a Turkey o a Nippers para tal propósito. Uno de los objetivos, al colocar a Bartleby tan a mano detrás del biombo, era **disponer** de sus servicios en ocasiones tan triviales. Creo que fue al tercer día de estar conmigo, y antes de que hubiera surgido necesidad alguna de examinar sus propios escritos, cuando llamé bruscamente a Bartleby, pues tenía mucha pris a por completar un pequeño asunto que llevaba entre manos. En mi apresuramiento y esperanza natural de ser complacido al instante, me senté con la cabeza doblada sobre el original que estaba en mi mesa, y la mano derecha a un lado, y algo nerviosamente extendida con la copia, de forma que nada más [84] salir de su retiro, Bartleby pudiera tomarla y proceder con el asunto sin la menor dilación.

En esta misma actitud me senté cuando le llamé, exponiendo rápidamente lo que quería que hiciera, es decir, examinar conmigo un pequeño documento. Imagínense mi sorpresa, mejor dicho, mi consternación, cuando, sin moverse de su reservado, Bartleby contestó con una voz singularmente suave y firme:

—Preferiría no hacerlo.

Me quedé sentado un rato, en absoluto silencio, recuperando mis facultades aturridas. Al pronto se me ocurrió que mis oídos me habían engañado o que Bartleby había entendido mal lo que yo quería decir. Repetí mi petición en el tono más claro que pude conseguir; pero en un tono igual de claro llegó la respuesta anterior:

—Preferiría no hacerlo.

—Prefiere no hacerlo —repetí yo, levantándome con gran excitación y cruzando la habitación de una zancada—. ¿Qué quiere decir? ¿Está usted loco? Quiero que me ayude a comparar esta hoja, ¡tenga! —y se la tiré.

—Preferiría no hacerlo —dijo él.

Lo miré fijamente. Su rostro era enjuto, sus ojos grises en sombría calma. Ni una arruga de agitación lo recorría. Si hubiera habido la menor inquietud,

bref document, en appelant Dindonneau ou [20] Pincettes à la rescousse. En plaçant Bartleby près de moi, derrière le paravent, j'avais dans l'esprit de recourir à ses services en de menues occasions de cette sorte. Ce fut le troisième jour, je crois, après son arrivée dans mon étude — alors que ses écritures n'avaient encore fait l'objet d'aucune collation — que, dans ma hâte d'expédier une petite affaire en cours, j'appelai soudainement Bartleby. Pressé et naturellement assuré d'une immédiate obéissance, je restai assis, la tête penchée sur l'original, tenant à bout de bras la copie afin que Bartleby, en émergeant de sa retraite, pût s'en saisir et se mettre au travail sans délai.

J'étais donc assis dans cette posture lorsque je l'appelai et lui exposai rapidement ce que j'attendais de lui — nommément, de collationner avec moi un bref papier. Imaginez ma surprise, que dis-je, ma consternation lorsque, sans bouger de sa retraite, Bartleby répliqua d'une voix singulièrement douce et ferme :

—J'aimerais mieux pas (2).

Pendant quelques instants, je gardai un silence absolu, essayant de rassembler mes esprits en déroute. [21] L'idée me vint immédiatement que mes oreilles m'avaient abusé ou que Bartleby s'était complètement mépris sur le sens de ma requête. Je la réitérai donc d'un ton de voix aussi clair que possible, mais tout aussi clairement me parvint la même réponse :

—J'aimerais mieux pas.

—Vous n'aimeriez mieux pas ? répétais-je en écho et, en proie à une vive agitation, je me levai et traversai la pièce d'une seule enjambée. « Que voulez-vous dire? Auriez-vous l'esprit dérangé? Je veux que vous m'aidiez à collationner ce feuillet, tenez ! » Et je le lui tendis.

—J'aimerais mieux pas, dit-il.

Je le regardai fixement. Son visage maigre était tranquille ; ses yeux gris, calmes et éteints. Aucune ombre d'agitation ne troublait sa surface. Si

este propósito. Uno de mis fines al colocar a Bartleby tan a mano, detrás del biombo, era **aprovechar** sus servicios en estas ocasiones triviales. Al tercer día de su estada, y antes de que fuera necesario examinar lo escrito por él, la pris a por completar un trabajito que tenía entre manos, me hizo llamar **súbitamente** a Bartleby. En el apuro y en la justificada expectativa de una obediencia inmediata, yo estaba en el escritorio con la cabeza inclinada sobre el original y con la copia en la mano derecha algo nerviosamente extendida, de modo que, al surgir de su retiro, Bartleby pudiera tomarla y seguir el trabajo sin dilaciones.

En esta actitud estaba cuando le dije lo que debía hacer, esto es, examinar un breve escrito conmigo. Imaginen mi sorpresa, mi consternación, cuando, sin moverse de su ángulo, Bartleby, con una voz singularmente suave y firme, replicó:

—Preferiría no hacerlo.

Me quedé un rato en silencio perfecto, ordenando mis atónitas facultades. Primero, se me ocurrió que mis oídos me engañaban o que Bartleby no había entendido mis palabras. Repetí la orden con la mayor claridad posible; pero con claridad se repitió la respuesta.

—Preferiría no hacerlo.

—Preferiría no hacerlo —repetí como un eco, poniéndome de pie, excitadísimo y cruzando el cuarto a grandes pasos—. ¿Qué quiere decir con eso? Está loco. Necesito que me ayude a confrontar esta página; tómela —y se la alcancé.

—Preferiría no hacerlo —dijo.

Lo miré con atención. Su rostro estaba tranquilo; sus ojos grises, vagamente serenos. Ni un rasgo denotaba agitación. Si hubiera habido en su acti-

llamando a tal fin a Turkey o a Nippers. Una de las razones por las que coloqué a Bartleby tan a mano, tras el biombo, era la de **valerme** de sus servicios para nimiedades como éstas. Fue, creo, al tercer día de su estancia conmigo, y antes de que surgiera la necesidad de revisar lo que él mismo había escrito, cuando, por tener mucha pris a en despachar cierto asuntillo que tenía entre manos, recurrí de pronto a Bartleby. Con las prisas, y esperando naturalmente respuesta inmediata, incliné la cabeza sobre el original que estaba en mi mesa y alargué con cierta premura la mano derecha con la copia, para que Bartleby pudiera cogerla en cuanto saliera de su escondrijo y pusiese manos a la obra sin la menor demora.

En esta postura me hallaba cuando lo llamé y le expliqué brevemente lo que quería que hiciera —a saber: revisar conmigo el papelito—. Imaginen mi pasmo, mi consternación más bien, cuando, sin moverse de su retiro, Bartleby, con una voz singularmente suave y firme, replicó:

—Preferiría no hacerlo.

Esperé sentado en completo silencio, rehaciéndome del asombro. Lo primero que se me ocurrió fue que mis oídos me habían [21] engañado, o que Bartleby me había entendido mal. Repetí mi solicitud con la voz más clara que pude poner, y con la misma claridad me llegó la respuesta de antes:

Preferiría no hacerlo.

«Preferiría no hacerlo» —repetí, levantándome de puro nervio y cruzando el cuarto de una zancada—. ¿Qué quiere decir? ¿Se ha vuelto loco? Quiero que me ayude a comparar esta hoja... Cójala— y se la tiré.

—Preferiría no hacerlo —dijo—.

Lo miré con fijeza. La cara permanecía serena en su delgadez, el ojo gris oscuramente tranquilo. Ni la menor señal de turbación. Si hubiera se habido la menor muestra

document, appelant Dindon ou Lagrinche à cet effet. Si j'avais placé Bartleby aussi près de moi derrière le paravent, c'était précisément pour **user** de ses services à ces menues occasions. Il était, je crois, depuis trois jours avec moi, et ses propres écritures n'avaient pas encore dû être collationnées lorsque, fort pressé d'expédier une petite affaire en cours, j'appelai **tout à coup** Bartleby. Dans ma hâte et dans ma confiance naturelle en son obéissance immédiate, j'étais assis la tête penchée sur l'original, et ma main droite tendant la copie de flanc avec quelque nervosité, afin que Bartleby pût s'en saisir dès l'instant qu'il émergerait de sa retraite et se mit au travail sans le moindre délai.

Telle était donc exactement mon attitude lorsque je l'appelai en lui expliquant rapidement ce que j'attendais de lui : à savoir qu'il collationnât avec moi un bref mémoire. Imaginez ma surprise, non, ma consternation lorsque, sans quitter sa solitude, Bartleby répondit d'une voix singulièrement douce et ferme :

« Je préférerais pas. »

Je gardai pendant quelques instants un silence parfait afin de rassembler mes esprits en déroute. L'idée me vint aussitôt que mes oreilles m'avaient abusé ou que Bartleby s'était entièrement mépris sur le sens de mes paroles. Je répétai ma requête de la voix la plus claire que je pusse prendre. Mais [25] tout aussi clairement retentit la même réponse que devant

« Je préférerais pas. »

—Vous préféreriez pas? — fis-je en écho, me levant avec beaucoup d'excitation et traversant la pièce à grandes enjambées. « Que voulez-vous dire? Avez-vous la berlué? Je veux que vous m'aidiez à collationner ce feuillet-ci... Tenez. » Et je le lui tendis.

« Je préférerais pas », dit-il.

Je le regardai fixement. Son visage offrait une maigreur tranquille; son oeil gris, une vague placidité. Si j'avais décelé dans ses manières la moindre trace

allo scopo Tacchino o Pince-Nez. Uno dei motivi per mettere Bartleby così a portata di mano dietro il paravento era stato quello di **disporre** dei suoi servizi in lavoretti del genere. Era con me, credo, da tre giorni - non c'era stata ancora la necessità di esaminare le sue copie - quando, dovendo completare in gran premura una faccenduccia, di punto in bianco chiamai Bartleby. Nella fretta e nella naturale aspettativa di un'immediata obediienza, me ne stavo seduto con la testa china sull'originale posato sulla mia scrivania, la mano destra di lato, nervosamente tesa nel poggiare la copia, in modo che, emergendo dal suo cantuccio, Bartleby potesse afferrarla e procedere all'esame senza il minimo indugio.

In questo atteggiamento sedevo dunque quando lo chiamai, spiegando rapidamente quello che volevo da lui, cioè esaminare insieme a me un breve documento. Figuretevi la mia sorpresa, anzi la mia consternazione, quando, senza muoversi dal suo angolino, con voce singolarmente soave, ma ferma, Bartleby rispose: «Preferirei di no».

Rimasi per qualche tempo seduto, trasecolato, in assoluto silenzio, chiamando a raccolta le mie facultà attonite. Subito mi venne da pensare che gli orecchi mi avessero ingannato, oppure che Bartleby avesse completamente frainteso quello che volevo. Ripetei la richiesta con quanta chiarezza mi era possibile, ma con altrettanta chiarezza giunse la risposta di prima: «Preferirei di no».

«Preferirei di no!», ripetei in un'eco, alzandomi di furia e attraversando la stanza d'un balzo. «Come sarebbe a dire? Le ha dato di volta il cervello? Sì, mi aiuti a controllare questo foglio con l'originale - prenda», e glielo buttai.

«Preferirei di no», disse.

Lo fissai con aria risoluta. Il volto era smunto nella sua compostezza; gli occhi grigi, fiochi e tranquilli. Non una grinza gli increspava il viso. Se ci fosse

tud la menor incomodidad, enojo, impaciencia o impertinencia, en otras palabras si hubiera habido en él cualquier manifestación normalmente humana, yo lo hubiera despedido en forma violenta. Pero, dadas las circunstancias, hubiera sido como poner en la calle a mi pálido busto en yeso de Cicerón. Me quedé mirándolo un rato largo, mientras él seguía escribiendo y luego volví a mi escritorio. Esto es rarísimo, pensé. ¿Qué hacer? Mis asuntos eran urgentes. Resolví olvidar aquello, reservándolo para algún momento libre en el futuro. Llamé del otro cuarto a Nippers y pronto examinamos el escrito.

Pocos días después, Bartleby concluyó cuatro documentos extensos, copias cuadruplicadas de testimonios, dados ante mí durante una semana en la cancillería de la Corte. Era necesario examinarlos. El pleito era importante y una gran precisión era indispensable. Teniendo todo listo llamé a Turkey, Nippers y Ginger Nut, que estaban en el otro cuarto, pensando poner en manos de mis cuatro amanuenses las cuatro copias mientras yo leyera el original. Turkey, Nippers y Ginger Nut estaban sentados en fila, cada uno con su documento en la mano, cuando le dije a Bartleby que se uniera al interesante grupo.

—¡Bartleby!, pronto, estoy esperando.

Ofí el arrastre de su silla sobre el piso desnudo, y el hombre no tardó en aparecer a la entrada de su ermita.

—¿En qué puedo ser útil?—dijo apaciblemente.

—Las copias, las copias—dije con apuro—. Vamos a examinarlas. Tome — y le alargué la cuarta copia.

uneasiness, anger, impatience, or impertinence in his manner; in other words, had there been anything ordinarily human about him, doubtless I should have violently dismissed him from the premises. But as it was, I should have as soon thought of turning my pale plaster-of-paris bust of Cicero out of doors. I stood gazing at him a while, as he went on with his own writing, and then reseated myself at my desk. This is very strange, thought I. What had one best do? But my business hurried me. I concluded to forget the matter for the present, reserving it for my future leisure. So calling Nippers from the other room, the paper was speedily examined.

A few days after this, Bartleby concluded four lengthy documents, being quadruplicates of a week's testimony taken before me in my High Court of Chancery. It became necessary to examine them. It was an important suit, and great accuracy was imperative. Having all things arranged, I called Turkey, Nippers, and Ginger Nut, from the next room, meaning to place the four copies in the hands of my four clerks, while I should read from the original. Accordingly, Turkey, Nippers, and Ginger Nut had taken their seats in a row, each with his document in his hand, when I called to Bartleby to join this interesting group.

“Bartleby! quick, I am waiting.”

I heard a slow scrape of his chair legs on the uncarpeted floor, and soon he appeared standing at the entrance of his hermitage.

“What is wanted?” said he mildly.

“The copies, the copies,” said I hurriedly. “We are going to examine them. There”—and I held toward him the fourth quadruplicate.

rabia, impaciencia o impertinencia en sus modales; en otras palabras, si hubiera habido cualquier cosa humana en él, sin duda lo hubiera echado violentamente del local. Pero dado el caso, hubiera sido como pensar en poner en la calle a mi pálido busto de escayola de Cicerón. Me quedé mirándolo un rato, mientras seguía con sus escritos, y luego volví a sentarme en mi escritorio. Esto es muy extraño, pensé. ¿Qué sería mejor hacer? Pero el trabajo me urgía. Decidí olvidar el asunto por el momento, reservándolo para algún rato libre. Y así, llamando a Nippers desde la otra habitación, se comprobó velozmente el documento.

Pocos días después, Bartleby terminó cuatro largos documentos, que eran cuadruplicados de una semana de testimonios tomados ante mí en el Tribunal Supremo de la Cancillería. Era necesario examinarlos. Se trataba de un pleito importante, y requerían, por tanto, gran exactitud. Tras haber organizado todo, llamé a Turkey, Nippers y a Ginger Nut, desde la habitación de al lado, con la intención de repartir las cuatro copias entre los empleados, mientras yo leía el original. En consecuencia, Turkey, Nippers y Ginger Nut se habían sentado en fila, cada uno con un documento en la mano cuando pedí a Bartleby que se uniera a este interesante grupo.

—¡Bartleby! Rápido, estoy esperando.

Ofí el lento rechinar de las patas de su silla sobre el suelo sin alfombra, y enseguida apareció a la entrada de su rincón.

—¿Qué desea?—dijo suavemente.

—Las copias, las copias—dije yo, apresuradamente—. Vamos a examinarlas. Tenga — y le alargué el cuarto cuadruplicado.

j'avais décelé dans ses manières la moindre trace de malaise, colère, impatience ou impertinence, en d'autres mots si quelque émotion banalement humaine s'était manifestée, je l'aurais sans aucun doute chassé de mes bureaux sans ménagement. Mais, en l'occurrence, autant jeter à la porte mon buste de Cicéron en plâtre de Paris. Je restai à le contempler, perdu dans ses écritures, pendant un moment puis, derechef, j'allai m'asseoir à mon bureau. Voilà qui est pour le moins curieux, pensai-je. Quel parti prendre ? Les affaires pressaient : je décidai de clore momentanément l'incident, quitte à y revenir tout à loisir. Je fis donc venir Pincettes de l'autre pièce et le papier fut relu sans lanterner.

Quelques jours plus tard, Bartleby acheva quatre longs documents, les quadruplicata de témoignages déposés par-devers moi à ma Haute-Cour de la Chancellerie. Il devint nécessaire de les collationner. C'était un procès important, et la plus grande précision était de rigueur. Après avoir préparé toutes les pièces, j'appelai Dindonneau, Pincettes et Gingembre dans mon bureau afin de déposer les copies entre leurs [22] mains, cependant que je lirais l'original. En conséquence, Dindonneau, Pincettes et Gingembre étaient assis en rang, chacun tenant à la main son document, quand je priai Bartleby de se joindre à ce groupe intéressant.

—Bartleby ! Vite, j'attends.

—J'entendis le grincement des pieds de sa chaise sur le sol privé de tapis et bientôt il apparut au seuil de son ermitage.

—Plaît-il ? demanda-t-il bénévolement.

—Les copies, les copies, dis-je en hâte. Nous allons les collationner. Là... et je lui tendis le quatrième exemplaire.

tud la menor incomodidad, enojo, impaciencia o impertinencia, en otras palabras si hubiera habido en él cualquier manifestación normalmente humana, yo lo hubiera despedido en forma violenta. Pero, dadas las circunstancias, hubiera sido como poner en la calle a mi pálido busto en yeso de Cicerón. Me quedé mirándolo un rato largo, mientras él seguía escribiendo y luego volví a mi escritorio. Esto es rarísimo, pensé. ¿Qué hacer? Mis asuntos eran urgentes. Resolví olvidar aquello, reservándolo para algún momento libre en el futuro. Llamé del otro cuarto a Nippers y pronto examinamos el escrito.

Pocos días después, Bartleby concluyó cuatro documentos extensos, copias cuadruplicadas de testimonios, dados ante mí durante una semana en la cancillería de la Corte. Era necesario examinarlos. El pleito era importante y una gran precisión era indispensable. Teniendo todo listo llamé a Turkey, Nippers y Ginger Nut, que estaban en el otro cuarto, pensando poner en manos de mis cuatro amanuenses las cuatro copias mientras yo leyera el original. Turkey, Nippers y Ginger Nut estaban sentados en fila, cada uno con su documento en la mano, cuando le dije a Bartleby que se uniera al interesante grupo.

—¡Bartleby!, pronto, estoy esperando.

Ofí el arrastre de su silla sobre el piso desnudo, y el hombre no tardó en aparecer a la entrada de su ermita.

—¿En qué puedo ser útil?—dijo apaciblemente.

—Las copias, las copias—dije con apuro—. Vamos a examinarlas. Tome — y le alargué la cuarta copia.

de incomodidad, malos modos, impaciencia o impertinencia en su comportamiento; en otras palabras, si hubiera dado la menor muestra de humanidad, no hubiera dudado en despedirlo a cajas destempladas de mi oficina. Pero, en esas circunstancias, antes se me hubiera ocurrido hacer cruzar la puerta a mi pálido busto de escayola de Cicerón. Me quedé mirándolo un buen rato, mientras él seguía escribiendo y luego volví a sentarme en mi escritorio. Qué raro es esto, pensé. ¿Qué se puede hacer? Pero el negocio me urgía: decidí no pensar más en el incidente, reservándolo para un futuro momento de ocio. Así que hice venir a Nippers de la otra habitación y el papel fue revisado rápidamente.

Unos días después, Bartleby concluyó cuatro documentos extensos, que eran los cuadruplicados de una semana de declaraciones tomadas en mi presencia en la Corte de Derecho Común. Era el momento de revisarlas. Era un pleito importante y la exactitud era inexcusable. Después de preparar todo hice venir de la habitación de al lado a Turkey, Nippers y Ginger Nut con la intención de poner las cuatro copias en las manos de mis cuatro empleados y leer yo el original. Por tanto, Turkey, Nippers y Ginger Nut estaban ya sentados en hilera, cada [22] uno con su documento en la mano, cuando le indiqué a Bartleby que se sumara a este interesante grupo.

—¡Bartleby! ¡Rápido! Estoy esperando.

Ofí el lento roce de las patas de su silla sobre el suelo desnudo, y enseguida apareció a la entrada de su ermita.

—¿Qué desea?—dijo, con calma.

—Las copias, las copias—farfullé—. Vamos a repasarlas. Tenga... — y le alargué la última de las cuatro copias.

d'embarras, de colère, d'impatience ou d'impertinence; en d'autres termes, si j'avais reconnu en lui quelque chose d'ordinairement humain, je l'eusse sans aucun doute chassé violemment de mon étude. Mais en l'occurrence j'aurais plutôt songé à mettre à la porte mon pâle buste de Cicéron en plâtre de Paris. Je restai quelque temps à le considérer, tandis qu'il poursuivait ses propres écritures, et puis je retournai m'asseoir à mon bureau. Voilà qui est étrange, pensai-je. Quel parti prendre? Mais les affaires pressaient. Je décidai d'oublier provisoirement l'incident, le réservant pour d'autres loisirs. J'appelai donc Lagrinche du fond de l'autre pièce, et le mémoire fut rapidement collationné.

Quelques jours après, Bartleby acheva quatre [26] longs documents, les quadruplicata d'une semaine de dépositions faites par-devers moi à ma Haute Cour de la Chancellerie. Il devint nécessaire de les collationner. Le procès était important et la plus grande précision s'imposait. Après avoir préparé toutes les pièces, j'appelai Dindon, Lagrinche et Gingembre dans mon bureau, avec le dessein de placer les quatre copies dans les mains de mes quatre employés tandis que je lirais l'original. Dindon, Lagrinche et Gingembre s'étaient donc assis en rang, chacun tenant en main son document, lorsque je criai à Bartleby de venir se joindre à ce groupe intéressant.

« Bartleby! Vite, j'attends. »

J'entendis les pieds de sa chaise grincer lentement sur le plancher nu, et bientôt il apparut à l'entrée de son ermitage.

« Que désirez-vous? demandait-il suavement.

— Les copies, les copies, dis-je d'un ton pressé. Nous allons les comparer. Tenez... » Et je lui tendis le quatrième duplicata.

stato un sintomo anche minimo di disagio, di rabbia, di insofferenza, di impertinenza, in altre parole se ci fosse stato in lui qualcosa di normalmente umano, lo avrei cacciato con brutalità dal mio ufficio. Ma così come stavano le cose, tanto valeva che decidessi di buttar fuori della porta il pallido busto in gesso di Cicerone. Restai a fissarlo per qualche tempo, mentre continuava a scrivere, quindi mi rimisi alla scrivania. «È ben strano», pensai. «Che fare?». Ma il lavoro incalzava: conclusi di dimenticare intanto la faccenda riservandola a un attimo di calma in futuro. Chiamai quindi Pince-Nez che venne dall'altra stanza, e rapidamente controllammo il documento.

Alcuni giorni più tardi Bartleby terminò quattro lunghi atti, altrettante copie di una settimana di testimonianze prestate davanti a me nell'Alta Corte di Equità. Si rese necessario controllarli. Si trattava di una causa importante che imponeva la massima accuratezza. Sistemato tutto, chiamai Tacchino, Pince-Nez, Zenero, che erano nella stanza attigua, con l'intenzione di dare a ciascuno dei miei quattro impiegati una copia del documento, mentre io avrei letto l'originale. Obbedendo al mio ordine, Tacchino, Pince-Nez, Zenero si erano seduti in fila, l'uno accanto all'altro, ciascuno con la sua copia in mano, quando chiamai Bartleby a raggiungere questo interessante gruppetto.

«Bartleby! Si sbrighi, aspetto».

Percepí il lento stridio delle gambe della sedia contro il pavimento nudo, e subito dopo apparve in piedi all'imbocco del suo eremo.

«Che cosa le serve?», chiese mite.

«Le copie, le copie», risposi in fretta. «Stiamo per confrontarle. Ecco...», e gli porsi il quarto esemplare.

—Preferiría no hacerlo —dijo, y dócilmente desapareció detrás de su biombo.

Por algunos momentos me convertí en una estatua de sal, a la cabeza de mi columna de amanuenses sentados. Vuelto en mí, avancé hacia el biombo a indagar el motivo de esa extraordinaria conducta.

—¿Por qué rehúsa?

—Preferiría no hacerlo.

Con cualquier otro hombre me hubiera precipitado en un arranque de ira, desdeñando explicaciones, y lo hubiera arrojado ignominiosamente de mi vista. Pero había algo en Bartleby que no sólo me desarmaba singularmente, sino que de manera maravillosa me conmovía y desconcertaba. Me puse a razonar con él.

—Son sus propias copias las que estamos por confrontar. Esto le ahorrará trabajo, pues un examen bastará para sus cuatro copias. Es la costumbre. Todos los copistas están obligados a examinar su copia. ¿No es así? ¿No quiere hablar? ¡Conteste!

—Prefiero no hacerlo — r e p l i c ó melodosamente. Me pareció que, mientras me dirigía a él, consideraba con cuidado cada aserto mío; que comprendía por entero el significado; que no podía contradecir la irresistible conclusión; pero que al mismo tiempo alguna suprema consideración lo inducía a contestar de ese modo.

—¿Está resuelto, entonces, a no acceder a mi solicitud; solicitud hecha de acuerdo con la costumbre y el sentido común?

Brevemente me dio a entender que en ese punto mi juicio era exacto. Sí; su decisión era irrevocable.

"I would prefer not to," he said, and gently disappeared behind the screen.

For a few moments I was turned into a pillar of salt, standing at the head of my seated column of clerks. Recovering myself, I advanced toward the screen, and demanded the reason for such extraordinary conduct.

"Why do you refuse?"

"I would prefer not to."

With any other man I should have flown outright into a dreadful passion, scorned all further words, and thrust him ignominiously from my presence. But there was something about Bartleby that not only strangely disarmed me, but, in a wonderful manner, touched and disconcerted me. I began to reason with him.

"These are your own copies we are about to examine. It is labour saving to you, because one examination will answer for your four papers. It is common usage. Every copyist is bound to help examine his copy. Is it not so? Will you not speak? Answer!"

"I prefer not to," he replied in a flute-like tone. It seemed to me that, while I had been addressing him, he carefully revolved every statement that I made; fully comprehended the meaning; could not gainsay the irresistible conclusion; but, at the same time, some paramount consideration prevailed with him to reply as he did.

"You are decided, then, not to comply with my request—a request made according to common usage and common sense?"

He briefly gave me to understand, that on that point my judgment was sound. Yes; his decision was irreversible.

-Preferiría no hacerlo —dijo, y desapareció suavemente tras el biombo.

Por unos momentos me quedé petrificado, como una estatua de sal a la cabeza de mi columna de escribientes sentados. Recupérandome, avancé hasta el biombo y le pedí explicación de tal conducta extraordinaria.

-¿Por qué se niega?

-Preferiría no hacerlo.

Con cualquier otro hombre hubiese estallado en cólera, negándome a escuchar nada más, y lo hubiera expulsado ignominiosamente de mi presencia. Pero había algo en Bartleby que no sólo me desarmaba de forma extraña, sino que, sorprendentemente, me conmovía y desconcertaba. Comencé a razonar con él.

—Son sus propias copias las que vamos a examinar. Es un trabajo que se ahorrará usted, porque una comprobación valdrá para sus cuatro ejemplares. Es costumbre habitual. Todo amanuense tiene que examinar su copia. ¿No es así? ¿No quiere hablar? ¡Responda! [86]

—Preferiría no hacerlo —replicó con voz aflautada. Me pareció que, mientras me había estado dirigiendo a él, daba vueltas cuidadosamente a toda afirmación que yo hacía; que comprendería perfectamente el significado, y que no podía contradecir la irrefutable conclusión; pero que, al mismo tiempo, alguna consideración superior prevalecía en él para responder como lo hacía.

—Está usted entonces decidido a no acceder a mi petición, petición hecha según la costumbre y el sentido común?

Me dio a entender brevemente, que sobre ese punto mi juicio era acertado. Sí, su decisión era irrevocable.

—J'aimerais mieux pas, dit-il, et il disparut doucement derrière le paravent.

Pendant quelques instants, je restai figé en statue de sel à la tête de ma colonne de clerks assis. Puis, me recomposant, je m'avançai vers le paravent et demandai raison d'une conduite aussi excentrique.

—POURQUOI refusez-vous ?

—J'aimerais mieux ne pas le faire.

Avec tout autre que lui, je serais aussitôt entré dans une rage folle et, faisant fi des mots, l'aurais ignominieusement banni de ma présence. Mais il y avait en Bartleby quelque chose qui me désarmait étrangement, bien plus, qui miraculeusement me touchait et me déconcertait. J'entrepris de le raisonner.

—Ce sont vos copies que nous allons collationner. Nous vous épargnerons ainsi du travail puisqu'une seule lecture répondra de vos quatre minutes. C'est l'usage. Chaque copiste est tenu de collationner sa copie. N'est-il pas vrai ? Avez-vous quelque chose à dire ? Répondez !

—J'aimerais mieux pas, répliqua-t-il d'une voix flûtée. Tandis que je lui parlais, il m'avait donné l'impression de peser soigneusement chacune de mes déclarations dans sa tête; d'en comprendre parfaitement le [23] sens; de ne pouvoir en contredire l'irrésistible conclusion; mais d'être contraint, par quelque souveraine considération, à répondre comme il le faisait.

—Vous êtes donc décidé à ne pas satisfaire ma requête ? Une requête conforme à l'usage et au bon sens.

Il me donna brièvement à entendre que, sur ce point, mon jugement était juste. Oui, sa décision était irrevocable.

—Preferiría no hacerlo —dijo, y dócilmente desapareció detrás de su biombo.

Por algunos momentos me convertí en una estatua de sal, a la cabeza de mi columna de amanuenses sentados. Vuelto en mí, avancé hacia el biombo a indagar el motivo de esa extraordinaria conducta.

—¿Por qué rehúsa?

—Preferiría no hacerlo.

Con cualquier otro hombre me hubiera precipitado en un arranque de ira, desdeñando explicaciones, y lo hubiera arrojado ignominiosamente de mi vista. Pero había algo en Bartleby que no sólo me desarmaba singularmente, sino que de manera maravillosa me conmovía y desconcertaba. Me puse a razonar con él.

—Son sus propias copias las que estamos por confrontar. Esto le ahorrará trabajo, pues un examen bastará para sus cuatro copias. Es la costumbre. Todos los copistas están obligados a examinar su copia. ¿No es así? ¿No quiere hablar? ¡Conteste!

—Prefiero no hacerlo — r e p l i c ó melodosamente. Me pareció que, mientras me dirigía a él, consideraba con cuidado cada aserto mío; que comprendía por entero el significado; que no podía contradecir la irresistible conclusión; pero que al mismo tiempo alguna suprema consideración lo inducía a contestar de ese modo.

—¿Está resuelto, entonces, a no acceder a mi solicitud; solicitud hecha de acuerdo con la costumbre y el sentido común?

Brevemente me dio a entender que, en ese punto mi juicio era exacto. Sí; su decisión era irrevocable.

Preferiría no hacerlo —dijo, y desapareció mansamente tras el biombo.

Durante unos instantes quedé convertido en un bloque de sal, plantado al frente de mi columna de empleados sentados. Una vez repuesto, me dirigí al biombo y exigí una explicación para tan extraordinaria conducta.

—¿Porqué se niega?

—Preferiría no hacerlo.

Con cualquier otro hombre me hubiera entregado sin más a un terrible acceso de cólera y, sin que mediase una palabra más, lo hubiera echado inmediatamente de mi presencia. Pero había algo en Bartleby que no sólo lograba desarmarme, sino que, de un modo extraño, me conmovía y desconcertaba. Entré en explicaciones.

—Son sus copias las que vamos a revisar. Le ahorrará trabajo, porque un solo repaso bastará para sus cuatro documentos. Es el procedimiento habitual. Todo copista ha de ayudar a revisar su copia. ¿O no? ¿No habla usted? Responda.

—Preferiría no hacerlo — replicó con un hilo de voz. Tuve la impresión de que, mientras yo le hablaba, había sopesado atentamente cada una de mis frases; que había entendido bien su significado; que no tenía nada que oponer a la conclusión irrefutable; pero que, al mismo tiempo, alguna consideración de máxima importancia le obligaba a responder del modo en que lo había hecho. [23]

—Así que está decidido a no cumplir mi requerimiento, que responde al procedimiento habitual y al sentido común...

En pocas palabras me dio a entender que, en ese respecto, tenía yo toda la razón. Sí, su decisión era irrevocable.

« Je préférerais pas », dit-il, et il disparut doucement derrière le paravent.

Je demeurai pendant quelques instants comme un pilier de sel dressé au bout de ma colonne de clerks assis. Puis, me ressaisissant, je m'avançai vers le paravent et demandai la raison d'une conduite aussi insolite.

« Pourquoi refusez-vous? [27]

« Je préférerais pas. »

Avec tout autre que lui, je fusse aussitôt entré dans une colère terrible et, sans daigner ajouter un mot, je l'eusse ignominieusement banni de ma présence. Mais il y avait quelque chose en Bartleby qui me désarmait étrangement, bien plus, qui me touchait et me déconcertait d'une façon extraordinaire. Je me mis à raisonner avec lui.

« Ce sont vos propres copies que nous allons collationner. Nous vous épargnerons ainsi du travail, puisqu'un seul examen vaudra pour vos quatre exemplaires. C'est l'usage. Tout copiste est tenu d'aider à collationner sa copie. N'est-il pas vrai? Ne parlerez-vous pas? Répondez!

« Je préfère pas », répondit-il d'une voix flûtée. Il m'avait semblé, tandis que je lui parlais, qu'il retournait soigneusement chacune de mes déclarations dans sa tête; qu'il en saisissait pleinement le sens; qu'il ne pouvait contredire à l'irrésistible conclusion; mais qu'en même temps quelque considération souveraine l'obligeait à répondre comme il le faisait.

« Vous êtes donc décidé à ne point faire droit à ma requête... une requête dictée par l'usage commun et le 65 sens commun? »

Il me donna brièvement à entendre que, sur ce point, mon jugement était juste; oui, sa décision était irrevocable. [28]

« Preferirei di no », disse e lievemente scomparve dietro il paravento.

Rimasi di sale per qualche istante. Il, in piedi, alla testa della colonna degli impiegati seduti. Riavendomi, avanzai verso il paravento e gli chiesi ragione di una condotta tanto inconsueta.

« Perché rifiuta? »

« Preferirei di no. »

Con chiunque altro sarei esploso, e, senza sprecare altro fiato, l'avrei cacciato con ignominia dal mio cospetto. Ma c'era in Bartleby qualcosa che non soltanto stranamente mi disarmava, ma anche, in modo curioso, mi toccava e sconcertava. Cominciai a ragionare con lui.

« Sono le sue copie che ci accingiamo a controllare. Le risparmiarà fatica, perché un unico controllo serve per tutte e quattro. Si fa sempre così. I copisti sono tenuti a controllare le loro copie. Non è così? Non intende dire niente? Risponda!»

« Preferisco di no », rispose con voce flautata. Mi parve che, mentre mi rivolgevo a lui, egli soppesasse con attenzione ogni mia frase, ne comprendesse pienamente il significato, non potesse confutare l'ineluttabile conclusione, ma che, nello stesso tempo, una qualche suprema considerazione lo costringesse a rispondere in quel modo.

« Lei è deciso allora a non adeguarsi alla mia richiesta, una richiesta conforme all'uso comune e al comune buon senso? »

Mi fece brevemente capire che su quel punto la mia valutazione era corretta. Sì, la sua decisione era irrevocable.

No es raro que el hombre a quien contradicen de una manera insólita e irrazonable bruscamente descrea de su convicción más elemental. Empieza a vislumbrar vagamente que, por extraordinario que parezca, toda la justicia y toda la razón están del otro lado; si hay testigos imparciales, se vuelve a ellos para que de algún modo lo refuercen.

—Turkey —dije—, ¿qué piensa de esto? ¿Tengo razón?

—Con todo respeto, señor —dijo Turkey en su tono más suave—, creo que la tiene.

—Nippers. ¿Qué piensa de esto?

—Yo lo echaría a puntapiés de la oficina.

El sagaz lector habrá percibido que siendo de mañana, la contestación de Turkey estaba concebida en términos tranquilos y corteses y la de Nippers era malhumorada. O, para repetir una frase anterior, diremos que el malhumor de Nippers estaba de guardia y el de Turkey estaba franco.

—Ginger Nut —dije, ávido de obtener en mi favor el sufragio más mínimo—, ¿qué piensas de esto?

—Creo, señor, que está un poco chiflado —replicó Ginger Nut con una mueca burlona.

—Está oyendo lo que opinan —le dije, volviéndome al biombo—. Salga y cumpla su deber.

No condescendió a contestar. Tuve un momento de molesta perplejidad. Pero las tareas urgían. Y otra vez decidí postergar el estudio de este problema a futuros ocios. Con un poco de incomodidad lle-

It is not seldom the case that, when a man is browbeaten in some unprecedented and violently unreasonable way, he begins to stagger in his own plainest faith. He begins, as it were, vaguely to surmise that, wonderful as it may be, all the justice and all the reason is on the other side. Accordingly, if any disinterested persons are present, he turns to them for some reinforcement for his own faltering mind.

“Turkey,” said I, “what do you think of this? Am I not right?”

“With submission, sir,” said Turkey, in his blindest tone, “I think that you are.”

“Nippers,” said I, “what do you think of it?”

“I think I should kick him out of the office.”

(The reader, of nice perceptions, will here perceive that, it being morning, Turkey’s answer is couched in polite and tranquil terms, but Nippers’s replies in ill-tempered ones. Or, to repeat a previous sentence, Nippers’s ugly mood was on duty, and Turkey’s off.)

“Ginger Nut,” said I, willing to enlist the smallest suffrage in my behalf, “what do you think of it?”

“I think, sir, he’s a little lunny,” replied Ginger Nut, with a grin.

“You hear what they say,” said I, turning toward the screen, “come forth and do your duty.”

But he **vouchsafed** no reply. I pondered a moment in sore perplexity. But once more business hurried me. I determined again to postpone the consideration of this dilemma to my future leisure. With a little trouble

No es raro que, cuando un hombre se siente intimidado de un modo insólito y violentamente irracional, empiece a tambalearse en sus creencias más simples. Comienza, por así decir, a sospechar vagamente que, por sorprendente que parezca, toda la justicia y toda la razón están del otro lado. Según esto, si hay personas imparciales presentes, se vuelve hacia ellos en busca de apoyo para su propia mente vacilante.

—Turkey -dije yo-, ¿qué piensa usted de esto? ¿No tengo razón?

—Con todo respeto, señor -dijo Turkey, en el tono más suave que pudo encontrar-, creo que la tiene.

—Nippers -lije-, ¿qué piensa usted de esto?

—Pienso que yo lo echaría de la oficina.

(El lector observador se dará cuenta de que, como era por la mañana, la respuesta de Turkey está planteada en términos corteses y tranquilos, mientras que Nippers contesta en términos malhumorados. O, repitiendo una frase anterior, el mal genio de Nippers estaba de servicio y el de Turkey libraba.)

—Ginger Nut -dije, deseando obtener hasta el voto más insignificante en mi favor-, ¿qué piensa usted de esto?

—Pienso, señor, que está un poco loco -respondió Ginger Nut con una mueca.

—Ya oye usted lo que dicen -dije yo, volviéndome hacia el biombo-. Venga aquí y cumpla con su obligación.

Pero él no se dignó a contestar. Yo medité un momento en dolorosa perplejidad. Pero una vez más, el trabajo me apremiaba. Decidí nuevamente posponer la consideración de este dilema hasta que tuviese un rato libre. Con

Il n'est pas rare qu'un homme violemment brusqué, déraisonnablement contrarié, voie ses convictions les mieux établies se mettre à vaciller. Il en vient alors, et c'était mon cas, à conjecturer que la justice et la raison, aussi surprenant que cela puisse paraître, sont toutes deux dans l'autre camp. Par voie de conséquence, s'il se trouve à proximité quelques personnes désintéressées, il se tourne vers elles pour étayer ses esprits défaillants.

—Dindonneau, dis-je, que pensez-vous de tout cela? N'ai-je pas raison?

—Avec votre permission, monsieur, dit Dindonneau de sa voix la plus suave, je pense que vous dites vrai.

—Pincettes, dis-je, qu'en pensez-vous?

—Je pense que je le jetterais à la porte du bureau.

(Le lecteur, doué d'un esprit pénétrant, aura compris qu'étant donné l'heure matinale, la réponse de Dindonneau soit couchée en termes polis et tranquilles, et celle de Pincettes en termes grincheux. Pour en revenir à une image citée plus haut, la mauvaise humeur de Pincettes était de garde et celle de Dindonneau au repos.)

—Gingembre, dis-je, désireux de ne pas négliger le plus petit suffrage en ma faveur, que pensez-vous de tout ceci?

—Je pense, monsieur, qu'il est un peu chiflé, répliqua Gingembre avec un large sourire.

—Vous entendez ce qu'ils disent, m'écriai-je en [24] direction du paravent, sortez de là et faites votre devoir.

Mais il ne daigna pas répondre. Je réfléchiis un moment, en proie à une cruelle perplexité. Mais une fois encore le travail me harcelait. Je résolus donc de remettre à plus tard l'examen de ce dilemme. Avec quelque

No es raro que el hombre a quien contradicen de una manera insólita e irrazonable bruscamente descrea de su convicción más elemental. Empieza a vislumbrar vagamente que, por extraordinario que parezca, toda la justicia y toda la razón están del otro lado; si hay testigos imparciales, se vuelve a ellos para que de algún modo lo refuercen.

—Turkey —dije—, ¿qué piensa de esto? ¿Tengo razón?

—Con todo respeto, señor —dijo Turkey en su tono más suave—, creo que la tiene.

—Nippers. ¿Qué piensa de esto?

—Yo lo echaría a puntapiés de la oficina.

El sagaz lector habrá percibido que siendo de mañana, la contestación de Turkey estaba concebida en términos tranquilos y corteses y la de Nippers era malhumorada. O, para repetir una frase anterior, diremos que el malhumor de Nippers estaba de guardia y el de Turkey estaba franco.

—Ginger Nut —dije, ávido de obtener en mi favor el sufragio más mínimo—, ¿qué piensas de esto?

—Creo, señor, que está un poco chiflado —replicó Ginger Nut con una mueca burlona.

—Está oyendo lo que opinan —le dije, volviéndome al biombo—. Salga y cumpla su deber.

No condescendió a contestar. Tuve un momento de molesta perplejidad. Pero las tareas urgían. Y otra vez decidí postergar el estudio de este problema a futuros ocios. Con un poco de incomodidad lle-

Quando a una persona se le lleva la contraria con contundencia y sin que medie motivo alguno, no es raro que ésta empiece a dudar de sus convicciones más elementales. Empieza a plantearse, por así decirlo, la remota posibilidad de que la justicia y la razón estén de parte del otro. Ante lo cual, si hay testigos imparciales, recurre a ellos para que de algún modo las debilidades ideas.

—¿Qué le parece esto, Turkey? —dije—. ¿No tengo razón?

—Con todo respeto, señor —dijo Turkey, en su tono más pacífico—, creo que la tiene.

—¿Qué le parece a usted, Nippers?

—Yo lo echaría a patadas de la oficina.

(El lector sagaz se dará cuenta aquí de que, al ser por la mañana, la respuesta de Turkey venía envuelta en términos tranquilos y corteses, y las réplicas de Nippers en términos destemplados. O, para repetir lo ya dicho, ahora era el turno del mal humor de Nippers, y el de Turkey libre.)

—Ginger Nut —dije, dispuesto a sumar a mi favor hasta el más insignificante voto—, ¿qué le parece esto?

—Me parece, señor, que a ése le falta un tornillo —replicó Ginger Nut con una sonrisa burlona.

—Ya ha oído lo que han dicho —dije, dirigiéndome al biombo—. Salga y haga su trabajo.

Pero no emitió respuesta alguna. Me quedé pensativo unos instantes, de pura perplejidad. Pero el trabajo urgía. Tomé de nuevo la determinación de aplazar la consideración de este enigma hasta un futuro rato de ocio. Con

C'est un fait assez fréquent que, si un homme se voit contrecarrer d'une manière toute nouvelle et violemment déraisonnable, il commence à être ébranlé dans ses convictions les plus patentes. Il commence bel et bien à soupçonner vaguement que la justice et la raison, quelque prodigieux que cela puisse être, sont entièrement dans l'autre camp. En conséquence, s'il se trouve là quelques personnes désintéressées, il se tourne vers elles afin de chercher du renfort pour ses esprits défaillants.

« Dindon, dis-je, qu'en pensez-vous? Ne suis-je pas dans le vrai? »

« Avec votre permission, monsieur, dit Dindon de sa voix la plus débonnaire, il me semble que vous l'êtes. »

« Et vous, Lagrinche, dis-je, qu'en pensez-vous? »

« Je pense qu'à votre place je le jetterais à la porte du bureau à coups de pied. »

(Le lecteur pénétrant saisira qu'étant donné l'heure matinale, la réponse de Dindon est couchée en termes polis et paisibles, tandis que celle de Lagrinche est véhément; ou, pour répéter une phrase antérieure, que la mauvaise humeur de Lagrinche est de garde, et celle de Dindon au repos.)

« Et vous, Gingembre, dis-je, désireux de rallier les moindres suffrages, qu'en pensez-vous? [29] »

« Je pense, monsieur, qu'il travaille un brin du chapeau, répondit Gingembre en ricanant. »

« Vous entendez, dis-je en me tournant vers le paravent. Sortez de là et faites votre service. »

Mais il **ne daigna pas** répondre. Je me débattis quelques instants dans une cruelle perplexité. Cependant, une fois de plus, le travail pressait. Je décidai encore de remettre à plus tard l'examen de ce dilemme. Nous procédâmes

Non è infrequente che un uomo, urtato in modo inconsueto e violentemente irragionevole, cominci a dubitare delle proprie convinzioni fondamentali. Comincia, per così dire, a congetturare in modo vago che, per quanto strano, la ragione e il diritto stiano forse dall'altra parte. Di conseguenza, se sono presenti persone neutrali, si rivolge a costoro in cerca di un sostegno per la mente che vacilla.

« Tacchino », dissi, « che ne pensa? Non ho ragione? »

« Con rispetto, signore », rispose Tacchino nel suo tono più blando, « penso di sì. »

« Pince-Nez, che cosa se ne pensa lei? »

« Penso che lo butterei fuori a calci. »

(Il lettore attento e sensibile intuirà che, essendo mattina, la risposta di Tacchino è formulata con espressioni cortesi e pacate, ma che Pince-Nez replica con malumore. Ovvero, per ripetere una frase detta in precedenza, il cattivo umore di Pince-Nez era in servizio, mentre quello di Tacchino era in licenza.)

« Zenzero », dissi desideroso di raccogliere il consenso anche più insignificante, « che cosa ne pensi tu? »

« Penso, signore, che sia un po' sfasato », rispose Zenzero con un sogghigno.

« Ha sentito quello che dicono », chiesi volgendomi verso il paravento. « Su, venga qui e faccia il suo dovere. »

Non si dignò di rispondere. Rimasi a ponderare per un attimo, risentito e perplesso, ma ancora una volta, incalzato dal lavoro, decisi di rimandare a un momento di calma la valutazione del

gamos a examinar los papeles sin Bartleby, aunque, a cada página, Turkey, deferentemente, daba su opinión de que este procedimiento no era correcto; mientras Nippers, retorciéndose en su silla con una nerviosidad dispéptica, trituraba entre sus dientes apretados intermitentes maldiciones silbadas contra el idiota testarudo de detrás del biombo. En cuanto a él (Nippers), ésta era la primera y última vez que haría sin remuneración el trabajo de otro.

Mientras tanto, Bartleby seguía en su ermita, ajeno a todo lo que no fuera su propia tarea.

Pasaron algunos días, en los que el amanuense tuvo que hacer otro largo trabajo. Su conducta extraordinaria me hizo vigilarle estrechamente. Observé que jamás iba a almorzar; en realidad, que jamás iba a ninguna parte. Jamás, que yo supiera, había estado ausente de la oficina. Era un centinela perpetuo en su rincón. Noté que a las once de la mañana, Ginger Nut solía avanzar hasta la apertura del biombo, como atraído por una señal silenciosa, invisible para mí. Luego salía de la oficina, haciendo sonar unas monedas, y reaparecía con un puñado de bizcochos de jengibre, que entregaba en la ermita, recibiendo dos de ellos como jornal.

Vive de bizcochos de jengibre, pensé; no toma nunca lo que se llama un almuerzo; debe de ser un vegetariano; pero no, pues no toma ni legumbres, ni come más que bizcochos de jengibre. Medité sobre los probables efectos de un exclusivo régimen de bizcochos de jengibre. Se llaman así porque el jengibre es uno de sus principales componentes, y su principal sa-

we made out to examine the papers without Bartleby, though at every page or two Turkey **deferentially** dropped his opinion, that this proceeding was quite out of the common; while Nippers, twitching in his chair with a dyspeptic nervousness, ground out, between his set teeth, occasional hissing maledictions against the stubborn oaf behind the screen. And for his (Nippers's) part, this was the first and the last time he would do another man's business without pay.

Meanwhile Bartleby sat in his hermitage, oblivious to everything but his own peculiar business there.

Some days passed, the scrivener being employed upon another lengthy work. His late remarkable conduct led me to regard his ways narrowly. I observed that he never went to dinner; indeed, that he never went anywhere. As yet I had never, of my personal knowledge, known him to be outside of my office. He was a perpetual sentry in the corner. At about eleven o'clock though, in the morning, I noticed that Ginger Nut would advance toward the opening in Bartleby's screen, as if silently beckoned thither by a gesture invisible to me where I sat. The boy would then leave the office, jingling a few pence, and reappear with a handful of ginger-nuts, which he delivered in the hermitage, receiving two of the cakes for his trouble.

He lives, then, on ginger-nuts, thought I; never eats a dinner, properly speaking; he must be a vegetarian; then; but no; he never eats even vegetables, he eats nothing but ginger-nuts. My mind then ran on in reveries concerning the probable effects upon the human constitution of living entirely on ginger-nuts. Ginger-nuts are so called, because they contain ginger as

cierta dificultad conseguimos [87] comprobar los documentos sin Bartleby, aunque a cada página o dos Turkey expresaba con deferencia la opinión, de que este procedimiento era bastante irregular; mientras que Nippers, retorciéndose en la silla con nerviosismo dispéptico, mascullaba entre dientes, susurrando de cuando en cuando maldiciones contra el estúpido testarudo de detrás del biombo. Y por su parte (de Nippers), ésta era la primera y última vez que haría el trabajo de otro hombre sin ser pagado por ello.

Mientras tanto, Bartleby seguía sentado en su rincón, ajeno a todo excepto a su propio trabajo.

Pasaron algunos días y el escribiente seguía ocupado con otro trabajo largo. Su llamativa conducta pasada me llevó a observar estrechamente sus movimientos. Observé que nunca iba a comer; en realidad, que nunca iba a ningún sitio. Hasta ahora nunca había sabido, por conocimiento personal, que hubiera salido de la oficina. Era un centinela permanente en el rincón. Hacía las once de la mañana, sin embargo, me di cuenta de que Ginger Nut se acercaba hasta la abertura del biombo de Bartleby, como si una señal, invisible para mí desde donde estaba sentado, le hubiese llamado allí. El chico salía entonces de la oficina, haciendo tintinear algunos peniques, para reaparecer con un puñado de pastas de jengibre, que entregaba en el escondrijo, recibiendo dos de los pasteles por la molestia.

Así que vive de pasteles de jengibre, pensé; nunca hace una comida propiamente dicha; debe ser vegetariano, no, entonces; pero no; ni siquiera come verduras, no come más que pasteles de jengibre. Mi mente se lanzaba a lucubraciones sobre los probables efectos en la constitución humana de vivir exclusivamente de pastas de jengibre. Los pasteles de jengibre se llaman así, porque contienen jengibre como uno de sus principales ingre-

embarras, nous nous mîmes en devoir de collationner sans Bartleby. Toutes les deux ou trois pages, Dindonneau émettait respectueusement l'opinion que cette manière d'agir était tout à fait inusitée, et Pincettes, se tortillant sur sa chaise avec une nervosité de dyspeptique, marmottait entre ses dents de cinglantes malédictions à l'adresse de la tête de mule cachée derrière le paravent. Quant à lui (Pincettes), c'était la première et la dernière fois qu'il faisait le travail d'un autre sans recevoir de salaire.

Cependant, Bartleby trônait dans son ermitage, oublieux de tout hormis de sa propre tâche.

Quelques jours s'écoulèrent au cours desquels le scribe fut totalement absorbé par un travail de longue haleine. Son récent et insolite comportement m'incita à surveiller de plus près ses façons. Je remarquai qu'il n'allait jamais déjeuner; qu'en fait, il n'allait jamais nulle part. Hors de mon bureau il n'avait, à ma connaissance, aucune existence personnelle. Il montait sempiternellement la garde dans son coin. Je notai cependant qu'à onze heures du matin environ, Gingembre se dirigeait vers l'ouverture du paravent de Bartleby, comme mu par un geste silencieux, invisible de mon siège. Le gamin quittait alors l'étude en faisant tinter quelques pièces et réapparaissait avec une poignée de gâteaux au gingembre qu'il délivrait à l'intérieur de l'ermitage, non sans recevoir deux biscuits pour sa peine.

Il vit donc de gâteaux au gingembre, pensai-je; il ne prend jamais, à proprement parler, de déjeuner; il doit être végétarien, alors; mais non; il ne mange même pas de légumes, il ne mange que des gâteaux au [25] gingembre. Mon esprit se perdit alors en rêveries sur les effets probables qu'un régime au gingembre pouvait avoir sur la constitution humaine. Les gâteaux au gingembre sont ainsi appelés parce qu'ils contiennent, entre autres,

gamos a examinar los papeles sin Bartleby, aunque, a cada página, Turkey, deferentemente, daba su opinión de que este procedimiento no era correcto; mientras Nippers, retorciéndose en su silla con una nerviosidad dispéptica, trituraba entre sus dientes apretados intermitentes maldiciones silbadas contra el idiota testarudo de detrás del biombo. En cuanto a él (Nippers), ésta era la primera y última vez que haría sin remuneración el trabajo de otro.

Mientras tanto, Bartleby seguía en su ermita, ajeno a todo lo que no fuera su propia tarea.

Pasaron algunos días, en los que el amanuense tuvo que hacer otro largo trabajo. Su conducta extraordinaria me hizo vigilarle estrechamente. Observé que jamás iba a almorzar; en realidad, que jamás iba a ninguna parte. Jamás, que yo supiera, había estado ausente de la oficina. Era un centinela perpetuo en su rincón. Noté que a las once de la mañana, Ginger Nut solía avanzar hasta la apertura del biombo, como atraído por una señal silenciosa, invisible para mí. Luego salía de la oficina, haciendo sonar unas monedas, y reaparecía con un puñado de bizcochos de jengibre, que entregaba en la ermita, recibiendo dos de ellos como jornal.

Vive de bizcochos de jengibre, pensé; no toma nunca lo que se llama un almuerzo; debe de ser un vegetariano; pero no, pues no toma ni legumbres, ni come más que bizcochos de jengibre. Medité sobre los probables efectos de un exclusivo régimen de bizcochos de jengibre. Se llaman así porque el jengibre es uno de sus principales componentes, y su principal sa-

alguna dificultad nos los arreglamos para revisar los papeles sin Bartleby, aunque a cada página o dos Turkey tenía la gentileza de dejar caer su [24] parecer de que éste no era, en absoluto, el procedimiento habitual; mientras que Nippers, retorciéndose en la silla con una nerviosidad dispéptica, trituraba entre sus dientes y siseaba maldiciones contra el patán testarudo de detrás del biombo. Y añadía que, por su parte –la de Nippers–, ésta sería la primera y última vez que haría el trabajo de otro por nada.

Entretanto, Bartleby permanecía sentado en su ermita, ajeno a todo lo que no fuese su trabajo.

Pasaron unos días en los que el escribiente estuvo ocupado en otro trabajo extenso. Su chocante conducta reciente me llevó a vigilarle estrechamente. Observé que jamás iba a almorzar, que jamás iba, en fin, a ninguna parte. Hasta entonces, que yo supiera, nunca se había ausentado de la oficina. Era un centinela perpetuo en el rincón. A eso de las once de la mañana, sin embargo, observé que Ginger Nut solía acercarse a la abertura del biombo de Bartleby, como obedeciendo a un gesto silencioso que resultaba invisible desde mi asiento. El chico salía entonces de la oficina, haciendo tintinear unas pocas monedas, y reaparecía con un puñado de bizcochos de nueces y jengibre que dejaba en la ermita, recibiendo dos en pago a su servicio.

«Así que se mantiene de bizcochos», pensé. «Nunca hace lo que se dice un almuerzo; será vegetariano... Pero no: nunca come verduras, no come más que bizcochos de nueces...» Mi mente se desbocó en fantasías sobre los probables efectos que podría tener sobre la constitución humana una dieta exclusivamente compuesta de bizcochos de nueces y jengibre. Estos bizcochos, como su nombre indica, tienen como uno de sus ingredientes el

avec quelque embarras au collationnement des minutes sans Bartleby, bien que, toutes les deux ou trois pages, Dindonneau avançât **respectueusement** l'opinion que cette manière d'agir était tout à fait inusitée, et que Lagrinche, en se tortillant sur sa chaise avec une nervosité dyspeptique, émit parfois entre ses dents serrées de gringantes malédictions à l'adresse de la tête de mule de derrière le paravent. Quant à lui, Lagrinche, c'était la première et la dernière fois qu'il faisait le travail d'un autre sans être payé.

Cependant Bartleby siégeait dans son ermitage, oublieux de tout hormis de ce qui était là sa propre affaire.

Quelques jours passèrent, pendant lesquels le scribe s'absorba de nouveau dans une longue tâche. La façon insolite dont il venait de se conduire pour la seconde fois m'incita à observer étroitement ses mouvements. Je constatai qu'il n'allait jamais déjeuner; qu'en fait il n'allait [30] jamais nulle part. Je ne me souvenais pas de l'avoir jamais vu de mes yeux hors de mon bureau. Il montait perpétuellement la garde dans son coin. Vers onze heures du matin toutefois, je remarquai que Gingembre s'avancât vers l'ouverture du paravent de Bartleby comme s'il y avait été silencieusement convié par un geste que je ne pouvais voir de ma place. Le gamin quittait alors l'étude en faisant tinter quelques sous et réapparaissait avec une poignée de biscuits au gingembre qu'il délivrait à l'intérieur de l'ermitage en recevant deux biscuits pour sa peine.

Il vit donc de biscuits au gingembre, pensai-je; il ne prend jamais, à proprement parler, de déjeuner; il doit donc être végétarien; mais non; il ne mange même pas de légumes; il ne mange que des biscuits au gingembre. Mon esprit se perdit alors en rêveries au sujet des effets probables qu'une alimentation consistant exclusivement en biscuits au gingembre pouvait avoir sur la constitution humaine. Les biscuits au gingembre sont ainsi appelés parce que le gingembre participe

dilemma. Con qualche difficoltà riuscimmo a venire a capo di quel lavoro di controllo, sebbene, ogni una o due pagine, Tacchino con deferenza esprimeva l'opinione che si trattava di procedura assai inconsueta, mentre Pince-Nez, agitandosi sulla sedia con nervosismo dispeptico, digrignava a denti stretti e sibilava di tanto in tanto impropri contro il cocciuto idiota dietro il paravento. E da parte sua (di Pince-Nez) quella era la prima e l'ultima volta che avrebbe fatto il lavoro di un altro senza essere pagato.

Bartleby, nel frattempo, se ne stava nel suo eremo, dimentico di tutto tranne che del documento davanti a sé.

Trascorsero alcuni giorni che videro lo scrivano impegnato in un altro lunghissimo lavoro. La stranezza del suo comportamento da un po' di tempo a quella parte mi portò a osservare da vicino i suoi modi. Notai che non andava mai a pranzo, anzi che non andava mai da nessuna parte. Per quanto ne sapepsi, non mi risaltava che fosse mai uscito dall'ufficio: eterna sentinella nel suo angolo. Osservai che verso le undici del mattino Zenzero avanzava verso il pertugio nel paravento di Bartleby, quasi fosse stato convocato da un cenno invisibile da dove ero seduto io. Il ragazzo allora usciva, facendo tintinnare qualche moneta, e riappariva con una manciata di focaccine che depositava nell'eremo, ricevendo due dolcetti per il fastidio.

«Vive di focaccine, allora», pensai. «Non fa mai un vero e proprio pranzo; sarà vegetariano. Macché, non mangia mai verdure, mangia soltanto focaccine allo zenzero.» Cominciai allora a rincorrere con il pensiero fantasie sui presumibili effetti che avrebbe potuto produrre sull'organismo umano un nutrimento esclusivamente a base di focaccine allo zenzero. Si chiamano così perché uno dei principali ingredienti, e

bor. Ahora bien, ¿qué es el jengibre? Una cosa cálida y picante. ¿Era Bartleby cálido y picante? Nada de eso; el jengibre, entonces, no ejercía efecto alguno sobre Bartleby. Probablemente, él prefería que no lo ejerciera.

Nada exaspera más a una persona seria que una resistencia pasiva. Si el individuo resistido no es inhumano y el individuo resistente es inofensivo en su pasividad, el primero, en sus mejores momentos, caritativamente procurará que su imaginación interprete lo que su entendimiento no puede resolver. Así me aconteció con Bartleby y sus manejos. ¡Pobre hombre!, pensé yo, no lo hace por maldad; es evidente que no procede por insolencia; su aspecto es suficiente prueba de lo involuntario de sus rarezas. Me es útil. Puedo llevarme bien con él. Si lo despidió, caerá con un patrón menos indulgente, será maltratado y tal vez llegará miserablemente a morir de hambre. Sí, puedo adquirir a muy bajo precio la deleitosa sensación de amparar a Bartleby; puedo adaptarme a su extraña terquedad; ello me costará poquísimo o nada y, mientras, atesoraré en el fondo de mi alma lo que finalmente será un dulce bocado para mi conciencia. Pero no siempre consideré así las cosas. La pasividad de Bartleby solía exasperarme. Me sentía aguijoneado extrañamente a chocar con él en un nuevo encuentro, a despertar en él una colérica chispa correspondiente a la mía. Pero hubiera sido lo mismo tratar de encender fuego golpeando con los nudillos de mi mano en un pedazo de jabón Windsor. Una tarde, el impulso maligno me dominó y tuvo lugar la siguiente escena:

—Bartleby —le dije—, cuando haya copiado todos esos documentos, los voy a revisar con usted.

—Preferiría no hacerlo.

one of their peculiar constituents, and the final flavouring one. Now, what was ginger? A hot, spicy thing. Was Bartleby hot and spicy? Not at all. Ginger, then, had no effect upon Bartleby. Probably he preferred it should have none.

Nothing so aggravates an earnest person as a passive resistance. If the individual so resisted be of a not inhumane temper, and the resisting one perfectly harmless in his passivity, then, in the better moods of the former, he will endeavour charitably to construe to his imagination what proves impossible to be solved by his judgment. Even so, for the most part, I regarded Bartleby and his ways. Poor fellow! thought I, he means no mischief; it is plain he intends no insolence; his aspect sufficiently evinces that his eccentricities are involuntary. He is useful to me. I can get along with him. If I turn him away, the chances are he will fall in with some less-indulgent employer, and then he will be rudely treated, and perhaps driven forth miserably to starve. Yes. Here I can cheaply purchase a delicious self-approval. To befriend Bartleby; to humour him in his strange wilfulness, will cost me little or nothing, while I lay up in my soul what will eventually prove a sweet morsel for my conscience. But this mood was not invariable with me. The passiveness of Bartleby sometimes irritated me. I felt strangely goaded on to encounter him in new opposition—to elicit some angry spark from him answerable to my own. But, indeed, I might as well have essayed to strike fire with my knuckles against a bit of Windsor soap. But one afternoon the evil impulse in me mastered me, and the following little scene ensued:—

“Bartleby,” said I, “when those papers are copied, I will compare them with you.”

“I would prefer not to.”

dientes, y el que les da su aroma final. Ahora bien, ¿qué era el jengibre? Algo caliente y picante. ¿Era Bartleby caliente y picante? En absoluto. El jengibre, por tanto, no producía efecto alguno sobre Bartleby. Probablemente él prefería que no tuviera ninguno.

Nada exacerba tanto a una persona seria como la resistencia pasiva. Si el individuo contra el que así se resiste no es de temperamento inhumano, y el que resiste es totalmente inofensivo en su pasividad, entonces, el primero, con sus mejores modales, [88] intentará caritativamente reconstruir con su imaginación lo que ha resultado imposible de resolver por el razonamiento. Incluso de esta manera, en la mayoría de los casos, yo tenía en cuenta la manera de ser de Bartleby. ¡Pobre hombre!, pensaba yo, no pretende hacer ningún mal; está claro que no se propone ser insolente; su aspecto demuestra suficientemente que sus excentricidades son involuntarias. Me es útil. Puedo llevarme bien con él. Si lo despidió, lo más probable es que caiga en manos de algún jefe menos indulgente, y que se le trate con rudeza, y quizás que sea empujado a perecer miserablemente. Sí, se me ofrece la oportunidad de comprar barato una deliciosa satisfacción. Ayudar a Bartleby; seguirle la corriente en su extraña obstinación, me costará poco o nada, mientras en mi espíritu guardo lo que finalmente resultará ser un dulce bocado para mi conciencia. Pero mi estado de ánimo no era invariable. La pasividad de Bartleby me irritaba a veces. Me sentía extrañamente impulsado a enfrentarme con él en una nueva oposición, a sacarle algún destello de ira que pudiese responder al mío. Pero, en realidad, hubiese dado lo mismo si hubiera intentado hacer fuego dando con los nudillos en un pedazo de jabón de Windsor. No obstante, una tarde, el impulso del mal se apoderó de mí, y sucedió la siguiente escena:

-Bartleby -dije-, cuando todos esos papeles estén copiados, los compararé con usted.

-Preferiría no hacerlo.

l'ingrédient qui leur donne cette saveur si spéciale. Or qu'était-ce que le jengibre ? Une substance épicée, échauffante. Bartleby était-il échauffé et épicé ? Point du tout. Le jengibre n'avait donc aucun effet sur Bartleby. Sans doute AIMAIT-il MIEUX qu'il n'en eût point.

Rien n'exaspère autant une personne sérieuse que la résistance passive. Quand l'individu soumis à cette résistance n'est pas dépourvu d'humanité, et quand le résistant est parfaitement inoffensif dans sa passivité, alors, dans ses meilleurs moments, le premier fera de charitables efforts pour comprendre à l'aide de l'imagination ce qu'il lui est impossible de résoudre par la raison. C'est de cette façon que, la plupart du temps, je considérais Bartleby et ses extravagances. Pauvre diable ! me disais-je, il ne pense pas à mal ; il est clair qu'il n'a pas l'intention d'être insolent ; son apparence prouve amplement que ses excentricités sont involontaires. Il m'est utile. Je puis m'entendre avec lui. Si je le renvoie, il a de fortes chances de tomber sur un patron moins indulgent que moi, il sera mené à la dure et peut-être en viendra-t-il à périr d'inanition. Oui, voici l'occasion de satisfaire à peu de frais ma conscience. Traiter amicalement Bartleby ; lui passer son étrange entêtement ne me coûtera que peu ou prou et je ferai trésor en mon âme de ce qui deviendra bientôt un morceau de choix pour ma conscience. Cependant, je n'étais pas toujours de cette humeur débonnaire. Parfois la passivité de Bartleby m'irritait. Je me sentais singulièrement éperonné à provoquer son opposition — à faire jaillir en lui quelque étincelle de colère qui réponde à la mienne. Mais autant chercher à allumer un feu en me frottant les jointures avec du savon de Marseille. Un après-midi, toutefois, [26] l'impulsion maligne eut raison de moi et provoqua la petite scène suivante :

—Bartleby, dis-je, quand vous aurez fini de copier ces pièces, je les collationnerai avec vous.

—J'aimerais mieux pas.

bor. Ahora bien, ¿qué es el jengibre? Una cosa cálida y picante. ¿Era Bartleby cálido y picante? Nada de eso; el jengibre, entonces, no ejercía efecto alguno sobre Bartleby. Probablemente, él prefería que no lo ejerciera.

Nada exaspera más a una persona seria que una resistencia pasiva. Si el individuo resistido no es inhumano y el individuo resistente es inofensivo en su pasividad, el primero, en sus mejores momentos, caritativamente procurará que su imaginación interprete lo que su entendimiento no puede resolver. Así me aconteció con Bartleby y sus manejos. ¡Pobre hombre!, pensé yo, no lo hace por maldad; es evidente que no procede por insolencia; su aspecto es suficiente prueba de lo involuntario de sus rarezas. Me es útil. Puedo llevarme bien con él. Si lo despidió, caerá con un patrón menos indulgente, será maltratado y tal vez llegará miserablemente a morir de hambre. Sí, puedo adquirir a muy bajo precio la deleitosa sensación de amparar a Bartleby; puedo adaptarme a su extraña terquedad; ello me costará poquísimo o nada y, mientras, atesoraré en el fondo de mi alma lo que finalmente será un dulce bocado para mi conciencia. Pero no siempre consideré así las cosas. La pasividad de Bartleby solía exasperarme. Me sentía aguijoneado extrañamente a chocar con él en un nuevo encuentro, a despertar en él una colérica chispa correspondiente a la mía. Pero hubiera sido lo mismo tratar de encender fuego golpeando con los nudillos de mi mano en un pedazo de jabón Windsor. Una tarde, el impulso maligno me dominó y tuvo lugar la siguiente escena:

—Bartleby —le dije—, cuando haya copiado todos esos documentos, los voy a revisar con usted.

—Preferiría no hacerlo.

jengibre, que es lo que les da su sabor característico. ¿Y qué es el jengibre? Una cosa fuerte y picante. ¿Era Bartleby fuerte y picante? En absoluto. Por lo tanto el jengibre no tenía efecto alguno sobre Bartleby. Probablemente, él prefería que no lo tuviera. [25]

No hay cosa que saque más de quicio a una persona seria que la resistencia pasiva. Si el individuo que experimenta esa resistencia no tiene un carácter inhumano, y el que la ofrece es perfectamente inofensivo en su pasividad, entonces, cuando el primero está de humor para ello, tratará de buscar con su imaginación una explicación de lo que su juicio no logra resolver. Así era, la mayoría de las veces, como me enfrentaba a Bartleby y sus manías. Pobre hombre, pensaba, no tiene malas intenciones; es evidente que no quiere ser insolente; no hay más que mirarlo para saber que sus rarezas son involuntarias. Me es útil. Puedo llevarme bien con él. Si lo despidió, lo más probable es que caiga en manos de un jefe menos indulgente, y que no se anden con consideraciones y lo dejen morir de hambre. Sí, puedo permitirme este capricho por bien poco; proteger a Bartleby, consentirle su extraña terquedad, no me costará nada, mientras cultivo en mí alma lo que, en su momento, será un bocado apetitoso para mi conciencia. Pero este humor no me duraba siempre. La pasividad de Bartleby llegaba a veces a irritarme. Sentía el extraño impulso de desear que volviera a llevarme la contraria, de despertar en él alguna chispa de enfado que mereciera idéntica reacción por mi parte. Pero igual podría haber intentado encender fuego golpeando con los nudillos un pedazo de jabón Windsor. Hasta que una tarde me dejé dominar por el impulso maligno, lo que dio lugar a la siguiente escena:

-Bartleby -dije-, cuando estén copiados todos estos papeles, los revisaré con usted.

-Preferiría no hacerlo.

à leur composition et détermine en fin de compte leur saveur. Qu'était-ce que le jengibre? Une substance épicée, échauffante. Bartleby était-il épicé ou échauffé? Point du tout. Le jengibre n'avait donc aucun effet sur Bartleby. Sans doute celui-ci préférerait-il qu'il n'en eût point.

Rien n'affecte autant une personne sérieuse [32] qu'une résistance passive. Si l'individu qui rencontre cette résistance ne manque pas d'humanité et s'il voit que l'agent de la résistance est parfaitement inoffensif dans sa passivité, il fera, dans son humeur la plus favorable, de charitables efforts pour exposer à son imagination ce qui demeure impénétrable à son jugement. C'est ainsi que je considérais le plus souvent Bartleby et son comportement. Pauvre garçon! pensais-je, il n'a pas de mauvaises intentions; il est clair qu'il ne cherche pas à être insolent; sa mine prouve suffisamment que ses excentricités sont involontaires. Il m'est utile. Je puis m'accommoder de lui. Si je le mets à la porte, il tombera sans doute sur un patron moins indulgent, il sera roué et peut-être en viendra-t-il à mourir misérablement de faim. Oui, voici l'occasion de jouir fort agréablement, à peu de frais, de ma propre estime. Il ne me coûtera rien, ou presque rien, d'être amical avec Bartleby, de me prêter à son étrange entêtement et, du même coup, d'emmagasiner dans mon âme ce qui deviendra éventuellement une friandise pour ma conscience. Pourtant je n'étais pas toujours de cette humeur. Parfois la passivité de Bartleby m'irritait. Je me sentais étrangement impatient de provoquer un nouveau conflit, de tirer de lui quelque étincelle de colère qui répondît à la mienne propre. Mais autant chercher à faire jaillir une flamme en frottant ses phalanges contre un savon de Marseille. Une après-midi cependant, l'impulsion mauvaise prit le dessus en moi et la petite scène suivante se déroula :

« Bartleby, dis-je, quand vous aurez fini de copier ces pièces, je les collationnerai avec vous.

— Je préférerais pas.

quello che dà il sapore, è lo zenzero. Ora che cos'è lo zenzero? Una cosa piccante, speziata. Bartleby era piccante e speziato? Nient'affatto. Lo zenzero quindi non aveva alcun effetto su Bartleby. Probabilmente egli preferiva che non ne avesse.

Nulla esaspera una persona seria quanto la resistenza passiva. Se l'individuo cui si resiste non è di temperamento disumano e chi gli resiste è una persona innocua nella sua passività, allora, il primo, quando è di buon umore, si sforza, nella sua immaginazione, di capire con la carità quanto si dimostra impossibile da spiegare con la ragione. Così, per lo più, consideravo Bartleby e le sue maniere. «Poveraccio», pensavo. «Non ha intenzioni malvagie; è chiaro che non vuole essere insolente; basta guardarlo per capire che le sue eccentricità - sono involontarie; Mi è utile. Riesco ad andarci d'accordo. Se lo mando via, è probabile che capiti con un principale meno indulgente; sarà trattato male, rischia addirittura di morir di fame. Sì. Ecco che, a basso prezzo, posso crogiolarmi nell'autoconpiacimento. Mostrami amico di Bartleby, assecondarlo nella sua ostinazione mi costerà poco o niente, mentre io accumulo nell'animo quello che finirà per dimostrarsi un dolce bocconcino per la mia coscienza». Ma non sempre ero di questo umore. La passività di Bartleby a volte mi irritava. Mi sentivo stranamente pungolato a venire ai ferri corti con lui in un nuovo contrasto - a far scattare una qualche scintilla di rabbia che rispondesse alla mia. Ma tanto valeva che cercassi di accendere il fuoco strofinando le nocche contro un pezzo di sapone Windsor. Ma un pomeriggio in me prevalse l'impulso malvagio, e ne seguì questa breve scena:

«Bartleby», dissi, «quando quei documenti saranno stati copiati tutti, li confronterò insieme a lei».

«Preferirei di no».

—¿Cómo? ¿Se propone persistir en ese capricho de mula?

Silencio.

Abrí la puerta viedria y dirigiéndome a Turkey y a Nippers exclamé:

—Bartleby dice por segunda vez que no examinará sus documentos. ¿Qué piensa de eso, Turkey?

Hay que recordar que era de tarde. Turkey resplandecía como una marmita de bronce; tenía empapada la calva; tamborileaba con las manos sobre sus papeles borronados.

—¿Qué pienso? —rugió Turkey—. ¡Pienso que voy meterme en el biombo y le voy a poner un ojo negro!

Con estas palabras se puso de pie y estiró los brazos en una postura pugilística. Se disponía a hacer efectiva su promesa, cuando lo detuve, arrepentido de haber despertado la bellicosidad de Turkey después de almorzar.

—Siéntese, Turkey —le dije—, y oiga lo que Nippers va a decir. ¿Qué piensa, Nippers? ¿No estaría plenamente justificado despedir de inmediato a Bartleby?

—Discúlpeme, esto tiene que decidirlo usted mismo. Creo que su conducta es insólita, y ciertamente injusta hacia Turkey y hacia mí. Pero puede tratarse de un capricho pasajero.

—¡Ah! —exclamé—, es raro ese cambio de opinión. Usted habla de él, ahora, con demasiada indulgencia.

—Es la cerveza —gritó Turkey—, esa indulgencia es efecto de la cerveza. Nippers y yo almorzamos juntos. Ya ve qué indulgente estoy yo, señor. ¿Le pongo un ojo negro?

—Supongo que se

“How? Surely you do not mean to persist in that mulish vagary?”

No answer.

I threw open the folding-doors near by, and, turning upon Turkey and Nippers, I exclaimed:

“Bartleby a second time says, he won't examine his papers. What do you think of it, Turkey?”

It was afternoon, he it remembered. Turkey sat glowing like a brass boiler; his bald head steaming; his hands reeling among his blotted papers.

“Think of it?” roared Turkey: “I think I'll just step behind his screen, and black his eyes for him!”

So saying, Turkey rose to his feet and threw his arms into a pugilistic position. He was hurrying away to make good his promise, when I detained him, alarmed at the effect of incautiously rousing Turkey's combativeness after dinner.

“Sit down, Turkey,” said I, “and hear what Nippers has to say. What do you think of it, Nippers? Would I not be justified in immediately dismissing Bartleby?”

“Excuse me, that is for you decide, sir I think his conduct quite unusual, and, indeed, unjust, as regards Turkey and myself. But it may only be a passing whim.”

“Ah,” exclaimed I, “you have strangely changed your mind, then—you speak very gently of him now.”

“All beer,” cried Turkey: “gentleness is effects of beer—Nippers and I dined together today. You see how gentle I am, sir. Shall I go and black his eyes?”

“You refer to

Cómo? Seguramente no pretenderá persistir en esa obstinada extravagancia, ¿verdad?

No hubo respuesta.

Abrí de par en par las puertas correderas de al lado, y, volviéndome hacia Turkey y Nippers, exclamé:

—Bartleby dice por segunda vez que no comprobará sus papeles. ¿Qué piensa usted de esto, Turkey?

Recuérdese que era por la tarde. Turkey ardía como una caldera de latón; su calva echaba humo; sus manos se agitaban vacilantes entre los papeles emborronados.

—¿Qué pienso? —dijo Turkey con un rugido—. ¡Pienso que voy a pasar al otro lado del biombo, y a ponerle los ojos morados!

Diciendo esto, Turkey se puso en pie y colocó los brazos en [89] posición pugilística. Se apresuraba a cumplir su promesa, cuando le detuve, alarmado ante el efecto de provocar incautamente la bellicosidad de Turkey después de comer.

—Siéntese, Turkey —dije yo—, y escuche lo que Nippers tiene que decir. ¿Qué piensa usted, Nippers? ¿No estaría justificado despedir a Bartleby inmediatamente?

—Perdone, es usted quien debe decidirlo, señor. Pienso que su conducta es inusitada, y, en realidad, injusta con respecto a Turkey y a mí. Pero quizá sea sólo una manía pasajera.

—¡Ah! —exclamé—, ha cambiado usted extraordinariamente de opinión, entonces, y ahora habla de él con mucha delicadeza.

—Todo eso es por la cerveza —gritó Turkey—, la amabilidad es por efecto de la cerveza. Nippers y yo hemos comido juntos hoy. Ya ve qué amable estoy yo, señor. ¿Quiere usted que vaya y le ponga los ojos morados?

—Se refiere usted a

—Comment? Vous n'avez pas l'intention de persister dans cet entêtement de mule?

Pas de réponse.

J'ouvris à deux battants la porte de séparation et m'exclamai à l'adresse de Dindonneau et Pinettes:

—Pour la seconde fois Bartleby dit qu'il ne veut pas revoir ses minutes. Qu'en pensez-vous Dindonneau?

C'était l'après-midi, il faut le noter. Dindonneau flamboyait comme un chaudron de cuivre; son crâne chauve fumait; ses mains dansaient le branle dans des papiers maculés d'encre.

—Ce que j'en pense, rugit Dindonneau, je pense que je vais passer derrière le paravent et lui faire un oeil au beurre noir!

Ce disant, Dindonneau bondit sur ses pieds et se mit en position de pugiliste. Il s'apprêtait déjà à passer à l'attaque quand je le retins, alarmé par l'effet que j'avais produit en éveillant inconsidérément sa combativité après le déjeuner.

—Asseyez-vous Dindonneau, dis-je; et écoutez ce qu'en dit Pinettes. Que pensez-vous de cette façon de faire, Pinettes? Ne serais-je pas en droit de licencier Bartleby sur-le-champ?

—Excusez-moi, monsieur, mais c'est à vous d'en décider. Je trouve sa conduite tout à fait inhabituelle et, en vérité, injuste envers Dindonneau et moi-même. Mais ce n'est peut-être qu'un caprice passager.

—Ah, m'exclamai-je, vous avez singulièrement changé d'opinion. Vous lui montrez beaucoup d'indulgence, maintenant.

—C'est la bière, s'écria Dindonneau. L'indulgence est l'effet de la bière — Pinettes et moi avons déjeuné ensemble aujourd'hui. Voyez comme je suis indulgent, moi. Je vais lui faire un oeil au beurre noir.

—Vous voulez parler de

—¿Cómo? ¿Se propone persistir en ese capricho de mula?

Silencio.

Abrí la puerta viedria y dirigiéndome a Turkey y a Nippers exclamé:

—Bartleby dice por segunda vez que no examinará sus documentos. ¿Qué piensa de eso, Turkey?

Hay que recordar que era de tarde. Turkey resplandecía como una marmita de bronce; tenía empapada la calva; tamborileaba con las manos sobre sus papeles borronados.

—¿Qué pienso? —rugió Turkey—. ¡Pienso que voy meterme en el biombo y le voy a poner un ojo negro!

Con estas palabras se puso de pie y estiró los brazos en una postura pugilística. Se disponía a hacer efectiva su promesa, cuando lo detuve, arrepentido de haber despertado la bellicosidad de Turkey después de almorzar.

—Siéntese, Turkey —le dije—, y oiga lo que Nippers va a decir. ¿Qué piensa, Nippers? ¿No estaría plenamente justificado despedir de inmediato a Bartleby?

—Discúlpeme, esto tiene que decidirlo usted mismo. Creo que su conducta es insólita, y ciertamente injusta hacia Turkey y hacia mí. Pero puede tratarse de un capricho pasajero.

—¡Ah! —exclamé—, es raro ese cambio de opinión. Usted habla de él, ahora, con demasiada indulgencia.

—Es la cerveza —gritó Turkey—, esa indulgencia es efecto de la cerveza. Nippers y yo almorzamos juntos. Ya ve qué indulgente estoy yo, señor. ¿Le pongo un ojo negro?

—Supongo que se

—¿Qué? Supongo que no tendrá intención de obstinarse en ese capricho.

No hubo respuesta.

Abrí de par en par la puerta de cristales y, dirigiéndome a Turkey y a Nippers, exclamé: [26]

—Bartleby se niega por segunda vez a revisar sus papeles. ¿Qué le parece a usted, Turkey?

Téngase en cuenta que era por la tarde. Turkey resplandecía en su silla como un caldero de latón; su calva echaba humo; sus manos revolvan sus papeles llenos de borrones.

—¿Que qué me parece? —rugió—. Me parece que irá detrás de ese biombo y le pondré los ojos morados.

Dicho esto, Turkey se levantó y puso los brazos en postura pugilística. Ya se disponía a dar inmediato cumplimiento a su promesa cuando lo detuve, alarmado ante las consecuencias de despertar temerariamente la combatividad de Turkey después de almorzar.

—Siéntese, Turkey —dije—, y oiga lo que Nippers tiene que decir. ¿Qué le parece a usted, Nippers? ¿No tengo motivos para despedir ahora mismo a Bartleby?

—Disculpe, eso debe decirlo usted, señor. Su conducta me parece bastante extraña, e incluso injusta con Turkey y conmigo. Pero puede que no se trate más que de un capricho pasajero.

—Vaya —exclamé—, así que ha cambiado usted de opinión. Ahora habla de él, bien de él.

—La cerveza —gritó Turkey—. Esa amabilidad es efecto de la cerveza. Nippers y yo hemos almorzado juntos hoy. Ve usted lo amable que soy yo. ¿Voy y le pongo los ojos morados?

—Se refiere a

— Comment? Pour sûr, vous n'entendez pas persister dans cet entêtement de mule? »

Pas de réponse.

Je poussai les battants de la porte et, me tournant vers Dindon et Lagrinche, je m'exclamai :

« Bartleby déclare pour la seconde fois qu'il ne veut pas collationner ses pièces. Qu'en pensez-vous, Dindon? »

C'était l'après-midi, notez-le bien. Dindon flamboyait comme un chaudron de cuivre; sa tête chauve fumait; ses mains vaguaient parmi ses papiers tachés d'encre.

« Ce que j'en pense? rugit Dindon. Je pense que je m'en vais tout simplement passer derrière son paravent et lui pocher les yeux! »

Ce disant, Dindon sauta sur ses pieds et lança ses bras en avant dans une posture pugilistique. Il s'élançait déjà pour remplir sa promesse, quand je le retins, alarmé de l'effet que j'avais produit en éveillant imprudemment sa combativité après le déjeuner.

« Asseyez-vous, Dindon, dis-je. Écoutons ce que va dire Lagrinche. Qu'en pensez-vous, Lagrinche? [33] Ne serais-je pas en droit de renvoyer immédiatement Bartleby? »

—Excusez-moi, monsieur, c'est à vous d'en décider. Je trouve sa conduite tout à fait anormale et même injuste envers Dindon et envers moi. Mais ce n'est peut-être qu'une lubie passagère.

— Ah! m'exclamai-je. Vous avez singulièrement changé de ton. Vous parlez de lui avec beaucoup de douceur à présent.

— C'est la bière, cria Dindon. La douceur est l'effet de la bière. Nous avons déjeuné ensemble aujourd'hui, Lagrinche et moi. Vous voyez comme je suis doux, moi, monsieur. Irai je lui pocher les yeux? »

— Vous voulez parler de

« Come? Non vorrà incaponirsi in quel suo ostinato capriccio? ».

Nessuna risposta.

Spalancando le porte pieghevoli lì vicino, esclamai, rivolto a Tacchino e Pince-Nez:

«Bartleby, per la seconda volta, dichiara di non voler esminare le sue copie. Che ne pensa, Tacchino?».

Era di pomeriggio, ricordatevene. Tacchino se ne stava seduto irradiando luce e calore come una pentola di rame; la testa calva fumava; le mani turbinavano fra le carte macchiate.

«Che ne penso?», ruggì Tacchino. «Ecco che cosa penso: vado dietro a quel paravento a fargli due occhi neri!».

Così dicendo, Tacchino, alzatosi in piedi, assunse una posizione da pugile. Stava per slanciarsi a mantenere la promessa, quando lo trattenni, allarmato per aver incautamente suscitato la sua combattività postprandiale.

«Si siede, Tacchino», dissi, «e ascolti quello che ha da dire Pince-Nez. Che ne pensa, Pince-Nez? Non avrei buone ragioni per licenziare Bartleby su due piedi?»

«Con sua licenza, signore, è lei che deve decidere. Ritengo che la sua condotta sia assai inconsueta e, inverò, inagusta nei confronti miei e di Tacchino. Ma forse si tratta di un capriccio momentaneo».

«Ah!», esclamai. «Strano, lei ha cambiato idea allora... ne parla con molta indulgenza».

«Tutto merito della birra», intervenne Tacchino. «La comprensione è effetto della birra... io e Pince-Nez abbiamo pranzato insieme oggi. Guardi quanto sono comprensivo io, signore. Devo andare a fargli due occhi neri?»

«A Bartleby,

<i>tr. de J. L. Borges</i>	<i>Melville's Bartleby</i>	<i>tr. de Julia Lavid</i>	<i>tr. de M. Causse</i>	<i>tr. de J. L. Borges</i>	<i>tr. de J.M. Benítez Ariza</i>	<i>tr. de Pierre Leyris</i>	<i>unattributed</i>
refiere a Bartleby. No, hoy no, Turkey —repliqué—, por favor, baje esos puños.	Bartleby, I suppose. No, not to-day, Turkey," I replied; "pray, put up your fists."	Bartleby, supongo. No, hoy no, Turkey -contesté-; se lo ruego, baje los puños.	Bartleby, je suppose. Non, pas aujourd'hui, Dindonneau, répliquai-je, desserrez les poings.	refiere a Bartleby. No, hoy no, Turkey —repliqué—, por favor, baje esos puños.	Bartleby, supongo... No, hoy no, Turkey —repliqué—. Baje los puños, por favor.	Bartleby, je suppose? Non, pas aujourd'hui, Dindon, répondis-je. Laissez vos poings tranquilles, je vous prie. »	immagino. No, non oggi, Tacchino», risposi. «Giù quei pugni, la prego».
Cerré las puertas y volví a dirigirme a Bartleby. Tenía un nuevo incentivo para tentar mi suerte. Estaba deseando que volviera a rebelarse. Recordé que Bartleby no abandonaba nunca la oficina.	I closed the doors, and again advanced toward Bartleby. I felt additional incentives tempting me to my fate. I burned to be rebelled against again. I remembered that Bartleby never left the office.	Cerré la puerta y volví a acercarme a Bartleby. Sentí incentivos adicionales que me tentaban hacia mi destino. Ardía en deseos de que se rebelara de nuevo contra mí. Me acordé de que Bartleby nunca salía de la oficina.	Je fermai les portes et, d'erechef, m'avançai vers Bartleby. Je me sentais poussé à tenter encore une fois le sort. Je brûlais de voir Bartleby se rebeller contre moi. Je me souvins alors qu'il ne quittait jamais le bureau.	Cerré las puertas y volví a dirigirme a Bartleby. Tenía un nuevo incentivo para tentar mi suerte. Estaba deseando que volviera a rebelarse. Recordé que Bartleby no abandonaba nunca la oficina.	Cerré la puerta, y volví a donde estaba Bartleby. Ahora tenía nuevos motivos para tentar mi suerte. Ardía en deseos de que se me mostrara rebelde otra vez. Recordé que Bartleby no salía nunca de la oficina.	Je fermai les battants de la porte et m'avançai de nouveau vers Bartleby. La tentation fatale s'était emparée de moi, je le sentais, avec une force accrue. Je brûlais de voir Bartleby se rebeller encore contre moi. Or, je me rappelai qu'il ne quittait jamais l'étude.	Chiusi le porte e di nuovo mi avvicinai a Bartleby. Mi sentivo ancora più pungolato a sfidare la sorte. Ardevo dalla voglia che mi si rivoltasse di nuovo contro. Ricordai che Bartleby non usciva mai dall'ufficio.
—Bartleby —le dije—. Ginger Nut ha salido; cruce a Correo, ¿quiere? —era a tres minutos de distancia—, y vea si hay algo para mí.	"Bartleby," said I, "Ginger Nut is away; just step around to the Post Office, won't you? (it was but a three minutes' walk), and see if there is anything for me."	-Bartleby -dije-, Ginger Nut ha salido; acérquese a la Oficina de Correos, ¿le importa? (estaba a tres minutos de marcha), y mire si hay algo para mí.	—Bartleby, dis-je, Gingembre est sorti ; voulez-vous faire un saut jusqu'à la Poste (c'était à trois minutes de marche) et voir s'il n'y a rien pour moi ?	—Bartleby —le dije—. Ginger Nut ha salido; cruce a Correo, ¿quiere? —era a tres minutos de distancia—, y vea si hay algo para mí.	—Bartleby -dije-, Ginger Nut ha salido. Hágame el favor de ir a Correos —no era más que un paseo de tres minutos— y vea si hay algo para mí. [27]	« Bartleby, dis-je, Gingembre est parti. Faites un saut jusqu'à la Poste, voulez-vous » (c'était une course de trois minutes), « et voyez s'il y a quelque chose pour moi. [27]	«Bartleby», dissi, «Zenzero è fuori; le spiace fare un salto all'ufficio postale?» (Erano tre minuti di strada). «Veda se c'è qualcosa per me».
—Preferiría no hacerlo.	"I would prefer not to."	-Preferiría no hacerlo.	—J'aimerais mieux pas.	—Preferiría no hacerlo.	—Preferiría no hacerlo.	—Je préférerais pas.	«Preferirei di no».
—¿No quiere ir?	"You will not?"	-¿No quiere hacerlo?	—Vous ne VOULEZ pas ?	—¿No quiere ir?	—¿Se niega?	— Vous ne voulez pas ? [34]	«Non vuole andare?»
—Lo preferiría así.	"I prefer not."	-Prefiero no hacerlo.	—J'aime mieux pas.	—Lo preferiría así.	—Prefiero no hacerlo.	— Je préfère pas. »	«Preferisco di no».
Pude llegar a mi escritorio, y me sumí en profundas reflexiones. Volvió mi ciego impulso. ¿Habría alguna cosa capaz de procurarme otra ignominiosa repulsa de este necio tipo sin un cobre, mi dependiente asalariado? _____	I staggered to my desk, and sat there in a deep study. My blind inveteracy returned. Was there any other thing in which I could procure myself to be ignominiously repulsed by this lean, penniless wight?— my hired clerk? What added thing is there, perfectly reasonable, that he will be sure to refuse to do?	Me tambaleé hasta mi escritorio y me senté en profunda meditación. Mi ciega obstinación volvía. ¿Había alguna otra cosa en la que pudiera conseguir que me rechazara ignominiosamente aquel tipo flaco y sin blanca, contratado por mí? ¿Qué otra cosa, perfectamente razonable, puede haber que él vaya a negarse a hacer con seguridad?	Titubant, je regagnai mon bureau et me plongeai dans une profonde méditation. Mon aveugle impulsion me reprit. Comment pouvais-je encore une fois m'attirer les ignominieuses rebuffades de ce misérable hère efflanqué ? Mon employé à gages ? Quelle requête parfaitement raisonnable refuserait-il encore de satisfaire ?	Pude llegar a mi escritorio, y me sumí en profundas reflexiones. Volvió mi ciego impulso. ¿Habría alguna cosa capaz de procurarme otra ignominiosa repulsa de este necio tipo sin un cobre, mi dependiente asalariado? _____	Mis piernas apenas pudieron llevarme hasta mi mesa, y allí me senté a cavilar. Mi ciega obstinación volvió. ¿Quedaba alguna cosa en la que pudiera ser ignominiosamente desobedecido por este tipejo sin blanca? ¿Por mi empleado a sueldo? ¿Qué otra cosa habrá, perfectamente razonable, que él se niegue de fijo a hacer?	Je regagnai mon bureau en chancelant et me perdis dans une méditation profonde. Mais mon impulsion aveugle revint. Comment pouvais-je m'attirer encore une ignominieuse rebuffade de la part de ce chétif pauvre hère — mon employé à gages? Quelle était la chose parfaitement raisonnable qu'il refuserait certainement de faire?	Barcollando andai alla scrivania e mi sedetti in profonda riflessione. Risputò in me un'animosità cieca. Potevo espormi a un altro ignominioso rifiuto da parte di quel disgraziato macilento e squattrinato? Dal mio dipendente? Che altra richiesta assolutamente ragionevole di sicuro rifiuterà ancora?
—¡Bartleby!	"Bartleby!"	-¡Bartleby!	—Bartleby !	—¡Bartleby!	—¡Bartleby!	« Bartleby ! »	«Bartleby!».
Silencio.	No answer.	No hubo respuesta.	Pas de réponse.	Silencio.	Silencio.	Pas de réponse.	Nessuna risposta.
—¡Bartleby! —más fuerte.	"Bartleby," in a louder tone.	-¡Bartleby! -en tono más alto.	—Bartleby, dis-je en élevant le ton.	—¡Bartleby! —más fuerte.	—¡Bartleby! —más fuerte.	« Bartleby ! » dis-je en élevant la voix.	« Bartleby », a voce più alta.
Silencio.	No answer.	No hubo respuesta.	Pas de réponse.	Silencio.	Silencio.	Pas de réponse.	Nessuna risposta.
—¡Bartleby! —vociferé.	"Bartleby," I roared.	-¡Bartleby! -dije rugiendo.	—Bartleby ! vocifèrai-je.	—¡Bartleby! —vociferé.	—¡Bartleby! —rugí.	« Bartleby ! » tonnai-je.	«Bartleby», con un ruggito.
Como un verdadero fantasma, cediendo a las leyes de una invocación mágica, apareció al tercer llamado.	Like a very ghost, agreeably to the laws of magical invocation, at the third summons, he appeared at the entrance of his hermitage.	Como un verdadero fantasma, de acuerdo con las leyes de [90] invocación mágica, a la tercera llamada, apareció a la entrada de su cuchitril.	Tel un fantôme obéissant aux lois de l'invocation magique, à la troisième sommation il apparut à l'entrée de son ermitage.	Como un verdadero fantasma, cediendo a las leyes de una invocación mágica, apareció al tercer llamado.	Como un fantasma que obedece las leyes de la invocación mágica, a la tercera llamada se asomó a la entrada de su ermita.	Tout comme un fantôme soumis aux lois de l'incantation magique, à la troisième sommation il parut à l'entrée de son ermitage.	Proprio come gli spettri obbediscono alle leggi delle invocazioni magiche, al terzo appello Bartleby sulla soglia del suo eremo.
—Vaya al otro cuarto y dígame a Nippers que venga.	"Go to the next room, and tell Nippers que come to me."	-Vaya a la habitación de al lado, y dígame a Nippers que venga.	—Allez dans la pièce voisine et dites à Pinettes de venir me trouver.	—Vaya al otro cuarto y dígame a Nippers que venga.	—Vaya al cuarto de al lado y dígame a Nippers que venga.	« Allez dans la pièce voisine et dites à Lagrinche de venir me trouver.	«Vada di là e dica a Pince-Nez di venire da me».
—Preferiría no hacerlo —dijo con respetuosa lentitud, y desapareció mansamente.	"I prefer not to," he respectfully and slowly said, and mildly disappeared.	-Prefiero no hacerlo -dijo lenta y respetuosamente, y desapareció quedamente.	—J'aimerais mieux pas, me répondit-il respectueusement, sans se hâter, avant de disparaître en douceur.	—Preferiría no hacerlo —dijo con respetuosa lentitud, y desapareció mansamente.	—Preferiría no hacerlo —dijo, despacio y respetuosamente, y desapareció.	— Je préfère pas », dit-il lentement et respectueusement. Puis il disparut avec douceur.	« Preferisco di no », disse piano con voce rispettosa, e lieve sparì.
—Muy bien, Bartleby —dije con voz tranquila, aplomada y serenamente severa, insinuando el inalterable propósito de alguna terri-	"Very good, Bartleby," said I, in a quiet sort of serenely-severe self-possessed tone, intimating the unalterable purpose of	—Muy bien, Bartleby -dije en tono tranquilo como de fuerte y sereno dominio de mí mismo, que anunciaba el propósito inalterable de al-	Très bien Bartleby, dis-je d'une voix contenue, sereinement sévère, laissant percer l'irrévocable dessein [28]	—Muy bien, Bartleby —dije con voz tranquila, aplomada y serenamente severa, insinuando el inalterable propósito de alguna terri-	—Muy bien, Bartleby —dije, en una especie de tono severo y sereno, intuyendo la determinación inalterable de un te-	« Très bien, Bartleby », dis-je d'un ton tranquille et mesuré, empreint d'une sorte de sévérité sereine qui dénotait la décision irrévocable de recourir à	« Molto bene, Bartleby », dissi nel tono tranquillo, serenamente severo e controllato che annuncia l'irremovibile decisione di un

ble y pronta **represalia**. En ese momento proyectaba algo por el estilo. Pero pensándolo bien, y como se acercaba la hora de almorzar, me pareció mejor ponerme el sombrero y caminar hasta casa, sufriendo con mi perplejidad y mi preocupación.

¿Lo confesaré? Como resultado final quedó establecido en mi oficina que un pálido joven llamado Bartleby tenía ahí un escritorio, que copiaba al precio corriente de cuatro céntimos la hoja (cien palabras), pero que estaba exento, permanentemente, de examinar su trabajo, y que ese deber era transferido a Turkey y a Nippers, sin duda en gracia de su mayor agudeza; ítem, el susodicho Bartleby no sería llamado a evacuar el más trivial encargo; y si se le pedía que lo hiciera, se entendía que *preferiría no hacerlo*, en otras palabras, que rehusaría de modo terminante.

Con el tiempo, me sentí considerablemente reconciliado con Bartleby. Su aplicación, su falta de vicios, su laboriosidad incesante (salvo cuando se perdía en un sueño detrás del biombo), su gran calma, su ecuánime conducta en todo momento, hacían de él una valiosa adquisición. En primer lugar *siempre estaba ahí*, el primero por la mañana, durante todo el día, y el último por la noche. Yo tenía singular confianza en su honestidad. Sentía que mis documentos más importantes estaban perfectamente seguros en sus manos. A veces, muy a pesar mío, no podía evitar el caer en espasmódicas cóleras contra él. Pues era muy difícil no olvidar nunca esas raras peculiaridades, privilegios, y excepciones inauditas, que formaban las tácitas condiciones bajo las cuales

some terrible **retribution** very close at hand. At the moment I half intended something of the kind. But upon the whole, as it was 5 drawing toward my dinner-hour, I thought it best to put on my hat and walk home for the day, suffering much from perplexity and distress 10 of mind.

Shall I acknowledge it? The conclusion of this whole business was, that it soon 15 became a fixed fact of my chambers, that a **pale** young scrivener, by the name of Bartleby, had a desk there; that he copied for me at the 20 usual rate of four cents a folio (one hundred words); but he was permanently exempt from examining the work done by him, that duty being 25 transferred to Turkey and Nippers, out of compliment, doubtless to their superior acuteness; moreover, said Bartleby was never, on any 30 account, to be dispatched on the most trivial errand of any sort; and that even if entreated to take upon him such a matter, it was generally 35 understood that he would "prefer not to"—in other words, that he would refuse point-blank.

As days passed on, I became considerably reconciled to Bartleby. His steadiness, his freedom from all dissipation, his incessant 45 industry (except when he chose to throw himself into a standing revery behind his screen), his great stillness, his unalterableness of 50 his demeanour under all circumstances, made him a valuable acquisition. One prime thing was this—he was 55 *always there*—first in the morning, continually through the day, and the last at night. I had a singular confidence in his honesty. I felt my most precious papers perfectly safe 60 in his hands. Sometimes, to be sure, I could not, for the very soul of me, avoid falling into sudden spasmodic passions with him. For it was 65 exceeding difficult to bear in mind all the time those strange peculiarities, privileges, and unheard-of exemptions, forming the tacit 70 stipulations on Bartleby's

gún terrible castigo muy próximo. En aquel momento, medio me proponía hacer algo parecido. Pero al final, como se acercaba la hora de comer, pensé que era mejor ponerme el sombrero e irme a casa para el resto del día, muy afectado por un sentimiento de perplejidad y disgusto.

¿Lo reconoceré? La conclusión de todo este asunto fue que pronto se convirtió en un hecho establecido, el que, en mi bufete, un escribiente joven y pálido, de nombre Bartleby, tenía un escritorio; que copiaba para mí a razón de los habituales cuatro centavos por folio (cien palabras), pero que estaba exento permanentemente de comprobar su trabajo, deber que era transferido a Turkey y a Nippers, como un cumplido, por supuesto, a su mayor agudeza; además, al susodicho Bartleby nunca se le debía enviar, bajo ningún concepto, a recado alguno, por trivial que fuese; e incluso, aunque se le suplicara que se encargase de ello, normalmente se entendía que él «preferiría no hacerlo», en otras palabras, que se negaba en redondo.

A medida que pasaban los días, llegué a reconciliarme bastante con Bartleby. Su constancia, su carencia de todo vicio, su incesante laboriosidad (excepto cuando optaba por dejarse llevar de una larga ensoñación tras su biombo), su gran silencio, la inalterabilidad de su conducta en cualquier circunstancia, hacían de él una valiosa adquisición. Una de las cosas principales era ésta: *siempre estaba allí*; el primero por la mañana, sin interrupción durante el día, y el último por la noche. Yo tenía gran confianza en su honradez. Presentaba que mis documentos más preciados estaban totalmente a salvo en sus manos. Algunas veces, claro está, no podía, ni por la salvación de mi alma, evitar el caer en repentinos y espasmódicos estallidos de cólera contra él. Pues era excesivamente difícil tener en cuenta siempre aquellas extrañas peculiaridades, privilegios e inauditas [91] exenciones que configuraban las condiciones tácitas

d'en venir à un terrible et imminent **châtiment**. Car sur le moment, telle était à demi mon intention. Mais à tout prendre, comme l'heure du déjeuner approchait, je jugeai plus opportun de mettre mon chapeau et de rentrer chez moi à pied, plongé dans la perplexité et le désarroi les plus profonds.

L'avouerais-je? La conclusion de toute cette affaire fut bientôt qu'un jeune et **pâle** commis aux écritures du nom de Bartleby disposait d'un bureau dans mon étude; qu'il faisais de la copie pour moi au tarif usuel de 4 sous le folio (cent mots); mais qu'il était en permanence exempté de la relecture de son propre travail, cette tâche étant dévolue à Dindonneau et Pincettes, en hommage, sans doute, à leur supérieure acuité; que, de surcroît, ledit Bartleby ne devait jamais, sous aucun prétexte, être chargé d'une commission, aussi anodine fût-elle; et que, prié néanmoins de bien vouloir s'exécuter, il était généralement sous-entendu qu'il «aimerait mieux» n'en rien faire — en d'autres termes, qu'il refuserait tout net.

A mesure que les jours passaient, je me réconciliai grandement avec Bartleby. Son application, son absence de toute dissipation, son zèle incessant (hormis les moments où il lui plaisait de rêver debout derrière son paravent), sa grande tranquillité, son égalité d'humeur en toutes circonstances faisaient de lui une précieuse acquisition. Fait de première importance — IL ÉTAIT TOUJOURS LA — premier le matin, présent tout au long du jour, dernier le soir. J'avais une singulière confiance dans son honnêteté. Je sentais que mes papiers les plus précieux étaient en sûreté entre ses mains. Parfois, il est vrai, rien au monde ne pouvait m'empêcher d'entrer dans de soudaines et spasmodiques colères contre lui. Car il était extrêmement difficile de garder constamment à l'esprit ces étranges particularités, privilèges et exemptions

ble y pronta **represalia**. En ese momento proyectaba algo por el estilo. Pero pensándolo bien, y como se acercaba la hora de almorzar, me pareció mejor ponerme el sombrero y caminar hasta casa, sufriendo con mi perplejidad y mi preocupación.

¿Lo confesaré? Como resultado final quedó establecido en mi oficina que un pálido joven llamado Bartleby tenía ahí un escritorio, que copiaba al precio corriente de cuatro céntimos la hoja (cien palabras), pero que estaba exento, permanentemente, de examinar su trabajo, y que ese deber era transferido a Turkey y a Nippers, sin duda en gracia de su mayor agudeza; ítem, el susodicho Bartleby no sería llamado a evacuar el más trivial encargo; y si se le pedía que lo hiciera, se entendía que *preferiría no hacerlo*, en otras palabras, que rehusaría de modo terminante.

Con el tiempo, me sentí considerablemente reconciliado con Bartleby. Su aplicación, su falta de vicios, su laboriosidad incesante (salvo cuando se perdía en un sueño detrás del biombo), su gran calma, su ecuánime conducta en todo momento, hacían de él una valiosa adquisición. En primer lugar *siempre estaba ahí*, el primero por la mañana, durante todo el día, y el último por la noche. Yo tenía singular confianza en su honestidad. Sentía que mis documentos más importantes estaban perfectamente seguros en sus manos. A veces, muy a pesar mío, no podía evitar el caer en espasmódicas cóleras contra él. Pues era muy difícil no olvidar nunca esas raras peculiaridades, privilegios, y excepciones inauditas, que formaban las tácitas condiciones bajo las cuales

rrible castigo inminente. En ese momento lo tenía medio decidido. Pero, en definitiva, conforme iba acercándose la hora de almorzar, me pareció 5 que, por hoy, lo mejor era ponerse el sombrero e irse a casa dando un paseo, ya que me sentía bastante trastornado con mi perplejidad y la 10 contrariedad.

¿Lo reconozco? La conclusión de esta historia fue que pronto mi oficina fue conocida por el hecho de que un escribiente joven y pálido llamado Bartleby tenía un puesto allí, y hacía copias para mí a la tarifa habitual 20 de cuatro centavos el folio (cien palabras); pero estaba exento a perpetuidad de revisar el trabajo que hacía, obligación que recaía en 25 Turkey y Nippers [28] en deferencia, sin duda, a la agudeza superior de éstos; y que, además, el mencionado Bartleby no debía ser nunca 30 enviado a hacer ninguna clase de recado, por trivial que fuese; y que, cuando se le exhortaba a cumplir tareas de esa clase, debía en- 35 tenderse, por lo general que «preferiría no hacerlo»... En otras palabras, que se negaba en redondo.

Conforme pasaban los días, llegué a reconciliarme en gran medida con Bartleby. Su seriedad, su falta de vicios, su incesante actividad 45 (salvo cuando se perdía en un sueño despierto detrás de su biombo), su silencio absoluto, lo inalterable de su conducta bajo cualquier circunstancia lo convertían en una adquisición valiosa. Lo fundamental era esto: siempre estaba allí, el primero por la mañana, sin pausa durante 55 todo el día y el último por la noche. Yo tenía especial confianza en su honradez. Sabía que mis papeles más valiosos estaban totalmente seguros en sus manos. A veces, en fin, ni por lo más sagrado podía evitar caer en virulentos ataques de ira contra él. Porque era enormemente difícil no olvidar en algún momento todas esas extrañas particularidades, privilegios e inusitadas 65 exenciones que formaban las tácitas condiciones a las que Bartleby se acogía para per-

quelque **châtiment** imminent et terrible. Sur le moment, peut-être avais-je en effet une intention de ce genre. Mais à tout prendre, comme l'heure de mon déjeuner approchait, je jugeai préférable pour cette fois de mettre mon [35] chapeau et de rentrer chez moi, plongé dans une perplexité et dans un 10 désarroi profonds.

La conclusion de toute cette affaire se trouva être la suivante: ce fut bientôt chose **avérée** qu'un jeune et **pâle** scribe du nom de Bartleby avait dans mon étude un pupitre; qu'il faisait de la copie à mon compte au tarif habituel de quatre sous le folio (cent mots), mais qu'il était définitivement exempté de collationner son propre travail, obligation que recaía en 25 Turkey et Lagrinche, sans doute en manière de compliment pour leur acuité supérieure; qu'en outre ledit Bartleby ne devait jamais, sous aucun prétexte, être envoyé en course, quelque insignifiante que celle-ci pût être; que si pourtant on le suppliait de bien vouloir en faire une, il était généralement entendu qu'il «préférerait pas», en d'autres termes, qu'il refuserait de but en blanc.

À mesure que les jours passèrent, je me réconciliai dans un très grand mesure avec la personne de Bartleby. Son application, son éloignement de toute dissipation, son activité incessante (sauf lorsqu'il lui plaisait de se mettre à rêver debout derrière le paravent), sa grande tranquillité, son comportement inaltérable en toutes circonstances faisaient de lui une précieuse acquisition. Mais le grand point était... qu'il était toujours là: le premier le matin, 55 continuellement présent tout le long du jour, et le dernier le soir. J'avais une confiance singulière [36] en son honnêteté. Je sentais que mes papiers les plus précieux étaient parfaitement en sûreté entre ses mains. Assurément il m'arrivait parfois — je n'aurais pu m'en empêcher quand il y fut allé du salut de mon âme — de piquer une colère soudaine, spasmodique à son 65 encontre. Car il était extrêmement difficile de garder constamment présents à l'esprit les particularités et les privilèges étranges, les exemptions inusitées qui formaient les conventions tacites selon les-

incombente terrible **castigo**. In quel momento avevo una mezza intenzione del genere. Ma, dopo tutto, avvicinandosi l'ora di cena, pensai che fosse meglio prendere il cappello e ritornare a casa per quel giorno, assai combattuto, perplesso e turbato.

Devo confessarlo? La conclusione di tutta la faccenda fu questa: divenne ben presto un dato di fatto nel mio ufficio che lì aveva la sua scrivania uno scrivano giovane e **pallido** di nome Bartleby; che egli copiava per me alla tariffa normale di quattro centesimi al foglio (cento parole), che era in permanenza esentato dal controllare il proprio lavoro e che tale incombenza era trasferita a Tacchino e Pince-Nez, in omaggio, senza dubbio, alla loro superiore perspicacia; inoltre che mai, per nessuna ragione, il detto Bartleby doveva essere spedito a sbrigare neanche il più banale incarico e che, per quanto lo si supplicasse di svolgerlo, era scontato che «avrebbe preferito di no» - in altre parole che avrebbe rifiutato di punto in bianco.

Con il passare delle giornate mi riconciliai con Bartleby. La sua perseveranza, l'indipendenza da ogni vizio, la sua industriosità indefessa (tranne quando, in piedi, dietro il paravento, sceglieva di sprofondarsi in fantasticherie), l'immobilità, l'inalterabile compostezza in ogni circostanza, facevano di lui un acquisto prezioso. Ed ecco una cosa fondamentale: era sempre lì, il primo al mattino, ininterrottamente durante la giornata, l'ultimo alla sera. Avevo nella sua onestà una fiducia assoluta. I più preziosi documenti li sentivo perfettamente al sicuro in mano sua. Talvolta - senza dubbio - non riuscivo con tutta la buona volontà a non andare in escandescenze contro di lui. Era, infatti, oltremodo difficile tenere sempre a mente quelle strane abitudini, quei privilegi, quegli inauditi oneri, che costituivano il tacito patto in base al quale Bartleby

Bartleby seguía en la oficina. A veces, en la ansiedad de despachar asuntos urgentes, distraídamente pedía a Bartleby, en breve y rápido tono, poner el dedo, digamos, en el nudo incipiente de un cordón colorado con el que estaba atando unos papeles. Detrás del biombo resonaba la consabida respuesta: *preferiría no hacerlo*; y entonces ¿cómo era posible que un ser humano dotado de las fallas comunes de nuestra naturaleza dejara de contestar con amargura a una perversidad semejante, a semejante sinrazón? Sin embargo, cada nueva repulsa de esta clase tendía a disminuir las probabilidades de que yo repitiera la distracción.

Debo decir que, según la costumbre de muchos hombres de ley con oficinas en edificios densamente habitados, la puerta tenía varias llaves. Una la guardaba una mujer que vivía en la buhardilla, que hacía una limpieza a fondo una vez por semana y diariamente barría y sacudía el departamento. Turkey tenía otra, la tercera yo solía llevarla en mi bolsillo, y la cuarta no sé quién la tenía.

Ahora bien, un domingo de mañana se me ocurrió ir a la iglesia de la Trinidad a oír a un famoso predicador, y como era un poco temprano pensé pasar un momento a mi oficina. Felizmente llevaba mi llave pero, al meterla en la cerradura, encontré resistencia por la parte interior. Llamé; consternado, vi girar una llave por dentro y, exhibiendo su pálido rostro por la puerta entreabierta, entreví a Bartleby en mangas de camisa, y en un raro y andrajoso *deshabillé*. Se excusó, mansamente: dijo que estaba muy ocupado y que prefería no recibirme por el momento. Añadió que sería mejor que yo fuera a dar dos o tres

part under which he remained in my office. Now and then, in the **eagerness** of dispatching pressing business, I would inadvertently summon Bartleby, in a short, rapid tone, to put his finger, say, on the incipient tie of a bit of red tape with which I was about compressing some papers. Of course, from behind the screen the usual answer, "I prefer not to," was sure to come; and then, how could a human creature, with the common infirmities of our nature, refrain from bitterly exclaiming upon such perverse sense — such unreasonableness. However, every added repulse of this sort which I received only tended to lessen the probability of my repeating the inadvertence.

Here it must be said, that according to the custom of most legal gentlemen occupying chambers in densely populated law-buildings, there were several keys to my door. One was kept by a woman residing in the attic, which person weekly scrubbed and daily swept and dusted my apartments. Another was kept by Turkey for convenience sake. The third I sometimes carried in my own pocket. The fourth I knew not who had.

Now, one Sunday morning I happened to go to Trinity Church, to hear a celebrated preacher, and finding myself rather early on the ground I thought I would walk round to my chambers for a while. Luckily I had my key with me; but upon applying it to the lock, I found it resisted by something inserted from the inside. Quite surprised, I called out; when to my consternation a key was turned from within; and thrusting his lean visage at me, and holding the door ajar, the apparition of Bartleby appeared, in his shirt-sleeves, and otherwise in a strangely **tattered dishabille**, saying quietly that he was sorry, but he was deeply engaged just then, and—preferred not admitting me at present. In a brief word or two, he moreover added, that perhaps I had better walk

por parte de Bartleby bajo las cuales permanecía en mi oficina. De vez en cuando, deseando impacientemente despachar algún asunto urgente, sin darme cuenta, ordenaba a Bartleby con tono breve y rápido, que pusiera el dedo, por ejemplo, sobre el nudo incipiente de un trozo de balduque, con el que iba a atar algunos papeles. Naturalmente, con toda seguridad desde detrás de el biombo llegaría la respuesta habitual, «preferiría no hacerlo»; y entonces, ¿cómo podría un ser humano, con las debilidades propias de nuestra naturaleza, abstenerse de clamar amargamente por tal perversidad, tal sinrazón? Sin embargo, cada nuevo rechazo que recibía de este género, tendía solamente a disminuir la probabilidad de que se repitiese mi falta de atención.

En este punto, hay que decir, que, según la costumbre de la mayoría de los hombres de leyes que ocupan despachos en edificios legales muy poblados, había varias llaves de mi puerta. Una de ellas la guardaba una mujer que residía en el ático, y que fregaba semanalmente, barría y quitaba el polvo todos los días de mis habitaciones. Otra la guardaba Turkey por razones de conveniencia. La tercera la llevaba yo a veces en el bolsillo. La cuarta no sabía quién la tenía.

Bien. Un domingo por la mañana pasaba casualmente por la iglesia de la Trinidad, para escuchar a un conocido predicador y, como había llegado con bastante adelanto, decidí darme una vuelta por mi despacho un rato. Por suerte llevaba la llave; pero al introducirla en la cerradura me encontré con algo insertado desde el interior le hacía resistencia. Muy sorprendido, llamé; cuando, para mi consternación, una llave giró desde el interior; y clavando en mí su rostro y manteniendo la puerta entornada, surgió Bartleby como una aparición, en mangas de camisa, y por lo demás en un deshábille extrañamente andrajoso, diciendo tranquilamente que lo sentía, pero que estaba muy ocupado en aquel momento, y que prefería no dejarme entrar. Añadió además, con una o dos frases breves, que quizá lo me-

inoués qui formaient les stipulations tacites en vertu desquelles Bartleby restait dans mon [29] bureau. De temps en temps, pressé d'en finir avec une affaire, d'un ton bref et incisif, je sommais par inadvertance Bartleby de mettre le doigt sur l'extrémité du balduque avec lequel je m'apprêtais à sceller des papiers. La réponse habituelle « j'aimerais mieux pas » retentissait à coup sûr derrière le paravent; et alors, comment une créature humaine, avec les infirmités congénitales à notre nature, pouvait-elle ne point s'esclaffer sur une telle perversité, une telle déraison? Cependant, toute nouvelle rebuffade de cette sorte ne faisait que diminuer mes probabilités de retomber dans la même étourderie.

Il convient de dire ici que, conformément à l'habitude de la plupart des hommes de loi qui occupent des bureaux dans des immeubles surpeuplés, plusieurs clés donnaient accès à ma porte. L'une d'elles était affectée à une femme qui habitait les combles et avait pour tâche de récuser mes locaux une fois par semaine et de les épousseter et balayer chaque jour. Dindonneau en avait une autre pour des raisons de convenance personnelle. Il m'arrivait d'avoir la troisième dans ma poche. La quatrième, je ne savais pas qui l'avait en main.

Or, un dimanche matin, j'allai par hasard entendre un célèbre prédicateur de la Trinité et, me trouvant en avance sur les lieux, je décidai de faire un tour jusqu'à mon bureau. Par bonheur, j'avais la clé sur moi; mais en voulant la glisser dans la serrure, je rencontrai une résistance. Fort surpris, j'appelai; alors, à ma consternation, on tourna une clé de l'intérieur et, à travers la porte entrebâillée, le visage de Bartleby m'apparut; l'homme était en bras de chemise et accourut d'une robe de chambre étrangement en loques; sans se départir de son calme, il me dit qu'il était désolé mais que «il était fort occupé pour le moment et... aimait mieux ne pas me laisser entrer. Il ajouta deux mots pour me conseiller de faire le tour du

Bartleby seguía en la oficina. A veces, en la ansiedad de despachar asuntos urgentes, distraídamente pedía a Bartleby, en breve y rápido tono, poner el dedo, digamos, en el nudo incipiente de un cordón colorado con el que estaba atando unos papeles. Detrás del biombo resonaba la consabida respuesta: *preferiría no hacerlo*; y entonces ¿cómo era posible que un ser humano dotado de las fallas comunes de nuestra naturaleza dejara de contestar con amargura a una perversidad semejante, a semejante sinrazón? Sin embargo, cada nueva repulsa de esta clase tendía a disminuir las probabilidades de que yo repitiera la distracción.

Debo decir que, según la costumbre de muchos hombres de ley con oficinas en edificios densamente habitados, la puerta tenía varias llaves. Una la guardaba una mujer que vivía en la buhardilla, que hacía una limpieza a fondo una vez por semana y diariamente barría y limpiaba el polvo de mi local. Otra la guardaba Turkey, por comodidad. La tercera la llevaba yo a veces en mi bolsillo, y la cuarta no sé quién la tenía.

Ahora bien, un domingo de mañana se me ocurrió ir a la iglesia de la Trinidad a oír a un famoso predicador, y como era un poco temprano pensé pasar un momento a mi oficina. Felizmente llevaba mi llave pero, al meterla en la cerradura, encontré resistencia por la parte interior. Llamé; consternado, vi girar una llave por dentro y, exhibiendo su pálido rostro por la puerta entreabierta, entreví a Bartleby en mangas de camisa, y en un raro y andrajoso *deshabillé*. Se excusó, mansamente: dijo que estaba muy ocupado y que prefería no recibirme por el momento. Añadió que sería mejor que yo fuera a dar dos o tres

manecer en mi oficina. En ocasiones, con las prisas por atender algún asunto urgente, sin darme cuenta instaba a Bartleby a, por ejemplo, poner el dedo en el nudo inacabado del trozo de cinta roja con el que estaba a comprimir algunos papeles. Por supuesto, de detrás del biombo era seguro que vendría la respuesta habitual: «Preferiría no hacerlo...». ¿Cómo podía entonces un ser humano, con las imperfecciones inherentes a nuestra naturaleza, abstenerse de soltar toda clase de arguciosos improperios sobre semejante perversidad, semejante sinrazón? Sin embargo, a cada nueva negativa que recibía, menor era la probabilidad, por mi parte, de volver a incurrir en estos descuidos. [29]

Debo decir aquí que, tal como es costumbre en todos los hombres de leyes que tienen despacho en los densamente poblados edificios de oficinas, había varias llaves de mi puerta. Una la guardaba una mujer que vivía en el ático, que era quien fregaba una vez por semana y diariamente barría y limpiaba el polvo de mi local. Otra la guardaba Turkey, por comodidad. La tercera la llevaba yo a veces en mi bolsillo. La cuarta no sabía quién la tenía.

Y he aquí que, un domingo por la mañana, me dio por ir a la iglesia de la Trinidad para oír a un predicador famoso y, habiendo llegado con cierta antelación, decidí pasarme por mi oficina. Por suerte llevaba encima la llave. Pero, al ponerla en la cerradura, vi que algo le oponía resistencia desde dentro. Bastante sorprendido, llamé. Y entonces, ante mi consternación, una llave giró desde dentro y, asomando su cara delgada sujetando la puerta para que no se abriera del todo, apareció Bartleby en mangas de camisa y una ropa interior extrañamente hecha jirones, y dijo tranquilamente que lo sentía, pero que estaba muy ocupado en ese momento y... prefería no dejarme entrar. Añadió, en pocas palabras, que quizás debiera dar dos o

quelles Bartleby restait à mon étude. De temps en temps, dans ma hâte d'expédier des affaires pressantes, j'enjoignais par inadvertance à Bartleby, d'un ton bref et rapide, de mettre le doigt, disons, sur la ficelle d'un cachet de cire rouge dont je voulais sceller quelques papiers. La réponse habituelle: « Je préfère pas » s'élevait alors à coup sûr derrière le paravent; et comment une créature humaine, affligée des communes infirmités de notre nature, eût-elle pu s'empêcher de se récrier devant une telle perversité — une telle déraison? Cependant, chaque nouveau refus que j'essayais avait pour seul effet de réduire mes chances de refaire le même faux pas.

Je dois mentionner ici que, selon l'usage de la plupart des hommes de loi qui ont des bureaux dans des immeubles de population dense, plusieurs clefs étaient affectées à ma porte. L'une d'elles se trouvait dans les mains d'une femme qui [37] habitait sous les toits et qui était chargée de frotter chaque semaine, ainsi que de balayer et d'épousseter chaque jour, mes locaux. Dindon en avait une seconde pour des raisons de commodité. Je portais parfois la troisième dans ma poche. Quant à la quatrième, j'en ignorais le détenteur.

Or, certain dimanche matin, je me rendis à l'église de la Trinité pour entendre un célèbre prédicateur, et, me trouvant en avance sur les lieux, je décidai d'aller faire un tour au bureau. J'avais heureusement ma clef sur moi; mais, lorsque je l'appliquai à la serrure, je constatai qu'elle rencontrait une résistance intérieure. Fort surpris, j'appelai. À ma consternation, quelqu'un tourna alors une clef du dedans; après quoi, projetant son maigre visage à travers la porte qu'il tenait entrebâillée, Bartleby apparut en bras de chemise et, par ailleurs, dans un deshábille étrangement loqueteux. Il me déclara tranquillement qu'il regrettait, mais qu'il était fort occupé pour l'instant et qu'il... préférait ne pas me recevoir au moment même. Puis il ajouta un mot ou deux pour expliquer brièvement que je ferais peut-être mieux de tourner deux ou

rimaneva nel mio ufficio. Di tanto in tanto, nella fretta di sbrigare un affare urgente, senza pensarci chiamavo Bartleby in tono secco e spiccio a mettere il dito su un pezzo di nastro rosso che ero in procinto di annodare per tenere insieme certi documenti. Superfluo dire, naturalmente, che da dietro il paravento veniva la sua consueta risposta: «Preferirei di no», e allora come avrebbe potuto un essere umano, con le comuni debolezze insite nella nostra natura, trattenersi dall'imprecare aratamente davanti a tanta caparbieta... tanta irragionevolezza? Comunque, a ogni successivo rifiuto che ricevevo, le probabilità che ripetessi l'inavvertenza tendevano a diminuire.

Va detto a questo punto che, secondo l'abitudine di quasi tutti gli avvocati con lo studio in stabili densamente popolati, destinati a uffici, molte persone avevano la chiave della mia porta. Una l'aveva una donna che viveva in soffitta, e ogni settimana ripuliva da cima a fondo i miei locali e ogni giorno li scopava e spolverava. Un'altra la teneva Tacchino per comodità. La terza la portavo a volte io in tasca. La quarta non sapevo chi l'avesse.

Ora, una domenica mattina, capitandomi di andare alla chiesa della Santissima Trinità per ascoltare un famoso predicatore e trovandomi in zona piuttosto in anticipo, pensai di fare un salto in ufficio. Per fortuna avevo la chiave con me, ma, nell'infilarla nella toppa, mi stupii di non riuscire perché qualcosa vi si opponeva dall'interno. Alquanto sorpreso, chiamai ad alta voce, quando, con mia costernazione, una chiave girò all'interno e, nella fessura della porta socchiusa, mi trovai di fronte Bartleby che, con il viso **smunto**, in maniche di camicia e in una tenuta deshábille stranamente lacera, mi diceva con tutta calma di **rammaricarsene**, ma in quel momento aveva molto da fare e preferiva non ammettermi. Aggiunse, quindi, poche parole per consigliarmi di fare il giro dell'isolato due o tre volte,

vueltas por la manzana, y que entonces habría terminado sus tareas.

La inesperada aparición de Bartleby, ocupando mi oficina un domingo, con su cadavérica indiferencia caballeresca, pero tan firme y tan seguro de sí, tuvo tan extraño efecto, que de inmediato me retiré de mi puerta y cumplí sus deseos. Pero no sin variados pujos de inútil rebelión contra la mansa desfachatez de este inexplicable amanuense. Su maravillosa mansedumbre no sólo me desarmaba, me acobardaba. Porque considero que es una especie de cobarde el que tranquilamente permite a su dependiente asalariado que le dé ordenes y que lo expulse de sus dominios. Además, yo estaba lleno de dudas sobre lo que Bartleby podría estar haciendo en mi oficina, en mangas de camisa y todo deshecho, un domingo de mañana. ¿Pasaría algo impropio? No, eso quedaba descartado. No podía pensar ni por un momento que Bartleby fuera una persona inmoral. Pero, ¿qué podía estar haciendo allí? ¿Copias? No, por excéntrico que fuera Bartleby, era notoriamente decente. Era la última persona para sentarse en su escritorio en un estado vecino a la desnudez. Además, era domingo, y había algo en Bartleby que prohibía suponer que violaría la santidad de ese día con tareas profanas.

Con todo, mi espíritu no estaba tranquilo; y lleno de inquieta curiosidad, volví, por fin, a mi puerta. Sin obstáculo introduje la llave, abrí y entré. Bartleby no se veía, miré ansiosamente por todo, eché una ojeada detrás del biombo; pero era claro que se había ido. Después de un prolijo examen, comprendí que por un tiempo indefinido Bartleby debía haber comi-

round the block two or three times, and by that time he would probably have concluded his affairs.

Now, the utterly unsurmised appearance of Bartleby, tenanting my law-chambers of a Sunday morning, with his cadaverously gentlemanly nonchalance, yet withal firm and self-possessed, had such a strange effect upon me, that I slunk away from my own door, and did as desired. But not without sundry twinges of impotent rebellion against the mild effrontery of this unaccountable scrivener. Indeed, it was his wonderful mildness chiefly, which not only disarmed me, but unmanned me as it were. I consider that one, for the time, is sort of unmaned when he tranquilly permits his hired clerk to dictate to him, and order him away from his own premises. Furthermore, I was full of uneasiness as to what Bartleby could possibly be doing in my office in his shirt-sleeves, and in an otherwise dismantled condition of a Sunday morning. Was anything amiss going on? Nay, that was out of the question. It was not to be thought of for a moment that Bartleby was an immoral person. But what could he be doing there?—copying? Nay again, whatever might be his eccentricities, Bartleby was an eminently decorous person. He would be the last man to sit down to his desk in any state approaching to nudity. Besides, it was Sunday; and there was something about Bartleby that forbade the supposition that he would by any secular occupation violate the proprieties of the day.

Nevertheless, my mind was not pacified; and full of a restless curiosity, at last I returned to the door. Without hindrance I inserted my key, opened it, and entered. Bartleby was not to be seen. I looked round anxiously, peeped behind his screen; but it was very plain that he was gone. Upon more closely examining the place, I surmised that for an indefinite period Bartleby must have

jor sería que diera dos o tres vueltas a la manzana, y que para entonces habría concluido sus quehaceres.

La aparición totalmente insospechada de Bartleby, como inquilino de mi despacho un domingo por la mañana con su *non-chalance* (13) cadavéricamente distinguida y, sin embargo, firme y seguro de sí mismo, me produjo un efecto tan extraño que inmediatamente me aparté de mi propia puerta e hice lo que me pedía, pero no sin varias punzadas de rebelión impotente contra el manso descaro de este insólito escribiente. En realidad, era principalmente su extraordinaria mansedumbre la que no sólo me desarmaba, sino que me acobardaba, por así decirlo. Pues considero que, de momento, uno está como acobardado cuando permite con toda tranquilidad que su empleado le dicte y le ordene que se vaya de su propio local. Además me sentía muy inquieto por lo que Bartleby podía estar posiblemente haciendo en mi oficina en mangas de camisa, en una condición por otro lado desmantelada un domingo por la mañana. ¿Estaba pasando algo raro? No, eso estaba fuera de duda. No se podía pensar ni por un momento que Bartleby fuera una persona inmoral. Pero, ¿qué podría estar haciendo allí? ¿Copiando? No, cualesquiera que fuesen sus excéntricas, Bartleby era una persona eminentemente decorosa. Sería el último en sentarse ante su escritorio en un estado próximo a la desnudez. Además, era domingo, y había algo en Bartleby que excluía la suposición de que pudiese transgredir, por cualquier ocupación profana, las convenciones del día.

No obstante, mi mente no estaba tranquila, y, lleno de una curiosidad inquieta, volví por fin a la puerta. Introduje la llave sin obstáculo, abrí la puerta y entré. Bartleby no estaba a la vista. Busqué ansiosamente a mi alrededor, husmeando tras el biombo; pero estaba claro que se había ido. Examinando el lugar con más atención, supuse que durante un periodo indefinido Bartleby debía haber comido, vestido y

pâté de maisons [30] deux ou trois fois de façon à lui laisser le temps de terminer ses affaires.

Or l'apparition totalement inattendue de Bartleby, hantant mes bureaux un dimanche matin avec sa nonchalance cadavéreuse et distinguée, quoique ferme et composée, eut sur moi un effet si curieux qu'incontinent je m'éloignai furtivement de ma propre porte et obéis à ses désirs. Non sans quelques élançements de révolte impuissante contre la douce effronterie de cet incompréhensible scribe. C'était en effet cette douceur magique qui non seulement me désarmait mais faisait de moi une chiffe molle. Car je considère comme une vraie chiffe quiconque permet à un employé à gages de lui dicter ses volontés et de lui ordonner de quitter son propre lieu d'habitation. En outre, je me demandai avec un réel embarras ce qui, un dimanche matin, retenait Bartleby dans mon bureau, en bras de chemise et en débraillé. Se passait-il quelque chose de question. On ne pouvait soupçonner un instant Bartleby d'être un individu immoral. Mais alors, que faisait-il là? De la copie? Non, pas davantage car, malgré toutes ses excentricités, Bartleby était une personne éminemment convenable. Il eût été le dernier à s'asseoir à son bureau dans un état voisin de la nudité. De surcroît, c'était dimanche et il y avait en Bartleby quelque chose qui interdisait de l'imaginer capable de violer la sainteté du jour par quelque occupation profane.

Néanmoins, mon esprit ne trouvait point de repos et, plein d'une curiosité inquiète, je revins finalement à ma porte. Sans résistance aucune j'introduisis ma clé, ouvris et entrai. Point de Bartleby. Je regardai anxieusement autour de moi, risquai un oeil derrière le paravent; et de toute évidence il avait disparu. Après examen attentif des lieux, j'en vins à conclure que, depuis un certain laps de temps, Bartleby

vueltas por la manzana, y que entonces habría terminado sus tareas.

La inesperada aparición de Bartleby, ocupando mi oficina un domingo, con su cadavérica indiferencia caballeresca, pero tan firme y tan seguro de sí, tuvo tan extraño efecto, que de inmediato me retiré de mi puerta y cumplí sus deseos. Pero no sin variados pujos de inútil rebelión contra la mansa desfachatez de este inexplicable amanuense. Su maravillosa mansedumbre no sólo me desarmaba, me acobardaba. Porque considero que es una especie de cobarde el que tranquilamente permite a su dependiente asalariado que le dé ordenes y que lo expulse de sus dominios. Además, yo estaba lleno de dudas sobre lo que Bartleby podría estar haciendo en mi oficina, en mangas de camisa y todo deshecho, un domingo de mañana. ¿Pasaría algo impropio? No, eso quedaba descartado. No podía pensar ni por un momento que Bartleby fuera una persona inmoral. Pero, ¿qué podía estar haciendo allí? ¿Copiaba? Tampoco. Fueran cuales fueran sus rarezas, Bartleby era una persona sumamente decorosa. Jamás se sentaría en su escritorio en un estado vecino a la desnudez. Además, era domingo, y había algo en Bartleby que prohibía suponer que violaría la santidad de ese día con tareas profanas.

Con todo, mi espíritu no estaba tranquilo; y lleno de inquieta curiosidad, volví, por fin, a mi puerta. Sin obstáculo introduje la llave, abrí y entré. Bartleby no se veía, miré ansiosamente por todo, eché una ojeada detrás del biombo; pero era claro que se había ido. Después de un prolijo examen, comprendí que por un tiempo indefinido Bartleby debía haber comi-

tres vueltas a la manzana y, por entonces, probablemente habría resuelto él sus asuntos.

La aparición totalmente inesperada de Bartleby ocupando mi oficina un domingo por la mañana, con su cadavérico aplomo caballeresco y, a la vez, firme y sereno, causó tan extraño efecto en mí que, sin demora, me escabullí de mi propia puerta e hice lo que se me pedía. Pero no sin sentir más de un impulso de rebelar contra el manso descaro de este escribiente indescriptible. Con todo, me asombrosa mansedumbre lo que no sólo me desarmaba, sino que, por así decirlo, me acobardaba. Pues admito, en fin, que un algo de cobarde hay en quien tranquilamente permite que su empleado le dé ordenes y lo eche de sus propios dominios. Además, yo estaba inquietado [30] sobremanera lo que Bartleby pudiera estar haciendo en mi oficina en mangas de camisa y en semejante estado de desaseo un domingo por la mañana. ¿Se trataba de algo indecente? No, de eso no cabía la menor duda. No había ni que pensar que Bartleby fuera una persona inmoral. Pero ¿qué estaba haciendo allí? ¿Copiaba? Tampoco. Fueran cuales fueran sus rarezas, Bartleby era una persona sumamente decorosa. Jamás se sentaría en su escritorio en un estado rayano en la desnudez. Además, era domingo, y había algo en Bartleby que descartaba la suposición de que tuviese la costumbre de profanar la fiesta con cualquier clase de ocupación se-

Con todo, mi inquietud persistía; y, lleno de curiosidad, volví por fin a mi puerta. Sin más demora inserté la llave, abrí y entré. No se veía a Bartleby. Busqué sin descanso, miré detrás de su biombo, pero era evidente que se había marchado. Después de examinar el lugar con más detenimiento, concluí que durante un período indefinido Bartleby había comido, hecho su aseo y dormido en

trois fois autour du pâté de maisons, et que d'ici là il aurait sans doute terminé ses affaires.

L'apparition parfaitement inattendue de Bartleby hantant de la sorte mon étude un dimanche matin avec sa nonchalance cadavérique et distinguée, [38] mais aussi avec son air de fermeté et de sangfroid, cette apparition, dis-je, eut sur moi un effet si singulier que je m'éloignai incontinent de ma propre porte et fis comme il le désirait. Non point d'ailleurs sans quelques sursauts d'impuissante révolte contre la suave effronterie de cet inexplicable scribe. En vérité, c'était surtout son extraordinaire suavité qui me désarmait ou, pour mieux dire, m'émasculait. Car je considère comme temporairement privé de sa virilité, un homme qui laisse tranquillement son employé à gages lui dicter ses volontés et le chasser de ses propres appartements. En outre, j'étais fort inquiet de ce que Bartleby pouvait bien faire dans mon étude en bras de chemise et, d'une manière générale, dans un appareil aussi débraillé, un dimanche matin. Se passait-il quelque chose d'incorrect? Non, cela était hors de question. On ne pouvait soupçonner Bartleby d'être un personnage immoral. Mais que diantre faisait-il là? De la copie? Pas davantage; quelles que pussent être ses excentricités, Bartleby était une personne éminemment protocolaire. Il eût été le dernier à s'asseoir à son pupitre dans une condition voisine de la nudité. Au surplus, c'était dimanche, et il y avait quelque chose en Bartleby qui interdisait de supposer qu'il pût violer par une occupation profane les interdits de la journée.

Néanmoins, mes esprits n'étaient point apaisés; [39] c'est plein d'une inquiète curiosité que je regagnai enfin ma porte. J'introduisis la clé sans rencontrer de résistance, ouvris et entrai. Point de Bartleby. Je regardai vivement autour de moi, jetai un coup d'oeil derrière le paravent; mais il était clair que mon homme avait disparu. Un examen plus minutieux des lieux me donna à penser que, depuis un temps

perché in capo a quell'intervallo avrebbe probabilmente concluso le sue faccende.

Ora l'apparizione assolutamente inattesa di Bartleby che occupava il mio studio la domenica mattina, con la sua signorile nonchalance cadaverica, ma nello stesso tempo risoluta e controllata, ebbe un tale effetto su di me che di slancio sgattaiolai via dalla mia porta e feci come desiderava. Ma non senza vari fremiti di ribellione impotente contro la mite sfrontatezza di quell'indecifrabile scrivano. Era infatti soprattutto la sua stupefacente docilità che non soltanto mi disarmava, ma; per così dire, mi rendeva impotente. Ritengo, infatti, una sorta di impotenza l'atteggiamento di chi tranquillamente permette al suo impiegato di dargli degli ordini e di mandarlo via dai suoi locali. Senza contare che mi sentivo molto inquieto: che cosa poteva fare Bartleby nel mio ufficio, in maniche di camicia e per il resto imprevedibile, la mattina di una domenica? C'era qualcosa che non quadrava? No, era fuori questione. Neppure per un momento si poteva pensare che Bartleby fosse una persona immorale. Ma che cosa ci faceva lì? Copiare? No, neppure questo; quali che fossero le sue eccentricità, Bartleby era una persona eminentemente decorosa. Sarebbe stato l'ultimo uomo a sedersi alla scrivania in uno stato prossimo alla nudità. Inoltre era domenica, e qualcosa in Bartleby vietava di supporre che potesse trasgredire, con un'occupazione secolare, la dignità della giornata.

Il mio animo, tuttavia, non era tranquillo, e in preda a una irrequieta curiosità, ritornai infine davanti alla porta. Senza difficoltà infilai la chiave ed entrai. Bartleby non si vedeva. Guardai intorno con ansia, sbirciai dietro il suo paravento, ma era chiaro che se ne era andato. Esaminando con attenzione il luogo, conclusi che chissà da quanto tempo Bartleby doveva mangiare, vestirsi, dormire nel mio ufficio; il tutto

do y dormido y haberse vestido en mi oficina, y eso sin vajilla, cama o espejo. El **tapizado** asiento de un viejo sofá desvencijado mostraba en un rincón la huella visible de una flaca forma reclinada. Enrollada bajo el escritorio encontré una frazada; en el hogar vacío una caja de pasta y un cepillo; en una silla una palangana de lata, jabón y una toalla rotosa; en un diario, unas migas de bizcocho de jengibre y un bocado de queso. Sí, pensé, es bastante claro que Bartleby ha estado viviendo aquí. Entonces, me cruzó el pensamiento; ¡Qué miserables orfandades, miserias, soledades, quedan reveladas aquí! Su pobreza es grande; pero, su soledad ¡qué terrible! Los domingos, Wall Street es un desierto como la Arabia Pétrrea; y cada noche de cada día es una desolación. Este edificio, también, que en los días de semana bulle de animación y de vida, por la noche retumba de puro vacío, y el domingo está desolado. ¡Y es aquí donde Bartleby hace su hogar, único espectador de una soledad que ha visto poblada, una especie de inocente y transformado Mario, **meditando** entre las ruinas de Cartago!

Por primera vez en mi vida una impresión de abrumadora y **punzante** melancolía se apoderó de mí. Antes, nunca había experimentado más que ligeras tristezas, no desagradables. Ahora el lazo de una común humanidad me arrastraba al **abatimiento**. ¡Una melancolía fraternal! Los dos, yo y Bartleby, éramos hijos de Adán. Recordé las sedas brillantes y los rostros dichosos que había visto ese día, bogando como cisnes por el Mississippi de Broadway y lo comparé al pálido copista, reflexionando: Ah, la felicidad busca la luz, por eso juzgamos que el mundo es alegre; pero el dolor se esconde en la soledad, por eso juzgamos que el dolor no existe. Estas imaginaciones — quimeras, indudablemente, de un cerebro tonto y enfermo — me llevaron a pensa-

eaten, dressed, and slept in my office, and that, too, without plate, mirror, or bed. The **cushioned** seat of a rickety old sofa in one corner bore the faint impress of a lean, reclining form. Rolled away under his desk, I found a blanket; under the empty grate a blacking box and brush, on a chair, a tin basin, with soap and a ragged towel; in a newspaper a few crumbs of ginger-nuts and a morsel of cheese. Yes, thought I, it is evident enough that Bartleby has been making his home here, keeping bachelor's hall all by himself. Immediately then the thought came sweeping across me, what miserable friendlessness and loneliness are here revealed! His poverty is great; but his solitude, how horrible! Think of it of a Sunday, Wall Street is deserted as Petra and every night of every day it is an emptiness. This building, too, which of week-days hums with industry and life, at nightfall echoes with sheer vacancy, and all through Sunday is forlorn. And here Bartleby makes his home; sole spectator of a solitude which he has seen all-populous—a sort of innocent and transformed Marius **brooding** among the ruins of Carthage!

For the first time in my life a feeling of overpowering **stinging** melancholy seized me. Before, I had never experienced **ought** but a not unpleasing sadness. The bond of a common humanity now drew me irresistibly to gloom. A fraternal melancholy! For both I and Bartleby were sons of Adam. I remembered the bright silks and sparkling faces I had seen that day, in gala trim, swan-like sailing down the Mississippi of Broadway; and I contrasted them with the pallid copyist, and thought to myself, Ah, happiness courts the light, so we deem the world is gay; but misery hides aloof, so we deem that misery there is none. These sad fancyings—chimeras, doubtless, of a sick and silly brain—led on to other and more special

dormido en mi oficina, y además, sin plato, espejo o cama. El asiento **almohadillado** de un viejo sofá desvencijado que había en un rincón conservaba la tenue marca de una forma enjuta reclinada. Enrollada bajo su escritorio, encontré una manta; bajo la parrilla vacía, una caja de betún y un cepillo; sobre una silla, una palangana (de hojalata) con jabón y una toalla harapienta; en un papel de periódico, unas cuantas migajas de pastas de jengibre [93] y un pedacito de queso. Sí, pensé, es bastante evidente que Bartleby ha instalado aquí su hogar, manteniendo él solo su piso de soltero. Entonces de pronto me asaltó el pensamiento; ¡Qué miserables aislamiento y soledad se revelan aquí! Su pobreza es mucha, pero su soledad, ¡qué horrible! Piensen en ello. En domingo, Wall Street está tan desierto como Petra (14), y, cada noche, vacía. Este edificio, además, que bulle de actividad y de vida durante la semana, al anochecer, resuena de puro vacío, y durante todo el domingo está abandonado. Y aquí instala su hogar Bartleby; único espectador de una soledad que él ha visto toda poblada, una especie de Mario inocente y transformado **meditando** entre las ruinas de Cartago (15).

Por primera vez en mi vida se apoderó de mí una melancolía punzante e irresistible. Antes nunca había experimentado **otra cosa** que no fuera una tristeza no del todo desagradable. El lazo de humanidad compartida me arrastraba irremisiblemente a la **tristeza**; ¡una melancolía fraternal! Pues tanto Bartleby como yo éramos hijos de Adán. Recordé las brillantes sedas y los rostros relucientes que había visto aquel día, vestidos de gala, navegando río abajo como cisnes por el Mississippi de Broadway; y, comparándolos con el pálido amanuense, pensé: Ah, la felicidad corteja la luz, por eso consideramos que el mundo es alegre, pero la mirada se esconde en lo más recóndito, por eso creemos que no existe. Estas tristes fantasías — quimeras sin duda propias de un cerebro enfermo y estúpido — me condujeron a otros pensamientos más específicos relaciona-

manegait, s'habillait, dormait dans mon bureau et ce, sans assiette, sans miroir, sans lit. Le siège **capitoné** d'unvieux canapé branlant oublié dans un coin portait la légère empreinte d'une forme maigre au repos. Sous le bureau, je trouvai une couverture roulée : sous la grille vide de l'âtre, une boîte de cirage et une brosse ; sur une chaise, une cuvette en fer blanc, du savon et une serviette en loques ; dans un journal, quelques miettes de gingembre et un morceau de fromage. Oui, pensai-je, il est manifeste que Bartleby a fait de ce lieu son logis, un garçonnière réservée à lui seul. Une pensée me traversa sur-le-champ l'esprit : quelle solitude, quel abandon misérable il étale ici. Certes, grande est sa pauvreté mais combien plus horrible sa solitude. Qu'on y songe ! Le dimanche, Wall Street est aussi désolé que Petra, et au jour peuplé succède une nuit déserte. L'immeuble même qui, d'un bout de la semaine à l'autre, bourdonne d'activité et de vie, ne résonne à la tombée de la nuit que d'absence et de vide et, tout au long du dimanche, reste abandonné. Et c'est ici que Bartleby habite ; unique spectateur d'une solitude qu'il a vue toute peuplée — nouveau et innocent Marius **broyant** du noir sur les ruines de Carthage !

Pour la première fois de ma vie, une accablante et poignante mélancolie s'empara de moi. Jusqu'alors, je n'avais jamais éprouvé qu'une tristesse non dépourvue de charme. Mais le lien de notre commune humanité me jeta dans une irrésistible consternation. Fraternelle mélancolie ! Car Bartleby et moi étions tous deux fils d'Adam. J'évoquai les atours soyeux et les visages radieux aperçus ce même jour, les tenues de gala flottant comme des cygnes sur le Mississippi de Broadway ; je les comparai au pâle copiste et songeai à part moi : Ah le bonheur courtise la lumière et nous pensons que le monde est gai, mais le malheur se tient à distance et nous concluons qu'il n'existe pas ! Ces tristes rêveries — chimères, sans doute, d'un esprit malade et divagant — susciteront d'autres pensées, plus

do y dormido y haberse vestido en mi oficina, y eso sin vajilla, cama o espejo. El tapizado asiento de un viejo sofá desvencijado mostraba en un rincón la huella visible de una flaca forma reclinada. Enrollada bajo el escritorio encontré una frazada; en el hogar vacío una caja de pasta y un cepillo; en una silla una palangana de lata, jabón y una toalla rotosa; en un diario, unas migas de bizcocho de jengibre y un bocado de queso. Sí, pensé, es bastante claro que Bartleby ha estado viviendo aquí. Entonces, me cruzó el pensamiento; ¡Qué miserables orfandades, miserias, soledades, quedan reveladas aquí! Su pobreza es grande; pero, su soledad ¡qué terrible! Los domingos, Wall Street es un desierto como la Arabia Pétrrea; y cada noche de cada día es una desolación. Este edificio, también, que en los días de semana bulle de animación y de vida, por la noche retumba de puro vacío, y el domingo está desolado. ¡Y es aquí donde Bartleby hace su hogar, único espectador de una soledad que ha visto poblada, una especie de inocente y transformado Mario, **meditando** entre las ruinas de Cartago!

Por primera vez en mi vida una impresión de abrumadora y **punzante** melancolía se apoderó de mí. Antes, nunca había experimentado más que ligeras tristezas, no desagradables. Ahora el lazo de una común humanidad me arrastraba al **abatimiento**. ¡Una melancolía fraternal! Los dos, yo y Bartleby, éramos hijos de Adán. Recordé las sedas brillantes y los rostros dichosos que había visto ese día, bogando como cisnes por el Mississippi de Broadway y lo comparé al pálido copista, reflexionando: Ah, la felicidad busca la luz, por eso juzgamos que el mundo es alegre; pero el dolor se esconde en la soledad, por eso juzgamos que el dolor no existe. Estas imaginaciones — quimeras, indudablemente, de un cerebro tonto y enfermo — me llevaron a pensamientos más especifi-

mi oficina, y todo eso sin plato, espejo o cama. Los cojines de un viejo sofá desvencijado que había en un rincón conservaban la leve huella de una forma delgada y encogida. Enrollada bajo su escritorio encontré una manta; en el hueco de la chimenea, un cepillo y una caja de betún; en una silla, una jofaina de latón, jabón y una toalla andrajosa; en un periódico, unas cuantas migas de bizcochos de nueces y un pedazo de queso. Sí, pensé, es evidente que Bartleby ha hecho de este lugar su casa, que ha venido aquí un piso de soltero para él solo. De inmediato me estremeció este pensamiento: qué triste compañía y soledad se ponen aquí de manifiesto. Grande es su pobreza, pero su soledad, qué horrible! Piénsenlo: en domingo, Wall Street está tan deshabitada como Petra; y todos los días, de noche, es un desierto. Incluso este edificio, que los días entre semana vibra de trabajo y vida, de noche retumba de puro vacío, y los domingos es una desolación. [31] Y aquí tiene su casa Bartleby, único testigo de una soledad que ha visto rebosante de vida, una especie de Mario inocente y cambiado **meditando** entre las ruinas de Cartago.

Por primera vez en mi vida me dominó un sentimiento de dolorosa y abrumadora melancolía. Hasta entonces no había experimentado más que una tristeza no del todo desagradable. La humana condición que nos unía me llevaba ahora irresistiblemente al **pesimismo**. ¡Una melancolía fraternal! Porque tanto Bartleby como yo éramos hijos de Adán. Recordé las sedas brillantes y las caras resplandecientes que había visto ese día, en ropa de gala, navegando como cisnes por el **Mississippi** de Broadway; y los comparé con el pálido copista, y me dije: la felicidad busca la luz, y de eso deducimos que el mundo es alegre; pero la pena se esconde, y de ahí deducimos que la pena no existe... Estas tristes fantasías (quimeras, sin duda, de un cerebro enfermo y tonto) llevaron a otros pensamientos más especifi-

indéterminé, Bartleby devait manger, s'habiller et dormir dans mon étude, et cela sans assiette, miroir, ni lit. Le siège capitonné du vieux sofa bancal qui meublait un coin portait la vague empreinte d'une maigre forme couchée. Je trouvai une couverture roulée sous son pupitre; sous la grille vide de l'âtre, une boîte de cirage et une brosse; sur une chaise, une cuvette de fer blanc, du savon et une serviette en loques; dans un journal, quelques miettes de biscuit au gingembre et un morceau de fromage. Oui, pensai-je, il est manifeste que Bartleby a fait de ce lieu son logis, qu'il y tient tout seul ses quartiers de célibataire. Et aussitôt m'envahit la pensée de l'absence de tout ami, de la solitude ô combien misérables qui se trahissaient là! Sa pauvreté était grande, mais son abandon combien horrible! Qu'on y songe : le dimanche, Wall Street est aussi désert que Pétra; et, chaque soir de chaque jour, c'est le vide. Cette maison, elle aussi, qui bourdonne en semaine d'une vie industrielle, n'éveille en écho à la tombée de la nuit que le désert et, tout le long [40] du dimanche, demeure abandonnée. Or c'était là que Bartleby habitait; unique spectateur d'une solitude qu'il avait vue toute peuplée, espèce de Marius innocent et changé **rêvant** sur les ruines de Carthage!

Pour la première fois de ma vie, une insurmontable et lancinante mélancolie s'empara de moi. Je n'avais connu jusqu'alors qu'une tristesse non dépourvue de charme. Mais le lien d'une humanité commune m'entraîna alors de manière irrésistible dans le spleen. Mélancolie fraternelle! Car Bartleby et moi étions tous deux fils d'Adam. Je me souvins des soies chatoyantes et des visages étincelants que j'avais vus ce jour-là, en tenue de gala, flotter comme des cygnes sur le Mississippi de Broadway, et je les comparai au blafard copiste, pensant à part moi : Ah! le bonheur courtise la lumière, aussi croyons-nous que le monde est joyeux; mais le malheur, lui, se cache et nous croyons qu'il n'existe pas. Ces tristes rêveries chimères, sans doute, d'un cerveau troublé et divagant — amènent d'autres pensées, plus

senza un piatto, senza un letto, senza uno specchio. Il sedile imbottito di un vecchio divano **traballante**, in un angolo, mostrava la lieve impronta di una forma sparuta che lì si era coricata. Arrotolata sotto la sua scrivania trovai una coperta; sotto la grata vuota del camino, una scatola di lucido e una spazzola; su una sedia, una bacinella di latta con del sapone e un asciugamano enciocio; in un giornale alcune briciole di focaccine e un pezzetto di formaggio. «Sì», pensai, «è evidente che Bartleby si è installato qui, una sistemazione da scapolo, tutto per conto suo». Immediatamente mi sentii pervadere dal pensiero: «Che squallida solitudine, che isolamento ci sono qui, sotto i miei occhi! La sua povertà è grande, ma la sua solitudine, che cosa orribile! Pensaci. Alla domenica Wall Street è deserta come Petra; la notte, alla fine di ogni giornata, è il vuoto. Questo edificio, che nei giorni feriali brulica di operosità e di vita, di notte rimanda l'eco del nulla, e durante tutta la domenica è abbandonato. E Bartleby ha scelto questo luogo come propria casa; unico spettatore di una solitudine che ha visto gremita - una specie di novello, innocente Mario, che **medita** fra le rovine di Cartagine!».

Per la prima volta in vita mia fui sopraffatto da un senso di ineluttabile, struggente malinconia. Prima di allora non avevo mai sperimentato altro che un triste languore non sgradevole. Il vincolo della comune umanità mi trascinava irresistibilmente verso un cupo sconforto. Una malinconia fraternal! Sì, io e Bartleby eravamo entrambi figli di Adamo. Ricordai le vivide sete e i volti raggianti che avevo visto quel giorno, persone agghindate a festa che, simili a cigni, veleggiavano lungo quel Mississippi che è Broadway; e confrontandoli con il pallido copista, mi dissi: «Ah, la felicità corteggia la luce, ecco perché crediamo che il mondo sia lieto; ma l'infelicità si nasconde e si isola, ecco perché crediamo che non ci sia infelicità». Queste tristi fantastiche - senz'altro chimere di un cervello malato e sciocco condussero ad altri pensieri, più

mientos más directos sobre las rarezas de Bartleby. Presentimientos de extrañas novedades me visitaron. Creí ver la pálida forma del amanuense, entre desconocidos, indiferentes, extendida en su estrechecida mortaja.

De pronto, me atrajo el escritorio cerrado de Bartleby, con su llave visible en la cerradura.

No me llevaba, pensé, ninguna intención aviesa, ni el apetito de una desalmada curiosidad, además, el escritorio es mío y también su contenido; bien puedo animarme a revisarlo. Todo estaba metódicamente arreglado, los papeles en orden. Los casilleros eran profundos; removiendo los legajos archivados, examiné el fondo. De pronto sentí algo y lo saqué. Era un viejo pañuelo de algodón, pesado y anudado. Lo abrí y encontré que era una caja de ahorros.

Entonces recordé todos los tranquilos misterios que había notado en el hombre. Recordé que sólo hablaba para contestar; que aunque a intervalos tenía tiempo de sobra, nunca lo había visto leer —no, ni siquiera un diario—; que por largo rato se quedaba mirando, por su pálida ventana detrás del biombo, al ciego muro de ladrillos; yo estaba seguro que nunca visitaba una fonda o un restaurante; mientras su pálido rostro indicaba que nunca bebía cerveza como Turkey, ni siquiera té o café como los otros hombres, que nunca salía a ninguna parte; que nunca iba a dar un paseo, salvo tal vez ahora; que había rehusado decir quién era, o de dónde venía, o si tenía algún pariente en el mundo; que, aunque tan pálido y tan delgado, nunca se quejaba de mala salud. Y más aún, yo recordé cierto aire de inconsciente, de descolorida —¿cómo diré?— de descolorida altivez, digamos, o austera reserva, que me ha-

thoughts, concerning the eccentricities of Bartleby. Presentiments of strange discoveries hovered round me. The scrivener's pale form appeared to me laid out, among uncaring strangers, in its shivering winding-sheet.

Suddenly I was attracted by Bartleby's closed desk, the key in open sight left in the lock.

I mean no mischief, seek the gratification of no heartless curiosity, though I besides, the desk is mine, and its contents, too, so I will make bold to look within. Everything was methodically arranged, the papers smoothly placed. The pigeon-holes were deep, and removing the files of documents, I groped into their recesses. Presently I felt something there, and dragged it out. It was an old handkerchief, heavy and knotted. I opened it, and saw it was a savings-bank.

I now recalled all the quiet mysteries which I had noted in the man. I remembered that he never spoke but to answer; that, though at intervals he had considerable time to himself, yet I had never seen him reading no, not even a newspaper; that for long periods he would stand looking out, at his pale window behind the screen, upon the dead brick wall; I was quite sure he never visited any refectory or eating-house; while his pale face clearly indicated that he never drank beer like Turkey, or tea and coffee even, like other men; that he never went anywhere in particular that he could learn; never went out for a walk, unless, indeed, that was the case at present; that he had declined telling who he was, or whence he came, or whether he had any relatives in the world; that though so thin and pale, he never complained of ill health. And more than all, I remembered a certain unconscious air of pallid—how shall I call it?—of pallid haughtiness, say, or rather an austere reserve about him, which had positively awed me

dos con las excentricidades de Bartleby. Se cernieron sobre mí presentimientos de extraños descubrimientos. La pálida figura del escribiente se me aparecía amortajada, entre extraños indiferentes, en su sudario estrechecido.

De repente me sentí atraído por el escritorio cerrado de Bartleby, la llave bien a la vista en la cerradura. [94]

No pretendo ningún mal, ni busco satisfacer una curiosidad despiadada, pensé; además, el escritorio es mío y su contenido también, así que me atrevere a mirar dentro. Todo estaba ordenado metódicamente, los papeles bien colocados. Los compartimentos eran profundos, y, retirando los archivos de los documentos, busqué a tientas en sus recovecos. Al poco, palpé algo allí y lo saqué. Era un viejo pañuelo de badana, pesado y anudado. Lo abrí y vi que era una hucha.

Recordé entonces todos los misterios que había observado en aquel hombre. Recordé que nunca hablaba sino para contestar; que, aunque a ratos, tenía bastante tiempo para sí mismo, sin embargo, nunca le había visto leyendo; no, ni siquiera el periódico; que durante largos períodos permanecía mirando por su mortecina ventana tras el biombo, hacia el muro de ladrillo; estaba totalmente seguro de que nunca iba a ningún refectorio o casa de comidas; mientras que su pálido rostro indicaba claramente que nunca bebía cerveza como Turkey, ni siquiera té o café como otras personas; que nunca iba a ningún sitio en particular, que yo supiera; que nunca salía a dar una vuelta, a menos que ése fuese el caso en aquel momento; que se había negado a decir quién era o de dónde venía, o si tenía algún pariente en el mundo; que, aunque era tan delgado y pálido, nunca se quejaba de mala salud. Y más aún, yo recordé un cierto aire inconsciente de pálida, ¿cómo podría llamarlo?, de pálida altivez, digamos, o más bien una austera reserva en él, que positivamente me había

circonscrites, ayant trait aux bizarreries [32] de Bartleby. Le presentiment que j'allais faire d'étranges découvertes m'envahit. La forme pâle du scribe m'apparut, gisant dans un froid linceul, au milieu d'étrangers impassibles.

Soudain, je fus attiré par le pupitre fermé de Bartleby, dont la clé était restée bien en vue dans la serrure.

Je ne suis pas animé de mauvaises intentions, je ne cherche pas à satisfaire une froide curiosité, pensai-je; en outre, ce bureau m'appartient, son contenu aussi, et je m'enghardirai donc jusqu'à le visiter. Tout était méthodiquement rangé, les papiers soigneusement en place. Les casiers étaient profonds et, tout en retirant les dossiers, j'avancai la main à tâtons jusque dans les recoins. Je ne tardai pas à sentir quelque chose et, aussitôt, la tirai au-dehors. C'était un vieux mouchoir de madras, pesant, noué aux quatre coins. Je l'ouvris et vis que c'était sa cassette.

Alors me revinrent en mémoire tous les tranquilles mystères que j'avais observés chez cet homme. Je me remémorai qu'il n'ouvrait jamais la bouche sinon pour répondre; que, malgré tout le temps dont il disposait à intervalles, je ne l'avais jamais vu lire — non, pas même un journal; que, durant de longues périodes, il restait debout à regarder, par la pâle fenêtre, le mur de briques aveugle; qu'à ma connaissance, il n'avait jamais fréquenté la moindre gargote ni cantine; tandis que — la pâleur de son visage en témoignait — il ne buvait jamais de bière comme Dindonneau, ni de thé ou de café comme le commun des mortels; j'étais sûr qu'il n'allait jamais nulle part; qu'il ne faisait jamais de promenades, sinon contraint et forcé, comme dans le cas présent; qu'il avait refusé de me dire qui il était, d'où il venait, s'il avait des parents en ce monde; que malgré sa pâleur et sa maigreur, il ne se plaignait jamais d'être en mauvaise santé. Et surtout, je me rappelai un certain air inconscient de blafarde — comment dirais-je — de blafarde fierté ou, plutôt, [33]

bre las rarezas de Bartleby. Presentimientos de extrañas novedades me visitaron. Creí ver la pálida forma del amanuense, entre desconocidos, indiferentes, extendida en su estrechecida mortaja.

De pronto, me atrajo el escritorio cerrado de Bartleby, con su llave visible en la cerradura.

No me llevaba, pensé, ninguna intención aviesa, ni el apetito de una desalmada curiosidad, además, el escritorio es mío y también su contenido; bien puedo animarme a revisarlo. Todo estaba metódicamente arreglado, los papeles en orden. Los casilleros eran profundos; removiendo los legajos archivados, examiné el fondo. De pronto sentí algo y lo saqué. Era un viejo pañuelo de algodón, pesado y anudado. Lo abrí y encontré que era una caja de ahorros.

Entonces recordé todos los tranquilos misterios que había notado en el hombre. Recordé que sólo hablaba para contestar; que aunque a intervalos tenía tiempo de sobra, nunca lo había visto leer —no, ni siquiera un periódico—; que por largo rato se quedaba mirando, por su pálida ventana detrás del biombo, al ciego muro de ladrillos; yo estaba seguro que nunca visitaba una fonda o un restaurante; mientras su pálido rostro indicaba que nunca bebía cerveza como Turkey, ni siquiera té o café como los otros hombres, que nunca salía a ninguna parte; que nunca iba a dar un paseo, salvo tal vez ahora; que había rehusado decir quién era, o de dónde venía, o si tenía algún pariente en el mundo; que, aunque tan pálido y tan delgado, nunca se quejaba de mala salud. Y más aún, yo recordé cierto aire de inconsciente, de descolorida —¿cómo diré?— de descolorida altivez, digamos, o austera reserva, que me ha-

cos, referidos a las excentricidades de Bartleby. Presentimientos de extraños hallazgos me rondaban. La forma pálida del escribiente se me aparecía tumbada entre extraños indiferentes, envuelta en su rota mortaja.

De pronto atrajo mi atención el escritorio de Bartleby, cerrado y con la llave puesta en la cerradura.

No abrigaba mala intención, pensé, no buscaba satisfacer ninguna curiosidad desalmada. Además, el escritorio es mío, y mío es su contenido, así que me atreveré a mirar dentro. Todo estaba metódicamente ordenado, los papeles en su sitio. Los cajones eran hondos. Removiendo los legajos de papeles, tanteé sus rincones. Enseguida di con algo, y lo saqué. Era un viejo pañuelo de hierbas, pesado y con nudos. Lo abrí y vi que era una caja de ahorros.

Rememoré todos los apacibles misterios que había observado en el hombre. Recordé que jamás hablaba salvo para responder; que, aunque en ocasiones disponía de bastante tiempo libre, [32] jamás lo había visto leyendo... no, ni siquiera un periódico; que, durante períodos prolongados permanecía en pie, asomado a la pálida ventana de detrás del biombo y mirando el muro ciego de ladrillos; estaba seguro que no acudía a ningún comedor o casa de comidas, a la vez que su palidez no dejaba dudas de que, al contrario que Turkey, jamás bebía cerveza, ni siquiera té o café, como otras personas; que nunca iba, que yo supiera, a ninguna parte; que nunca salía a pasear (a no ser, en fin, que fuera eso lo que estaba haciendo en ese momento); que había rehusado decir quién era o de dónde venía, o si tenía parientes en el mundo; que, a pesar de lo pálido y delgado que era, jamás se quejaba de su salud. Y, lo que es más, recordé un cierto aire de pálida... ¿lo diré?... de pálida altivez, digamos, o más bien de austera reserva por su parte, que era

particulières, touchant les excentricités de Bartleby. Le presentiment que j'allais faire d'étranges découvertes m'envahit. La forme pâle du scribe m'apparut [41] couchée, parmi des étrangers indifférents, dans un linceul glacial.

Soudain je fus attiré par le pupitre fermé de Bartleby, dont la clef était restée en évidence dans la serrure.

Je n'ai point de mauvais desseins, je ne cherche pas à satisfaire une froide curiosité, pensai-je; en outre, le pupitre m'appartient et son contenu également; je prendrai donc sur moi de regarder à l'intérieur. Tout apparut méthodiquement rangé, les papiers disposés avec soin. Les casiers étaient vastes et, déplaçant les piles de documents, je tâtonnai dans leurs profondeurs. Je sentis quelque chose et le tirai au-dehors. C'était un vieux madras aux coins noués, assez pesant. Je l'ouvris et me trouvai en présence d'une caisse d'épargne.

J'évoquai alors tous les mystères tranquilles que j'avais observés chez cet homme. Je me souvins qu'il ne parlait jamais, sinon pour répondre; que, bien qu'il eût parfois beaucoup de temps à lui, je ne l'avais jamais vu lire — non, pas même un journal; que, durant de longues périodes, il restait debout derrière le paravent à contempler à travers sa pâle fenêtre le mur de brique aveugle; que, j'en étais tout à fait sûr, il ne fréquentait jamais ni restaurants ni tables d'hôtes; que — son visage livide le révélait clairement — il ne buvait jamais de bière comme Dindon, ni même de thé ou de café comme les autres hommes; qu'à ma connaissance [42] il n'allait jamais nulle part en particulier; qu'il ne sortait jamais pour se promener, à moins que ce ne fût présentement le cas; qu'il avait refusé de me dire qui il était, d'où il venait et s'il avait aucuns parents en ce monde; que, malgré sa pâleur et sa maigreur extrêmes, il ne se plaignait jamais d'être malade. Par-dessus tout, je me rappelai cette expression inconsciente de blafarde... comment dirai-je?... mettons de blafarde hauteur, ou chez mi aveva intimorito fino a ridurmi a quella docile

circostanziate, sulle eccentricità di Bartleby. Aleggai intorno a me il presentimento di qualche strana scoperta. Mi parve di vedere la pallida forma dello scrivano, avvolta in un sudario gelido, giacere fra gente sconosciuta, incurante.

All'improvviso fui attratto dalla scrivania chiusa di Bartleby, con la chiave in bella mostra nella toppa.

«Non voglio fare nulla di male, non intendo soddisfare una crudele curiosità», pensavo. «La scrivania, inoltre, è di mia proprietà e anche quello che contiene. Così prenderò il coraggio di guardare dentro». Tutto era disposto in ordine metodoso; i fogli in pile regolari. Gli scomparti erano profondi e, spostando i fascicoli delle pratiche, tastai fino in fondo. Dopo un poco toccai qualcosa e la trassi fuori. Era un vecchio fazzoletto di cotone, pesante e annodato. Aprendolo vidi che era il suo salvadanaio.

Mi sovvenni allora dei sommessi misteri che avevo notato in quell'uomo. Rammentai di non averlo mai sentito parlare se non per rispondere; di non averlo mai visto leggere -no, neppure un giornale -sebbene di tanto in tanto avesse abbastanza tempo per sé; ricordai che per lunghi intervalli se ne stava in piedi accanto alla sua pallida finestra dietro il paravento a guardare fuori il muro cieco di mattoni; ero sicuro che non andasse mai a una mensa o a una trattoria, mentre il suo volto esangue indicava chiaramente che non beveva mai birra, come faceva Tacchino, e neppure tè o perfino caffè, come gli altri esseri umani; che non andava mai in alcun posto particolare di mia conoscenza; che non usciva mai a fare una passeggiata, a meno che non ci fosse andato in quel momento; che aveva sempre evitato di dirmi chi fosse, da dove venisse, se avesse parenti al mondo; che, seppure così scarno ed emaciato, non si lamentava mai di star male. E soprattutto rammentavo una certa aria inconsapevole di pallido - come chiamarlo? - pallido sussiego, anzi un alone di austero riserbo, che mi aveva intimorito fino a ridurmi a quella docile

14 Ciudad de Jordania, conocida por sus templos excavados en la roca. Obsérvese el símil con la impresión de desolación que debe producir la visión de Wall Street desierta.
15 Se recoge aquí la misma imagen representada en el cuadro de John Vanderlyn, «Marró entre las ruinas de Cartago», que describe, simbólicamente, la espantosa soledad del escribiente.

bía infundido una mansa condescendencia con sus rarezas, cuando se trataba de pedirle el más ligero favor, aunque su larga inmovilidad me indicara que estaba detrás de su biombo, entregado a uno de sus sueños frente al muro.

Meditando en esas cosas, y ligándolas al reciente descubrimiento de que había convertido mi oficina en su residencia, y sin olvidar sus mórbidas cavilaciones, meditando en estas cosas, repito, un sentimiento de prudencia nació en mi espíritu. Mis primeras reacciones habían sido de pura melancolía y lástima sincera, pero a medida que la desolación de Bartleby se agrandaba en mi imaginación, esa melancolía se convirtió en miedo, esa lástima en repulsión. Tan cierto es, y a la vez tan terrible, que hasta cierto punto el pensamiento o el espectáculo de la pena atrae nuestros mejores sentimientos, pero algunos casos especiales no van más allá. Se equivocan quienes afirman que esto se debe al natural egoísmo del corazón humano. Más bien proviene de cierta desesperanza de remediar un mal orgánico y excesivo. Y cuando se percibe que esa piedad no lleva aun socorro efectivo, el sentido común ordena al alma librarse de ella. Lo que vi esa mañana me convenció que el amanuense era la víctima de un mal innato e incurable. Yo podía dar una limosna a su cuerpo; pero su cuerpo no le dolía; tenía el alma enferma, y yo no podía llegar a su alma.

No cumplí, esa mañana, mi propósito de ir a la Trinidad. Las cosas que había visto me incapacitaban, por el momento, para ir a la iglesia. Al dirigirme a mi casa, iba pensando en lo que haría con Bartleby.

into my tame compliance with his eccentricities, when I had feared to ask him to do the slightest incidental thing for me, even though I might know, from his long-continued motionlessness, that behind his screen he must be standing in one of those dead-wall reveries of his.

Revolving [pondering] all these things, and coupling them with the recently discovered fact, that he made my office his constant abiding-place and home, and not forgetful of his **morbid** moodiness; revolving all these things, a prudential feeling began to steal over me. My first emotions had been those of pure melancholy and sincerest pity; but just in proportion as the forlornness of Bartleby grew and grew to my imagination, did that same melancholy merge into fear, than pity into repulsion. So true it is, and so terrible, too, that up to a certain point the thought or sight of misery enlists our best affections; but, in certain special cases, beyond that point it does not. They err who would assert that invariably this is owing to the inherent selfishness of the human heart. It rather proceeds from a certain hopelessness of remedying excessive and organic ill. To a sensitive being, pity is not seldom pain. And when at last it is perceived that such pity cannot lead to effectual succour, common-sense bids the soul be rid of it. What I saw that morning persuaded me that the scrivener was the victim of an innate and incurable disorder. I might give alms to his body; but his body did not pain him; it was his soul that suffered, and his soul I could not reach.

I did not accomplish the purpose of going to Trinity Church that morning. Somehow, the things I had seen disqualified me for the time for church-going. I walked homeward, thinking what I would do with Bartleby. Finally, I

atemorizado, haciéndome aceptar mansamente sus excentricidades, cuando había temido pedirle que hiciera la más mínima cosa, aun cuando podía saber, por su prolongada inmovilidad, que, tras el biombo, debía estar inmerso en una de sus ensañaciones frente al muro.

Dándole vueltas a estas cosas, y asociándolas con el hecho recién descubierto, de que había hecho de mi oficina su morada permanente y su hogar, y sin olvidar su volubilidad enfermiza; dándole vueltas a todas estas cosas, un sentimiento de prudencia comenzó a apoderarse de mí. Mis primeras emociones habían sido las de pura melancolía y sincera piedad; pero, en la misma proporción en que crecía cada vez más en mi imaginación el desamparo de Bartleby, aquella melancolía se confundía con miedo, aquella compasión con repulsión. Tan cierto [95] es y tan terrible, que hasta cierto punto, el ver o el pensar en la miseria despierta nuestros mejores sentimientos, pero, en ciertos casos especiales, más allá de ese punto ya no lo hace. Se confunden los que afirman que esto se debe al egoísmo inherente del corazón humano. Proviene más bien de una cierta desesperanza de remediar el daño orgánico excesivo. Para un ser sensible, la piedad es a menudo dolor. Y cuando se da uno cuenta al fin que tal piedad no puede conducir a un auxilio efectivo, el sentido común ordena al alma que se deshaga de ella. Lo que vi aquella mañana me convenció de que el escribiente era víctima de un trastorno innato e incurable. Podía darle limosna para su cuerpo, pero el cuerpo no le dolía; era su alma la que sufría y yo no podía alcanzarla.

No cumplí mi propósito de ir aquella mañana a la iglesia de la Trinidad. En cierto modo, las cosas que había visto me inhabilitaban por el momento para ir a la iglesia. Volví paseando a casa, pensando en qué haría con

d'austère réserve qui m'en avait imposé au point d'obéir à toutes ses excentricités, d'aller jusqu'à craindre de lui demander le plus petit service, alors même que son immobilité prolongée me donnait à penser que, derrière son paravent, il était perdu dans une de ses rêveries de mur aveugle.

Retournant toutes ces choses, et unissant dans mon esprit et les associant à la découverte récente que Bartleby faisait de mon bureau son refuge et son foyer, sans oublier la nature morbide de ses humeurs, un sentiment de prudence commença à s'insinuer en moi. Mes émotions premières avaient été de pure mélancolie et de pitié sincère, mais au fur et à mesure que croissait dans mon imagination l'abandon de Bartleby, cette même mélancolie fit place à la peur et cette pitié à la répulsion. Tant il est vrai, et terrible aussi, que la pensée ou la vue du malheur commande jusqu'à un certain point nos meilleurs sentiments mais que, passé ce seuil, en certains cas, elle cesse de les susciter. Ce serait commettre une erreur que d'en attribuer la faute à l'égoïsme du cœur humain. Ce phénomène procède d'un certain désespoir de ne pouvoir remédier à un mal excessif et organique. Pour un être sensible, il n'est pas rare que la pitié soit une souffrance. Et quand il apparaît en définitive que la pitié ne saurait conduire à un secours efficace, le sens commun exige que l'âme s'en débarrasse. Ce que je vis, ce matin-là, suffit à me convaincre que mon copiste souffrait d'un désordre inné et incurable. Je pouvais faire la charité à son corps; mais ce n'était pas son corps qui le tourmentait; c'était son âme qui souffrait et, son âme, je ne pouvais l'atteindre.

Je n'accomplis pas le dessein que j'avais formé de me rendre à l'église de la Trinidad ce matin-là. Tout ce que j'avais vu me rendait, en quelque sorte, inapte à la fréquentation de l'église. Je marchais jusqu'à mon domicile en me demandant ce que j'allais faire de

bía infundido una mansa condescendencia con sus rarezas, cuando se trataba de pedirle el más ligero favor, aunque su larga inmovilidad me indicara que estaba detrás de su biombo, entregado a uno de sus sueños frente al muro.

Meditando en esas cosas, y ligándolas al reciente descubrimiento de que había convertido mi oficina en su residencia, y sin olvidar sus mórbidas cavilaciones, meditando en estas cosas, repito, un sentimiento de prudencia nació en mi espíritu. Mis primeras reacciones habían sido de pura melancolía y lástima sincera, pero a medida que la desolación de Bartleby se agrandaba en mi imaginación, esa melancolía se convirtió en miedo, esa lástima en repulsión. Tan cierto es, y a la vez tan terrible, que hasta cierto punto el pensamiento o el espectáculo de la pena atrae nuestros mejores sentimientos, pero algunos casos especiales no van más allá. Se equivocan quienes afirman que esto se debe al natural egoísmo del corazón humano. Más bien proviene de cierta desesperanza de remediar un mal orgánico y excesivo. Y cuando se percibe que esa piedad no lleva aun socorro efectivo, el sentido común ordena al alma librarse de ella. Lo que vi esa mañana me convenció que el amanuense era la víctima de un mal innato e incurable. Yo podía dar una limosna a su cuerpo; pero su cuerpo no le dolía; tenía el alma enferma, y yo no podía llegar a su alma.

No cumplí, esa mañana, mi propósito de ir a la Trinidad. Las cosas que había visto me incapacitaban, por el momento, para ir a la iglesia. Volví a casa andando, pensando qué hacer con Bartleby. Finalmente,

lo que me había llevado a acatar sumisamente sus excentricidades cada vez que había temido pedirle que me hiciera el más mínimo servicio, aunque supiera, por su prolongada inmovilidad, que debía estar parado detrás de su biombo, en uno de esos delirios suyos ante el muro ciego.

Dándole vueltas a estas cosas, y uniéndolas al reciente descubrimiento de que había convertido mi oficina en su residencia y domicilio permanente, y sin olvidar su hosquedad enfermiza... dándole vueltas a todas estas cosas, un sentimiento de prudencia empezó a invadirme. Mis primeras emociones habían sido de pura melancolía y de sincera piedad; pero, en la misma medida en que el desamparo de Bartleby crecía más y más en mi imaginación, la melancolía se transformaba en miedo, y la piedad en repulsión. Lo cierto, y también lo terrible, es que hay cierto límite hasta el cual la idea del dolor o su vista despierta nuestros mejores sentimientos; pero, en ciertos casos especiales, pasado ese punto, dejan de hacerlo. Se equivocan los que afirman que esto se debe, invariablemente, al egoísmo inherente al corazón humano. Procede, [33] más bien, de cierto sentimiento de impotencia para remediar el mal excesivo y orgánico. Para un ser sensible, la piedad y el dolor son casi siempre una misma cosa. Y cuando, al final, se constata que dicha piedad no conduce a un alivio efectivo, el sentido común ordena al alma librarse de ella. Lo que vi esa mañana me persuadió de que el escribiente era víctima de un mal innato e incurable. Yo podría procurar socorro para su cuerpo, pero no era el cuerpo lo que le dolía; era el alma la que sufría, y su alma quedaba fuera de mi alcance.

No cumplí el propósito de ir a la iglesia de la Trinidad esa mañana. De algún modo, lo que había visto me incapacitaba, de momento, para ir a la iglesia. Volví a casa andando, pensando qué hacer con Bartleby. Finalmente,

m'avait positivement intimidé au point que j'en étais venu à me plier docilement à ses excentricités, à ne plus oser lui demander la moindre vétulle, alors même que son immobilité prolongée me donnait à croire qu'il était là, debout derrière le paravent, perdu dans l'une de ses rêveries face au mur aveugle.

Comme je retournais dans mon esprit toutes ces choses en les rapprochant de la découverte récente que Bartleby faisait de mon étude sa résidence et son chez-lui constants, sans oublier ses caprices **morbides**; comme je retournais toutes ces choses, un sentiment de craintive prudence m'envahit. Mes émotions premières avaient été de pure mélancolie et de la plus sincère pitié; mais à mesure que la détresse de Bartleby prenait dans mon imagination des proportions de plus en plus grandes, cette même mélancolie se muait en frayeur, cette pitié en repulsion. Tant il est vrai et [43] terrible à la fois que, jusqu'à un certain point, l'idée ou la vue du malheur mobilise nos meilleurs sentiments, mais que, dans certains cas particuliers, au-delà de ce point elle ne les commande plus. Il serait erroné de croire que ce phénomène soit dû invariablement à l'égoïsme inhérent au cœur humain. Il procède plutôt d'une certaine désespérance de pouvoir remédier à un mal excessif et organique. Pour un être sensible, la pitié, souvent, est souffrance. Lorsqu'on voit finalement que d'une telle pitié ne saurait sortir un secours efficace, le sens commun ordonne à l'âme de s'en débarrasser. Ce que j'avais vu ce matin-là me persuada que le scribe était victime d'un désordre inné, incurable. Je pouvais faire l'aumône à son corps, mais son corps ne le faisait point souffrir; c'était son âme qui souffrait, et son âme, je ne pouvais l'atteindre.

Je n'accomplis pas le dessein que j'avais formé de me rendre à l'église de la Trinidad ce matin-là. Pour une raison ou pour une autre, les choses dont j'avais été témoin me rendaient momentanément inapte à la fréquentation d'une église. Je rentrais chez moi à pied en débattant de la conduite

accettazione delle sue eccentricità, quando avevo ormai paura di chiedergli di rendermi il più insignificante servizio, sebbene potessi capire, dalla protratta immobilità, che dietro il paravento se ne stava probabilmente in piedi, perso in una di quelle sue fantasticherie trasognate davanti al muro cieco.

Rimuginando tutte queste cose e collegandole alla recente scoperta che del mio ufficio Bartleby aveva fatto il suo alloggio permanente e la sua casa, non dimentico della sua morbosa suscettibilità, rimuginando tutto questo, prese a insinuarsi in me un sentimento di prudenza. Le mie prime emozioni erano state di pura malinconia e di sincera, autentica pietà ma, a mano a mano che la solitudine e l'isolamento di Bartleby crescevano nella mia immaginazione, quella stessa malinconia trascolorava in paura, quella pietà in repulsione. E così vero, e anche così terribile, che fino a un certo punto il pensiero o la vista dell'infelicità impegnano i nostri migliori sentimenti, ma, in certi casi speciali, oltre a un certo punto, non succede più. Sbagliano quanti asseriscono che invariabilmente ciò deriva dall'innato egoismo del cuore umano. Discende piuttosto da una certa impotenza a porre rimedio a un male estremo e organico. Per un essere sensibile la pietà non di rado è sofferenza. E quando alla fine si intuisce che tale pietà non si traduce in un efficace soccorso, il senso comune impone all'animo di sbarazzarsene. Quanto vidi quella mattina mi convinse che lo scrivano era vittima di un disordine innato e incurabile. Avrei forse potuto soccorrere il corpo, ma non era il corpo a dolergli; era la sua anima che soffriva, e non potevo raggiungere la sua anima.

Lasciai cadere il proposito di andare alla chiesa della Santissima Trinità quel mattino. Mi sentivo in qualche modo indegno dopo le cose che avevo visto. Mi incamminai verso casa pensando a cosa avrei fatto con Bartleby. Alla fine mi risolsi su quanto segue:

tr. de J. L. Borges	Melville's <i>Bartleby</i>	tr. de Julia Lavid	tr. de M. Causse	tr. de J. L. Borges	tr. de J.M. Benítez Ariza	tr. de Pierre Leyris	unattributed
Al fin me resolví: lo interrogaría con calma, a la mañana siguiente, acerca de su vida, etc., y si rehusaba contestarme francamente y sin reticencias (y suponía que él preferiría no hacerlo), le daría un billete de veinte dólares, además de lo que le debía, diciéndole que ya no necesitaba sus servicios; pero que, en cualquier otra forma en que necesitara mi ayuda, se la prestaría gustoso, especialmente le pagaría los gastos para trasladarse al lugar de su nacimiento, dondequiera que fuera. Además, si al llegar a su destino necesitaba ayuda, una carta haciéndomelo saber no quedaría sin respuesta.	resolved upon this—I would put certain calm questions to him the next morning, touching his history, etc., and if he declined to answer them openly and unreservedly (and I supposed he would prefer not), then to give him a twenty-dollar bill over and above whatever I might owe him, and tell him his services were no longer required; but that if in any other way I could assist him, I would be happy to do so, especially if he desired to return to his native place, wherever that might be, I would willingly help to defray the expenses. Moreover, if, after reaching home, he found himself at any time in want of aid, a letter from him would be sure of a reply.	Bartleby. Finalmente tomé una decisión: le haría ciertas preguntas con calma a la mañana siguiente, referentes a su historia, etc., y si rehusaba contestarlas abiertamente y sin reservas (y suponía que preferiría no hacerlo), entonces le daría un billete de veinte dólares por lo que pudiera deberle, y le diría que ya no necesitaba sus servicios; pero que si le podía ayudar de cualquier otra manera, me encantaría hacerlo; especialmente si deseaba volver a su ciudad natal, dondequiera que fuese, ayudaría de buen grado a costear los gastos. Además, si, tras llegar a casa, se encontraba en cualquier momento necesitado de ayuda, una carta suya podía contar con una respuesta segura.	Bartleby. Finalement, je pris la résolution de lui poser [34] calmement certaines questions, le lendemain matin, touchant son histoire et ainsi de suite et, s'il refusait d'y répondre ouvertement et sans réserve (je supposais en effet qu'il n'aimerait mieux pas), je lui donnerais alors un billet de vingt dollars en sus de ce que je pouvais lui devoir, et lui annoncerais que je n'avais plus besoin de ses services, tout en l'assurant que je serais heureux de lui venir en aide d'une manière ou d'une autre; en particulier, s'il désirait retourner dans son pays natal, quel qu'il fût, je serais tout disposé à le défrayer de ses dépenses. En outre, si une fois dans son pays, il se trouvait avoir besoin d'aide, une lettre de lui ne resterait sûrement pas sans réponse.	Al fin me resolví: lo interrogaría con calma, a la mañana siguiente, acerca de su vida, etc., y si rehusaba contestarme francamente y sin reticencias (y suponía que él preferiría no hacerlo), le daría un billete de veinte dólares, además de lo que le debía, diciéndole que ya no necesitaba sus servicios; pero que, en cualquier otra forma en que necesitara mi ayuda, se la prestaría gustoso, especialmente le pagaría los gastos para trasladarse al lugar de su nacimiento, dondequiera que fuera. Además, si al llegar a su destino necesitaba ayuda, una carta haciéndomelo saber no quedaría sin respuesta.	tomé esta resolución: a la mañana siguiente lo sometería a un interrogatorio sosegado sobre su historia, etc., y, si se negaba a responder claramente y sin reservas (y daba por supuesto que preferiría no hacerlo), le daría entonces un billete de veinte dólares, además de lo que pudiera deberle, y le diría que ya no precisaba sus servicios; pero que si podía ayudarle de cualquier otro modo, me encantaría hacerlo. Especialmente, si deseaba volver a su lugar de origen, fuera cual fuera, con mucho gusto me haría cargo de los gastos. Además, si, una vez en su casa, necesitaba ayuda en alguna ocasión, una carta suya no quedaría sin respuesta.	à tenir à l'égard de Bartleby. Finalement je pris la résolution suivante: le lendemain matin, je lui poserais calmement certaines questions sur son histoire, etc.; et, s'il refusait d'y répondre ouvertement et sans réserve (comme, sans doute, [44] il le préférerait), je lui donnerais un billet de vingt dollars en sus de ce que je pourrais lui devoir, et je lui dirais que je n'avais plus besoin de ses services, tout en lui déclarant que si je pouvais lui être utile par ailleurs d'une manière ou d'une autre, je serais heureux de le faire; notamment, s'il désirait regagner son pays natal, quel qu'il pût être, je l'aiderais volontiers à payer ses dépenses. De plus, si une fois parvenu chez lui, il se trouvait avoir besoin de secours à un moment quelconque, une lettre de lui ne resterait certes pas sans réponse.	il mattino dopo gli avrei rivolto alcune pacate domande sul suo passato, ecc. e, se avesse rifiutato di rispondere in modo aperto e senza riserve (presumevo che avrebbe preferito di no), gli avrei allora dato una banconota da venti dollari oltre a quanto già eventualmente gli dovevo, dicendogli che i suoi servizi non erano più richiesti, ma che, se in qualunque altro modo avessi potuto aiutarlo, sarei stato felice di adoperarmi in tal senso; soprattutto se avesse desiderato ritornare là dove era nato, non importa dove fosse, avrei volentieri contribuito alle spese. Inoltre, se, una volta arrivato a casa, in un momento qualsiasi si fosse trovato bisognoso di aiuto, una sua lettera avrebbe certamente avuto risposta.
La mañana siguiente llegó.	The next morning came.	Y llegó la mañana siguiente.	Vint le lendemain matin.	La mañana siguiente llegó.	Llegó la mañana siguiente.	Le lendemain matin arriva.	Giunse il mattino successivo.
—Bartleby —dije, llama a m á n d o l o comedidamente.	"Bartleby," said I, gently calling to him behind his screen.	-Bartleby -dije, llámndole suavemente tras su biombo.	—Bartleby, dis-je en l'appelant doucement derrière le paravent.	—Bartleby —dije, llama a m á n d o l o comedidamente.	-Bartleby —llamé, con amabilidad, desde el otro lado del biombo.	« Bartleby », dis-je, l'appelant doucement à travers le paravent.	«Bartleby», dissi rivolgendomi gentilmente a lui dietro il paravento.
Silencio.	No reply.	No hubo respuesta.	Pas de réponse.	Silencio.	No hubo respuesta.	Pas de réponse.	Nessuna risposta.
—Bartleby —dije en tono aún más suave—, venga, no le voy a pedir que haga nada que usted preferiría no hacer. Sólo quiero conversar con usted.	"Bartleby," said I, in a still gentler tone, "come here; I am not going to ask you to do anything you would prefer not to do—I simply wish to speak to you."	-Bartleby -dije en un tono aún más amable-, venga aquí. No voy a pedirle que haga nada que prefiera no hacer. Simplemente deseo hablar con usted.	—Bartleby, dis-je d'un ton encore plus doux, venez ici; je ne vais pas vous demander de faire quelque chose que vous aimeriez mieux ne pas faire. Je désire simplement vous parler.	—Bartleby —dije en tono aún más suave—, venga, no le voy a pedir que haga nada que usted preferiría no hacer. Sólo quiero conversar con usted.	-Bartleby —dije, en un tono aún más amable—, venga aquí; no voy a pedirle que haga nada que usted preferiría no hacer. Sólo quiero hablarle.	« Bartleby, dis je d'un ton plus doux encore, venez ici. Je ne vais pas vous demander quelque chose que vous préféreriez ne pas faire... Je désire simplement vous parler. »	«Bartleby», dissi in tono ancora più gentile, «venga qui. Non le chiederò di fare nulla che lei preferisca non fare... desidero soltanto parlarle».
Con esto, se me acercó silenciosamente.	Upon this he noiselessly slid into view.	Ante esto apareció silenciosamente.	Sur quoi, il se glissa silencieusement jusqu'à moi.	Con esto, se me acercó silenciosamente.	Entonces se dejó ver, sin ruido.[34]	Là-dessus il apparut sans bruit.	A queste parole silenziosamente scivolò fuori.
—¿Quiere decirme, Bartleby, dónde ha nacido?	"Will you tell me, Bartleby, where you were born?"	--¿Me quiere usted decir, Bartleby, donde nació?	—Voulez-vous me dire, Bartleby, où vous êtes né ?	—¿Quiere decirme, Bartleby, dónde ha nacido?	-¿Quiere usted decirme, Bartleby, dónde nació?	«Voulez-vous me dire, Bartleby, où vous êtes né?»	«Vuole dirmi, Bartleby, dove è nato?»
—Preferiría no hacerlo.	"I would prefer not to."	-Preferiría no hacerlo.	-J'aimerais mieux pas.	—Preferiría no hacerlo.	-Preferiría no hacerlo.	— Je préférerais pas.	«Preferirei di no».
—¿Quiere contarme algo de usted?	"Will you tell me anything about yourself?"	-¿Quiere usted decirme algo sobre usted?	—Voulez-vous me dire QUOI QUE CE SOIT à votre sujet?	—¿Quiere contarme algo de usted?	-----	— Voulez-vous me dire quoi que soit en ce qui vous concerne?	«Non vuole raccontarmi niente di sé?»
—Preferiría no hacerlo.,	"I would prefer not to."	-Preferiría no hacerlo. [96]	-J'aimerais mieux pas.	—Preferiría no hacerlo.,	-----	— Je préférerais pas.	«Preferirei di no».
—¿Pero qué objeción razonable puede tener para no hablar conmigo? Yo quisiera ser un amigo.	"But what reasonable objection can you have to speak to me? I feel friendly toward you."	-¿Pero qué objeción razonable puede usted tener a hablar conmigo? Siento aprecio por usted.	—Mais quel motif raisonnable vous empêche de me parler ? J'ai les intentions les plus amicales à votre égard.	—¿Pero qué objeción razonable puede tener para no hablar conmigo? Yo quisiera ser un amigo.	-Pero ¿qué objeción razonable puede tener usted para no hablarme? Le tengo simpatía.	Mais quel motif raisonnable pouvez-vous avoir de ne pas me répondre? Je me sens de l'amitié pour vous. » [45]	«Quale ragionevole obiezione ha per non parlarli? Ho nei suoi confronti sentimenti amichevoli».
Mientras yo hablaba, no me miró. Tenía los ojos fijos en el busto de Cicerón, que estaba justo detrás de mí, a unos quince centímetros sobre mi cabeza.	He did not look at me while I spoke, but kept his glance fixed upon my bust of Cicero, which, as I then sat, was directly behind me, some six inches above my head.	No me miraba mientras hablaba, sino que mantenía la vista fija en el busto de Cicerón que, como yo estaba entonces sentado, se encontraba directamente detrás de mí, unos quince centímetros por encima de mi cabeza.	Il ne me regardait pas en m'adressant la parole mais tenait les yeux obstinément fixés sur le buste de Cicéron qui se trouvait derrière mon siège, à quelque six pouces au-dessus de ma tête.	Mientras yo hablaba, no me miró. Tenía los ojos fijos en el busto de Cicerón, que estaba justo detrás de mí, a unos quince centímetros sobre mi cabeza.	No me miró mientras le hablaba, sino que mantuvo la mirada clavada en el busto de Cicerón que, tal como estaba yo sentado, se encontraba directamente a mi espalda, unos diez centímetros por encima de mi cabeza.	Tandis que je lui parlais, il ne me regardait pas, mais tenait son regard fixé sur mon buste de Cicéron qui, vu la façon dont j'étais assis, se trouvait juste derrière moi, à quelque six pouces au-dessus de ma tête.	Non mi guardava mentre parlavo, ma teneva gli occhi fissi sul busto di Cicerone, dietro alla mia sedia, circa a sei pollici sopra la mia testa.
—¿Cuál es su respuesta, Bartleby? —le pregunté,	"Why your answer, Bartleby?" said I, after	-¿Cuál es su respuesta, Bartleby? -dije, después de es-	—Quelle est votre réponse, Bartleby ?	—¿Cuál es su respuesta, Bartleby? —le pregunté,	-¿Qué responde usted, Bartleby? —dije, después de	« Quelle est votre réponse, Bartleby? » demandai-je après	«Che cosa mi risponde, Bartleby?», proseguì dopo

después de esperar un buen rato, durante el cual su actitud era estática, notándose apenas un levísimo temblor en sus labios descoloridos.

—Por ahora prefiero no contestar —dijo, y se retiró a su ermita.

Tal vez fui débil, lo confieso, pero su actitud en esta ocasión me irritó. No sólo parecía acechar en ella cierto desdén tranquilo; su terquedad resultaba desagradecida si se considera el indiscutible buen trato y la indulgencia que había recibido de mi parte.

De nuevo me quedé pensando qué haría. Aunque me irritaba su proceder, aunque al entrar en la oficina yo estaba resuelto a despedirlo, un sentimiento supersticioso oleó en mi corazón y me prohibió cumplir mi propósito, y me dijo que yo sería un canalla si me atrevía a murmurar una palabra dura contra el más triste de los hombres. Al fin, colocándolo familiarmente mi silla detrás de su biombo, me senté y le dije:

—Dejemos de lado su historia, Bartleby; pero permítame suplicarle amistosamente que observe en lo posible las costumbres de esta oficina. Prométame que mañana o pasado ayudará a examinar documentos; prométame que dentro de un par de días se volverá un poco razonable. ¿Verdad, Bartleby?

—Por ahora prefiero no ser un poco razonable —fue su mansa y cadavérica respuesta.

En ese momento se abrió la puerta vidriera y Nippers se acercó. Parecía víctima, contra la costumbre, de una mala noche, producida por una indigestión más severa que las de costumbre. Oyó las últimas palabras de Bartleby.

waiting a considerable time for a reply, during which his countenance remained immovable, only there was the faintest conceivable tremor of the white attenuated mouth.

“At present I prefer to give no answer,” he said, and retired into his hermitage.

It was rather weak in me, I confess, but his manner, on this occasion, nettled me. Not only did there seem to lurk in it a certain calm disdain, but his perverseness seemed ungrateful, considering the undeniable good usage and indulgence he had received from me.

Again I sat ruminating what I should do. Mortified as I was at his behaviour, and resolved as I had been to dismiss him when I entered my office, nevertheless I strangely felt something superstitious knocking at my heart, and forbidding me to carry out my purpose, and denouncing me for a villain if I dared to breathe the one bitter word against this forlornest of mankind. At last, familiarly drawing my chair behind his screen, I sat down and said:

“Bartleby, never mind, then, about revealing your history; but let me entreat you, as a friend, to comply as far as may be with the usages of this office. Say now, you will help to examine papers to-morrow or next day; in short, say now, that in a day or two you will begin to be a little reasonable:—say so, Bartleby.”

“At present I would prefer not to be a little reasonable,” was his mildly cadaverous reply.

Just then the folding-doors opened, and Nippers approached. He seemed suffering from an unusually bad night's rest, induced by severer indigestion than common. He overheard those final words of Bartleby.

perar contestación durante un tiempo considerable, durante el cual su semblante permaneció inamovible, con sólo un leve temblor de su boca blanca y casi imperceptible.

—Por ahora prefiero no dar ninguna respuesta —dijo, y se retiró a su cuchitril.

Fue más bien una debilidad por mi parte, lo confieso, pero sus modales en esta ocasión me molestaron. No sólo parecían esconder un cierto desdén calculado, sino que su perversidad parecía ingrata, considerando el innegable buen trato y la indulgencia que había recibido de mí.

Volví a sentarme meditando qué debería hacer. Mortificado como estaba por su conducta, y decidido como había estado a despedirlo cuando entrase en mi oficina, no obstante, un presentimiento supersticioso me asaltó, impidiéndome llevar a cabo mi propósito, y acusándome de vileza si osaba pronunciar una palabra amarga contra aquel pobre desamparado. Finalmente, llevando con familiaridad mi silla tras el biombo, me senté y dije:

—Bartleby, no importa que no revele su historia, pero permítame suplicarle como amigo, que se ajuste en lo posible a las costumbres de esta oficina. Dígame ahora que usted ayudará a comprobar los papeles mañana o el próximo día; en resumen, dígame ahora que en un día o dos comenzará a ser un poco razonable; dígame lo, Bartleby.

—Por ahora preferiría no ser razonable —fue su respuesta mansa y cadavérica.

En aquel momento se abrieron las puertas correderas y Nippers se acercó. Parecía haber tenido una noche especialmente mala, provocada por una indigestión más fuerte de lo corriente. Acertó a escuchar las últimas palabras de Bartleby.

demandais-je après un long moment d'attente vaine, durant lequel il resta impassible, ses lèvres pâles à peine parcourues d'un imperceptible frisson.

—Pour le moment, j'aime mieux ne pas répondre, dit-il, et il se retira dans son ermitage.

Ce fut une faiblesse de ma part, je l'avoue, mais ses manières en cette occasion me piquèrent. Non seulement elles semblaient empreintes d'un certain dédain tranquille, mais leur perversité pouvait passer pour de l'ingratitude, compte tenu des faveurs et de l'indulgence que j'avais prodiguées.

Je restai assis à ruminer la décision à prendre. Vexé comme je l'étais par sa conduite, et résolu comme je l'avais été dès mon arrivée au bureau à le congédier, je n'en sentais pas moins quelque force superstitieuse frapper à mon cœur et m'interdire de mettre mon projet à exécution, allant jusqu'à me taxer de gredin si j'avais l'audace de proférer un seul mot amer contre le spécimen le plus solitaire du genre humain. Pour finir, plaçant familièrement ma chaise derrière son paravent, je m'assis et déclarai :

—Bartleby, ne vous faites pas de souci, gardez votre histoire pour vous mais permettez-moi de vous prier, en ami, de bien vouloir vous plier, autant que possible, aux usages de cette étude. Dites à présent que vous m'aidez à collationner demain ou après-demain, bref dites-moi dès à présent que dans un jour ou deux vous commencerez à vous montrer un tout petit peu raisonnable — promettez-le-moi, Bartleby.

—Pour le moment, j'aimerais mieux ne pas être un petit peu raisonnable, fut sa réponse suavement cadavéreuse.

A cet instant précis, les portes à deux battants s'ouvrirent et Pinettes apparut. Il avait l'air de souffrir des suites d'une nuit blanche, provoquée par une indigestion plus grave que de coutume. Il surprit au vol les derniers mots de Bartleby.

después de esperar un buen rato, durante el cual su actitud era estática, notándose apenas un levísimo temblor en sus labios descoloridos.

—Por ahora prefiero no contestar —dijo, y se retiró a su ermita.

Tal vez fui débil, lo confieso, pero su actitud en esta ocasión me irritó. No sólo parecía acechar en ella cierto desdén tranquilo; su terquedad resultaba desagradecida si se considera el indiscutible buen trato y la indulgencia que había recibido de mi parte.

De nuevo me quedé pensando qué haría. Aunque me irritaba su proceder, aunque al entrar en la oficina yo estaba resuelto a despedirlo, un sentimiento supersticioso oleó en mi corazón y me prohibió cumplir mi propósito, y me dijo que yo sería un canalla si me atrevía a murmurar una palabra dura contra el más triste de los hombres. Al fin, colocándolo familiarmente mi silla detrás de su biombo, me senté y le dije:

—Dejemos de lado su historia, Bartleby; pero permítame suplicarle amistosamente que observe en lo posible las costumbres de esta oficina. Prométame que mañana o pasado ayudará a examinar documentos; prométame que dentro de un par de días se volverá un poco razonable. ¿Verdad, Bartleby?

—Por ahora prefiero no ser un poco razonable —fue su mansa y cadavérica respuesta.

En ese momento se abrió la puerta vidriera y Nippers se acercó. Parecía víctima, contra la costumbre, de una mala noche, producida por una indigestión más severa que las de costumbre. Oyó las últimas palabras de Bartleby.

esperar respuesta durante un tiempo considerable, durante el cual su rostro permaneció inmóvil, salvo un casi imperceptible temblor de sus labios descoloridos.

—De momento, prefiero no responder —dijo, y se retiró a su ermita.

Confieso que fue una debilidad por mi parte, pero sus modales, en esta ocasión, me irritaron. No sólo parecía haber en ellos cierto desdén tranquilo, sino que su perversidad resultaba ingrata, teniendo en cuenta el buen trato y la indulgencia innegables que me había recibido por mi parte.

Me senté de nuevo a ruminar qué debía hacer. Mortificado por su comportamiento, y decidido como estaba a despedirlo cuando entré en la oficina, sin embargo un extraño sentimiento superstitioso apelaba a mi corazón, y me prohibía llevar a cabo mi propósito, y me til daba de villano si me atrevía a pronunciar una sola palabra agría contra el más ind defenso de los mortales. Al fin, tomándolo la libertad de llevar mi silla al otro lado del biombo, me senté y dije:

—Bartleby, no me cuente su historia si no quiere, pero permítame amistosamente que observe en lo posible las costumbres de esta oficina. Diga que ayudará a revisar documentos mañana o pasado; dígame, en resumen, que dentro de un día o dos empezará a ser un poco razonable. Dígame lo, Bartleby. [35]

—De momento, preferiría no ser un poco razonable —fue su cadavérica respuesta.

Justo en ese momento se abrió la puerta de cristales y entró Nippers. Al parecer, había pasado una noche especialmente mala, debida a una indigestión más grave de lo habitual. Alcanzó a oír las últimas palabras de Bartleby.

avoir attendu un temps considérable, pendant lequel sa physionomie demeura impassible, encore que ses lèvres blanchies et amincies tremblaient imperceptiblement.

« Pour l'instant je préfère ne pas donner de réponse », dit-il; et il se retira dans son ermitage.

Ce fut de ma part une faiblesse, je l'avoue, mais son attitude, à cette occasion, me piqua. Non seulement elle semblait impliquer un certain dédain tranquille, mais sa perversité apparaissait comme de l'ingratitude, étant donné la bienveillante indulgence que je lui avais indéniablement témoignée.

Je me mis de nouveau à ruminer ce qu'il me fallait faire. Mortifié comme je l'étais par sa conduite, et résolu comme je l'avais été à le renvoyer dès qu'il serait entré dans mon bureau, j'avais néanmoins l'impression étrange qu'une force mystérieuse frappait à l'huis de mon cœur, m'interdisant d'accomplir mon dessein et me taxant de scélératesse au cas où j'oserais proférer une seule parole amère contre le plus abandonné des humains. En fin de compte, attirant familièrement [46] ma chaise derrière son paravent, je m'assis auprès de lui et lui dis :

« Bartleby, ne vous souciez donc plus de me révéler votre histoire; mais laissez-moi vous supplier en ami de vous plier autant que possible aux usages de cette étude. Dites à présent que vous nous aiderez à collationner les pièces demain ou après-demain: en un mot, dites que dans un jour ou deux vous commencerez à être un peu raisonnable; dites cela, Bartleby. [55]

—Pour l'instant, je préférerais ne pas être un peu raisonnable », fut sa réponse suavement cadavérique.

À ce moment précis, les battants de la porte s'ouvrirent, et Lagrinche s'approcha. Il semblait souffrir des suites d'une insomnie particulièrement pénible, provoquée par une indigestion plus grave que de coutume. Il entendit les derniers mots de Bartleby.

aver aspettato una sua risposta per un bel po' di tempo, mentre il suo volto rimaneva immobile, salvo un tremore quasi impercettibile delle labbra pallide e sottili.

«Per il momento preferisco non rispondere», disse e si ritirò nel suo eremo.

Fu una mia debolezza, lo confesso, ma in quel momento i suoi modi mi irritarono. Non soltanto sembrava che nascondessero un certo pacato disprezzo, ma la sua caparbieta mi pareva ingratitudine, considerando gli innegabili benefici e l'indulgenza che aveva avuto da me.

Ancora una volta me ne rimasi lì seduto a ruminare su quello che avrei dovuto fare. Mortificato com'ero per il suo comportamento, e altrettanto risoluto a licenziarlo quando ero arrivato in ufficio, avvertivo un timore superstizioso che mi si agitava in fondo al cuore, vietandomi di mettere in atto quel proposito, dandomi del mascalzone se avessi osato profirere una sola parola amara contro di lui, il più derelitto degli uomini. Da ultimo, avvicinando con piglio confidenziale la mia sedia alla sua dietro il paravento, mi sedetti dicendo:

«Bartleby, non importa se non mi racconta la sua storia, ma mi consenta di supplicarla, da amico, di adeguarsi per quanto possibile alle abitudini dell'ufficio. Mi prometta che, domani o il giorno appresso, aiuterà a controllare i documenti: in breve, mi prometta che fra un giorno o due comincerà a essere un po' ragionevole. Dica di sì, Bartleby.»

«Per il momento preferirei non essere un po' ragionevole», fu la risposta soavemente cadaverica.

Proprio in quel momento si aprirono le porte pieghevoli, e si avvicinò Pince-Nez. Aveva l'aria sofferente di chi ha passato una notte particolarmente brutta, dovuta a una digestione peggiore del solito. Colse le ultime parole di Bartleby.

<p>tr. de J. L. Borges</p> <p>—¿Prefiere no ser razonable? —gritó Nippers—. Yo le daría preferencias, si fuera usted, señor. ¿Qué es, señor, lo que ahora <i>prefiere</i> no hacer? — Bartleby no movió ni un dedo.</p>	<p>Melville's Bartleby</p> <p>"<i>Prefer not, eh?</i>" gritted Nippers—"I'd prefer him, if I were you, sir," addressing me—"I'd prefer him; I'd give him preferences, the stubborn mule! What is it, sir, pray, that he <i>prefers</i> not to do now?"</p>	<p>tr. de Julia Lavid</p> <p>—Prefiere que no, ¿eh? —exclamó Nippers—. Yo le preferiría a él si fuera usted, señor —dirigiéndose a mí, yo le <i>preferiría</i> [97] a él, ¡le daría preferencias a esa mula testaruda! ¿Qué es, señor, diga lo que <i>prefiere</i> no hacer ahora?</p>	<p>tr. de M. Causse</p> <p>—Aimerais mieux pas, hein ? grinça Pincettes. Je lui ferais voir, moi, si j'étais à votre place, monsieur, je lui ferais voir à cette tête de mule ! Qu'est-ce qu'il [36] aimerait mieux ne pas faire, maintenant, monsieur, je vous prie ?</p>	<p>tr. de J. L. Borges</p> <p>—¿Prefiere no ser razonable? —gritó Nippers—. Yo le daría preferencias, si fuera usted, señor. ¿Qué es, señor, lo que ahora <i>prefiere</i> no hacer? — Bartleby no movió ni un dedo.</p>	<p>tr. de J.M. Benítez Ariza</p> <p>«Preferiría no hacerlo», ¿no? —dijo, rechinando los dientes—. Si estuviera en mi mano, señor, yo sí que le daría preferencias. Yo sí que le daría preferencias a esta mula testaruda. ¿Qué es, si es usted tan amable, lo que <i>prefiere</i> no hacer ahora?</p>	<p>tr. de Pierre Leyris</p> <p>« <i>Préfèrerais ne pas être, hein? grinça</i> Lagrinche. Je lui montrerais mes préférences, moi, monsieur, si j'étais à votre place. » Ici il se tourne vers moi : « Je lui en donnerais, des préférences, à cette tête de mule! Qu'est-ce donc, monsieur, s'il vous plaît, qu'il <i>préfère</i> ne pas faire maintenant? »</p>	<p>unattributed</p> <p>«Preferirebbe di no, eh?», ringhiò Pince-Nez. «Lo preferirei io se fossi in lei, signore», rivolto a me, «lo preferirei io; gli darei io le preferenze, a quel mulo cocciuto! Scusi, signore, cos'è che preferisce non fare adesso?».</p>
<p>_____</p> <p>—Señor Nippers —le dije—, prefiero que, por el momento, usted se retire.</p>	<p>Bartleby moved not a limb.</p>	<p>Bartleby no se movió.</p>	<p>Bartleby ne bougea pas d'un pouce.</p>	<p>_____</p> <p>—Señor Nippers —le dije—, prefiero que, por el momento, usted se retire.</p>	<p>Bartleby no movió un músculo.</p>	<p>Bartleby ne bougea pas d'un membre.</p>	<p>Bartleby non batté ciglio.</p>
<p>_____</p> <p>—Señor Nippers —le dije—, prefiero que, por el momento, usted se retire.</p>	<p>"Mr. Nippers," said I, "I'd prefer that you would withdraw for the present."</p>	<p>—Señor Nippers dije—, preferiría que se retirara usted por, el momento.</p>	<p>—Monsieur Pincettes, dis-je, j'aimerais mieux que vous vous retiriez, pour le moment.</p>	<p>_____</p> <p>—Señor Nippers —le dije—, prefiero que, por el momento, usted se retire.</p>	<p>—Señor Nippers dije—, preferiría que se retirara usted por, el momento.</p>	<p>« Monsieur Lagrinche, dis je, je préférerais que vous vous retrassiez pour le moment. »</p>	<p>«Signor Pince-Nez, preferirei che lei si ritirasse per il momento», dissi.</p>
<p>No sé cómo, últimamente, yo había contraído la costumbre de usar la palabra <i>preferir</i>. Temblé pensando que mi relación con el amanuense ya hubiera afectado seriamente mi estado mental. ¿Qué otra y quizás más honda aberración podría traerme? Esto había influido en mi determinación de emplear medidas sumarias.</p>	<p>Somehow, of late, I had got into the way of involuntarily using this word "prefer" upon all sorts of not exactly suitable occasions. And I trembled to think that my contact with the scrivener had already and seriously affected my mind in a mental way. And what further and deeper aberration might it not yet produce? This apprehension had not been without efficacy in determining me to summary measures.</p>	<p>Últimamente, me había acostumbrado a utilizar involuntariamente la palabra «preferir» en todo tipo de ocasiones no precisamente apropiadas. Y temblaba al pensar que mi contacto con el escribiente ya hubiera afectado seriamente mi estado mental. ¿Y qué otra aberración más profunda y a más largo plazo podría aún no producir? Esta aprensión había influido en mi determinación de emplear medidas terminantes.</p>	<p>Depuis quelque temps, j'avais pris involontairement l'habitude d'utiliser l'expression « aimer mieux » en toutes sortes de circonstances qui ne s'y prêtaient guère. Et je tremblais en pensant que mon commerce avec le scribe avait déjà assez sérieusement affecté mon état mental. Et quelle ultérieure et plus grave aberration ne pouvait-il provoquer? Cette appréhension n'avait pas été sans commander ma décision de prendre des mesures sommaires.</p>	<p>No sé cómo, últimamente, yo había contraído la costumbre de usar la palabra <i>preferir</i>. Temblé pensando que mi relación con el amanuense ya hubiera afectado seriamente mi estado mental. ¿Qué otra y quizás más honda aberración podría traerme? Esto había influido en mi determinación de emplear medidas sumarias.</p>	<p>Por alguna razón, últimamente había adquirido la costumbre de usar sin querer la palabra «preferir» en toda clase de ocasiones, no siempre apropiadas. Y temblaba de pensar que mi trato con el escribiente había afectado ya, seriamente, mi estado mental. ¿Qué otras aberraciones, más graves aún, podría llegar a causar? Este temor había tenido su parte a la hora de decidirme a adoptar medidas sumarias.</p>	<p>Depuis quelque temps j'avais pris l'habitude de [47] dire involontairement « préférer » en toute sorte de circonstances où ce mot n'était pas parfaitement approprié. Et je tremblais à la pensée que mon commerce avec le scribe avait déjà sérieusement affecté mon état mental. À quelle nouvelle et plus profonde aberration ne risquais-je pas de me voir conduit? Cette crainte n'avait pas été sans influencer sur ma détermination de recourir à des mesures sommaires.</p>	<p>In qualche modo, da un po' di tempo, avevo preso involontariamente l'abitudine di usare la parola «preferire» a ogni piè sospinto, anche fuori luogo. Tremavo all'idea che la vicinanza dello scrivano avesse già, e in modo grave, compromesso il mio equilibrio mentale. Quali altre e peggiori aberrazioni non avrebbe potuto produrre? Questa apprensione aveva avuto la sua parte nella decisione di prendere drastiche misure.</p>
<p>Mientras Nippers, agrío y malhumorado, desapareció, Turkey apareció, obsequioso y deferente.</p>	<p>As Nippers, looking very sour and sulky, was departing, Turkey blandly and deferentially approached.</p>	<p>Cuando Nippers con aire agrío y hurano salía, Turkey se acercó suavemente y con deferencia:</p>	<p>Comme Pincettes se retirait, l'air grognon et renfrogné, Dindonneau s'approcha avec affabilité et déférence.</p>	<p>Mientras Nippers, agrío y malhumorado, desapareció, Turkey apareció, obsequioso y deferente.</p>	<p>Mientras Nippers, con cara de mal humor, se retiraba, Turkey se acercó con toda suavidad y deferencia.</p>	<p>Tandis que Lagrinche s'éloignait avec une mine aigre et renfrogné, Dindon s'approcha d'un air déferent et débonnaire.</p>	<p>Mentre Pince-Nez si allontanava con aria acida e scontrosa, si avvicinò beato e ossequioso Tacchino.</p>
<p>—Con todo respeto, señor —dijo—, ayer estuve meditando sobre Bartleby, y pienso que si él prefiriera tomar a diario un cuarto de buena cerveza, le haría mucho bien, y lo habilitaría a prestar ayuda en el examen de documentos.</p>	<p>"With submission, sir," said he, "yesterday I was thinking about Bartleby here, and I think that if he would but prefer to take a quart of good ale everyday, it would do much toward mending him, and enabling him to assist in examining his papers."</p>	<p>—Humildemente, señor —dijo—, ayer estuve pensando en Bartleby aquí presente, y creo que si prefiriese tomar un cuarto de buena cerveza inglesa al día, esto contribuiría mucho a enmendarlo, y le permitiría ayudar en la comprobación de sus papeles.</p>	<p>—Sauf votre respect, monsieur, dit-il, hier je pensais à Bartleby, ici présent, et je me disais que si seulement il aimait mieux boire chaque jour une bonne pinte de bière, cela l'aiderait beaucoup à s'amender et lui permettrait de nous aider à collationner ses minutes.</p>	<p>—Con todo respeto, señor —dijo—, ayer estuve meditando sobre Bartleby, y pienso que si él prefiriera tomar a diario un cuarto de buena cerveza, le haría mucho bien, y lo habilitaría a prestar ayuda en el examen de documentos.</p>	<p>—Con todo respeto, señor —dijo—, ayer estuve pensando en este Bartleby, y me parece que, con que prefiriera tomarse un cuartillo de buena cerveza al día, eso lo ayudaría a enmendarse y lo pondría en condiciones de ayudar a revisar sus papeles.</p>	<p>« Sauf votre respect, monsieur, dit-il, je pensais hier à Bartleby et je crois que, s'il préférait seulement prendre tous les jours un quart de bonne bière, cela contribuerait beaucoup à l'amender et lui permettrait de nous aider à collationner sa copie.</p>	<p>«Con rispetto, signore», disse, «ieri mi sono messo a pensare al nostro Bartleby. Secondo me, se solo lo preferisse, un quarto di buona birra al giorno farebbe molto nel curarlo e metterlo in sesto per aiutare a controllare i documenti»</p>
<p>—Parece que usted también ha adoptado la palabra —dije, ligeramente excitado.</p>	<p>"So you have got the word too," said I, slightly excited.</p>	<p>—Así que a usted también se le ha pegado la palabra —dije yo, con cierta irritación.</p>	<p>—Ainsi, vous avez attrapé l'expression, vous aussi, dis-je en proie à une légère excitation.</p>	<p>—Parece que usted también ha adoptado la palabra —dije, ligeramente excitado.</p>	<p>—También a usted se le ha pegado la palabra —dije, tanto nervioso.</p>	<p>— Ainsi donc, vous avez attrapé le mot, vous aussi, m'écriai je non sans quelque excitation.</p>	<p>«Così anche lei è rimasto contagiato dalla parola», dissi leggermente eccitato.</p>
<p>—Con todo respeto. ¿Qué palabra, señor? —preguntó Turkey, apretándose respetuosamente en el estrecho espacio detrás del biombo y obligándome al hacerlo a empujar al amanuense—. ¿Qué palabra, señor?</p>	<p>"With submission, what word, sir," asked Turkey, respectfully crowding himself into the contracted space behind the screen, and by so doing, making me jostle the scrivener. "What word, sir?"</p>	<p>—Con todo respeto, señor, ¿qué palabra? —preguntó Turkey, apretándose respetuosamente en el estrecho espacio tras el biombo y haciéndome con ello empujar al escribiente—. ¿Qué palabra, señor?</p>	<p>—Sauf votre respect, monsieur, demanda Dindonneau en venant respectueusement encombrer de sa présence l'espace exigü aménagé derrière le paravent et me forçant, de la sorte, à heurter le copiste —Quelle expression, monsieur ?</p>	<p>—Con todo respeto. ¿Qué palabra, señor? —preguntó Turkey, apretándose respetuosamente en el estrecho espacio detrás del biombo y obligándome al hacerlo a empujar al amanuense—. ¿Qué palabra, señor?</p>	<p>—Con todo respeto, ¿qué palabra, señor? —preguntó Turkey, respetuosamente invadiendo el reducido espacio de detrás del biombo y obligándome a empujar al escribiente—. ¿Qué palabra, señor? [36]</p>	<p>— Sauf votre respect, quel mot, monsieur? » demanda Dindon, qui s'insinua respectueusement dans l'espace exigü et encombré ménagé derrière le paravent, me faisant heurter le scribe du même coup. « Quel mot, monsieur?</p>	<p>«Con rispetto, signore, quale parola?», chiese Tacchino ficcandosi nel ristretto spazio dietro il paravento e, così facendo, mandandomi a urtare lo scrivano. «Quale parola, signore?»</p>
<p>—Preferiría quedarme aquí solo —dijo Bartleby, como si lo ofendiera el verse atropellado en su retiro.</p>	<p>"I would prefer to be left alone here," said Bartleby, as if offended at being mobbed in his privacy.</p>	<p>—Preferiría que se me dejase solo aquí —dijo Bartleby, como si se ofendiese al verse atropellado en su intimidación.</p>	<p>—J'aimerais mieux que l'on me laisse seul ici, dit Bartleby, comme offensé de voir son intimité assiéggée.</p>	<p>—Preferiría quedarme aquí solo —dijo Bartleby, como si lo ofendiera el verse atropellado en su retiro.</p>	<p>—Preferiría que me dejara a solas —dijo Bartleby, como ofendido por el atropello sufrido en su retiro.</p>	<p>— je préférerais qu'on me laisse tranquille ici », dit Bartleby, comme offensé de se voir harceler de la sorte dans sa retraite. [48]</p>	<p>«Preferirei essere lasciato solo qui», disse Bartleby, quasi offeso per quell'invasione nel suo spazio privato.</p>
<p>—Ésa es la palabra, Turkey, ésa es.</p>	<p>"That's the word, Turkey," said I—"that's it."</p>	<p>—Esa es la palabra, Turkey dije yo,—ésa es.</p>	<p>—La voilà l'expression, Dindonneau ! La voilà, dis-je.</p>	<p>—Ésa es la palabra, Turkey, ésa es.</p>	<p>—¡Esa palabra, Turkey! —dije,— ¡Ésa!</p>	<p>« Voilà le mot, Dindon, dis-je; le voilà!</p>	<p>«Ecco la parola, Tacchino», dissi, «eccola!».</p>

<i>tr. de J. L. Borges</i>	<i>Melville's Bartleby</i>	<i>tr. de Julia Lavid</i>	<i>tr. de M. Causse</i>	<i>tr. de J. L. Borges</i>	<i>tr. de J.M. Benítez Ariza</i>	<i>tr. de Pierre Leyris</i>	<i>unattributed</i>
—¡Ah!, ¿preferir?, ah, sí, curiosa palabra. Yo nunca la uso. Pero, señor, como iba diciendo, si prefiriera...	“Oh, <i>prefer</i> ? oh yes— <i>querer word</i> . I never use it myself. But, sir, as I was saying, if he would but <i>prefer</i> .”	—¡Ah! ¿preferir?, ah, sí, extraña palabra. Yo nunca la uso. Pero, señor, como iba diciendo, si él prefiriera...	—Oh, aimer mieux, une drôle d'expression, en effet, je ne l'emploie jamais moi-même. Mais comme je vous le disais, monsieur, si seulement il aimait mieux... [37]	—¡Ah!, ¿preferir?, ah, sí, curiosa palabra. Yo nunca la uso. Pero, señor, como iba diciendo, si prefiriera...	—¿«Preferir»? Ah, sí. Curiosa palabra. Yo nunca la uso. Pero, señor, como le decía, si él prefiriera...	—Oh! Préférer? Oui, un drôle de mot. Quant à moi, je ne m'en sers jamais. Mais, monsieur, comme je le disais, si seulement il préférerait...	«Oh, preferire? Oh, sì... strana parola. Non la uso mai io. Ma, signore, come stavo dicendo, se preferisse...»
—Turkey —interrumpí—, retirese por favor.	“Turkey,” interrupted I, “you will please withdraw.”	—Turkey -le interrumpí—, por favor, retirese.	—Dindonneau, interrompis-je, veuillez-vous retirer, je vous prie.	—Turkey —interrumpí—, retirese por favor.	—Turkey —interrumpí—, haga el favor de retirarse.	— Dindon, interrompis-je, vous voudrez bien vous retirer.	«Tacchino», lo interrussi, «si ritiri, per favore».
—Ciertamente, señor, si usted lo prefiere.	“Oh certainly, sir, if you prefer that I should.”	—¡Oh!, por supuesto, señor, si usted así lo prefiere.	—Oh certainement monsieur, si vous aimez mieux que je m'en aille.	—Ciertamente, señor, si usted lo prefiere.	—Por supuesto, señor, lo como prefiera.	— Oh! certainement, monsieur, si vous le préférez. »	«Certamente, signore, se lei preferisce così».
Al abrir la puerta vidriera para retirarse, Nippers desde su escritorio me echó una mirada y me preguntó si yo prefería papel blanco o papel azul para copiar cierto documento. No acentuó maliciosamente la palabra <i>preferir</i> . Se veía que había sido dicha involuntariamente. Reflexioné que era mi deber deshacerme de un demente, que ya, en cierto modo, había influido en mi lengua y quizás en mi cabeza y en las de mis dependientes. Pero juzgué prudente no hacerlo de inmediato.	As he opened the folding-door to retire, Nippers at his desk caught a glimpse of me, and asked whether I would prefer to have a certain paper copied on blue paper or white. He did not in the least roguishly accent the word <i>prefer</i> . It was plain that it involuntarily rolled from his tongue. I thought to myself, surely I must get rid of a demented man, who already has in some degree turned the tongues, if not the heads of myself and clerks. But I thought it prudent not to break the dismissal at once.	Al abrir la puerta corredera para retirarse, Nippers desde su escritorio me vislumbró y me preguntó si prefería que copiase cierto documento en papel azul o blanco. Sin picardía alguna, no acentuó en lo más mínimo la palabra «preferir». Era evidente que la había pronunciado involuntariamente. Yo pensé para mí; con toda seguridad tengo que librarme de un loco, que hasta cierto punto, ya ha trastornado las lenguas, si no las [98] cabezas, la mía y la de mis empleados. Pero creí prudente no proceder al despido inmediatamente.	Comme il ouvrait le battant pour sortir, Pincettes m'aperçut de son bureau et me demanda si j'aimais mieux qu'il exécutât la copie d'une certaine grosse sur du papier blanc ou bleu. Il ne mit aucun accent malicieux sur l'expression. Il était évident qu'elle lui avait échappé. Je pensai à part moi qu'il était temps de me débarrasser d'un dément qui nous avait tourné les langues, sinon les têtes, à mes clerks et à moi. Mais je jugeai prudent de ne pas prononcer le renvoi sur-le-champ.	Al abrir la puerta vidriera para retirarse, Nippers desde su escritorio me echó una mirada y me preguntó si yo prefería papel blanco o papel azul para copiar cierto documento. No acentuó maliciosamente la palabra <i>preferir</i> . Se veía que había sido dicha involuntariamente. Reflexioné que era mi deber deshacerme de un demente, que ya, en cierto modo, había influido en mi lengua y quizás en mi cabeza y en las de mis dependientes. Pero juzgué prudente no hacerlo de inmediato.	Al abrir la puerta de cristales para retirarse, Nippers alcanzó a verme desde su mesa y me preguntó si prefería que hiciera la copia de cierto documento en papel azul o blanco. No hizo el menor hincapié burlón en la palabra «prefería». Era evidente que había salido involuntariamente de su boca. Me dije que no tenía otro remedio que librarme de un demente que ya había logrado trastornar hasta cierto punto las lenguas, cuando no las cabezas, de mí mismo y de mis empleados. Pero juzgué prudente no proceder al despido de inmediato.	Comme il ouvrait le battant de la porte pour quitter la pièce, Lagrinche m'aperçut de son pupitre et me demanda si je préférerais qu'il copiât un certain document sur du papier bleu ou sur du papier blanc. Il ne mit, ce disant, aucun accent espégle sur le mot « préférerais ». Je pensai à part moi qu'il me fallait à toute force me débarrasser d'un dément qui nous avait déjà, jusqu'à un certain point, tourné la langue, sinon la tête, à moi et à mes employés. Mais je jugeai prudent de ne pas lui signifier son renvoi sur-le-champ.	Mentre apriva la porta pieghevole per ritirarsi, Pince-Nez, lanciandomi un'occhiata dalla sua scrivania, mi chiese se preferissi che un certo documento venisse copiato su carta azzurra o bianca. Non sottolineò con accento malizioso la parola «preferire». Era chiaro che gli era sfuggita dalle labbra in modo involontario. «Devo sbarazzarmi senz'altro di questo demente, che ha già, in certa misura, turbato la lingua, se non il cervello mio e dei miei impiegati», pensai fra me. Ma ritenni prudente non spietatellargli lì per lì il licenziamento.
Al día siguiente noté que Bartleby no hacía más que mirar por la ventana, en su sueño frente a la pared. Cuando le pregunté por qué no escribía, me dijo que había resuelto no escribir más.	The next day I noticed that Bartleby did nothing but stand at his window in his dead-wall revery. Upon asking him why he did not write, he said that he had decided upon doing no more writing.	Al día siguiente noté que Bartleby no hacía otra cosa que quedarse ante la ventana en una de sus ensañaciones. Al preguntarle por qué no escribía, dijo que había decidido no escribir nada más.	Le lendemain, je remarquai que Bartleby restait sans rien faire, perdu devant la fenêtre dans sa rêverie de mur aveugle. Prié de me dire pourquoi il n'écrivait pas, il m'informa qu'il avait décidé de ne plus faire d'écritures.	Al día siguiente noté que Bartleby no hacía más que mirar por la ventana, en su sueño frente a la pared. Cuando le pregunté por qué no escribía, me dijo que había resuelto no escribir más.	Al día siguiente noté que Bartleby no hacía otra cosa que permanecer junto a la ventana, en su delirio frente al muro ciego. Al preguntarle por qué no escribía, dijo que había tomado la decisión no de escribir más.	Le lendemain, je remarquai que Bartleby ne faisait que demeurer debout à sa fenêtre dans sa rêverie face au mur aveugle. Quand je lui demandai pourquoi il n'écrivait pas, il répondit qu'il avait décidé de ne plus faire d'écritures.	Il giorno successivo notai che Bartleby non faceva nulla salvo starsene in piedi alla finestra, perso nella fantasticheria ispiratagli dal muro cieco. Quando gli chiesi perché non scrivesse, rispose di aver deciso di non scrivere più.
—¿Por qué no? ¿Qué se propone? —exclamé—, ¿no escribir más?	“Why, how now? what next?” exclaimed I, “do no more writing?”	—¿Cómo, por qué ahora? ¿Y luego, qué? —exclamé—. ¿No va a escribir más?	—Pourquoi? Que dites-vous? Et quoi encore? m'exclamai-je, plus d'écriture?	—¿Por qué no? ¿Qué se propone? —exclamé—, ¿no escribir más?	—¿A qué viene eso ahora? ¿Qué será lo siguiente? —exclamé—. ¿No va a escribir más?	« Quoi, qu'est-ce encore? m'écriai je. Ne plus faire plus d'écritures? »	«Come, anche questo adesso? Cos'altro?», esclamai. «Non vuole più scrivere?»
—Nunca más.	“No more.”	—Nada más.	—Non.	—Nunca más.	—No.	— Non.	«No».
—¿Y por qué razón?	“And what is the reason?”	—¿Y cuál es la razón?	—Et pour quelle raison?	—¿Y por qué razón?	—¿Y cuál es el motivo?	Et pour quelle raison? [49]	«Per quale ragione?»
—¿No la ve usted mismo? —replicó con indiferencia.	“Do you not see the reason for yourself?” he indifferently replied.	—¿No ve usted la razón por sí mismo? —respondió con indiferencia.	—Ne pouvez-vous la voir par vous-même? répliqua-t-il avec indifférence.	—¿No la ve usted mismo? —replicó con indiferencia.	—¿No ve usted el motivo? —replicó, indiferente.	Ne voyez-vous pas la raison de vous-même? » répondit—il avec indifférence.	«Non capisce da sé la ragione?», rispose con indifferenza.
Lo miré fijamente y me pareció que sus ojos estaban apagados y vidriosos. En seguida se me ocurrió que su ejemplar diligencia junto a esa pálida ventana, durante las primeras semanas, había dañado su vista.	I looked steadfastly at his eyes and perceived that his eyes looked dull and glazed. Instantly it occurred to me, that his unexampled diligence in copying by his dim window for the first few weeks of his stay with me might have temporarily impaired his vision.	Lo miré fijamente y me di cuenta de que sus ojos parecían apagados y vidriosos. Al instante se me ocurrió que su diligencia inusitada al copiar junto a la ventana oscura durante las primeras semanas de estancia en mi despacho podría haberle dañado transitoriamente la vista (16).	Je le regardai attentivement et m'aperçus que ses yeux semblaient ternes et vitreux. Il me vint instantanément à l'esprit que son inégalable diligence de copiste, aux abords d'une fenêtre sombre pendant des semaines d'affilée, pouvait avoir temporairement altéré sa vue.	Lo miré fijamente y me pareció que sus ojos estaban apagados y vidriosos. En seguida se me ocurrió que su ejemplar diligencia junto a esa pálida ventana, durante las primeras semanas, había dañado su vista.	Lo miré fijamente, y me di cuenta de que sus ojos eran inexpressivos y vidriosos. Se me ocurrió que su inigualada diligencia al copiar a la luz tenue de su ventana durante las primeras semanas de su estancia conmigo podría haberle dañado temporalmente la vista.	Je le regardai attentivement et vis que ses yeux avaient un aspect terne et vitreux. Il me vint instantanément à l'esprit que son extraordinaire application à copier devant son obscure fenêtre pendant ses premières semaines à l'étude avait pu affecter temporairement sa vue.	Lo guardai fisso e notai che i suoi occhi apparivano spenti e vitrei. Mi venne subito da pensare che l'impareggiabile diligenza, durante le prime settimane del suo impiego presso di me, nel copiare accanto a quella buia finestra gli avesse temporaneamente affaticato la vista.
Me sentí conmovido y pronuncié algunas palabras de simpatía. Sugerí que, por supuesto, era prudente de su parte el abstenerse de escribir por un tiempo; y lo	I was touched. I said something in condolence with him. I hinted that of course he did wisely in abstaining from writing for a while; and urged him to embrace that	Me sentí conmovido. Le dije algo en condolencia. Sugerí que, naturalmente, hacía bien en abstenerse de escribir durante un tiempo; y le animé a aprovechar la oportu-	J'en fus touché. J'exprimai ma compassion. Je suggérai que, naturellement, il avait raison de s'abstenir de toute écriture pendant quelque temps; et je le pressai de saisir cette	Me sentí conmovido y pronuncié algunas palabras de simpatía. Sugerí que, por supuesto, era prudente de su parte el abstenerse de escribir por un tiempo; y lo	Me conmoví. Dije unas palabras de condolencia. Insiné que, por supuesto, hacía bien en abstenerse de escribir por algún tiempo, y le animé a aprovechar esta	Je fus touché. Je prononçai quelques paroles compatissantes, protestant qu'il faisait fort bien de laisser là pour quelque temps toute écriture et le pressant de	Ne fui commosso. Gli espressi il mio rammarico ; accennai al fatto che naturalmente faceva cosa saggia ad astenersi dallo scrivere per un po'; lo incitai a cogliere

animé a tomar esta oportunidad para hacer ejercicios al aire libre. Pero no lo hizo. Días después, estando ausentes mis otros empleados, y teniendo mucha prisa por despachar ciertas cartas, pensé que no teniendo nada que hacer, Bartleby sería menos inflexible que de costumbre y querría llevarmela al correo. Se negó rotundamente y aunque me resultaba molesto, tuve que llevarlas yo mismo.

Pasaba el tiempo. Ignoro si los ojos de Bartleby se mejoraron o no. Me parece que sí, según todas las apariencias. Pero cuando se lo pregunté no me concedió una respuesta. De todos modos, no quería seguir copiando. Al fin, acobardado por mis preguntas, me informé que había resuelto abandonar las copias.

—¡Cómo! —exclamé—. ¿Si sus ojos se curaran, si viera mejor que antes, copiaría entonces?

—He renunciado a copiar —contestó y se hizo a un lado.

Se quedó como siempre, encavado en mi oficina. ¡Qué! —si eso fuera posible— se reafirmó más aún que antes. ¿Qué hacer? Si no hacía nada en la oficina: ¿porqué se iba a quedar? De hecho, era una **carga**, no sólo inútil, sino gravosa. Sin embargo, le tenía lástima. No digo sino la pura verdad cuando afirmo que me causaba inquietud. Si hubiese nombrado a algún pariente o amigo, yo le hubiera escrito, instándolo a llevar al pobre hombre a un retiro adecuado. Pero parecía solo, absolutamente solo en el universo. Algo como un despojo en mitad del océano Atlántico. A la larga, necesidades relacionadas con mis asuntos prevalecieron sobre toda consideración. Lo más **bondadosamente** posible, le dije a Bartleby que en seis días debía dejar la oficina.

opportunity of taking wholesome exercise in the open air. This, however, he did not do. A few days after this, my other clerks being absent, and being in a great hurry to dispatch certain letters by the mail, I thought that having nothing else earthly to do, Bartleby would surely be less inflexible than usual, and carry these letters to the Post Office. But he blankly declined. So, much to my inconvenience, I went myself.

Still added days went by. Whether Bartleby's eyes improved or not, I could not tell. To all appearance, I thought they did. But when I asked him if they did, he vouchsafed no answer. At all events, he would do no copying. At last, in reply to my urgings, he informed me that he had permanently given up copying.

"What!" exclaimed I; "suppose your eyes should get entirely well—better than ever before—would you not copy then?"

"I have given up copying," he answered, and slid aside.

He remained as ever, a fixture in my chamber. Nay—if that were possible—he became still more of a fixture than before. What was to be done? He would do nothing in the office; why should he stay there? In plain fact, he had now become a **millstone** to me, not only useless as a necklace, but afflictive to bear. Yet I was sorry for him. I speak less than truth when I say that, on his own account, he occasioned me uneasiness. If he would but have named a single relative or friend, I would instantly have written, and urged their taking the poor fellow away to some convenient retreat. But he seemed alone, absolutely alone in the universe. A bit of wreck in the mid-Atlantic. At length, necessities connected with my business tyrannised over all other considerations. **Decently** as I could, I told Bartleby that in six days' time he must unconditionally leave the

tunidad para hacer algo de ejercicio al aire libre. Sin embargo, no lo hizo. Pocos días después, como estaban ausentes los otros empleados y tenía que despachar con la mayor premura unas cartas por correo, pensé, que, como no tenía otra cosa que hacer, Bartleby seguramente sería menos inflexible de lo habitual, y llevaría aquellas cartas a la Oficina de Correos. Pero se negó en rotundo. Así que, para mi molestia, tuve que ir yo mismo.

Aún pasaron algunos días más. No podría decir si los ojos de Bartleby mejoraban o no. Según todas las apariencias, creía que sí. Pero cuando le pregunté si era así, no se dignó a responder. En cualquier caso, no copiaba. Por fin, en respuesta a mis apremios, me comunicó que había dejado de copiar para siempre.

—¡Qué! —exclamé—. Suponga que sus ojos se pusieran bien del todo, mejor incluso que antes, ¿no copiaría usted entonces? [99]

—He dejado de copiar —respondió y se marchó.

Continuó como siempre, un punto fijo en mi despacho. No, se volvió, si cabe, aún más que antes, un punto fijo. ¿Qué se podía hacer? No hacía nada en la oficina. ¿Por qué había de quedarse? Francamente, ahora se había convertido en una piedra de molino para mí, no sólo inútil como adorno, sino penosa de llevar. Y, sin embargo, lo sentía por él. No digo del todo la verdad cuando digo que, por sí mismo, me causaba desasosiego. Si hubiera nombrado a un solo pariente o amigo, le habría escrito inmediatamente y le habría apremiado a que se llevase al pobre hombre a algún retiro adecuado. Pero parecía estar solo, absolutamente solo en el mundo. Un resto de un naufragio en mitad del Atlántico. A la larga, las necesidades relacionadas con mi trabajo predominaron sobre todas las demás consideraciones. Con el mayor tacto que pude, le dije a Bartleby que al cabo de seis días tenía que

occasion pour prendre un peu d'exercice en plein air. Il n'en fit rien, bien entendu. Quelques jours après cette scène, en l'absence de mes autres clerks, je me trouvai dans l'obligation d'expédier [38] hâtivement certaines lettres et pensai que, n'ayant rien d'autre à faire au monde, Bartleby se montrerait sûrement moins inflexible que d'habitude et qu'il irait porter mes lettres à la poste. Mais il refusa tout net. Aussi, à mon grand dam, je fus obligé d'y aller moi-même.

Des jours s'écoulèrent. Je n'aurais su dire si la vue de Bartleby se rétablissait. Selon toute apparence, je pouvais le croire. Mais quand je lui demandai ce qu'il en était, il ne daigna pas répondre. En tout état de cause, il ne faisait plus de copie. Finalement, sur mes sollicitations pressantes, il m'informa qu'il avait abandonné à jamais les écritures.

—Comment, m'exclamai-je, à supposer que vos yeux aillent tout à fait bien, mieux qu'avant, vous ne feriez pas de copie ?

—J'ai renoncé à la copie, répondit-il en s'esquivant.

Et il demeura, comme auparavant, un meuble inamovible dans mon bureau. Plus inamovible encore si cela est possible. Quel parti prendre ? Il ne voulait rien faire au bureau ; pourquoi devait-il rester ? A franchement parler, il était aussi lourd qu'une meule autour du cou, aussi inutile qu'un collier mais plus pénible à porter. Cependant j'avais de la peine pour lui. Je reste en deçà de la vérité en disant que son sort m'inspirait de l'inquiétude. Si seulement il avait prononcé le nom d'un parent ou d'un ami, je leur aurais écrit sur-le-champ pour les prier d'emmener ce pauvre diable dans une retraite convenable. Mais il semblait seul, absolument seul dans l'univers. Une épave du milieu de l'Atlantique. A la longue, les nécessités tyranniques de mes affaires l'emportèrent sur toute autre considération. Aussi délicatement que je le pus, j'annonçai à Bartleby qu'il lui faudrait quitter le bureau dans les six jours. Je l'avertis de

animé a tomar esta oportunidad para hacer ejercicios al aire libre. Pero no lo hizo. Días después, estando ausentes mis otros empleados, y teniendo mucha prisa por despachar ciertas cartas, pensé que no teniendo nada que hacer, Bartleby sería menos inflexible que de costumbre y querría llevarmela al correo. Se negó rotundamente y aunque me resultaba molesto, tuve que llevarlas yo mismo.

Pasaba el tiempo. Ignoro si los ojos de Bartleby se mejoraron o no. Me parece que sí, según todas las apariencias. Pero cuando se lo pregunté no me concedió una respuesta. De todos modos, no quería seguir copiando. Al fin, acobardado por mis preguntas, me informé que había resuelto abandonar las copias.

—¡Cómo! —exclamé—. ¿Si sus ojos se curaran, si viera mejor que antes, copiaría entonces?

—He renunciado a copiar —contestó y se hizo a un lado.

Se quedó como siempre, encavado en mi oficina. ¡Qué! —si eso fuera posible— se reafirmó más aún que antes. ¿Qué hacer? Si no hacía nada en la oficina: ¿porqué se iba a quedar? De hecho, era una **carga**, no sólo inútil, sino gravosa. Sin embargo, le tenía lástima. No digo sino la pura verdad cuando afirmo que me causaba inquietud. Si hubiese nombrado a algún pariente o amigo, yo le hubiera escrito, instándolo a llevar al pobre hombre a un retiro adecuado. Pero parecía solo, absolutamente solo en el universo. Algo como un despojo en mitad del océano Atlántico. A la larga, necesidades relacionadas con mis asuntos prevalecieron sobre toda consideración. Lo más **bondadosamente** posible, le dije a Bartleby que en seis días debía dejar la oficina.

oportunidad de hacer [37] ejercicio saludable al aire libre. Sin embargo, no lo hizo. Unos días después, mientras mis otros empleados estaban fuera, y urgiéndome poner ciertas cartas en el correo, pensé que, al no tener otra cosa que hacer, Bartleby sería seguramente menos inflexible de lo habitual y llevaría las cartas a la estafeta. Pero se negó en redondo. De modo que, a pesar de lo incómodo que me resultaba, fui yo mismo.

Pasaron unos días más. Si los ojos de Bartleby mejoraban o no, no sabía decirlo. Aparentemente, creía que sí. Pero cuando le pregunté si mejoraban, no se dignó a responder. El caso era que no hacía su labor de copia. Al fin, en respuesta a mi insistencia, me informé de que había dejado de copiar para siempre.

—¡Cómo! —exclamé— supongo que sus ojos se pondrán bien del todo... mejor que nunca... ¿no copiará usted entonces?

—He dejado de copiar —respondió, y se echó a un lado.

Siguió igual que siempre: una parte del mobiliario. Más aún: aunque pareciera mentira, tenía ahora más de mueble que antes. ¿Qué se podía hacer? No hacía nada en la oficina: ¿porqué seguía allí? En definitiva, había llegado a ser una carga para mí, que no sólo no servía para nada, sino que era penoso de soportar. Con todo, lo compadecía. No digo más que la verdad cuando afirmo que era su propio bien lo que me preocupaba. Si hubiese mencionado un solo pariente o amigo, los hubiese escrito de inmediato, con el ruego de que llevasen al pobre hombre a algún retiro apropiado. Pero parecía estar solo, absolutamente solo en el universo. Los restos de un naufragio en medio del Atlántico. Finalmente, las exigencias de mi trabajo se impusieron sobre otras consideraciones. Del modo más educado que supe, le dije a Bartleby que debía dejar irrevocablemente mi oficina en un plazo de seis días. Le

profiter de l'occasion pour prendre un peu d'exercice au grand air. De ceci toutefois, il s'abstint. Quelques jours plus tard, mes autres employés étant absents, et me trouvant dans le cas d'avoir à expédier certaines lettres de toute urgence, je pensai que Bartleby, qui n'avait rien d'autre à faire au monde, serait sûrement moins inflexible que de coutume et porterait mon courrier à la poste. Mais il refusa net; et je dus, à mon grand embarras, y aller moi-même.

Les jours passèrent. La vue de Bartleby s'améliorait-elle oui ou non, je n'aurais pu le dire. Selon toute apparence, il me semblait que oui. Mais, lorsque je lui demandai s'il en était bien ainsi, il ne daigna pas répondre. Quoiqu'il en fût, il ne voulait plus faire d'écritures. Et finalement, devant mes sollicitations pressantes, il m'informa qu'il avait définitivement renoncé à la copie. [50]

« Quoi! m'écriai-je. Supposez que vos yeux aillent tout à fait bien, mieux qu'avant, même, ne feriez-vous pas de copie alors? »

— J'ai renoncé à la copie », dit-il en se retirant.

Il demeura, comme toujours, l'immeuble ornement de mon bureau. Plus immeuble encore que devant, s'il était possible. Quel parti prendre? Il ne voulait rien faire à l'étude : pourquoi fallait-il qu'il restât là? Pour parler net, il était devenu comme une **meule** à mon cou, non seulement inutile à titre de parure, mais pénible à porter. Cependant, j'étais peiné pour lui. Je reste en deçà de la vérité en disant qu'il m'inspirait de l'inquiétude pour son propre compte. S'il avait seulement nommé un ami ou un parent, j'eusse instantanément écrit à celui-ci en insistant pour qu'on emmenât le pauvre garçon dans quelque retraite appropriée. Mais il semblait que Bartleby fût seul, absolument seul au monde. Une épave au milieu de l'Atlantique. En fin de compte, les nécessités tyranniques de mes affaires l'emportèrent sur toute autre considération. J'annonçai à Bartleby, aussi **poliment** que je le pus, qu'il lui faudrait absolument quitter l'étude dans un délai de six jours. Je

quell'occasione per fare qualche salutare attività all'aria aperta. Cosa, tuttavia, che egli non fece. Alcuni giorni dopo, durante un'assenza degli altri impiegati, mi saltò in mente, avendo grande premura di spedire certe lettere per posta, che Bartleby, non avendo nulla al mondo da fare, sarebbe stato di sicuro meno inflessibile del solito e avrebbe portato le lettere all'ufficio postale. Ma rifiutò con aria irremovibile e assente. Così, con notevole disagio, ci andai di persona.

Passarono altri giorni. Se gli occhi di Bartleby migliorassero o meno, non saprei. Di primo acchito avrei detto di sì. Ma quando gli chiesi conferma, non mi accordò risposta. In ogni caso non copiava niente. Alla fine, su mia sollecitazione, mi rispose di aver smesso di copiare per sempre.

«Cosa!», esclamai. «Supponiamo che i suoi occhi guariscano perfettamente - meglio di prima - non vorrà più copiare?»

«Ho smesso di copiare», rispose e scivolò via.

Rimase, come prima, a essere un infisso nel mio studio. Anzi - se possibile - divenne più che mai un infisso. Che cosa fare? Non voleva fare nulla nell'ufficio: perché allora doveva stare lì? Per dirla schietta, era diventato una **pietra** al collo, un'inutile collana, greve da sopportare, per giunta. Eppure mi faceva pena. Non esagero dicendo che mi metteva a disagio. Se appena avesse fatto il nome di un solo parente o amico, gli avrei scritto immediatamente solo nell'intero universo. Un relitto nel mezzo dell'Atlantico. Alla lunga le tiranniche esigenze del lavoro travolsero ogni altra considerazione. Con tutto il **tatto** possibile dissi a Bartleby che, in capo a sei giorni, doveva assolutamente lasciarlo

<p><i>tr. de J. L. Borges</i></p> <p>cina. Le aconsejé tomar medidas en ese intervalo, para procurar una nueva morada. Le ofrecí ayudarlo en este empeño, si él personalmente daba el primer paso para la mudanza.</p> <p>—Y cuando usted se vaya del todo, Bartleby —añadí—, velaré para que no salga completamente desamparado. Recuerde, dentro de seis días.</p> <p>Al expirar el plazo, espíe detrás del biombo: ahí estaba Bartleby.</p> <p>Me abotoné el abrigo, me paré firme; avancé lentamente hasta tocarle el hombro y le dije:</p> <p>—El momento ha llegado; debe abandonar este lugar; lo siento por usted; aquí tiene dinero, debe irse.</p> <p>—Preferiría no hacerlo —replicó, siempre dándome la espalda.</p> <p>—Pero usted debe irse.</p> <p>Silencio.</p> <p>Yo tenía una ilimitada confianza en su honradez. Con frecuencia me había devuelto peniques y chelines que yo había dejado caer en el suelo, porque soy muy descuidado con esas pequeñeces. Las providencias que adopté no se considerarán, pues, extraordinarias.</p> <p>—Bartleby —le dije—, le debo doce dólares, aquí tiene treinta y dos; esos veinte son suyos, ¿quiere tomarlos? —y le alcancé los billetes.</p> <p>Pero ni se movió.</p> <p>—Los dejaré aquí, entonces —y los puse sobre la mesa bajo un pisapapeles. Tomando mi sombrero y mi bastón me dirigí a la puerta, y volviéndome tranquilamente añadí—: Cuando haya sacado sus cosas de la oficina, Bartleby, usted por supuesto cerrará con llave la puerta, ya que todos se han</p>	<p><i>Melville's Bartleby</i></p> <p>office. I warned him to take measures, in the interval, for procuring some other abode. I offered to assist him in this endeavor, if he himself would but take the first step toward a removal.</p> <p>“And when you finally quit me, Bartleby,” I added I, “I shall see that you go not away entirely unprovided. Six days from this hour, remember.”</p> <p>At the expiration of that period, I peeped behind the screen, and lo! Bartleby was there.</p> <p>I buttoned up my coat, balanced myself; advanced slowly toward him, touched his shoulder, and said, “The time has come; you must quit this place; I am sorry for you; here is money; but you must go.”</p> <p>“I would prefer not,” he replied, with his back still toward me.</p> <p>“You <i>must</i>.”</p> <p>He remained silent.</p> <p>Now I had an unbounded confidence in this man's common honesty. He had frequently restored to me sixpences and shillings carelessly dropped upon the floor, for I am apt to be very reckless in such shirt-button affairs. The proceeding, then, which followed will not be deemed extraordinary.</p> <p>“Bartleby,” said I, “I owe you twelve dollars on account; here are thirty-two; the odd twenty are yours—Will you take it?” and I handed the bills toward him.</p> <p>“I will leave them here, then,” putting them under a weight on the table. Then taking my hat and cane and going to the door, I tranquilly turned and added— “After you have removed your things from these offices, Bartleby, you will of course lock the door—since everyone is now gone for the day but you—and if you please, slip your key</p>	<p><i>tr. de Julia Lavit</i></p> <p>dejar la oficina sin condiciones. Le aconsejé que, mientras tanto, tomase medidas para procurarse otro domicilio. Me ofrecí a ayudarle en esta empresa, si él daba el primer paso para trasladarse.</p> <p>—Y cuando finalmente me deje usted, Bartleby —añadí—, me encargaré de que no se vaya con las manos completamente vacías. Seis días a partir de 15 ahora, recuerde.</p> <p>Al expirar el plazo, me asomé tras el biombo y ¡allí estaba Bartleby!</p> <p>Me abroché la chaqueta, balancéandome; avancé hacia él lentamente, le toqué en el hombro y le dije:</p> <p>—Ha llegado el momento, debe usted abandonar este lugar; lo siento por usted; aquí tiene dinero, pero debe irse.</p> <p>—Preferiría no hacerlo —replicó, dándome la espalda todavía.</p> <p>—Tiene que hacerlo.</p> <p>Se quedó callado.</p> <p>Tenía una confianza ilimitada en la honradez de este hombre. Me había devuelto con frecuencia monedas de los peniques y chelines tirados descuidadamente por el suelo, pues siendo a ser muy atolondrado en asuntos tan triviales. Lo que sigue, por tanto, no resultará extraordinario.</p> <p>—Bartleby —le dije—, le debo doce dólares a cuenta; aquí [100] hay treinta y dos; los veinte sobrantes son para usted. ¿Quiere usted cogérselos? —y le alargué los billetes.</p> <p>Pero no hizo movimiento alguno.</p> <p>—Los dejaré aquí, entonces —y los puse bajo un peso sobre la mesa. Luego, tomando sombrero y bastón y dirigiéndome a la puerta, me volví tranquilamente y añadí—: Tras sacar sus cosas de esta oficina, Bartleby, naturalmente cierre la puerta. Todo el mundo excepto usted, se ha marchado ya. Y por favor, deslice su llave</p>	<p><i>tr. de M. Causse</i></p> <p>prendre des mesures, dans l'intervalle, pour se trouver quelque refuge. Je m'offris à l'assister dans cette tâche s'il voulait bien entreprendre les premières démarches en vue d'un déménagement.</p> <p>—Et quand vous me quitterez, Bartleby, ajoutai-je, je veillerai à ce que vous ne partiez pas sans rien. Six jours à dater de cette heure, ne l'oubliez pas !</p> <p>À l'expiration du délai, je jetai un coup d'oeil derrière le paravent et que vis-je ? Bartleby !</p> <p>Je boutonnai ma redingote, me redressai, m'avançai lentement vers lui et lui touchai l'épaule :</p> <p>—Le moment est venu, vous devez quitter cet endroit ; je suis désolé pour vous ; voici votre argent ; mais vous devez partir.</p> <p>—J'aimerais mieux pas, répliqua-t-il en continuant à me tourner le dos.</p> <p>—Il FAUT partir.</p> <p>Il resta silencieux.</p> <p>Or j'avais une confiance illimitée dans l'honnêteté de cet homme. Il m'avait fréquemment rendu les six pence ou les shillings que j'avais étourdiement laissé tomber à terre — il m'arrive, en effet, d'être fort insouciant pour des vétilles de cette sorte. Le procédé auquel je recourus ensuite ne paraîtra donc point extraordinaire.</p> <p>—Bartleby, dis-je, je vous dois douze dollars, en voici trente-deux ; les vingt en surplus sont pour vous. Voulez-vous les prendre ? Et je lui tendis les billets.</p> <p>—Je vais donc les laisser là, annonçai-je en plaçant l'argent sous un presse-papier. Puis, prenant ma canne et mon chapeau, je me dirigeai vers la porte et me retournai calmement pour ajouter : « Après avoir retiré vos affaires du bureau, Bartleby, vous fermerez la porte à clé, naturellement — puisque tout le monde est parti — et vous glisserez la clé sous le</p>	<p><i>tr. de J. L. Borges</i></p> <p>cina. Le aconsejé tomar medidas en ese intervalo, para procurar una nueva morada. Le ofrecí ayudarlo en este empeño, si él personalmente daba el primer paso para la mudanza.</p> <p>—Y cuando usted se vaya del todo, Bartleby —añadí—, velaré para que no salga completamente desamparado. Recuerde, dentro de seis días.</p> <p>Al expirar el plazo, espíe detrás del biombo: ahí estaba Bartleby.</p> <p>Me abotoné el abrigo, me paré firme; avancé lentamente hasta tocarle el hombro y le dije:</p> <p>—El momento ha llegado; debe abandonar este lugar; lo siento por usted; aquí tiene dinero, debe irse.</p> <p>—Preferiría no hacerlo —replicó, siempre dándome la espalda.</p> <p>—Pero usted debe irse.</p> <p>Silencio.</p> <p>Yo tenía una ilimitada confianza en su honradez. Con frecuencia me había devuelto peniques y chelines que yo había dejado caer en el suelo, porque soy muy descuidado con esas pequeñeces. Las providencias que adopté no se considerarán, pues, extraordinarias.</p> <p>—Bartleby —le dije—, le debo doce dólares, aquí tiene treinta y dos; esos veinte son suyos, ¿quiere tomarlos? —y le alcancé los billetes.</p> <p>Pero ni se movió.</p> <p>—Los dejaré aquí, entonces —y los puse sobre la mesa bajo un pisapapeles. Tomando mi sombrero y mi bastón me dirigí a la puerta, y volviéndome tranquilamente añadí—: Cuando haya sacado sus cosas de la oficina, Bartleby, usted por supuesto cerrará con llave la puerta, ya que todos se han</p>	<p><i>tr. de J.M. Benítez Ariza</i></p> <p>insté a que, mientras tanto, se ocupara de buscar otro lugar de residencia. Me ofrecí a ayudarlo en esta tarea, [38] siempre que fuese él quien diese el primer paso para la mudanza.</p> <p>—Y cuando por fin me haya dejado, Bartleby —añadí—, me ocuparé de que no se marche con las manos vacías. Recuerde: seis días a partir de este instante.</p> <p>Al cumplirse el plazo, miré al otro lado del biombo y ¿quién estaba allí? Bartleby.</p> <p>Me abroché la chaqueta, me paré derecho, me acerqué despacio a él, le toqué el hombro y le dije:</p> <p>—Ha llegado la hora. Debe marcharse de aquí. Lo siento por usted. Tenga dinero y márchese.</p> <p>—Preferiría no hacerlo —replicó, sin dejar de darme la espalda.</p> <p>—Ha de hacerlo.</p> <p>Se quedó callado.</p> <p>Yo tenía una confianza ilimitada en la honradez de este hombre. Muchas veces me había restituido las monedas que encontraba caídas en el suelo, pues tengo tendencia a ser bastante descuidado con todo lo concerniente a botones y bolsillos. La escena que siguió, por tanto, no debe sorprender a nadie.</p> <p>—Bartleby —dije—, le debo doce dólares a cuenta. Tenga treinta y dos. Los veinte de más son suyos. Cójalos —y le tendí los billetes.</p> <p>Pero no hizo el menor movimiento.</p> <p>—Los dejaré aquí entonces —dije, poniéndolos en la mesa con un objeto de peso encima. Luego, tomando mi sombrero y mi bastón, me volví tranquilamente y añadí:</p> <p>—Cuando haya sacado sus cosas de la oficina, Bartleby, encárguese de cerrar. Todos se han marchado ya. Y haga el favor de poner la llave bajo la alfom-</p>	<p><i>tr. de Pierre Leyris</i></p> <p>le pressai de prendre des mesures dans l'intervalle pour se procurer un autre habitat. Je lui offris de l'assister dans cette entreprise s'il voulait bien faire lui-même le premier pas en ce sens.</p> <p>« Et quand vous me quitterez, Bartleby, ajoutai-je, [51] je ferai en sorte que vous ne partiez pas tout à fait sans ressources. Six jours à dater de l'heure présente, souvenez-vous-en. »</p> <p>À l'expiration de cette période, je jetai un coup d'oeil derrière le paravent: mon Bartleby était là!</p> <p>Je boutonnai ma jaquette, pris un air décidé, m'avançai vers lui, lui touchai l'épaule et dis:</p> <p>« Le temps est venu; il faut quitter la place. J'en suis fâché pour vous. Voici de l'argent, mais vous devez partir. »</p> <p>—Je préférerais pas, répondit-il sans cesser de me tourner le dos.</p> <p>— Il le faut. »</p> <p>Il demeura silencieux.</p> <p>Or j'avais une confiance sans bornes en l'honnêteté de cet homme. Il m'avait fréquemment restitué des pièces de six pence et des shillings que j'avais laissé tomber à terre (car je suis enclin à me montrer fort étourdi dans ces petites choses). La ligne de conduite que j'adoptai alors ne paraîtra donc pas extraordinaire.</p> <p>« Bartleby, dis-je, je vous dois douze dollars; en voici trente-deux :les vingt dollars en surplus sont à vous. Voulez-vous les prendre? »</p> <p>Et je lui tendis les billets.</p> <p>« Je les laisserai donc ici », dis-je en mettant les dollars sous un presse-papiers. Après quoi, prenant ma canne et mon chapeau et me dirigeant [52] vers la porte, je me retournai pour ajouter avec calme: « Quand vous aurez retiré vos affaires de ce bureau, Bartleby, vous fermerez naturellement la porte — puisque tout le monde sauf vous est parti pour la journée — et vous voudrez bien</p>	<p><i>unattributed</i></p> <p>l'ufficio. Lo consigliai di adoperarsi, nel frattempo, per trovarsi un altro alloggio. Mi offrii di aiutarlo in questa fatica, purché facesse il primo passo per il trasloco.</p> <p>«E quando alla fine mi lascerà», Bartleby», aggiunsi, «provvederò a che lei non se ne vada del tutto sprovvisto. Sei giorni da adesso, se ne ricordi».</p> <p>Alla fine di quel periodo guardai dietro il paravento, ed ecco Bartleby, sempre lì.</p> <p>Mi abbottonai la giacca, mi feci forza, avanzai lentamente verso di lui, gli toccai la spalla e dissi: «È venuto il momento; deve lasciare questo posto. Mi spiace per lei, ecco il danaro, ma deve andarsene».</p> <p>«Preferirei di no», rispose sempre con le spalle voltate.</p> <p>«Lei deve andarsene».</p> <p>Rimase in silenzio.</p> <p>Ora io avevo illimitata fiducia nell'onestà di quell'uomo. Spesso mi aveva consegnato monetine da sei centesimi e qualche scellino che avevo sbadatamente lasciato cadere, perché sono incline a essere distratto in queste cosucce. Quello che seguì non parrà, allora, fuori dell'ordinario.</p> <p>«Bartleby», dissi, «le devo dodici dollari per il lavoro svolto. Eccone trentadue; i venti in più sono per lei. Vuole prenderli?», e gli tesi le banconote.</p> <p>«Li lascio qui allora», dissi mettendoli sul tavolo sotto un fermacarte. Prendendo quindi cappello e bastone, e avviandomi alla porta, mi volsi tranquillamente aggiungendo: «Quando avrà portato via le sue cose dall'ufficio, Bartleby, chiuda la porta — ormai se ne sono andati tutti per oggi, tranne lei. E, per</p>
---	---	--	---	---	--	---	---

ido, y por favor deje la llave bajo el felpudo, para que yo la encuentre mañana. No nos veremos más. Adiós. Si más adelante, en su nuevo domicilio, puedo serle útil, no deje de escribirme. Adiós Bartleby y que le vaya bien.

No contestó ni una palabra, como la última columna de un templo en ruinas, quedó mudo y solitario en medio del cuarto desierto.

Mientras me encaminaba a mi casa, pensativo, mi vanidad se sobrepuso a mi lástima. No podía menos de jactarme del modo magistral con que había llevado mi liberación de Bartleby. Magistral, lo llamaba, y así debía opinar cualquier pensador desapasionado. La belleza de mi procedimiento consistía en su perfecta serenidad. Nada de vulgares intimidaciones, ni de bravatas, ni de coléricas amenazas, ni de paseos arriba y abajo por el departamento, con espasmódicas órdenes vehementes a Bartleby de desaparecer con sus miserables bártulos. Nada de eso. Sin mandatos gritones a Bartleby —como hubiera hecho un genio inferior— yo había postulado que se iba, y sobre esa promesa había construido todo mi discurso. Cuanto más pensaba en mi actitud, más me complacía en ella. Con todo, al despertarme la mañana siguiente, tuve mis dudas — mis humos de vanidad se habían desvanecido—. Una de las horas más lúcidas y serenas en la vida del hombre es la del despertar. Mi procedimiento seguía pareciéndome tan sagaz como antes, pero sólo en teoría. Cómo resultaría en la práctica estaba por verse. Era una bella idea, dar por sentada la partida de Bartleby; pero después de todo, esta presunción era sólo mía, y no de Bartleby. Lo importante era, no que yo hubiera establecido que debía irse, sino que él preferiría hacerlo. Era hombre de preferencias, no de presunciones.

Después del almuerzo,

underneath the mat, so that I may have it in the morning. I shall not see you again; so good-bye to you. If, hereafter, in your new place of abode, I can be of any service to you, do not fail to advise me by letter. Good-bye, Bartleby, and fare you well.”

But he answered not a word; like the last column of some ruined temple, he remained standing mute and solitary in the middle of the

As I walked home in a pensive mood, my vanity got the better of my pity. I could not be highly plume myself on my masterly management in getting rid of Bartleby. Masterly I call it, and such it must appear to any dispassionate thinker. The beauty of my procedure seemed to consist in its perfect quietness. There was no vulgar bullying, no **bravado** of any sort, no choleric hectoring, and striding to and fro across the apartment, jerking out vehement commands for Bartleby to bundle himself off with his beggarly traps. Nothing of the kind. Without loudly bidding Bartleby depart—as an inferior genius might have done—I *assumed* the ground that he must; and upon that assumption built all I had to say. The more I thought over my procedure, the more I was charmed with it. Nevertheless, next morning, upon awakening, I had my doubts—I had somehow slept off the fumes of vanity. One of the coolest and wisest hours a man has, is just after he awakes in the morning. My procedure seemed as sagacious as ever—but only in theory. How it would prove in practice—there was the rub. It was truly a beautiful thought to have assumed Bartleby's departure; but, after all, that assumption was simply my own, and none of Bartleby's. The great point was, not whether I had assumed that he would quit me, but whether he would prefer so to do. He was more a man of preferences than assumptions.

After breakfast, I walked

por debajo del felpudo para que pueda recogerla por la mañana. Ya no volveré a verle; así que adiós. Si en su nuevo domicilio, en el futuro puedo serle de alguna utilidad, no deje de avisarme por carta. Adiós, Bartleby, y buena suerte.

Pero no dijo una sola palabra; como la última columna de un templo en ruinas, se quedó mudo y solitario en medio de la habitación, por otra parte desierta.

Al volver a casa pensativo, la vanidad superaba a la piedad. No podía por menos de vanagloriarme de mi habilidad magistral en librarme de Bartleby. La llama magistral, y así debe parecerle a cualquier que piense desapasionadamente. La belleza de mi proceder parecía consistir en su perfecta serenidad. No hubo amenazas vulgares ni bravatas de ningún tipo, ni intimidaciones coléricas atravesando a zancadas la habitación, lanzando órdenes vehementes a Bartleby para que se marchase con sus miserables bártulos. Nada de ese tipo. Sin ordenarle a voces a Bartleby que se marchara —como podía haber hecho un carácter inferior— yo había dado por supuesta la premisa de que tenía que marcharse; y sobre ese supuesto había construido cuanto tenía que decir. Cuanto más pensaba en mi procedimiento, más encantado estaba con él. Sin embargo, a la mañana siguiente, al despertarme, tenía mis dudas. En cierto modo, se me habían disipado los humos de la vanidad. Uno de los momentos más serenos y lúcidos para un hombre es justo después de despertarse por la mañana. Mi procedimiento seguía pareciéndome tan sagaz como antes, pero sólo en teoría. Cómo resultaría en la práctica, ése era el problema. Verdaderamente era maravilloso pensar en dar por sentada la marcha de Bartleby; pero, después de todo, esta suposición era simplemente mía, y no de Bartleby. La cuestión era, no si yo había [101] supuesto que él me dejaría, sino si él preferiría hacerlo. Era hombre más de preferencias que de suposiciones.

Después del desayuno

paillason, je vous prie, afin que je la trouve au matin : je ne vous reverrai plus. Adieu donc. Si par la suite, dans votre nouvelle retraite, je puis vous être de quelque utilité, [40] n'hésitez pas à m'en aviser par lettre. Adieu, Bartleby, et portez-vous bien.

Il ne répondit pas un mot ; je le laissai debout, muet et solitaire, au milieu de la pièce déserte, telle l'ultime colonne d'un temple en ruine.

L'humeur pensive, je regagnai mon domicile, laissant la vanité l'emporter sur la pitié. Je ne pouvais que me féliciter hautement de mon habileté à me débarrasser de Bartleby. A part moi, je la qualifiais volontiers de magistrale, et tout homme réfléchi et impartial en conviendra. La beauté de mon procédé résidait, me semblait-il, dans sa parfaite sobriété. Point d'éclats vulgaires, point de bravade, de rudolement coléreux, de gesticulations désordonnées à travers la pièce, point d'ordre véhément enjoignant à Bartleby de débarrasser le plancher avec ses nippes. Rien de la sorte. Sans commander bruyamment à Bartleby de quitter les lieux —comme un esprit inférieur n'eût pas manqué de le faire — j'étais parti du **POSTULAT** qu'il devait le faire et c'est sur ce postulat que je fondais tout ce que j'avais à dire. Plus je songeais à ma méthode, plus elle me remplissait d'aise. Néanmoins, le lendemain matin en me réveillant, j'eus des doutes ; le sommeil avait dissipé les vapeurs de la vanité. C'est en effet le matin, au réveil, que l'homme connaît l'une de ses heures les plus sages et les plus sensées. Mon procédé me semblait aussi avisé que jamais... mais seulement en théorie. Supporterait-il l'épreuve de la pratique ? Voilà où le bât blessait. C'était une riche idée d'être parti du postulat que Bartleby devait déguerpir mais, après tout, ce postulat était mon fait et non celui de Bartleby. La question n'était pas de savoir si moi, j'avais postulé son départ mais bien si Bartleby, lui, consentirait à le faire. C'était un homme de préférences plutôt que de présomptions et postulats.

Après le petit déjeuner, je

ido, y por favor deje la llave bajo el felpudo, para que yo la encuentre mañana. No nos veremos más. Adiós. Si más adelante, en su nuevo domicilio, puedo serle útil, no deje de escribirme. Adiós Bartleby y que le vaya bien.

No contestó ni una palabra, como la última columna de un templo en ruinas, quedó mudo y solitario en medio del cuarto desierto.

Mientras me encaminaba a mi casa, pensativo, mi vanidad se sobrepuso a mi lástima. No podía menos de jactarme del modo magistral con que había llevado mi liberación de Bartleby. Magistral, lo llamaba, y así debía opinar cualquier pensador desapasionado. La belleza de mi procedimiento consistía en su perfecta serenidad. Nada de vulgares intimidaciones, ni de bravatas, ni de coléricas amenazas, ni de paseos arriba y abajo por el departamento, con espasmódicas órdenes vehementes a Bartleby de desaparecer con sus miserables bártulos. Nada de eso. Sin mandatos gritones a Bartleby —como hubiera hecho un genio inferior— yo había postulado que se iba, y sobre esa promesa había construido todo mi discurso. Cuanto más pensaba en mi actitud, más me complacía en ella. Con todo, al despertarme la mañana siguiente, tuve mis dudas — mis humos de vanidad se habían desvanecido—. Una de las horas más lúcidas y serenas en la vida del hombre es la del despertar. Mi procedimiento seguía pareciéndome tan sagaz como antes, pero sólo en teoría. Cómo resultaría en la práctica estaba por verse. Era una bella idea, dar por sentada la partida de Bartleby; pero después de todo, esta presunción era sólo mía, y no de Bartleby. Lo importante era, no que yo hubiera establecido que debía irse, sino que él preferiría hacerlo. Era hombre de preferencias, más que de suposiciones, no de presunciones.

Después del almuerzo,

bra, para que pueda encontrarla yo por la mañana. No le verá más, así que adiós. Si más adelante, en su nueva morada, puedo serle útil en algo, no deje de hacerme saber por carta. Adiós, Bartleby, y que le vaya bien. [39]

Pero no respondió ni una palabra. Como la última columna de un templo en ruinas, permaneció erguido, callado y solo en medio de la habitación vacía.

Mientras volvía a casa, pensativo, mi vanidad acabó imponiéndose a mi pena. No podía dejar de ponerme medallas por el modo magistral con que me había librado de Bartleby. He dicho «magistral», y así lo juzgará cualquier pensador desapasionado. El mérito de mi proceder parecía residir en su perfecta calma. Nada de amenazas vulgares, nada de bravatas, ni de discursos coléricos, ni de paseos de un extremo al otro de la oficina, soltando órdenes terminantes para que Bartleby recogiese sus harapos. Nada de eso. Sin decirle siquiera a Bartleby que se marchara, que es lo que un talento menor hubiese hecho, di por supuesto que iba a hacerlo, y en esa premisa basé todo lo que he de decir. Cuanto más pensaba en mi actuación, más encantado estaba con ella. Sin embargo, al despertar a la mañana siguiente, tuve mis dudas... De alguna manera, los humos de la vanidad se habían disipado durante el sueño. Una de las horas más lúcidas y sabias que tiene el hombre es justo después de despertar, por la mañana. Mi actuación parecía igual de sagaz que antes, pero sólo en teoría. Cómo resultaría en la práctica: he ahí la dificultad. Era hermosa la idea de suponer que Bartleby se había marchado; pero, después de todo, aquello no era más que una suposición mía, y no de Bartleby... La cuestión no era si yo iba por supuesto que él iba a dejarme, sino si él preferiría hacerlo. Él era hombre de preferencias, más que de suposiciones.

Después de desayunar, me

glisser votre clef sous le paillason afin que je l'y trouve demain matin. Je ne vous verrai plus. Ainsi donc, adieu. Si par la suite, dans votre nouvelle demeure, je puis vous rendre quelque service, ne manquez pas de m'en aviser par lettre. Adieu, Bartleby, et portez-vous bien. »

Il ne répondit pas un mot. Pareil à l'ultime colonne d'un temple en ruine, il restait debout, solitaire et muet, au milieu de la pièce déserte.

Comme je marchais pensivement vers mon logis, ma vanité prit le dessus sur ma pitié. Je ne laissai pas de m'enorgueillir hautement de la façon magistrale dont je m'étais débarrassé de Bartleby. Je dis : magistrale, et tout observateur sans parti pris acquiescera. La beauté de ma méthode semblait tenir à sa parfaite douceur. Point de rudesse vulgaire, point de **bravades** d'aucune sorte, point d'éclats fanfarons, point de grandes enjambées à travers la pièce en sommant véhémentement Bartleby d'empaqueter ses misérables hardes et de décamper avec elles. Rien de ce genre. Loin d'enjoindre bruyamment à Bartleby de s'en aller, comme un génie inférieur l'eût pu faire, j'avais *tenu pour acquis* qu'il devait partir; [53] édifiant sur ce présupposé tout ce que j'avais à dire. Plus je pensais à ma méthode, plus j'en étais charmé. Néanmoins le lendemain matin, en m'éveillant, j'eus des doutes; il semblait que le sommeil eût dissipé les fumées de la vanité. L'une des heures où l'homme a le plus de sang-froid et de sagesse est celle qui suit immédiatement son réveil du matin. Ma méthode me semblait aussi avisée que jamais... mais en théorie seulement. Comment supporterait-elle l'épreuve de la pratique, voilà où le bât blessait. C'était vraiment une idée magnifique que d'avoir tenu le départ de Bartleby pour acquis; mais, après tout, ce présupposé était seulement mon fait, nullement celui de Bartleby. L'important n'était pas de savoir si j'avais tenu pour acquis qu'il me quitterait, mais s'il *préférerait* le faire. C'était un homme de préférences plutôt que de présupposés.

Après le petit déjeuner, je

favore, infilò la chiave sotto lo zerbino, dove domattina io possa trovarla. Non la vedrò più: addio, dunque. Se in futuro, nel suo nuovo alloggio, potrò esserle utile, non manchi di avvertirmi per lettera. Addio, Bartleby, e buona fortuna».

Ma egli non rispose neppure una parola; simile all'ultima colonna di un tempio in rovina, rimase in piedi, muto e solitario nel mezzo della stanza altrimenti deserta.

Incaminandomi verso casa meditando, la vanità ebbe la meglio sulla pietà. Non potevo non essere compiaciuto per come avevo magistralmente condotto le cose nel liberarmi di Bartleby. Magistralmente —così mi esprimo — tale deve apparire a ogni pensatore spassionato. La bellezza della mia tattica sembra risiedere nella sua perfetta, pacata sobrietà. Nessuna arroganza volgare, nessuna spaccanota di alcun tipo, nessun sopruso collico, nessun andirivieni concitato per lo studio, sbottando in ordini rabbiosi perché Bartleby facesse fagotto con le sue cianfrusaglie da straccione. Niente del genere. Senza alzare la voce per ordinarli di andarsene — come forse avrebbe fatto un uomo meno perceptive —partivo dal presupposto che andarsene doveva, e su quel presupposto si fondava tutto quello che avevo da dire. Più riflettevo su come erano andate le cose, più ne ero incantato. Il mattino dopo, tuttavia, al risveglio, avevo i miei dubbi — in qualche modo il sonno aveva smaltito i fumi della vanità. Uno dei momenti in cui si è più lucidi e saggi è subito dopo il risveglio, al mattino. Mi sembrava ancora di essermi comportato con sagacia... ma soltanto in teoria. Come sarebbe stato in pratica — ecco l'intoppo. Era davvero un pensiero meraviglioso supporre che Bartleby se ne fosse andato, ma, dopo tutto, era esclusivamente una mia supposizione, non certo di Bartleby. Il grosso nodo non era che fossi io a supporre, bensì che fossi lui a preferire. Era un uomo di preferenze più che di supposizioni.

Dopo colazione mi

una tarde serena de Virginia; fue muerto asomado a la ventana y quedó recostado en ella en la tarde soñadora, hasta que alguien lo tocó y cayó.

— ¡No se ha ido! — murmuré por fin. Pero una vez más, obedeciendo al ascendiente que el inescrutabile amanuense tenía sobre mí, y del cual me era imposible escapar, bajé lentamente a la calle; al dar la vuelta a la manzana, consideré qué podía hacer en esta inaudita perplejidad. Imposible expulsarlo a empujones; inútil sacarlo a fuerza de insultos; llamar a la policía era una idea desagradable; y sin embargo, permitirle gozar de su cadavérico triunfo sobre mí, eso también era inadmisibile. ¿Qué hacer? o, si no había nada que hacer, ¿qué dar por sentado? Yo había dado por sentado que Bartleby se iría; ahora podía yo retrospectivamente asumir que se había ido. En la legítima realización de esta premisa, podía entrar muy apurado en mi oficina y, fingiendo no ver a Bartleby, llevarlo por delante como si fuera el aire. Tal procedimiento tendría en grado singular todas las apariencias de una indirecta. Era bastante difícil que Bartleby pudiera resistir a esa aplicación de la doctrina de las suposiciones. Pero repensándolo bien, el éxito de este plan me pareció dudoso. Resolví discutir de nuevo el asunto.

— Bartleby — le dije, con severa y tranquila expresión, entrando a la oficina— estoy disgustado muy seriamente. Estoy apenado, Bartleby. No esperaba esto de usted. Yo me lo había imaginado de caballeresco carácter, yo había pensado que en cualquier dilema bastaría la más ligera insinuación, en una palabra, suposición. Pero parece que estoy engañado. ¡Cómo! — agregué, naturalmente asombrado—, ¿ni si-

lightning; at his own warm open window he was killed, and remained leaning out there upon the dreamy afternoon, till someone touched him, 5 when he fell.

“Not gone!” I murmured at last. But again obeying that wondrous ascendancy 10 which the inscrutable scrivener had over me, and from which ascendancy, for all my **chafing**, I could not completely escape, I slowly 15 went downstairs and out into the street, and while walking round the block, considered what I should next do in this unheard-of perplexity. Turn 20 the man out by an actual thrusting I could not; to drive him away by calling him hard names would not do; calling in the police was an unpleasant idea; and yet, permit me to enjoy his cadaverous triumph over me—this, too, I could not think of. What was to be done? or, if nothing 30 could be done, was there anything further that I could *assume* in the matter? Yes, as before I had prospectively assumed that Bartleby would 35 depart, so now I might retrospectively assume that departed he was. In the legitimate carrying out of this assumption, I might enter my 40 office in a great hurry, and pretending not to see Bartleby at all, walk straight against him as if he were air. Such a proceeding would in a singular 45 degree have the appearance of a homethrust. It was hardly possible that Bartleby could withstand such an application of the doctrine of assumptions. 50 But upon second thoughts the success of the plan seemed rather dubious. I resolved to argue the matter over with him again.

“Bartleby,” said I, entering the office, with a quietly severe expression, “I am seriously displeased. 60 I am pained, Bartleby. I had thought better of you. I had imagined you of such a gentlemanly organisation, that in any 65 delicate dilemma a slight hint would suffice—in short, an assumption. But it appears I am deceived. Why,” I added, unaffectedly 70 **starting**, “you have not

val, una tarde despejada en Virginia; y murió en su propia ventana abierta y cálida, y permaneció asomado a ella en la tarde soñadora, hasta que alguien lo tocó y cayó. [102]

DERECHEF *ou littér.* Une seconde fois, encore une fois, once more

— ¡No se ha ido! — murmuré por fin. Pero, obedeciendo de nuevo a aquel pasmoso ascendiente que el inescrutabile escribiente tenía sobre mí, y del que, a pesar de mi irritación, no podía escapar completamente, bajé lentamente las escaleras y salí a la calle, y mientras daba vueltas a la manzana, consideré qué debería hacer seguidamente en esta perplejidad inaudita. No podía expulsarlo a empujones; hacerlo salir a base de insultarle no serviría; llamar a la policía era una idea poco grata; y, sin embargo, permitirle disfrutar de su cadavérico triunfo sobre mí, eso tampoco, ni pensarlo. ¿Qué se debía hacer? O, si no se podía hacer nada, ¿quedaba alguna otra cosa que yo pudiera *suponer* en este asunto? Sí; al igual que antes había supuesto por adelantado que Bartleby se iría, así ahora podía suponer retrospectivamente que ya se había marchado. En la ejecución legítima de esta suposición, podía entrar apresuradamente en la oficina y, pretendiendo no ver a Bartleby, caminar directamente hacia él como si fuera aire. Tal procedimiento tendría, en un grado singular, la apariencia de un empujón. Era casi imposible que Bartleby pudiera soportar tal aplicación de la doctrina de las suposiciones. Pero, pensándolo mejor, el éxito del plan parecía más bien dudoso. Decidí volver a discutir el asunto con él.

— Bartleby — dije, entrando en la oficina, con una expresión discretamente severa: “estoy seriamente disgustado. Me encuentro dolido, Bartleby. Tenía mejor opinión de usted. Le había imaginado a usted de una condición caballerosa tal, que, en cualquier tema delicado, una ligera indicación bastaría... en resumen, una suposición. Pero parece que me equivocabo. Caramba añadí, dando un **respiro**

éclair alors qu'il était à la fenêtre, continuant à rester penché sur [42] cet après-midi de rêve jusqu'au moment où une main lui toucha l'épaule et le fit tomber.

— Pas parti ! — murmurai-je enfin. Mais subissant **derechef** ce magique ascendente que l'impénétrable scribe avait sur moi — ascendante auquel je ne pus complètement me soustraire en dépit de mon irritation — je descendis lentement l'escalier et sortis dans la rue. Tout en faisant le tour du pâté de maisons, je réfléchis à ce qu'il me convenait de faire dans cette situation inouïe. Jeter cet homme à la rue, je ne pouvais m'y résoudre ; le chasser en l'accablant d'injures ne me séduisait pas davantage ; appeler la police était une situation déplaisante ; et cependant, lui permettre de jouir de son cadavérique triomphe sur moi m'était intolérable. Que faire ? Et s'il n'y avait rien à faire, que pouvais-je encore **POSTULER** ? Oui, de même que j'avais posé, par anticipation, le postulat que Bartleby partirait, je pouvais, rétrospectivement, poser le postulat qu'il était bel et bien parti. Et, tenant ce postulat pour acquis, je pourrais entrer dans mon bureau en coup de vent et, faisant semblant de ne pas voir Bartleby, marcher droit sur lui comme s'il n'existait pas plus qu'un courant d'air. Un tel procédé aurait à un degré singulier toutes les apparences d'un coup d'estoc. Bartleby pourrait difficilement résister à pareille application de la doctrine des postulats. Mais, à la réflexion, le succès de mon plan semblait plutôt douteux. Je résolus de débattre le problème avec lui de nouveau.

— Bartleby — dis-je en entrant dans mon bureau, l'air calme et sévère — je suis très fâché. Je suis peiné, Bartleby. J'avais une meilleure opinion de vous. Je vous avais imaginé assez raffiné de tempérament pour que, dans un dilemme aussi délicat, une seule allusion soit suffisante, en bref, une simple présomption. Mais il appert que je me suis trompé. Comment — ajoutai-je avec un **sursaut** non feint — vous

po, en una tarde serena de Virginia; fue muerto asomado a la ventana y quedó recostado en ella en la tarde soñadora, hasta que alguien lo tocó y cayó.

— ¡No se ha ido! — murmuré por fin. Pero una vez más, obedeciendo al ascendiente que el inescrutabile amanuense tenía sobre mí, y del cual me era imposible escapar, bajé lentamente a la calle; al dar la vuelta a la manzana, consideré qué podía hacer en esta inaudita perplejidad. Imposible expulsarlo a empujones; inútil sacarlo a fuerza de insultos; llamar a la policía era una idea desagradable; y sin embargo, permitirle gozar de su cadavérico triunfo sobre mí, eso también era inadmisibile. ¿Qué hacer? o, si no había nada que hacer, ¿qué dar por sentado? Yo había dado por sentado que Bartleby se iría; ahora podía yo retrospectivamente asumir que se había ido. En la legítima realización de esta premisa, podía entrar muy apurado en mi oficina y, fingiendo no ver a Bartleby, llevarlo por delante como si fuera el aire. Tal procedimiento tendría en grado singular todas las apariencias de una indirecta. Era bastante difícil que Bartleby pudiera resistir a esa aplicación de la doctrina de las suposiciones. Pero repensándolo bien, el éxito de este plan me pareció dudoso. Resolví discutir de nuevo el asunto.

— Bartleby — le dije, con severa y tranquila expresión, entrando a la oficina— estoy disgustado muy seriamente. Estoy apenado, Bartleby. No esperaba esto de usted. Yo me lo había imaginado de caballeresco carácter, yo había pensado que en cualquier dilema bastaría la más ligera insinuación, en una palabra, suposición. Pero parece que estoy engañado. ¡Cómo! — agregué, naturalmente asombrado—, ¿ni siquie-

pejada, hace mucho, en Virginia; murió en su propia ventana, y allí siguió, mirando la tarde soñolienta, hasta que alguien lo tocó y cayó.

— No se ha ido — murmuré al fin. Pero, obedeciendo de nuevo a ese asombroso ascendiente que el inescrutabile escribiente tenía sobre mí, y del cual, por más que me rebelara, no podía escapar del todo, bajé despacio las escaleras y salí [41] a la calle; y mientras daba la vuelta a la manzana, medité sobre qué sería lo más conveniente hacer en esta 20 situación inaudita. No podía sacarlo literalmente a empujones, no podía rebajarle a echarlo a insultos, no me agradaba la idea de 25 una ideé qui me déplaisait; et pourtant, le laisser jouir de son cadavérique triomphe à mes dépens, je ne voulais pas davantage ; appeler la police était une idée qui me déplaisait; et 30 s'il n'y avait rien à faire, que pouvais-je encore *tenir pour acquis*? Oui, de même que, précédemment, j'avais tenu pour acquis par anticipation que Bar- 35 tleby partirait, de même, je pouvais à présent tenir pour acquis rétrospectivement qu'il était bien parti. Tirant les conséquences logiques de ce pré- 40 supposé, j'entrerais précipitamment dans mon étude, prétendrais ne voir aucunement Bartleby et marcherais droit à sa rencontre comme s'il n'était que du vent. Ce serait là, selon toute apparence, [56] un coup qui porterait. Il n'était guère vraisemblable que Bartleby pût résister à pareille application de la doctrine des présupposés. Mais, tout bien considéré, le succès de ce plan me parut assez douteux. Je résolus de débattre à nouveau l'affaire 55 avec lui.

« Bartleby, dis-je en entrant dans l'étude avec un air de calme sévère, je suis sérieusement mécontent. Je suis peiné, Bartleby. J'avais une meilleure idée de vous. Je m'étais figuré que vous étiez d'un naturel trop raffiné pour que, dans un dilemme délicat, une légère allusion — en un mot, une présupposition — ne suffît point; mais il paraît que je m'étais trompé. Quoi! — ajoutai-je avec un **tressaillement** non feint, vous

alors qu'il fumait sa pipe à sa fenêtre par une après-midi sans nuages, et qui resta là, penché sur l'après-midi rêveuse, jusqu'à ce qu'on l'eût touché et qu'il tombât.

« Pas parti ! » murmurai-je enfin. Mais, subissant de nouveau le prodigieux ascendente que l'impénétrable scribe avait sur moi — ascendente auquel je ne pouvais échapper entièrement en dépit de mon **irritation** —, je descendis lentement l'escalier, gagnai la rue et me mis à tourner autour du pâté de maisons en me demandant quel était le prochain geste à faire dans cet embarras sans pareil. Jeter littéralement cet homme à la porte, je ne le pouvais; le chasser en l'accablant d'injures ne me souriait guère; appeler la police était une idée qui me déplaisait; et pourtant, le laisser jouir de son cadavérique triomphe à mes dépens, je ne voulais pas davantage ; appeler la police était une idée qui me déplaisait; et 30 s'il n'y avait rien à faire, que pouvais-je encore *tenir pour acquis*? Oui, de même que, précédemment, j'avais tenu pour acquis par anticipation que Bar- 35 tleby partirait, de même, je pouvais à présent tenir pour acquis rétrospectivement qu'il était bien parti. Tirant les conséquences logiques de ce pré- 40 supposé, j'entrerais précipitamment dans mon étude, prétendrais ne voir aucunement Bartleby et marcherais droit à sa rencontre comme s'il n'était que du vent. Ce serait là, selon toute apparence, [56] un coup qui porterait. Il n'était guère vraisemblable que Bartleby pût résister à pareille application de la doctrine des présupposés. Mais, tout bien considéré, le succès de ce plan me parut assez douteux. Je résolus de débattre à nouveau l'affaire 55 avec lui.

« Bartleby », dissi entrando nell'ufficio con un'espressione pacatamente severa, « sono profondamente dispiaciuto. Sono addolorato, Bartleby. Avevo un'opinione migliore di lei. L'avevo ritenuta un gentiluomo con il quale sarebbe bastato fare un semplice accenno in un qualsiasi frangente delicato — un'allusione, insomma. Ma, a quanto sembra, mi sono ingannato. Come? », agguinsi

pomeriggio d'estate. Alla sua finestra, aperta e tiepida, era stato ucciso e lì era rimasto, affacciato nel languido pomeriggio, finché qualcuno, toccandolo, non lo aveva fatto cadere.

« Non se n'è andato? », mormorai alla fine. Ma ancora una volta obbedendo a quello strano ascendente che aveva su di me, l'imperscrutabile scrivano, dal quale ascendente, pur con tanta insofferenza, non riuscivo a sottrarmi del tutto, scesi piano le scale, uscii in strada e, mentre giravo intorno all'isolato, sospesai il da farsi in quell'inaudito dilemma. Buttarlo fuori con la forza non potevo; trascinarlo via a suon di insulti non si addiceva; chiamare la polizia era un'idea che non mi andava; eppure lasciargli assaporare il suo cadaverico trionfo su di me... neanche questo potevo ammettere. Che fare? Oppure, se non si poteva fare niente, mi restava qualche altra supposizione in questa faccenda? Sì, come prima, in prospettiva, ero partito dal presupposto che Bartleby se ne sarebbe andato, così ora, in retrospettiva, potevo partire dal presupposto che andato se ne fosse. Sviluppando coerentemente tale supposizione, sarei potuto entrare in ufficio di gran fretta e, fingendo di non vedere Bartleby, andargli addosso come se fosse stato aria. Questa tattica avrebbe avuto, in grado straordinario, tutto l'aspetto di una espulsione. Non era possibile che Bartleby riuscisse a sopportare una tale applicazione della dottrina dei presupposti. Ma, ripensandoci, il successo del piano pareva piuttosto dubbio. Decisi di discutere ancora la faccenda con lui.

« Bartleby », dissi entrando nell'ufficio con un'espressione pacatamente severa, « sono profondamente dispiaciuto. Sono addolorato, Bartleby. Avevo un'opinione migliore di lei. L'avevo ritenuta un gentiluomo con il quale sarebbe bastato fare un semplice accenno in un qualsiasi frangente delicato — un'allusione, insomma. Ma, a quanto sembra, mi sono ingannato. Come? », agguinsi

<i>tr. de J. L. Borges</i>	<i>Melville's Bartleby</i>	<i>tr. de Julia Lavid</i>	<i>tr. de M. Causse</i>	<i>tr. de J. L. Borges</i>	<i>tr. de J.M. Benítez Ariza</i>	<i>tr. de Pierre Leyris</i>	<i>unattributed</i>
quiera ha tocado ese dinero? —Estaba en el preciso lugar donde yo lo había dejado la víspera.	even touched that money yet," pointing to it, just where I had left it the evening previous.	sin ningún disimulo-, ni siquiera ha tocado usted todavía el dinero -y le señalé justo donde lo había dejado la tarde anterior.	n'avez même pas encore touché cet argent, et je désignai du doigt lasomme restée à l'endroit exact où je l'avais posée la veille.	ha tocado ese dinero? —Estaba en el preciso lugar donde yo lo había dejado la víspera.	quiera ha tocado ese dinero -y señalé hacia donde estaba, justo donde lo había dejado la tarde anterior.	n'avez pas même touché à cet argent! » Et je désignai les billets qui se trouvaient à l'endroit précis où je les avais laissés la veille au soir.	con un sussulto di sincera sorpresa. «Non ha ancora toccato quel denaro», indicandoglielo là dove lo avevo lasciato la sera prima.
No contestó.	He answered nothing.	No respondió nada.	Il ne souffla mot.	No contestó.	No contestó.	Il ne répondit rien.	Non rispose nulla.
—¿Quiere usted dejarnos, sí o no? —pregunté en un arranque, avanzando hasta acercarme a él.	"Will you, or will you not, quit me?" I now demanded in a sudden passion, advancing close to him.	—¿Va usted, o no va usted a dejarme? —pregunté ahora, con repentina ira, avanzando hacia él.	—Allez-vous me quitter, oui ou non? demandai-je dans un brusque accès de colère, en marchant droit sur lui.	—¿Quiere usted dejarnos, sí o no? —pregunté en un arranque, avanzando hasta acercarme a él.	—¿Va o no va a dejarme? —le pregunté en un repentino acceso de cólera, pegándome a él.	« Voulez-vous ou ne voulez-vous pas me quitter? » demandai-je alors dans un accès de colère soudaine en m'avançant tout près de lui.	« Intende lasciarmi oppure no? », chiesi a questo punto con impeto i m p r o v v i s o , avvicinandomi a lui.
—Preferiría no dejarlos —replicó suavemente, acentuando el <i>no</i> .	"I would prefer not to quit you," he replied, gently emphasizing the <i>not</i> .	—Preferiría no dejarlos —contestó, subrayando suavemente el <i>no</i> .	—J'aimerais mieux NE PAS vous quitter, répliqua-t-il en insistant doucement sur le NE PAS.	—Preferiría no dejarlos —replicó suavemente, acentuando el <i>no</i> .	—Preferiría no dejarlos —replicó suavemente, acentuando el «no».	« Je préférerais ne pas vous quitter », répondit-il en insistant doucement sur le « ne pas ».	« Preferirei non lasciarla », rispose sottolineando leggermente il non.
—¿Y qué derecho tiene para quedarse? ¿Paga alquiler? ¿Paga mis impuestos? ¿Es suya la oficina?	"What earthly right have you to stay here? Do you pay any rent? Do you pay my taxes? Or is this property yours?"	—Pero, ¿qué derecho humano tiene usted a quedarse aquí? ¿Paga usted alquiler? ¿Paga usted mis impuestos? ¿O acaso es suya esta propiedad? [103]	—Au nom de quoi oseriez-vous rester ici? Payez-vous un loyer? Payez-vous mes impôts? Ces locaux vous appartiennent-ils?	—¿Y qué derecho tiene para quedarse? ¿Paga alquiler? ¿Paga mis impuestos? ¿Es suya la oficina?	—¿Qué derecho tiene a quedarse? ¿Paga alquiler? ¿Paga mis impuestos? ¿Es suya esta propiedad? [42]	« Quel droit au monde avez-vous de rester ici? Payez-vous un loyer? Payez-vous mes impôts? Ou bien ces bureaux sont-ils à vous? »	« Quale diritto al mondo ha mai di restare qui? Paga l'affitto? Mi paga le tasse? Questa casa le appartiene? ».
No contestó.	He answered nothing.	No contestó.	Il ne répondit rien.	No contestó.	No contestó.	Il ne répondit rien.	Non rispose nulla.
—¿Está dispuesto a escribir, ahora? ¿Se ha mejorado de la vista? ¿Podría escribir algo para mí esta mañana, o ayudarme a examinar unas líneas, o ir al Correo? ¿En una palabra, quiere hacer algo que justifique su negativa de irse?	"Are you ready to go on and write now? Are your eyes recovered? Could you copy a small paper for me this morning? or help examine a few lines? or step round to the Post Office? In a word, will you do anything at all, to give a colouring to your refusal to depart the premises?"	—¿Está usted dispuesto a seguir y a escribir ahora? ¿Tiene los ojos bien? ¿Podría copiarle un papelito esta mañana, o ayudar a comprobar unas cuantas líneas, o acercarse a la Oficina de Correos? En una palabra: ¿Va usted a hacer algo, para darle sentido a su negativa a abandonar el local?	—Etes-vous prêt à reprendre vos écritures maintenant? Votre vue s'est-elle améliorée? Pourriez-vous me copier un bref document ce matin? m'aider à collationner quelques lignes? faire un saut à la poste? En un mot, êtes-vous prêt à faire quoi que ce soit justifiant votre refus de vider les lieux?	—¿Está dispuesto a escribir, ahora? ¿Se ha mejorado de la vista? ¿Podría escribir algo para mí esta mañana, o ayudarme a examinar unas líneas, o ir al Correo? ¿En una palabra, quiere hacer algo que justifique su negativa de irse?	—¿Está dispuesto a ponerse de nuevo a escribir? ¿Se han curado sus ojos? ¿Podría copiarle un papelito esta mañana, o ayudarme a revisar unas líneas? ¿O ir a correos? En una palabra, ¿va a hacer algo que justifique su negativa a marcharse de este lugar?	« Êtes-vous prêt à poursuivre vos écritures à [57] présent? Vos yeux sont-ils guéris? Pourriez-vous copier une petite pièce pour moi ce matin? Ou m'aider à collationner quelques lignes? Ou faire un saut jusqu'à la poste? En un mot, ferez-vous quoi que ce soit pour donner couleur à votre refus de quitter les lieux? »	« È disposto a riprendere a scrivere adesso? I suoi occhi sono guariti? Potrebbe copiarli un breve documento questa mattina? Oppure aiutarmi a controllare qualche riga? Oppure fare un salto all'ufficio postale? In una parola, fare una cosa qualsiasi che giustifichi il suo rifiuto di lasciare l'ufficio? ».
Silenciosamente se retiró a su ermita.	He silently retired into his hermitage.	Se retiró silenciosamente a su cuchitril.	Toujours sans mot dire, il se retira dans son ermitage.	Silenciosamente se retiró a su ermita.	En silencio se retiró a su ermita.	Il se retira silencieusement dans son ermitage.	In silenzio si ritrasse nel suo eremo.
Yo estaba en tal estado de resentimiento nervioso que me pareció prudente abstenerme de otros reproches. Bartleby y yo estábamos solos. Recordé la tragedia del infortunado Adams y del aún más infortunado Colt en la solitaria oficina de éste; y cómo el pobre Colt, exasperado por Adams, and dejándose llevar imprudentemente por la ira, fue precipitado al acto fatal, acto que ningún hombre puede deplorar más que el actor. A menudo he pensado que si este altercado hubiera tenido lugar en la calle o en una casa particular, otro hubiera sido su desenlace. La circunstancia de estar solos en una oficina desierta, en lo alto de un edificio enteramente desprovisto de domésticas asociaciones humanas —una oficina	I was now in such a state of nervous resentment that I thought it but prudent to check myself at present from further demonstrations. Bartleby and I were alone. I remembered the tragedy of the unfortunate Adams and the still more unfortunate Colt in the solitary office of the latter; and how poor Colt, being dreadfully incensed by Adams, and imprudently permitting himself to get wildly excited, was at unawares hurried into his fatal act—an act which certainly no man could possibly deplore more than the actor himself. Often it had occurred to me in my ponderings upon the subject, that had that altercation taken place in the public street, or at a private residence, it would not have terminated as it did. It was the circumstance of being alone in a solitary office, upstairs, of a building entirely unhampered by humanising domestic	Estaba ahora en tal estado de excitación nerviosa que creí prudente, por el momento, abstenerme de más manifestaciones. Bartleby y yo estábamos solos. Recordé la tragedia del desgraciado Adams, y del aún más desgraciado Colt en la solitaria oficina de este último; y cómo el pobre Colt, habiéndole irritado Adams de forma terrible, y permitiéndose imprudentemente ser presa de una salvaje excitación, se vio impulsado de improviso a su acción fatal; acción que, ciertamente, ningún hombre podía haber deplorado más que su propio autor. A menudo se me había ocurrido al pensar sobre el asunto, que si aquel altercado hubiese tenido lugar en la calle o en un domicilio privado, no habría terminado como lo hizo. Fue la circunstancia de estar solo en una oficina solitaria, en un piso alto de un edificio no consagrado por asociaciones domésticas humanizadoras —una oficina	J'étais désormais dans un tel état de nerfs et de ressentiment que je jugeai prudent de m'abstenir dans l'immédiat de toute nouvelle démonstration. Bartleby et moi étions seuls. Je me rappelai la tragédie qui avait eu lieu entre l'infortuné Adams et le doublement infortuné Colt (3), dans le bureau solitaire de ce dernier; et comment le pauvre Colt, horriblement insulté par Adams et assez imprudent pour se laisser pousser à [44] bout fut, sans même s'en rendre compte, conduit au geste fatal — un geste que nul ne pouvait déplorer plus que son auteur lui-même. Mes réflexions à ce sujet m'avaient souvent amené à penser que, si l'altercation avait eu lieu dans la rue ou dans une résidence privée, elle n'aurait jamais débouché sur cet horrible final. C'était la solitude dans un bureau abandonné, à l'étage d'un immeuble totalement privé de tout arrangement domestique	Yo estaba en tal estado de resentimiento nervioso que me pareció prudente abstenerme de otros reproches. Bartleby y yo estábamos solos. Recordé la tragedia del infortunado Adams y del aún más infortunado Colt en la solitaria oficina de éste; y cómo el pobre Colt, tras sufrir las terribles injurias de Adams, and dejándose llevar imprudentemente por la ira, fue precipitado al acto fatal, acto que nadie podría lamentar más que la persona que lo cometió. A menudo he pensado, que si este altercado hubiera tenido lugar en la calle o en una casa particular, otro hubiera sido su desenlace. La circunstancia de estar solos en una oficina desierta, en lo alto de un edificio enteramente desprovisto de domésticas asociaciones humanas —una oficina	Yo me encontraba de nuevo en tal estado de ira que juzgué prudente abstenerme de añadir más comentarios. Bartleby y yo estábamos solos. Recordé la tragedia del desgraciado Adams y del todavía más desgraciado Colt en la solitaria oficina de este último; y cómo el pobre Colt, tras sufrir las terribles injurias de Adams, and dejándose llevar imprudentemente por la ira, incurrió sin darse cuenta en el acto fatal: acto que nadie podría lamentar más que el actor. A menudo he pensado, que si ese altercado hubiese tenido lugar en la calle, o en un domicilio privado, el desenlace habría sido distinto. Fue la circunstancia de estar solos en una oficina desierta, en el piso de arriba de un edificio enteramente privado de influencia humanizadora de	J'étais maintenant dans un tel état de nervosité et de ressentiment que je jugeai prudent de m'abstenir pour l'heure de toute autre démonstration. Bartleby et moi étions seuls. Je me rappelai la tragédie qui s'était déroulée entre l'infortuné Adams et l'encore plus infortuné Colt dans le bureau désert de ce dernier; et comment le pauvre Colt, terriblement irrité par Adams et s'abandonnant imprudemment à un emportement éfréné, s'était laissé entraîner à commettre involontairement son acte fatal — un acte qu'assurément nul ne saurait déplorer davantage que son auteur. Il m'était souvent venu à l'esprit au cours de mes méditations à ce propos que, si leur altercation avait eu lieu sur la place publique ou dans une résidence privée, elle ne se fût pas terminée de la même façon. C'est le fait de s'être trouvés seuls dans un bureau désert, à l'étage d'un édifice que n'humanisait et ne sanctifiait aucune influence domestique — un bureau au	Mi trovavo in uno stato tale di risentita irritazione che ritenni prudente trattenermi per il momento dal dire altro. Io e Bartleby eravamo soli. Mi sovenne la tragica fine dello sventurato Adams e dell'ancor più sventurato Colt nell'ufficio solitario di quest'ultimo; come il povero Colt, portato da Adams a un punto di esasperazione estrema, abbandonandosi imprudentemente a un furore selvaggio, fosse trascinato a commettere il suo fatale gesto senza esserne consapevole, un gesto che nessuno avrebbe potuto deplorare più di lui che lo aveva compiuto. Spesso, nel riflettere sul caso, mi aveva assalito il pensiero che se l'alterco fosse scoccato nella pubblica via o in un'abitazione privata, non si sarebbe concluso in quel modo. Era stata la circostanza di trovarsi da solo nell'ufficio deserto, al primo piano di uno stabile mai benedetto dall'influsso

sin alfombras, de apariencia, sin duda alguna, polvorienta y desolada—, debe de haber contribuido a acrecentar la desesperación del desventurado Colt.

Pero cuando el resentimiento del viejo Adams se apoderó de mí y me tentó en lo concerniente a Bartleby, luché con él y lo vencí. ¿Cómo? Recordando sencillamente el divino precepto: *Un nuevo mandamiento os doy: amaos los unos a los otros*. Sí, esto fue lo que me salvó. Aparte de más altas consideraciones, la caridad obra como un principio sabio y prudente, como una poderosa salvaguardia para su poseedor. Los hombres han asesinado por celos, y por rabia, y por odio, y por egoísmo, y por orgullo espiritual; pero no hay hombre, que yo sepa, que haya cometido un asesinato por caridad. La prudencia, entonces, si no puede aducirse motivo mejor, basta para impulsar a todos los seres hacia la filantropía y la caridad. En todo caso, en esta ocasión me esforcé en ahogar mi irritación con el amanuense, interpretando benévolutamente su conducta. ¡Pobre hombre, pobre hombre!, pensé, no sabe lo que hace; y además, ha pasado días muy duros y merece indulgencia.

Procuré también ocuparme en algo; y al mismo tiempo consolar mi **desaliento**. Traté de imaginar que en el curso de la mañana, en un momento que le viniera bien, Bartleby, por su propia y libre voluntad, saldría de su ermita, decidido a encaminarse a la puerta. Pero no, llegaron las doce y media, la cara de Turkey se encendió, volcó el tintero y empezó su turbulencia; Nippers declinó la calma y la cortesía; Ginger Nut mascó su manzana del mediodía; y Bartleby siguió de pie en la ventana en uno de sus profundos sueños frente al muro. ¿Me creerán? ¿Me atreveré a confesarlo? Esa tarde abandoné

associations—an uncarpeted office, doubtless, of a dusty, haggard sort of appearance—this it must have been, which greatly helped to enhance the irritable desperation of the hapless Colt.

But when this old Adam of resentment rose in me and tempted me concerning Bartleby, I grappled him and threw him. How? Why, simply by recalling the divine injunction: «A new commandment give I unto you, that ye love one another.» Yes, that it was that saved me. Aside from higher considerations, charity often operates as a vastly wise and prudent principle—a great safeguard to its possessor. Men have committed murder for jealousy's sake, and anger's sake, and hatred's sake, and selfishness' sake, and spiritual pride's sake; but no man, that ever I heard of, ever committed a diabolical murder for sweet charity's sake. Mere self-interest, then, if no better motive can be enlisted, should, especially with high-tempered men, prompt all beings to charity and philanthropy. At any rate, upon the occasion in question, I strove to drown my exasperated feelings toward the scrivener by benevolently construing his conduct. Poor fellow, poor fellow! thought I, he don't mean anything; and besides, he was seen hard times, and ought to be indulged.

I endeavoured, also, immediately to occupy myself, and at the same time to comfort my **despondency**. I tried to fancy, that in the course of the morning, at such time as might prove agreeable to him, Bartleby, of his own free accord, would emerge from his hermitage and take up some decided line of march in the direction of the door. But no. Half-past twelve o'clock came; Turkey began to glow in the face, overturn his ink-stand, and become generally obstreperous; Nippers abated down into quietude and courtesy; Ginger Nut munched his noon apple; and Bartleby remained standing at his window in one of his profoundest dead-wall reveries. Will it be credited? Ought I to acknowledge it? That afternoon I left the office

sin alfombras, sin duda, de apariencia polvorienta y macilenta-, eso debió ser lo que contribuyó en gran medida a incrementar la irritable desesperación del infortunado Colt (17).

Pero cuando el viejo Adán del resentimiento surgió en mí y me tentó con Bartleby, lo agarré y lo eché fuera. ¿Cómo? Bueno, simplemente recordando el precepto divino: «Un mandamiento nuevo os doy, que os améis los unos a los otros.» Sí, eso fue lo que me salvó. Dejando a un lado consideraciones más elevadas, la caridad opera con frecuencia como un principio muy sabio y prudente, una gran salvaguardia para su poseedor. Los hombres han cometido asesinatos por celos, por [104] ira, por odio y por egoísmo y por soberbia espiritual; pero ningún hombre, que yo sepa, ha cometido nunca un asesinato diabólico por dulce caridad. Puro y simple interés propio, si no se puede aducir un motivo mejor, debería, especialmente con hombres de mucho temperamento, incitar a todos los seres a la caridad y a la filantropía. En cualquier caso, en aquella ocasión me esforcé en ahogar mis sentimientos exasperados hacia el escribiente, interpretando benévolutamente su conducta. ¡Pobre hombre, pobre hombre!, pensé, no pretende nada y además ha conocido malos tiempos, y debería perdonarsele.

Intenté también ocuparme en algo inmediatamente y consolar mi **desaliento** al mismo tiempo. Traté de imaginar que, en el transcurso de la mañana, en el momento que le viniera bien, Bartleby, por su propia voluntad, saldría de su retiro y marcharía decidido en dirección a la puerta. Pero no, Llegaron las doce y media; a Turkey le empezó a arder el rostro, a volcar el tintero y a volverse caótico en general; Nippers se sumergió en un mar de calma y cortesía; Ginger Nut mascaba la manzana del mediodía, y Bartleby permanecía de pie ante la ventana en una de sus más profundas ensañaciones ante el muro. ¿Se podrá creer? ¿Tendría que reconocerlo? Aquella

humanisant —bureau sans tapis, poussiéreux, d'apparence rebutante — qui devait avoir grandement contribué à accroître l'irritation désespérée de l'infortuné Colt.

Mais quand le vieux ressentiment adamique s'éleva en moi, me poussant à la tentation, je le pris à bras-le-corps et le rejetai. Comment ? Eh bien, tout simplement en rappelant la divine injonction : « C'est un nouveau commandement que je vous apporte : aimez-vous les uns les autres. » Oui, ce fut là mon salut. La charité, c'est l'un de ses moindres mérites, agit souvent comme un principe de sagesse et de prudence, et elle est pour son détenteur une véritable sauvegarde. Les hommes ont commis des meurtres par jalousie, par rage, par haine, par égoïsme, par orgueil spirituel, mais je ne sache pas qu'un homme se soit jamais rendu coupable d'un meurtre diabolique au nom de la douce charité. Le seul intérêt personnel, à défaut d'une meilleure raison, devrait pousser tous les hommes, surtout les plus emportés, à la charité et à la philanthropie. En l'occurrence, en tout cas, je m'efforçai de chasser les sentiments d'exaspération que m'inspirait le scribe en interprétant sa conduite avec bienveillance. Pauvre garçon ! Pauvre garçon ! pensai-je, il n'a pas l'intention de mal faire ; en outre, il en a vu de dures et mérite l'indulgence.

Je cherchai immédiatement à m'occuper, à sortir de mon **abattement**. J'essayai d'imaginer que, dans le courant de la matinée, à l'heure qu'il lui plairait, Bartleby abandonnerait de son plein gré l'ermitage et prendrait résolument le chemin de la porte. Mais non. Midi et demi arriva ; Dindonneau commença à rougeoyer, à renverser son encrier et à devenir turbulent ; Pincettes retrouva ses dispositions amènes et courtoises ; Gingembre mâchonna sa pomme méridienne ; Bartleby resta debout à la fenêtre, plongé dans l'une de ses plus profondes rêveries au mur aveugle. Le croira-t-on ? Devrais-je l'avouer ? Cet

sin alfombras, de apariencia, sin duda alguna, polvorienta y desolada—, debe de haber contribuido a acrecentar la desesperación del desventurado Colt.

Pero cuando este resentimiento del viejo Adams se apoderó de mí y me tentó en lo concerniente a Bartleby, luché con él y lo vencí. ¿Cómo? Recordando sencillamente el divino precepto: *Un nuevo mandamiento os doy: amaos los unos a los otros*. Sí, esto fue lo que me salvó. Junto con otras consideraciones de orden superior, la caridad a menudo actúa como un principio sabio y prudente, como una poderosa salvaguardia para su poseedor. Los hombres han asesinado por celos, y por rabia, y por odio, y por egoísmo, y por orgullo espiritual; pero no hay hombre, que yo sepa, que haya cometido un asesinato por caridad. La prudencia, entonces, si no puede aducirse motivo mejor, basta para impulsar a todos los seres hacia la filantropía y la caridad. En todo caso, en esta ocasión me esforcé en ahogar mi irritación con el amanuense, interpretando benévolutamente su conducta. ¡Pobre hombre, pobre hombre!, pensé, no sabe lo que hace; y además, ha pasado días muy duros y merece indulgencia.

Procuré también ocuparme en algo; y al mismo tiempo consolar mi **desaliento**. Traté de imaginar que en el curso de la mañana, en un momento que le viniera bien, Bartleby, por su propia y libre voluntad, saldría de su ermita, decidido a encaminarse a la puerta. Pero no, llegaron las doce y media, la cara de Turkey se encendió, volcó el tintero y empezó su turbulencia; Nippers declinó la calma y cortesía; Ginger Nut mascaba su manzana del mediodía; y Bartleby siguió de pie en la ventana en uno de sus profundos sueños frente al muro. ¿Me creerán? ¿Me atreveré a confesarlo? Esa tarde abandoné la oficina,

lo doméstico... Una oficina sin alfombras, de aspecto sucio y desastrado: eso debió de ser lo que más contribuyó a aumentar la furia desesperada del desventurado Colt.

Pero cuando este Adams cargado de resentimiento despertó en mí y me tentó con Bartleby, lo agarré y lo eché fuera. ¿Cómo? Simplemente, recordando el precepto divino: «Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros». Sí, esto fue lo que me salvó. Junto con otras consideraciones de orden superior, la caridad a menudo actúa como un principio sabio y prudente: toda una garantía para el que la posee. Los hombres han asesinado por celos, por ira, por odio, por egoísmo, por orgullo espiritual. Pero nadie, que yo sepa, ha cometido jamás un crimen diabólico por caridad. El [43] propio interés, pues, a falta de mejor motivo, debería impulsar a todos los seres (y, en especial, a los hombres temperamentalmente) a la caridad y a la filantropía. Fuera como fuera, en esta ocasión me esforcé en ahogar mi irritación con el amanuense, interpretando benévolutamente su conducta. ¡Pobre hombre, pobre hombre!, pensé, no tiene malas intenciones; y, además, lo ha pasado mal y hay que comprenderlo.

Me propuse, también, distraerme con algo y, a la vez, per mí mismo tiempo consolar mi **desaliento**. Intenté imaginar que, en el curso de la mañana, en el momento en que le apeteciera, Bartleby, por su propia voluntad, saldría de su ermita y emprendería una marcha decidida en dirección a la puerta. Pero no. Dieron las doce. A Turkey se le encendió la cara, visage flambant, à renverser son encrier, à manifester en toutes choses sa turbulence; Lagrinche tomba dans une courtoisie tranquille; Gingembre mâchonna sa pomme méridienne; et Bartleby resta debout à sa fenêtre, perdu dans l'une de ses plus profondes rêveries face au mur aveugle. Le croira-t-on ? Dois-je l'avouer ? Cette Esa tarde me marché de la après-midi-là, je quittai l'étude

plancher nu, d'aspect poussiéreux et hagard — oui, c'est là, sans doute, ce qui avait dû contribuer pour une grande part à [58] pousser jusqu'à la frénésie l'irritation du malheureux Colt.

Mais quand ce vieil Adam de ressentiment s'éleva en moi et m'inspira des tentations au sujet de Bartleby, je le saisis à bras-le-corps et le terrassai. Comment cela? Eh bien, simplement en me remémorant la divine injonction : « Je vous apporte un nouveau commandement : aimez-vous les uns les autres. » Oui, voilà ce qui me sauva. C'est l'une des moindres vertus de la charité qu'elle opère souvent comme un grand principe de sagesse et de prudence; elle est pour qui la possède une excellente sauvegarde. On a vu commettre des meurtres par jalousie, par colère, par haine, par égoïsme, par orgueil spirituel, mais on n'a jamais parlé d'un meurtre diabolique commis au nom de la douce charité? Leur seul intérêt personnel, à défaut d'un motif meilleur, devrait donc inciter tous les hommes, et particulièrement les tempéraments emportés, à la charité et à la philanthropie. Dans le cas présent, en tout cas, je m'appliquai à étouffer les sentiments d'exaspération que m'inspirait le scribe en interprétant sa conduite avec bienveillance. Pauvre garçon, pauvre garçon! pensai-je, il ne songe point à mal; et puis il en a vu de dures et mérite de l'indulgence.

En outre, je lis en sorte de m'occuper immédiatement et de ranimer du même coup mes [59] **esprits abattus**. J'essayai de me persuader qu'au cours de la matinée, à son heure et de son propre mouvement, Bartleby émergerait de son ermitage et prendrait résolument la direction de la porte. Mais non. Midi et demi sonna. Dindon se mit à offrir un visage flambant, à renverser son encrier, à manifester en toutes choses sa turbulence; Lagrinche tomba dans une courtoisie tranquille; Gingembre mâchonna sa pomme méridienne; et Bartleby resta debout à sa fenêtre, perdu dans l'une de ses plus profondes rêveries face au mur aveugle. Le croira-t-on ? Dois-je l'avouer ? Cette Esa tarde me marché de la après-midi-là, je quittai l'étude

umanizzante dei rapporti familiari, un ufficio dall'aspetto nudo, indubbiamente polveroso e squallido - ecco che cosa doveva aver contribuito a esacerbare la rabbia disperata dello sfortunato Colt.

Ma quando in me sorse questo rancore, quando in me si svegliò il vecchio Adamo, per tentarmi contro Bartleby, lo abbrancai e lo respinsi. Come? Limitandomi a ricordare il comando divino: «Un nuovo comandamento io do a tutti voi, che vi amiate l'un l'altro».? Sì, fu questo a salvarmi. A prescindere da nobili considerazioni, la carità spesso opera alla stregua di un principio saggio e prudente - una grande salvaguardia per chi la possiede. Gli uomini hanno ucciso per gelosia, per rabbia, per odio, per egoismo, per orgoglio spirituale, ma nessun uomo, per quanto ne sappia, ha mai ucciso per la dolce carità. Per mero interesse personale allora, in mancanza di un motivo migliore, tutti, specie le persone colliche, dovrebbero praticare la carità e la filantropia. In ogni modo, nell'attuale situazione, cercai con tutte le forze di soffocare la mia esasperazione nei confronti dello scrivano interpretando benevolmente la sua condotta. «Poveretto, poveretto!», pensai. «Non ha cattive intenzioni, senza contare che ne ha conosciuti di momenti difficili e bisogna aver pazienza con lui».

Mi sforzai anche di trovare subito qualcosa da fare e, nello stesso tempo, di dare sollievo al mio **sconforto**. Cercai di cullarmi nella fantasia che, nel corso della mattinata, in un momento che gli fosse andato a genio, Bartleby, di sua spontanea volontà, sarebbe emerso dal suo cantuccio per imboccare con decisione la direzione della porta. Niente da fare. Venne la mezza; Tacchino cominciò a irradiare luce dal volto, a rovesciare il calamaio, a farsi insofferente; Pince- Nez si acquietò in una cortese compostezza; Zenzero prese a rosicchiare la mela del pranzo; Bartleby, in piedi davanti alla finestra, era immerso in una delle sue più profonde fantasticherie sul muro cieco. Lo si crederà? Dovrei ammetterlo? Quel

17 Melville se refiere aquí al asesinato de Samuel Adams por John C. Colt, en Nueva York, en enero de 1842. Obsérvese de nuevo, la sutil inversión que realiza el narrador, al compararse con el asesino Colt, cuando, en realidad, la alusión a este hecho histórico esconde su propio miedo a que el cadavérico escribiente lance una sombra de muerte sobre él.

la oficina, sin decirle ni una palabra más.

Pararon varios días durante los cuales, en momentos de ocio, revisé *Edwards on the Will y Priestley on Necessity*. Estos libros, dadas las circunstancias, me produjeron un sentimiento saludable. Gradualmente llegué a persuadirme de que mis disgustos acerca del amanuense, estaban decretados desde la eternidad, y Bartleby me estaba destinado por algún misterioso propósito de la Divina Providencia, que un simple mortal como yo no podía penetrar. Sí, Bartleby, quédate ahí, detrás del biombo, pensé; no te perseguiré más; eres inofensivo y silencioso como una de esas viejas sillas; en una palabra, nunca me he sentido en mayor intimidad que sabiendo que estabas ahí. Al fin lo veo, lo siento; penetro el propósito predestinado de mi vida. Estoy satisfecho. Otros tendrán papeles más elevados, mi misión en este mundo, Bartleby, es proveerte de una oficina por el período que quieras.

Creo que este sabio orden de ideas hubiera continuado, de no mediar observaciones gratuitas y maliciosas que me infligieron profesionales amigos, al visitar las oficinas. Como acontece a menudo, el constante roce con mentes mezquinas acaba con las buenas resoluciones de los más generosos. Pensándolo bien, no me asombra que a las personas que entraban a mi oficina les impresionara el peculiar aspecto del inexplicable Bartleby y se vieran tentadas de formular alguna siniestra observación. A veces un procurador visitaba la oficina, y encontrando solo al amanuense, trataba de obtener de él algún dato preciso sobre mi paradero; sin prestarle atención, Bartleby seguía inmovible en medio del cuarto. El procu-

without saying one further word to him.

Some days now passed, during which, at leisure intervals, I looked a little into "Edwards on the Will," and "Priestley on Necessity." Under the circumstances, those books induced a salutary feeling. Gradually I slid into the persuasion that these troubles of mine, touching the scrivener, had been all predestinated from eternity, and Bartleby was billeted upon me for some mysterious purpose of an all-wise Providence, which it was not for a mere mortal like me to fathom. Yes, Bartleby, stay there behind your screen, thought I; I shall persecute you no more; you are harmless and noiseless as any of these old chairs, in short, I never feel so private as when I know you are here. At last I see it, I feel it; I penetrate to the predestinated purpose of my life. I am content. Others may have loftier parts to enact; but my mission in this world, Bartleby, is to furnish you with office-room for such period as you may see fit to remain.

I believe that this wise and blessed frame of mind would have continued with me, had it not been for the unsolicited and uncharitable remarks obtruded upon me by my professional friends who visited the rooms. But thus it often is, that the constant friction of illiberal minds wears out at last the best resolves of the more generous. Though to be sure, when I reflected upon it, it was not strange that people entering my office should be struck by the peculiar aspect of the unaccountable Bartleby, and so be tempted to throw out some sinister observations concerning him. Sometimes an attorney, having business with me, and calling at my office, and finding no one but the scrivener there, would undertake to obtain some sort of precise information from him touching my whereabouts; but without heeding his idle talk, Bartleby would remain standing immovable in the middle of the room. So after

tarde dejé la oficina sin decirle ni una palabra más.

Pararon algunos días, durante los cuales, en los ratos de ocio, echaba una mirada al *Edwards sobre la Voluntad y al Priestley sobre la Necesidad*. En tales circunstancias, aquellos libros me produjeron un sentimiento saludable. Poco a poco me fui convenciendo de que aquellos problemas míos, relacionados con el escribiente, habían estado predestinados desde la eternidad, y de que Bartleby me había sido adjudicado por algún propósito misterioso de una Providencia omnisciente, que era insondable para un simple mortal como yo. Sí, Bartleby, quédate ahí tras el biombo, ya no le perseguiré; usted tan inofensivo y silencioso como cualquiera de estas sillas viejas; en [105] suma, nunca me siento tan a solas como cuando sé que está usted aquí. Por fin lo veo, lo siento, penetro en el propósito predestinado de mi vida. Estoy contento. Otros pueden tener papeles más elevados que desempeñar, pero mi misión en este mundo, Bartleby, es proporcionarle una oficina para todo el tiempo que crea conveniente permanecer en ella.

Creo que habría continuado con este estado de ánimo sabio y bienaventurado, si no hubiese sido por las observaciones gratuitas y despiadadas que me lanzaban los colegas que venían al despacho. Pero a menudo es así, que la desavenencia constante de mentes poco liberales desgasta al final las mejores resoluciones de los más generosos. Aunque con seguridad, cuando reflexionaba sobre ello, no era extraño que la gente que entraba en mi oficina se sorprendiera por el aspecto peculiar del inexplicable Bartleby, y se sintiese tentada a hacer algunas observaciones siniestras acerca de él. Algunas veces un procurador, que tenía negocios conmigo, al venir a la oficina, y no encontrar a nadie allí, excepto al escribiente, intentaba obtener de él algún tipo de información precisa con respecto a mi paradero; pero sin atender a su fútil charla, Bartleby permanecía inmóvil en mitad de la habitación. De for-

après-midi-là, je quittai l'étude sans dire un mot de plus.

Des jours s'écoulaient, durant lesquels, à mes moments perdus, je feuilletais le livre d'Edwards sur la «volonté» et celui de Priestley sur la «nécessité». En la circonstance, ces livres exercèrent sur moi une influence salutaire. J'en vins progressivement à la conviction que mes contrariétés avec le scribe étaient prédestinées de toute éternité et que Bartleby m'était envoyé par la Providence en sa sagesse pour quelque mystérieuse raison qu'il ne m'appartient pas à moi, simple mortel, de sonder. Oui, Bartleby, reste là derrière ton paravent, pensai-je; je ne te persécuterai plus; tu es aussi inoffensif et silencieux que ces vieilles chaises; bref, je ne me sens jamais aussi à mon aise que lorsque je te sais présent. Enfin, je le vois, je le sens; je pénètre le but prédestiné de ma vie. Je suis satisfait. D'autres peuvent avoir des rôles plus nobles à jouer; ma mission en ce monde, Bartleby, est de te nantir d'un bureau pour le temps que tu jugeras bon d'y rester.

Je crois que cette disposition d'esprit bénigne et bête eût continué sans les remarques intempestives et désobligeantes dont m'accablait mes confrères lorsqu'ils venaient me trouver. Il arrive souvent, en effet, qu'au contact d'esprits étroits, les meilleures résolutions des hommes les plus généreux s'érodent. A la réflexion, cependant, il ne fallait pas s'étonner que mes visiteurs, frappés par l'esprit singulier de Bartleby, aient lancé quelques sinistres remarques à son sujet. Parfois un avoué, venu traiter une affaire à [46] mon bureau et ne trouvant personne d'autre que le scribe, s'efforçait d'obtenir de lui quelque renseignement précis sur mes déplacements; mais sans prêter attention à ce babillage oisif, Bartleby restait immuable au milieu de la

sin decirle ni una palabra más.

Pararon varios días durante los cuales, en momentos de ocio, revisé *Edwards on the Will y Priestley on Necessity*. Estos libros, dadas las circunstancias, me produjeron un sentimiento saludable. Gradualmente llegué a persuadirme de que mis disgustos acerca del amanuense, estaban decretados desde la eternidad, y Bartleby me estaba destinado por algún misterioso propósito de la Divina Providencia, que un simple mortal como yo no podía penetrar. Sí, Bartleby, quédate ahí, detrás del biombo, pensé; no te perseguiré más; eres inofensivo y silencioso como una de esas viejas sillas; en una palabra, nunca me he sentido en mayor intimidad que sabiendo que estabas ahí. Al fin lo veo, lo siento; penetro el propósito predestinado de mi vida. Estoy satisfecho. Otros tendrán papeles más elevados, mi misión en este mundo, Bartleby, es proveerte de una oficina por el período que quieras.

Creo que este sabio orden de ideas hubiera continuado, de no mediar observaciones gratuitas y maliciosas que me infligieron profesionales amigos, al visitar las oficinas. Como acontece a menudo, el constante roce con mentes mezquinas acaba con las buenas resoluciones de los más generosos. Pensándolo bien, no me asombra que a las personas que entraban a mi oficina les impresionara el peculiar aspecto del inexplicable Bartleby y se vieran tentadas de formular alguna siniestra observación. A veces un procurador visitaba la oficina, y encontrando solo al amanuense, trataba de obtener de él algún dato preciso sobre mi paradero; sin prestarle atención, Bartleby seguía inmovible en medio del cuarto. El procu-

oficina sin decirle ni una palabra más.

Pararon unos días durante los cuales, en mis ratos libres, hojeé *Sobre la voluntad*, de Edwards y *De la necesidad*, de Priestley. Dadas las circunstancias, estos libros producían un influjo saludable. Poco a poco llegué a convencerme de que estos problemas míos relativos al escribiente me estaban predestinados desde la noche de los tiempos, y Bartleby había venido a parar a mi casa por algún designio misterioso de la omnisciente Providencia, que yo, en mi condición de simple mortal, no era quien para desentrañar. «Sí, Bartleby –pensé–, quédate ahí, detrás de tu biombo; no lo atosigaré más; eres usted tan inofensivo y silencioso como cualquiera de estas sillas; para sentirme a solas, en suma, me basta saber que usted está ahí. Al fin lo veo, al fin lo sé; he alcanzado a saber el propósito que el destino ha asignado a mi vida. Me conformo. A otros les tocará interpretar papeles más sublimados. Pero mi misión en este [44] mundo, Bartleby, es proporcionarle un rincón en mi oficina por el tiempo que usted tenga a bien quedarse.»

Creo que hubiese persistido en esta prudente y bendita actitud de no haber sido por las inoportunas observaciones poco caritativas que me hacían los colegas que visitaban el despacho. Así es la vida: la acción continuada de los intolerantes acaba por anular los buenos propósitos de los más generosos. Aunque, si se piensa, no era de extrañar que a los que entraban en mi oficina les chocara el singular aspecto del inefable Bartleby, y no pudieran menos que arrojar algún comentario siniestro con respecto a él. A veces, algún abogado que acudía a mi oficina por tener asuntos que tratar conmigo, al no encontrar más que al escribiente, se proponía obtener de él alguna información precisa sobre mi paradero; y Bartleby, haciendo caso omiso de la palabrería de éste, seguía inmóvil en medio de la habitación. De modo que,

sans lui dire un mot de plus.

Quelques jours passèrent, pendant lesquels je pratiquai quelque peu à mes moments perdus *L a Volonté d'Edwards et La Nécessité* de Priestley. Dans la conjoncture, ces ouvrages eurent sur moi une influence salutaire. Je vins peu à peu à me persuader que mes désagréments relatifs au scribe étaient prédestinés de toute éternité, que Bartleby avait été nanti d'un billet de logement pour mon étude par une très sage Providence, et cela pour quelque mystérieux dessein qu'il ne m'appartenait pas, à moi, simple mortel, de sonder. «Oui, Bartleby, pensai-je, reste là derrière ton paravent, je ne te persécuterai plus; tu es aussi inoffensif, aussi peu bruyant que n'importe laquelle de ces vieilles chaises; bref, je ne me sens jamais autant en paix [60] que lorsque je te sais là. Je le vois, je l'éprouve enfin; je pénètre la raison d'être prédestinée de ma vie. Je suis satisfait. D'autres peuvent avoir des rôles plus élevés à jouer; quant à moi, ma mission en ce monde, Bartleby, est de mettre mon étude à ta disposition aussi longtemps que tu trouveras bon d'y rester.»

Je crois que ce sage et bienheureux état d'esprit eût persisté sans les remarques peu charitables dont me gratifiaient spontanément les collègues qui venaient me rendre visite. Mais le continuel contact d'esprits intolérants finit par user les meilleures résolutions des plus généreux d'entre les hommes; bien qu'à vrai dire, lorsque j'y réfléchis, il fût assez naturel que les visiteurs qui entraient dans mon bureau, frappés par l'aspect singulier de l'inexplicable Bartleby, fussent tentés de lancer quelques sinistres observations à son sujet. Parfois un avoué, venant à mon étude pour traiter quelque affaire avec moi et n'y trouvant que le scribe, s'efforçait d'obtenir de lui quelque information précise sur les lieux que je fréquentais; mais Bartleby, sans prendre garde à son papotage, demeurait immobile au milieu de la pièce. De sorte qu'après

pomeriggio lasciai l'ufficio senza rivolgergli altra parola.

Trascorsero alcuni giorni, durante i quali, negli intervalli liberi, leggevo *L a Volonté* di Edwards e *La Nécessité* di Priestley. Sulla volontà e quello di Priestley Sulla necessità. Date le circostanze, quei libri mi ispirarono sentimenti salutari. A poco a poco mi abbandonai alla convinzione che i miei affanni, riguardanti lo scrivano, fossero stati predestinati dall'eternità e che Bartleby mi fosse stato assegnato per qualche misterioso scopo da una onnisciente Provvidenza, impercettibile per un semplice mortale come me. «Sì Bartleby, stannene lì, dietro il tuo paravento», pensavo. «Non ti perseguirò più; sei innocuo e silenzioso come una di queste vecchie sedie. In breve, non mi sento mai così solo come quando so che sei lì. Perlo meno lo vedo, lo percepisco, intuisco lo scopo predestinato della mia vita. Mi basta. Altri forse avranno ruoli più nobili da interpretare, ma la mia missione nel mondo, Bartleby, è di darti una stanza d'ufficio per tutto il tempo che ti andrà di rimanervi».

Sono convinto che avrei persistito in questa saggia e beata disposizione, se non fosse stato per le osservazioni gratuite e impetose lanciatemi dai colleghi che venivano nel mio studio. Spesso accade che la contiguità con animi poco liberali finisca con il logorare i migliori propositi degli animi generosi. Riflettendoci tuttavia, non era strano, a ben pensarci, che quanti entravano nel mio ufficio, colpiti dall'aspetto peculiare dell'inesplicabile Bartleby, fossero tentati di buttare lì qualche commento perfido su di lui. A volte veniva nello studio questo o quel procuratore, che aveva affari con me, e, non trovando nessuno tranne lo scrivano, si adoperava per ottenere da lui qualche indicazione su dove io fossi, ma Bartleby, indifferente a quelle vane chiacchiere, se ne rimaneva immobile, in piedi in mezzo alla stanza. E il procuratore, dopo averlo

18.Los dos tratados mencionados, uno de Jonathan Edwards, *Inquiry into the Freedom of Will* (Boston, 1754), y el otro de Joseph Priestley, *The Philoosophical Doctrine of Necessity* (Londres, 1977), ilustran las posiciones filosóficas contrapuestas de Bartleby y del abogado, respectivamente, sobre el tema de la voluntad humana.

rador, después de contemplarlo en esa posición por un rato, se despedía, tan ignorante como había venido.

También, cuando alguna audiencia tenía lugar, y el cuarto estaba lleno de abogados y testigos, y se sucedían los asuntos, algún letrado muy ocupado, viendo a Bartleby enteramente ocioso le pedía fuera a buscar en su oficina (la del letrado) algún documento. Bartleby, en el acto, rehusaba tranquilamente y se quedaba tan ocioso como antes. Entonces el abogado se quedaba mirándolo asombrado, le clavaba los ojos y luego me miraba a mí. Y yo ¿qué podía decir? Por fin, me di cuenta de que en todo el círculo de mis relaciones corría un murmullo de asombro acerca del extraño ser que cobijaba en mi oficina. Esto me molestaba ya muchísimo. Se me ocurrió que podía ser longevo y que seguiría ocupando mi departamento, y desconociendo mi autoridad y asombrando a mis visitantes; y haciendo escandalosa mi reputación profesional; y arrojando una sombra general sobre el establecimiento y manteniéndose con sus ahorros (porque indudablemente no gastaba sino medio real por día), y que tal vez llegara a sobrevivirme y a quedarse en mi oficina reclamando derechos de posesión, fundados en la ocupación perpetua. A medida que esas oscuras **anticipaciones** me abrumaban, y que mis amigos menudeaban sus implacables observaciones sobre esa aparición en mi oficina, un gran cambio se operó en mí. Resolví hacer un esfuerzo enérgico y librarne para siempre de esta pesadilla intolerable

Antes de urdir un complicado proyecto, sugerí, simplemente, a Bartleby la conveniencia de su partida. En un tono serio y tranquilo, entregué la idea a su cuidadosa y madura consideración. Al cabo de tres días de meditación,

contemplating him in that position for a time, the attorney would depart, no wiser than he came.

Also, when a reference was going on, and the room full of lawyers and witnesses, and business driving fast, some deeply occupied legal gentleman present, seeing Bartleby wholly unemployed, would request him to run round to his (the legal gentleman's) office and fetch some papers for him. Thereupon, Bartleby would tranquilly decline, and yet remain idle as before. Then the lawyer would give a great stare, and turn to me. And what could I say? At last I was made aware that all through the circle of my professional acquaintance, a whisper of wonder was running round, having reference to the strange creature I kept at my office. This worried me very much. And as the idea came upon me of his possibly turning out a long-lived man, and keep occupying my chambers, and denying my authority; and perplexing my visitors; and scandalising my professional reputation; and casting a general gloom over the premises; keeping soul and body together to the last upon his savings (for doubtless he spent but half a dime a day), and in the end perhaps outlive me, and claim possession of my office by right of his perpetual occupancy: as all these dark **anticipations** crowded upon me more and more, and my friends continually intruded their relentless remarks upon the apparition in my room; a great change was wrought in me. I resolved to gather all faculties together, and forever rid me of this intolerable **incubus**.

Ere revolving any complicated project, however, adapted to this end, I first simply suggested to Bartleby the propriety of his permanent departure. In a calm and serious tone, I commended the idea to his careful and mature consideration. But, having taken three days to meditate

ma que, tras contemplarlo durante un rato en esa posición, el procurador se iba sin saber más que cuando llegó.

También, cuando se celebraba una consulta, y la habitación estaba llena de abogados y de testigos, y los asuntos iban deprisa, algún letrado de entre los presentes que se hallaba muy ocupado en aquel momento, al ver a Bartleby totalmente inactivo, le pedía que se acercase a su oficina (la del letrado) y le trajera algunos papeles. A lo cual Bartleby se negaba tranquilamente, y continuaba tan ocioso como antes. Entonces el abogado se le quedaba mirando muy fijamente y se volvía hacia mí. ¿Y qué podía yo decir? Finalmente me enteré de que en mi círculo profesional corría un murmullo de asombro, referente a la extraña criatura que guardaba en mi oficina. Esto me preocupó mucho. Y al ocurrírseme la idea de que posiblemente llegaría a ser un hombre longevo, y seguiría ocupando mi bufete y negando mi autoridad; y dejando perplejos a mis visitantes; y haciendo escandalosa mi reputación profesional; e interfundiendo una tristeza general sobre mi local; manteniendo [106] alma y cuerpo hasta el final de sus ahorros (pues sin duda no gastaba más que medio centavo diario), y de que quizás al final me sobreviviría, y reclamaría el derecho a la posesión de mi oficina por su ocupación perpetua: al agolparse cada vez más en mi mente todas estas **premoniciones** sombrías, y al lanzar mis amigos continuamente observaciones implacables sobre la aparición que había en mi despacho, un gran cambio se obró en mí. Decidí reunir todas mis fuerzas y librarne para siempre de aquel íncubo intolerable.

Sin embargo, antes de iniciar algún proyecto complicado, adapté a este fin, primero le sugerí a Bartleby la conveniencia de su partida definitiva. En un tono serio y tranquilo, encomendé la idea a su consideración cuidadosa y madura. Pero, después de tomarse tres días para meditar

pièce. Après l'avoir considéré un moment dans cette attitude, l'avoué s'en allait, gros Jean comme devant.

De même, lorsqu'à l'occasion de certains jugements en référé, mon étude était bondée d'hommes de loi et de témoins, dans l'ardeur de la séance il n'était pas rare que l'un de ces messieurs, débordé, et voyant Bartleby parfaitement inoccupé, lui, demandât de faire un saut jusqu'à son bureau (d'homme de loi) pour en rapporter quelques papiers. Bartleby déclinait tranquillement l'invite tout en restant aussi coi qu'au-paravant. L'homme de loi écarquillait alors les yeux et se tournait vers moi. Que pouvais-je dire? Finalement, je me rendis compte que dans le cercle de mes relations d'affaires courait un murmure d'étonnement au sujet de l'étrange créature que j'abritais dans mes bureaux. Cela me rendit soucieux. L'idée me vint même que Bartleby pourrait vivre jusqu'à un âge avancé; continuer à occuper mes bureaux; saper mon autorité; confondre mes visiteurs; ruiner ma réputation d'homme de loi; jeter une ombre générale sur les lieux; garder l'âme chevillée au corps grâce à ses économies (car il ne dépensait sûrement pas plus d'une demi-dime par jour), et, à la fin des fins, me survivre peut-être, et réclamer possession de mon bureau par droit d'occupation perpétuelle; ces sombres **prévisions** se bousculant dans mon esprit, et mes amis se livrant sans répit à des remarques sur l'étrange apparition qui hantait ma pièce, un grand changement s'opéra en moi. Je résolus de battre le rappel de mes facultés pour me délivrer à tout jamais de cet intolérable incube.

Avant, cependant, d'élaborer un plan compliqué et conforme à ce dessin, je me contentai d'abord désugérer à Bartleby l'opportunité de son départ définitif. D'un ton calme et sérieux, je confiai cette idée à sa mère et attentive considération. Mais, après avoir pris trois jours

rador, después de contemplarlo en esa posición por un rato, se despedía, tan ignorante como había venido.

También, cuando alguna audiencia tenía lugar, y el cuarto estaba lleno de abogados y testigos, y se sucedían los asuntos, algún letrado muy ocupado, viendo a Bartleby enteramente ocioso le pedía fuera a buscar en su oficina (la del letrado) algún documento. Bartleby, en el acto, rehusaba tranquilamente y se quedaba tan ocioso como antes. Entonces el abogado se quedaba mirándolo asombrado, le clavaba los ojos y luego me miraba a mí. Y yo ¿qué podía decir? Por fin, me di cuenta de que en todo el círculo de mis relaciones corría un murmullo de asombro acerca del extraño ser que cobijaba en mi oficina. Esto me molestaba ya muchísimo. Se me ocurrió que podía ser longevo y que seguiría ocupando mi departamento, y desconociendo mi autoridad y asombrando a mis visitantes; y haciendo escandalosa mi reputación profesional; y arrojando una sombra general sobre el establecimiento y manteniéndose con sus ahorros (porque indudablemente no gastaba sino medio real por día), y que tal vez llegara a sobrevivirme y a quedarse en mi oficina reclamando derechos de posesión, fundados en la ocupación perpetua. A medida que esas oscuras **anticipaciones** me abrumaban, y que mis amigos menudeaban sus implacables observaciones sobre esa aparición en mi oficina, un gran cambio se operó en mí. Resolví hacer un esfuerzo enérgico y librarne para siempre de esta pesadilla intolerable

Antes de urdir un complicado proyecto, sugerí, simplemente, a Bartleby la conveniencia de su partida. En un tono serio y tranquilo, entregué la idea a su cuidadosa y madura consideración. Al cabo de tres días de meditación,

después de contemplarlo en esa posición por un tiempo, el abogado se iba sabiendo lo mismo que cuando vino.

Igualmente, cuando se estaba examinando un caso y el despacho estaba lleno de abogados y testigos, y el trabajo urgía, algún ocupadísimo profesional del derecho, al ver a Bartleby sin nada que hacer, le pedía que se acercase a su oficina (la del profesional) y le trajera unos papeles. A lo que Bartleby tranquilamente se negaba, quedándose igual de inactivo que antes. Entonces el abogado lo miraba de arriba a abajo y luego me miraba a mí. ¿Qué podía decirle yo? Al fin, me percaté de que entre mis colegas circulaba un rumor de asombro, concierne a la extraña criatura que tenía yo en mi oficina. Eso me preocupaba bastante. Y como se me ocurrió que cabía la posibilidad de que Bartleby viviese muchos años y siguiese ocupando mis dependencias y desoyendo mi autoridad y dejando perplejos a mis visitantes y enturbiando mi reputación profesional y derramando un aire de tristeza sobre el local y [45] vieniendo de sus ahorros hasta el último momento (puesto que no debía de gastar más de cinco centavos al día), y llegaría quizás a sobrevivirme y a reclamar el derecho a la propiedad de mi oficina por ocupación perpetua; como todos estos oscuros **presagios** se cernían sobre mí, y mis amigos no dejaban de inmiscuirse con sus despidados comentarios sobre el fantasma de mi despacho, un gran cambio se produjo en mí. Resolví hacer acopio de todas mis fuerzas y librarne para siempre de este incubo intolerable.

Con todo, antes de emprezar a dar vueltas a algún proyecto complicado que obedeciera a este fin, le insinué a Bartleby lo conveniente de su marcha definitiva. En un tono tranquilo y serio, sometí la idea a su atenta y madura consideración. Pero, después de tomarse tres días para me-

l'avoir contemplé pendant un certain temps dans cette posture, l'avoué s'en allait gros jean comme devant.

Il arrivait aussi, lorsqu'un jugement en référé se déroulait à mon étude et que la séance battait son [61] plein dans la salle bondée d'hommes de loi et de témoins, il arrivait, dis-je, que l'un de ces messieurs, se trouvant fort occupé et voyant Bartleby entièrement oisif, lui demandait de courir à son bureau (j'entends le bureau du monsieur en question) pour lui rapporter certains papiers. Sur quoi, Bartleby refusait tranquillement, sans sortir pour autant de son oisiveté. Alors l'homme de loi le dévisageait fixement, puis se tournait vers moi. Mais que pouvais-je dire? Finalement, je me rendis compte que, dans le cercle de mes relations d'affaires, un murmure d'étonnement courait de bouche en bouche à propos de l'étrange individu que j'avais à mon étude. Cela m'ennuya fort. L'idée me vint que Bartleby pourrait bien atteindre à un âge avancé, et continuer à occuper mes bureaux et à défier mon autorité, déconcerter mes visiteurs, exposer au scandale ma réputation professionnelle, jeter une ombre générale sur les lieux, se maintenir en vie jusqu'au bout grâce à ses économies (sans aucun doute il ne dépensait que quelques sous par jour) et, venant peut-être à me survivre, réclamer enfin la possession de mon étude en vertu du droit que lui conférerait son occupation perpétuelle. Ces sombres **perspectives** s'offraient de plus en plus souvent à mon esprit, et mes amis ne cessant de me prodiguer leurs impitoyables remarques sur l'apparition qui hantait mon bureau, un grand changement s'opéra en [62] moi. Je résolus de rassembler toutes mes forces et de me débarrasser à jamais de cet incube.

Cependant, avant d'élaborer à cette fin aucun plan compliqué, je me contentai d'abord de suggérer à Bartleby l'opportunité de son départ définitif. Je recommandai cette idée d'un ton calme et grave à sa mère et attentive considération. Mais, après avoir pris trois jours pour méditer là-

contemplato in quella posizione per qualche tempo, se ne andava senza aver saputo nulla.

Oppure, quando si svolgeva un arbitrato, con l'ufficio gremito di avvocati e testimoni, mentre il lavoro urgeva, qualche legale presente, immerso nelle sue occupazioni, vedendo Bartleby che non faceva assolutamente nulla, gli chiedeva di andare di corsa nel suo ufficio (del legale) a prendergli qualche documento. Al che Bartleby tranquillamente rifiutava, restandosene con le mani in mano come prima. Il legale, a questo punto, sgranando gli occhi, si voleva verso di me. Che cosa potevo dire? Alla fine mi resi conto che nella cerchia delle mie conoscenze professionali circolavano sussurri di sorpresa per la strana creatura che tenevo nello studio. Questo mi preoccupò molto. E mentre si faceva strada il pensiero che potesse magari essere un uomo longevo e continuare a occupare i miei locali, a rifiutare la mia autorità, a mettere in imbarazzo i miei visitatori, a screditare la mia reputazione professionale, a gettare un'ombra sinistra sull'ufficio, tenendo l'anima stretta coi denti fino all'ultimo centesimo dei suoi risparmi (non c'era dubbio, infatti, che spendesse al massimo cinque centesimi al giorno), e finisse con il sopravvivermi, avanzando pretese sulla proprietà degli uffici per usucapione con la sua occupazione perpetua; mentre tutti questi cupi **presagi** mi si affollavano in mente sempre più pressanti, e mentre i miei amici, irriducibili, di continuo mi imponevano le loro osservazioni sul fantasma dell'ufficio, un grande mutamento si operò in me. Decisi di raccogliere tutte le mie energie e liberarmi, una volta per tutte, di quell'intollerabile incubo.

Prima di elaborare un piano complicato adatto allo scopo, mi limitai a suggerire a Bartleby l'opportunità di una sua partenza definitiva. In tono calmo e grave gli sottoposi l'idea, invitandolo a valutarla con matura ponderazione. Ma, dopo essere stato tre giorni a meditarvi, mi

me comunicó que sostenía su criterio original; en una palabra, que prefería permanecer conmi-go.

¿Qué hacer?, dije para mí, abotonando mi abrigo hasta el último botón. ¿Qué hacer? ¿Qué debo hacer? ¿Qué dice mi conciencia que debería hacer con este hombre, o más bien, con este fantasma? Tengo que librarme de él; se irá, pero ¿cómo? ¿Echarás a ese pobre, pálido, pasivo mortal, arrojarás a esa criatura indefensa? ¿Te deshonrarás con semejante crueldad? No, no quiero, no puedo hacerlo. Más bien lo dejaría vivir y morir aquí y luego emparedaría sus restos en el muro. ¿Qué harás entonces? Con todos tus ruegos, no se mueve. Deja los sobornos bajo tu propio pisapapeles, es bien claro que prefiere quedarse conti-guo.

Entonces hay que hacer algo severo, algo fuera de lo común. ¿Cómo, lo harás arrestar por un gendarme y entregará su inocente palidez a la cárcel? ¿Qué motivos podrías aducir? ¿Es acaso un vagabundo? ¿Cómo! ¿él, un vagabundo, un ser errante, él, que rehúsa moverse? Entonces, ¿porque no quiere ser un vagabundo, vas a clasificarlo como tal? Esto es un absurdo. ¿Carece de medios visibles de vida?, bueno, ahí lo tengo. Otra equivocación, indudablemente vive y ésta es la única prueba incontestable de que tiene medios de vida. No hay nada que hacer entonces. Ya que él no quiere dejarme, yo tendré que dejarlo. Mudaré mi oficina; me mudaré a otra parte, y le notificaré que si lo encuentro en mi nuevo domicilio procederé contra él como contra un vulgar intruso.

Al día siguiente le dije: —Estas oficinas están

upon it, he **apprised** me, that his original determination remained the same; in short, that he still preferred to abide with me.

What shall I do? I now said to myself, buttoning up my coat to the last button. What shall I do? what ought I to do? what does conscience say I *should* do with this man, or, rather, ghost? Rid myself of him, I must; go, he shall. But how? You will not thrust him, the poor, **passive** mortal—you will not thrust such a helpless creature out of your door? you will not dishonour yourself by such cruelty? No, I will not, I cannot do that. Rather would I let him live and die here, and then mason up his remains in the wall. What, then, will you do? For all your coaxing, he will not budge. Bribes, he leaves under your own paperweight on your table; in short, it is quite plain that he prefers to cling to you.

Then something severe, something unusual must be done. What! surely you will not have him collared by a constable, and commit his innocent pallor to the common jail? And upon what ground could you procure such a thing to be done?—a vagrant, is he? What! he a vagrant, a wanderer, who refuses to budge? It is because he will *not* be a vagrant, then, that you seek to count him as a vagrant. That is too absurd. No visible means of support; there I have him. Wrong again: for indubitably he *does* support himself, and that is the only unanswerable proof that any man can show of his possessing the means so to do. No more, then. Since he will not quit me, I must quit him. I will change my offices; I will move elsewhere, and give him fair notice, that if I find him on my new premises I will then proceed against him as a common trespasser.

Accordingly, next day I thus addressed

lo, me hizo saber que su determinación original continuaba siendo la misma; en suma, que todavía prefería permanecer conmi-go.

¿Qué voy a hacer?, me dije ahora, abrochándome la chaqueta hasta el último botón. ¿Qué debo hacer? ¿Qué dice mi conciencia que debería hacer con este hombre, o más bien, fantasma? Librarne de él, eso tengo que hacerlo; irse, se irá. Pero ¿cómo? No vas a echar a ese pobre pálido y pasivo mortal, no irás a echar a la calle a una criatura tan desamparada, ¿verdad? ¿Vas a deshonrarte con semejante crueldad? No, no lo haré, no puedo hacer eso. Prefiero dejarle vivir y morir aquí, y luego emparedar sus restos en el muro. ¿Qué vas a hacer entonces? Por mucho que lo engatuses, no se moverá. Deja los sobornos bajo tu propio pisapapeles sobre tu mesa; en suma, está muy claro que prefiere aferrarse a ti.

Entonces hay que hacer algo severo, algo inusitado. ¿Qué! No le vas a hacer detener por un policía y confiar su palidez inocente a la prisión, ¿verdad? ¿Y en qué te basas para conseguir que se haga tal cosa? ¿Es acaso un vagabundo? ¿Qué! ¿Es acaso un mero deador, un vagabundo, quien se niega a moverse? Entonces es porque *no* es un vagabundo por lo que intentas encerrarlo como si fuera un vagabundo. Es demasiado absurdo. Ya le he cazado: no tiene medios visibles para ganarse la vida. Nuevo error, pues indudablemente él sí *re mantiene*, y *ésa* es la única prueba irrefutable, que cualquiera puede aducir, para demostrar que está en posesión de los medios para hacerlo. Entonces, [107] no hay más que hablar. Como él no me va a abandonar, yo tengo que abandonarle a él. Cambiaré de oficinas; me trasladaré a cualquier parte y le haré saber claramente, que si lo encuentro en mi nuevo local, procederé contra él como si fuera un vulgar intruso.

Actuando en consecuencia, al día siguiente me dirigí a él de la siguiente manera:

pour méditer la question, il m'apprit que sa détermination première restait la même; bref, qu'il aimait mieux rester chez moi.

Que puis-je faire? me demandai-je en boutonnant ma redingote de haut en bas. Que vais-je faire? Que dois-je faire? Que ma conscience me dicte-t-elle de faire avec cet homme ou, plutôt, ce fantôme? Je dois me débarrasser de lui; il faut qu'il s'en aille. Mais comment? Tu ne vas tout de même pas jeter ce pauvre mortel, hâve et passif, tu ne vas pas jeter une créature aussi démunie à la porte, tu ne vas pas te déshonorer par une telle cruauté? Non, je ne veux pas, je ne peux pas faire cela. Mieux vaudrait le laisser vivre et mourir ici, quitte à emmurer ensuite ses restes sur place. Que vas-tu faire alors? Tu auras beau le cajoler, il ne bougera pas. Les pots-de-vin, il les laisse sous le presse-papier de ta table; en un mot, il est clair qu'il aime mieux s'accrocher à toi.

Il ne me reste qu'à recourir à des mesures sévères, insolites. Comment! Tu ne vas tout de même pas le faire prendre au collet par un gardien de la paix et condamner son innocent pâleur à la prison? Et de quel motif te prévaudrais-tu pour commettre une telle action? Est-ce un vagabond? Lui, un vagabond, un chemineau, alors qu'il refuse de bouger? C'est parce qu'il ne veut PAS devenir vagabond que tu essaies de le faire passer pour tel. C'est trop absurde. Aucun moyen d'existence visible: cette fois je le tiens. Faux une fois de plus, car il est indéniable qu'il subvient à ses besoins et c'est bien la seule façon irrefutable pour un homme de prouver qu'il en a les moyens. Assez, donc. Puisqu'il ne veut pas me quitter, c'est à moi de le faire. Je vais changer de bureau, je vais déménager et je le prévenirai honnêtement que si je le trouve dans mes nouveaux locaux, je le poursuivrai en justice [48] comme n'importe quel quidam coupable de violation de domicile.

Agissant en conséquence, le lendemain je lui tins ces propos:

me comunicó que sostenía su criterio original; en una palabra, que prefería permanecer conmi-go.

¿Qué hacer?, dije para mí, abotonando mi abrigo hasta el último botón. ¿Qué hacer? ¿Qué debo hacer? ¿Qué dice mi conciencia que debería hacer con este hombre, o más bien, con este fantasma? Tengo que librarme de él; eso está claro; que se irá, también. ¿Pero cómo? No vas a echarlo, pobre mortal pálido y pasivo. No vas a poner en la calle a una criatura tan desvalida. No vas a deshonrarte con esa crueldad. No, no lo haré, no puedo hacerlo. Más bien lo dejaría vivir y morir aquí y luego emparedar sus restos en el muro. ¿Qué harás entonces? Con todos tus ruegos, no se mueve. Deja los sobornos bajo tu propio pisapapeles, es bien claro que prefiere quedarse conti-guo.

Entonces hay que hacer algo severo, algo fuera de lo común. ¿Cómo, lo harás arrestar por un gendarme y entregará su inocente palidez a la cárcel? ¿Qué motivos podrías aducir? ¿Es acaso un vagabundo? ¿Cómo! ¿él, un vagabundo, un ser errante, él, que rehúsa moverse? Entonces, ¿porque no quiere ser un vagabundo, vas a clasificarlo como tal? Esto es un absurdo. ¿Carece de medios visibles de vida?, bueno, ahí lo tengo. Otra equivocación, indudablemente vive y ésta es la única prueba incontestable de que tiene medios de vida. No hay nada que hacer entonces. Ya que él no quiere dejarme, yo tendré que dejarlo. Mudaré mi oficina; me mudaré a otra parte, y le notificaré que si lo encuentro en mi nuevo domicilio procederé contra él como contra un vulgar intruso.

Al día siguiente le dije: —Estas oficinas están

ditar, me comunicó que su decisión primera no había cambiado; en suma, que seguía prefiriendo vivir conmi-go.

¿Qué hago?, me dije entonces, mientras me abrochaba la casaca hasta el último botón. ¿Qué hago? ¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer, en conciencia, con este hombre, o más bien fantasma? Que debo librarme de él, eso está claro; que se irá, también. ¿Pero cómo? No vas a echarlo, pobre mortal pálido y pasivo. No vas a poner en la calle a una criatura tan desvalida. No vas a deshonrarte con esa crueldad. No, no lo haré, no puedo hacerlo. Más bien lo dejaría vivir y morir aquí, y luego emparedar sus restos en el muro. ¿Qué vas a hacer entonces? Por mucha caba que le des, no se moverá. Los sobornos los deja debajo de tu propio pisapapeles, en tu mesa. En pocas palabras: está bien claro que prefiere aferrarse a ti.

Entonces deben tomarse medidas severas y extraordinarias. ¿Cuáles? Seguro que no vas a hacer que la policía lo saque encadenado, y confiar su palidez inocente a la cárcel. ¿Y con qué acusación ibas a hacerlo? ¿Por vagabundo? ¿Esta sí que es buena! ¿Vagabundo, viajero, él, que se niega a moverse! Precisamente [46] porque se niega a ser un vagabundo, intentas acusarlo de vagabundo. Demasiado absurdo... No se le conocen medios de vida; ahí lo tengo cogido. ¡Nuevo error! Porque lo que es indudable es que de algo vive, y *ésa* es la única prueba irrefutable de poseer medios de vida que cualquiera puede alegar... Basta. Ya que se niega a dejarme, soy yo el que debo dejarle a él. Cambiaré de oficina. Me mudaré a otro sitio y le haré saber que, si lo encuentro en mi nuevo local, procederé contra él como contra un vulgar intruso.

En consecuencia, al día siguiente me dirigí a él en estos términos:

dessus, il m'**informa** que sa détermination première demeurerait inchangée; qu'en un mot, il préférait rester avec moi.

Que vais-je faire? me demandai-je alors en boutonnant ma jaquette jusqu'au dernier bouton. Que vais-je faire? Que dois-je faire? Qu'est-ce que ma conscience me dicte au sujet de cet homme, ou plutôt de ce fantôme? Me débarrasser de lui s'impose. S'en aller, c'est bien ce qu'il fera. Mais comment? Tu ne vas pas jeter ce malheureux, ce pâle et passif mortel — tu ne vas pas jeter une créature aussi désarmée à la porte? Tu ne vas pas te déshonorer par un pareil acte de cruauté? Non, je ne veux pas, je ne puis pas faire cela. J'aimerais mieux le laisser vivre et mourir ici —quitte à sceller ensuite ses restes dans la muraille. Que feras-tu donc? En dépit de toutes tes exhortations, il ne s'en ira point. Quant aux gratifications, il les laisse sur ta table, sous ton propre presse-papiers. [63] Il est clair, en un mot, qu'il préfère se cramponner à toi.

Alors il faut prendre une mesure sévère, exceptionnelle. Quoi! Tu ne vas tout de même pas le faire appréhender par un agent de police et commettre à la prison commune son innocent pâleur? D'ailleurs, sur quoi t'appuierais-tu pour perpétrer cela? Sur le fait que c'est un vagabond? Comment! Un vagabond, un rôdeur, lui qui refuse de bouger? C'est justement parce qu'il *ne veut pas* être un vagabond que tu cherches à le classer comme tel; cela est par trop absurde. Pas de moyens d'existence visibles: là je le tiens. Point du tout, car il est indubitable qu'il subvient à son existence, et c'est là pour un homme la seule façon irrefutable de prouver qu'il en a les moyens. Il suffit; puisqu'il ne veut pas me quitter, il faut que je le quitte. Je changerai de bureau; j'émigrerai ailleurs; et je le prévenirai honnêtement que, si je le trouve dans mes nouveaux locaux, je le poursuivrai en justice pour pure et simple violation de domicile.

En conséquence, le lendemain je lui tins le discours suivant:

comunicò che rimaneva invariata la sua originaria decisione; in breve, preferiva ancora alloggiare da me.

«Che cosa farò?», mi dissi abbottonandomi la giacca fino all'ultimo bottone. «Che cosa farò? Che cosa dovrei fare? Che cosa in coscienza sarei tenuto a fare di quest'uomo, anzi di questo fantasma? Sbarazzarmene, dovevo; andarsene, dovrà. Ma come? Non lo butterai fuori, quel pover'uomo, pallido, passivo - non butterai fuori una creatura tanto inerme? Non ti disonorerai commettendo una tale crudeltà? No, non lo farò, non posso farlo. Lo lascio piuttosto vivere e morire qui, per murare poi le sue spoglie nella parete. Che cosa farai allora? Puoi blandirlo, ma non lo smuoverai. I soldi che gli dai per convincerlo li lascia sotto il fermacarte sul tuo tavolo. E evidente, insomma, che preferisce aggrapparsi a te.

«Allora è necessario prendere misure drastiche, straordinarie. Cosa! Non vorrai farlo ammanettare da un poliziotto, affidando a un carcere comune la sua esangue innocenza? E poi per quali motivi potresti ottenere una cosa simile? È un vagabondo? Come! Un vagabondo, uno senza fissa dimora, lui che si rifiuta di muoversi? È proprio perché non è un vagabondo che cerchi di farlo passare per vagabondo. Troppo assurdo. Nessun mezzo di sostentamento evidente: ecco che l'ho in pugno. No, sbagliato di nuovo: ha di che vivere; senza dubbio, l'essere vivi è l'unica prova inconfutabile che si ha di che vivere. Niente da fare, allora. Poiché non sarà lui a lasciare me, sarò io a lasciare lui. Cambierò ufficio; andrò altrove; lo avvertirò nei dovuti modi che, se mai lo troverò nei nuovi locali, procederò contro di lui per violazione di domicilio».

Il giorno successivo, agendo di conseguenza, così mi rivolsi a lui:

demasiado lejos de la Municipalidad, el aire es malo. En una palabra: tengo el proyecto de mudarme la semana próxima, y ya no requeriré sus servicios. Se lo comunico ahora, para que pueda buscar otro empleo.

No contestó y no se dijo nada más.

En el día señalado contraté carros y hombres, me dirigí a mis oficinas y, teniendo pocos muebles, todo fue llevado en pocas horas. Durante la mudanza el amanuense quedó atrás del biombo, que ordené fuera lo último en sacarse. Lo retiraron, lo doblaron como un enorme pliego; Bartleby quedó inmóvil en el cuarto desnudo. Me detuve en la entrada, observándolo un momento, mientras algo dentro de mí me reconvenía.

Volví a entrar, con la mano en el bolsillo y mi corazón en la boca.

—Adiós Bartleby, me voy, adiós y que Dios lo bendiga de algún modo, y tome esto. —Deslicé algo en su mano. Pero él lo dejó caer al suelo y entonces, raro es decirlo, me arranqué dolorosamente de quien tanto había deseado librarme.

Establecido en mis oficinas, por uno o dos días mantuve la puerta con llave, sobresaltándose cada pisada en los corredores. Cuando volvía, después de cualquier salida, me detenía en el umbral un instante, y escuchaba atentamente al introducir la llave. Pero mis temores eran vanos. Bartleby nunca volvió.

Pensé que todo iba bien, cuando un señor muy preocupado me visitó, averiguando si yo era el último inquilino de las oficinas en el n° X en Wall Street.

Lleno de aprensiones, contesté que sí.

him: "I find these chambers too far from the City Hall; the air is unwholesome. In a word, I propose to remove my offices next week, and shall no longer require your services. I tell you this now, in order that you may seek another place."

He made no reply, and nothing more was said.

On the appointed day I engaged carts and men, proceeded to my chambers, and, having but little furniture, everything was removed in a few hours. Throughout, the scrivener remained standing behind the screen, which I directed to be removed the last thing. It was withdrawn; and, being folded up like a huge folio, left him the motionless occupant of a naked room. I stood in the entry watching him a moment, while something from within me upbraided me.

I reentered, with my hand in my pocket—and—and my heart in my mouth.

"Good-bye, Bartleby; I am going—good-bye, and God some way bless you; and take that," slipping something in his hand. But it dropped upon the floor, and then—strange to say—I tore myself from him whom I had so longed to be rid of.

Established in my new quarters, for a day or two I kept the door locked, and started at every footfall in the passages. When I returned to my rooms, after any little absence, I would pause at the threshold for an instant, and attentively listen ere applying my key. But these fears were needless. Bartleby never came nigh me.

I thought all was going well, when a perturbed-looking stranger visited me, inquiring whether I was the person who had recently occupied rooms at No. __ Wall Street.

Full of forebodings, I replied that I was.

—Encuentro que estas habitaciones están demasiado lejos de City Hall; el aire es insano. En una palabra, me propongo cambiar de oficina la semana que viene, y ya no necesitaré de sus servicios. Se lo digo ahora para que pueda buscar otro sitio.

No respondió, y no se habló nada más.

El día señalado contraté carromatos y hombres, me dirigí a mi bufete y, como había pocos muebles, todo se trasladó en pocas horas. Mientras tanto, el escribiente permaneció tras el biombo, que yo había dispuesto que fuese lo último en retirarse. Lo retiraron, y doblado como un folio enorme, lo dejé como ocupante inmóvil de una habitación vacía. Me quedé en la entrada observándole un momento, mientras algo dentro de mí me hacía reproches.

Volví a entrar con la mano en el bolsillo y... y un nudo en la garganta.

—Adiós, Bartleby; me voy, ... adiós, y que de alguna manera Dios lo bendiga; y tenga esto—le dije, deslizando algo en su mano. Pero cayó al suelo, y entonces, resulta extraño decirlo, me sentí desgarrado al separarme de aquél de quien tanto había deseado librarme.

Instalado en mis nuevas oficinas, mantuve la puerta cerrada con llave durante un día o dos, y me sobresaltaba a cada pisada que oía por los pasillos. Al volver al despacho, tras una corta ausencia, solía detenerme en el umbral por un instante, y escuchaba atentamente antes de introducir la llave. Pero mis temores eran infundados. Bartleby nunca volvió.

Pensaba que todo iba bien, cuando un desconocido con aire alterado vino a enterarse de si yo era la persona que había ocupado recientemente unas oficinas en el número - de Wall Street.

Lleno de presentimientos, contesté que así era. [108]

—Je trouve ces bureaux trop éloignés de l'Hôtel de Ville; l'air est malsain. En un mot, j'ai l'intention de changer d'étude la semaine prochaine et je n'aurai plus besoin de vos services. Je vous en avise dès maintenant afin que vous puissiez chercher une autre place.

Il ne répondit mot et je n'en dis pas plus.

Au jour prévu, je louai des charrettes et des hommes, pris la direction de mes bureaux, et mon mobilier se réduisant à peu de choses, tout fut déménagé en quelques heures. Pendant le déménagement, le scribe resta debout derrière son paravent, que j'ordonnai de retirer en dernier. On l'enleva enfin; on le plia comme un énorme folio, et Bartleby resta le seul et immobile occupant d'une pièce nue. Debout dans l'entrée, je le considérai pendant un moment et je sentis les remords s'emparer de moi.

Je revins dans la pièce, la main à la poche — et — et le cœur dans la bouche.

—Au revoir, Bartleby; je m'en vais — au revoir, et Dieu vous bénisse; prenez ceci, dis-je en lui glissant quelque chose dans la main. Mais il le laissa tomber par terre et alors, étrange retournement des choses, je dus m'arracher à celui dont j'avais tant voulu me débarrasser.

Une fois installé dans mes nouveaux quartiers, je gardai la porte fermée à clé pendant un jour ou deux, sursautant à chaque bruit de pas dans les couloirs. Lorsque je regagnais mes bureaux après une courte absence, je m'arrêtai un instant sur le seuil et prêtai l'oreille avant d'introduire ma clé dans la serrure. Mais toutes mes craintes se révélèrent sans fondement. Bartleby ne vint jamais dans les parages.

Je pensais que l'affaire était close lorsque je reçus la visite d'un étranger qui, l'air troublé, me demanda si [49] j'étais bien la personne qui avait occupé récemment des locaux au n° ... de Wall Street.

Envahi par de sombres pressentiments, je répondis que c'était bien moi.

demasiado lejos de la Municipalidad, el aire es malo. En una palabra: tengo el proyecto de mudarme la semana próxima, y ya no requeriré sus servicios. Se lo comunico ahora, para que pueda buscar otro empleo.

No contestó y no se dijo nada más.

En el día señalado contraté carros y hombres, me dirigí a mis oficinas y, teniendo pocos muebles, todo fue llevado en pocas horas. Durante la mudanza el amanuense quedó atrás del biombo, que ordené fuera lo último en sacarse. Lo retiraron, lo doblaron como un enorme pliego; Bartleby quedó inmóvil en el cuarto desnudo. Me detuve en la entrada, observándolo un momento, mientras algo dentro de mí me reconvenía.

Volví a entrar, con la mano en el bolsillo y mi corazón en la boca.

—Adiós Bartleby, me voy, adiós y que Dios lo bendiga de algún modo, y tome esto. —Deslicé algo en su mano. Pero él lo dejó caer al suelo y entonces, raro es decirlo, me arranqué dolorosamente de quien tanto había deseado librarme.

Establecido en mis oficinas, por uno o dos días mantuve la puerta con llave, sobresaltándose cada pisada en los corredores. Cuando volvía, después de cualquier salida, me detenía en el umbral un instante, y escuchaba atentamente al introducir la llave. Pero mis temores eran vanos. Bartleby nunca volvió.

Pensé que todo iba bien, cuando un señor muy preocupado me visitó, averiguando si yo era el último inquilino de las oficinas en el n° X en Wall Street.

Lleno de aprensiones, contesté que sí.

—He comprobado que este despacho está muy alejado del ayuntamiento; el aire es malo. En una palabra: me propongo mudarme la semana que viene, y ya no necesitaré sus servicios. Se lo digo ya para que vaya buscándose otro sitio.

No respondió, y nada más se dijo.

El día fijado contraté carros y hombres, me dirigí al despacho y, debido a lo escaso de mi mobiliario, la mudanza quedó hecha en cuestión de horas. El escribiente permaneció todo el tiempo de sobra detrás del biombo, que ordené que fuera cargado en último lugar. Una vez retirado, plegado como un folio enorme, el único ocupante inmóvil que quedó en el cuarto desnudo fue él. Me detuve a la entrada y lo miré un instante, mientras algo dentro de mí me remordía.

Volví a entrar, las manos en los bolsillos y... el corazón que se me salía del pecho.

—Adiós, Bartleby. Me voy. Adiós, y que Dios encuentre el modo de ayudarte. Tome esto — y puse algo en su mano, que cayó al suelo; y luego, suena raro, me costó la misma vida separarme de aquél de quien tanto había deseado librarme.

Instalado en mi nuevo domicilio, durante un par de días tuve la puerta cerrada, y me sobresaltaba cada vez que oía pasos en los corredores. Cuando volvía a mi oficina, después de [47] alguna breve ausencia, me paraba en el vestíbulo un instante y aguzaba el oído antes de meter la llave. Pero estos temores eran innecesarios. Bartleby jamás se acercó a mí.

Pensaba que todo iba bien cuando vino a verme un extraño con aspecto trastornado, que me preguntó si era yo la persona que había ocupado últimamente unas habitaciones en el número *** de Wall Street.

Sabiendo lo que me iba a decir, dije que sí.

« Je trouve ce bureau trop éloigné de l'Hôtel de Ville; l'atmosphère est malsaine. En un mot, je me propose de changer de locaux la semaine prochaine, et je n'aurai plus besoin de vos services. Je vous le dis dès à présent, afin que vous cherchiez [64] un autre habitat. »

Il ne répondit rien, et pas un mot ne fut ajouté.

Au jour dit, je commandai des fourgons et des hommes, me rendis à mes bureaux, et, comme j'avais peu de meubles, le tout fut enlevé en quelques heures. Du commencement à la fin, le scribe resta debout derrière le paravent, que j'ordonnai de n'enlever qu'en dernier lieu. Finalement, on le retira et, lorsqu'il eut été plié comme un énorme in-folio, Bartleby resta l'immobile occupant d'une pièce nue. Je m'attardai quelques instants dans le vestibule pour l'observer, et je sentis monter en moi comme un remords.

Je rentrai dans la pièce, la main à la poche et... et le cœur serré.

« Au revoir, Bartleby. Je m'en vais... au revoir, et que Dieu d'une façon ou d'une autre vous bénisse; prenez ceci », ajoutai-je en lui glissant un billet dans la main. Mais le billet tomba sur le plancher, et alors — chose étrange — je dus m'arracher à cet homme dont j'avais tant aspiré à me débarrasser.

Une fois établi dans mes nouveaux quartiers, pendant un jour ou deux je tins ma porte verrouillée, tressaillant à chaque bruit de pas dans les couloirs. Lorsque je regagnais mes bureaux après ne fût-ce qu'une courte absence, je m'arrêtai un instant sur le seuil pour écouter attentivement avant de mettre la clé dans la serrure. Mais ces craintes [65] étaient superflues. Bartleby ne revint jamais dans mes parages.

Je pensais que tout allait bien lorsque je reçus la visite d'un inconnu qui me demanda d'un air soucieux si je n'avais pas occupé récemment des bureaux au n° ... de Wall Street.

Plein de pressentiments, je répondis que oui.

«Trovo che questo ufficio sia troppo lontano dal municipio, senza contare che l'aria non è buona. Insomma ho intenzione di traslocare la prossima settimana e non avrò più bisogno dei suoi servizi. Glielo dico oggi perché possa trovarsi un altro posto».

Non rispose nulla, e null'altro fu detto.

Nel giorno fissato, noleggiati carri e uomini, andai in ufficio e, avendo soltanto pochi mobili, in poche ore fu portata via ogni cosa. Per tutto il tempo lo scrivano se ne rimase in piedi dietro il paravento che ordinai di portar via per ultimo. Fu tolto e, piegato come un enorme foglio, lo lasciai inquilino immobile di una stanza spoglia. Mi fermai sulla soglia guardandolo per un momento, mentre dentro di me qualcosa mi rimordeva.

Ritornai indietro con la mano in tasca e il cuore in gola.

«Addio, Bartleby, me ne vado... addio e Dio la protegga in qualche modo. Prenda», facendogli scivolare qualcosa in mano. Ma finì a terra e allora - strano a dirsi - dovetti fare uno sforzo per strapparmi da lui, e sì che avevo tanto desiderato sbarazzarme.

Nel mio nuovo studio, per un giorno o due, tenni la porta chiusa a chiave, trasalendo a ogni rumor di passi nel corridoio. Ritornando in ufficio, dopo un'assenza anche brevissima, indugiavo sulla soglia per un attimo, tendendo l'orecchio con attenzione, prima di infilare la chiave. Ma erano paure superflue. Bartleby non venne mai da me.

Pensavo che tutto andasse per il meglio, quando venne a trovarmi uno sconosciuto dall'aria sconvolta, chiedendomi se fossi io la persona che ultimamente aveva occupato i locali al n. di Wall Street.

In preda a cupi presentimenti risposi di sì.

<i>tr. de J. L. Borges</i>	<i>Melville's Bartleby</i>	<i>tr. de Julia Lavid</i>	<i>tr. de M. Causse</i>	<i>tr. de J. L. Borges</i>	<i>tr. de J.M. Benítez Ariza</i>	<i>tr. de Pierre Leyris</i>	<i>unattributed</i>
—Entonces, señor —dijo el desconocido, que resultó ser un abogado—, usted es responsable por el hombre que ha dejado allí. Se niega a hacer copias; se niega a hacer todo; dice que prefiere no hacerlo; y se niega a abandonar el establecimiento.	"Then, sir," said the stranger, who proved a lawyer, "you are responsible for the man you left there. He refuses to do any copying; he refuses to do anything; he says he prefers not to; and he refuses to quit the premises."	-Entonces, señor -dijo el desconocido, que resultó ser un abogado-, es usted responsable del hombre que dejó allí. Se niega a copiar nada. Se niega a hacer nada; dice que prefiere no hacerlo; y se niega a abandonar el local.	—Alors monsieur, dit l'étranger, qui se trouvait être un homme de loi, vous êtes responsable de l'homme que vous avez laissé là-bas. Il refuse de faire des écritures; il refuse de faire tout ce qu'on lui demande; il dit qu'il n'aime mieux pas; et il refuse de quitter les lieux.	—Entonces, señor —dijo el desconocido—, usted es responsable por el hombre que ha dejado allí. Se niega a hacer copias; se niega a hacer todo; dice que prefiere no hacerlo; y se niega a abandonar el establecimiento.	-Entonces, señor —dijo el extraño, que resultó ser abogado—es usted el responsable del hombre que ha dejado allí. Se niega a hacer copias. Se niega a hacer cualquier cosa. Dice que prefiere no hacerlo, y se niega a salir del despacho.	« Alors, monsieur, dit l'inconnu qui s'avéra être un homme de loi, vous êtes responsable de l'individu que vous y avez laissé. Il refuse de faire de la copie, il refuse de faire quoi que ce soit. Il dit qu'il préfère s'abstenir; et il refuse de quitter les lieux.	«Allora, signore», disse lo sconosciuto che risultò essere un avvocato. «lei è responsabile dell'uomo che si è lasciato dietro. Rifiuta di copiare, rifiuta di fare qualsiasi cosa; dice che preferisce di no, rifiuta di lasciare i locali».
—Lo siento mucho, señor —le dije con aparente tranquilidad, pero con un temblor interior—, pero el hombre al que usted alude no es nada mío, no es un pariente o un meritório, para que usted quiera hacerme responsable.	"I am very sorry, sir," said I, with assumed tranquillity, but an inward tremor, "but, really, the man you allude to is nothing to me—he is no relation or apprentice of mine, that you should hold me responsible for him."	-Lo siento mucho, señor -dije con aparente tranquilidad, pero con un temblor interior-, pero, realmente, el hombre al que usted alude no es nada mío, no es un pariente ni aprendiz mío, del que usted pudiera hacerme responsable.	—Je suis désolé, monsieur, dis-je avec une feinte tranquillité, mais en tremblant intérieurement, je vous assure que l'homme auquel vous faites allusion ne m'est rien —ce n'est ni un parent ni un employé et vous ne sauriez me tenir pour responsable de lui.	—Lo siento mucho, señor —le dije con aparente tranquilidad, pero con un temblor interior—, pero el hombre al que usted alude no es nada mío, no es un pariente o un meritório, para que usted quiera hacerme responsable.	-Lo siento mucho, señor -dije, con calma forzada y un temblor interior- pero la persona a la que se refiere no tiene nada que ver conmigo. No es pariente mío, ni aprendiz, del que usted pueda hacerme responsable.	— Je regrette beaucoup, monsieur, répondez je avec une feinte tranquillité, mais aussi avec un tremblement intérieur; il vérité l'homme auquel vous faites allusion ne m'est rien, il n'est ni mon parent ni mon employé, et vous ne sauriez me rendre responsable de lui.	«Ne sono desolato, signore», risposi fingendomi calmo, sebbene tremassi dentro di me, «ma l'uomo cui lei allude non è niente per me - non è un mio parente, non è neppure un apprendista per il quale lei potrebbe ritenermi responsabile».
—En nombre de Dios, ¿quién es?	"In mercy's name, who is he?"	-Por lo que más quiera, ¿quién es?	—Qui est-ce, par pitié ?	—En nombre de Dios, ¿quién es?	-Tenga la bondad, ¿quién es?	—Au nom du Ciel, qui est-ce?	«In nome del cielo, chi è?»
—Con toda sinceridad no puedo informarlo. Yo no sé nada de él. Anteriormente lo tomé como copista; pero hace bastante tiempo que no trabaja para mí.	"I certainly cannot inform you. I know nothing about him. Formerly I employed him as a copyist; but he has done nothing for me now for some time past."	-Con toda sinceridad no puedo informarlo. No sé nada sobre él. En un principio lo empleé como amanuense, pero no ha vuelto a hacer nada para mí desde hace algún tiempo.	—Je ne puis certainement pas vous renseigner. Je ne sais rien de lui. Autrefois je l'ai employé comme copiste; mais il ne faisait plus rien pour moi depuis quelque temps.	—Con toda sinceridad no puedo informarlo. Yo no sé nada de él. Anteriormente lo tomé como copista; pero hace bastante tiempo que no trabaja para mí.	-Créame que no sé nada de él. Fue empleado mío, pero hace tiempo ya que no trabaja para mí.	— je suis parfaitement incapable de vous renseigner. Je ne sais rien de lui. Je l'ai naguère employé comme copiste; mais il y a quelque temps qu'il n'a plus rien fait pour moi.	«Non sono in grado di dirglielo. Non so nulla di lui. In passato lo assunsi come copista, ma da un po' di tempo non fa niente per me».
—Entonces, lo arreglaré. Buenos días, señor.	"I shall settle him, then—good morning, sir."	-Entonces, voy a arreglarlo. Buenos días, señor.	—Je vais lui donner son reste, alors; au revoir monsieur.	—Entonces, lo arreglaré. Buenos días, señor.	-Me ocuparé de él entonces. Buenos días.	— Je lui réglerai son compte alors. Au revoir, monsieur. »	«Lo sistemero io, allora... buon giorno, signore».
Pasaron varios días, y no supe nada más; y aunque a menudo sentía un caritativo impulso de visitar el lugar y ver al pobre Bartleby, un cierto escrupulo, de no sé qué, me detenía.	Several days passed, and I heard nothing more; and, though I often felt a charitable prompting to call at the place and see poor Bartleby, yet a certain squeamishness, of I know not what, withheld me.	Pasaron varios días y no supe nada más; y aunque a menudo sentí un impulso caritativo de visitar el lugar y ver al pobre Bartleby, sin embargo, un cierto escrupulo, de no sé qué, me contuvo.	Plusieurs jours s'écoulèrent et je n'entendis parler de rien; j'eus à plusieurs reprises, il est vrai, l'intention charitable d'aller sur les lieux voir le pauvre Bartleby, mais une certaine répugnance, ou je ne sais quelle réticence, m'empêcha de le faire.	Pasaron varios días, y no supe nada más; y aunque a menudo sentía un caritativo impulso de visitar el lugar y ver al pobre Bartleby, un cierto escrupulo, de no sé qué, me detenía.	Pasaron varios días y no tuve más noticias. Y aunque con frecuencia sentía el impulso caritativo de presentarme allí y ver al pobre Bartleby, un cierto reparo que no sabía explicar me lo impedía.	Plusieurs jours passèrent, et je n'entendis plus parler de rien. La charité me disait souvent de me rendre sur les lieux pour voir le pauvre Bartleby, [66] mais certaine crainte frileuse de je ne sais quoi me retint toujours.	Trascorsero parecchi giorni, e non ne seppi più nulla. Se anche a volte mi sentivo spinto da un impulso caritatevole ad andare a trovare il povero Bartleby, tuttavia mi tratteneva una certa ripugnanza per chissà che cosa.
Ya he concluido con él, pensaba al fin, cuando pasó otra semana sin más noticias. Pero al llegar a mi oficina, al día siguiente, encontré varias personas esperando en mi puerta, en un estado de gran excitación.	All is over with him, by this time, thought I, at last, when, through another week, no further intelligence reached me. But, coming to my room the day after, I found several persons waiting at my door in a high state of nervous excitement.	Todo ha terminado esta vez, pensé por fin, cuando, pasada otra semana, no llegaron más noticias. Pero, al llegar a mi despacho al día siguiente, encontré a varias personas esperando a la puerta en un fuerte estado de excitación nerviosa.	Cette fois, c'en est fait de Bartleby, pensais-je lorsqu'une nouvelle semaine se fut écoulée sans autres nouvelles de lui. Mais, en arrivant au bureau le lendemain, je trouvai plusieurs personnes qui m'attendaient devant la porte, dans un grand état d'énervement.	Ya he concluido con él, pensaba al fin, cuando pasó otra semana sin más noticias. Pero al llegar a mi oficina, al día siguiente, encontré varias personas esperando en mi puerta, en un estado de gran excitación.	«Esta vez, se acabó», pensé por fin cuando, al cabo de una semana, ninguna novedad había llegado a mis oídos. Pero, cuando me dirigía a mi oficina al día siguiente, vi varias personas me esperaban en la puerta en un estado patente de nerviosismo.	Cette fois, c'en est fait de Bartleby, pensai-je lorsqu'une nouvelle semaine se fut écoulée sans que j'eusse entendu parler de lui. Mais le lendemain, en arrivant à mon bureau, je trouvai plusieurs personnes qui m'attendaient devant ma porte dans un état d'extrême sur excitation.	«Ormai è sistemato», pensai alla fine, quando, per tutta la successiva settimana, non ebbi altre notizie di lui. Ma, arrivando nello studio il giorno dopo, trovai, in attesa davanti alla mia porta, varie persone agitissime.
—Éste es el hombre, ahí viene —gritó el que estaba delante, y que no era otro que el abogado que me había visitado.	"That's the man—here he comes," cried the foremost one, whom I recognised as the lawyer who had previously called upon me alone.	-Ese es el hombre, ahí llega -gritó el primero, al que reconocí como el abogado que me había visitado anteriormente solo.	—C'est lui ! Le voici qui arrive ! s'écria le chef du groupe en qui je reconnus l'homme de loi venu précédemment me rendre visite.	—Éste es el hombre, ahí viene —gritó el que estaba delante, y que no era otro que el abogado que me había visitado.	-Ése es, ahí está —gritó el 55 que tenía más cerca, al que reconocí como el abogado que me había visitado antes a solas.	« C'est lui; le voilà qui arrive!» s'écria le chef de file, en qui je reconnus l'homme de loi dont j'avais déjà reçu la visite.	«Eccolo... arriva», gridò il portavoce che riconobbi come l'avvocato venuto da me in precedenza.
—Usted tiene que sacarlo, señor, en el acto —gritó un hombre corpulento adelantándose y en el que reconocí al propietario del n° X de Wall Street—. Estos caballeros, mis inquilinos, no pueden soportarlo más; Mr. B. — señalando al abogado— lo ha echado de su oficina, y	"You must take him away, sir, at once," cried a portly person among them, advancing upon me, and whom I knew to be the landlord of No.—Wall Street.—"These gentlemen, my tenants, cannot stand it any longer; Mr. B.," pointing to the lawyer, "has turned him out of his room,	-Tiene usted que llevarse, señor, enseguida -gritó un hombre corpulento, avanzando hacia mí, y que yo reconocí como el casero del número - de Wall Street-. Estos caballeros, mis inquilinos, no pueden soportarlo más; el señor B., señalando al abogado- le ha expulsado de su des-	—Il faut que vous l'emmeniez sur-le-champ, monsieur, s'écria en avançant vers moi une personne [50] corpulente en qui je reconnus le propriétaire du n.º de Wall Street. « Ces messieurs, mes locataires, ne peuvent plus supporter la situation plus longtemps. Mr. B. — dit-il en désignant l'homme de loi — l'a chassé de son bureau mais il	—Usted tiene que sacarlo, señor, en el acto —gritó un hombre corpulento adelantándose y en el que reconocí al propietario del n° X de Wall Street—. Estos caballeros, mis inquilinos, no pueden soportarlo más; Mr. B. — señalando al abogado— lo ha echado de su oficina, y	-Lléveselo de inmediato —exclamó un hombre gordo que salió del grupo y se me acercó, y al que reconocí como el casero del n.º X de Wall Street—. Estos caballeros, mis inquilinos, no pueden soportarlo más. El señor B... señaló al abogado- do-lo ha echado de su	« Il faut l'emmener sur-le-champ, monsieur », s'écria un personnage corpulent en s'avancant vers moi (je reconnus en lui le propriétaire du n.º ... de Wall Street). « Ces messieurs, qui sont mes locataires, ne peuvent pas supporter plus longtemps cet état de choses. Monsieur B. (il désignait l'homme de loi) l'a mis à la	«Deve portarselo via immediatamente, signore», gridò avvicinandosi a me un signore distinto, che sapevo essere il proprietario dello stabile al n. - di Wall Street. «Questi signori, miei inquilini, non lo tollerano più. Il signor B.», indicando l'avvocato, «l'ha messo fuori del suo ufficio, e lui

ahora persiste en ocupar todo el edificio, sentándose de día en los pasamanos de la escalera y durmiendo a la entrada, de noche. Todos están inquietos; los clientes abandonan las oficinas; hay temores de un tumulto, usted tiene que hacer algo, inmediatamente.

Horrorizado ante este torrente, retrocedí y hubiera querido encerrarme con llave en mi nuevo domicilio. En vano protesté que nada tenía que ver con Bartleby. En vano: yo era la última persona relacionada con él y nadie quería olvidar esa circunstancia. Temeroso de que me denunciaran en los diarios (corno alguien insinuó oscuramente) consideré el asunto y dije que si el abogado me concedía una entrevista privada con el amanuense en su propia oficina (la del abogado), haría lo posible para librarlos del estorbo.

Subiendo a mi antigua morada, encontré a Bartleby silencioso, sentado sobre la baranda en el descanso.

—¿Qué está haciendo ahí, Bartleby? —le dije.

—Sentado en la baranda —respondió humildemente. Lo hice entrar a la oficina del abogado, que nos dejó solos.

—Bartleby —dije— ¿se da cuenta de que está ocasionándome un gran disgusto, con su persistencia en ocupar la entrada después de haber sido despedido de la oficina?

Silencio.

—Tiene que elegir. O usted hace algo, o algo se hace con usted. Ahora bien, ¿qué clase de trabajo quisiera hacer? ¿Le gustaría volver a emplearse como copista?

and he now persists in haunting the building generally, sitting upon the banisters of the stairs by day, and sleeping in the entry by night. Everybody is concerned; clients are leaving the offices; some fears are entertained of a mob; something you must do, and that without delay."

Aghast at this torrent, I fell back before it, and would fain have locked myself in my new quarters. In vain I persisted that Bartleby was nothing to me—no more than to anyone else. In vain—I was the last person known to have anything to do with him, and they held me to the terrible account. Fearful, then, of being exposed in the papers (as one person present obscurely threatened), I considered the matter, and, at length, said, that if the lawyer would give me a confidential interview with the scrivener, in his (the lawyer's) own room, I would, that afternoon, strive my best to rid them of the nuisance they complained of.

Going upstairs to my old haunt, there was Bartleby silently sitting upon the banister at the landing.

"What are you doing here, Bartleby?" said I.

"Sitting upon the banister," he mildly replied. I motioned him into the lawyer's room, who then left us.

"Bartleby," said I, "are you aware that you are the cause of great tribulation to me by persisting in occupying the entry after being dismissed from the office?"

No answer.

"Now one of two things must take place either you must do something, or something must be done to you. Now what sort of business would you like to engage in? Would you like to reengage in copying for someone?"

pacho, y ahora persiste en rondar el edificio, sentándose de día en los pasamanos de las escaleras, y durmiendo por la noche en la entrada. A todo el mundo le afecta; los clientes están abandonando las oficinas; se teme un alboroto; tiene usted que hacer algo, y sin demora.

Espantado por este torrente, retrocedí ante él, y hubiese deseado encerrarme en mi nueva oficina. En vano insistí en que Bartleby no era nada mío, nada más de lo que podría ser para cualquier otro. En vano, yo era la última persona de la que se sabía que había tenido algo que ver con él, y ellos me asociaban [109] con esa terrible circunstancia. Entonces, temeroso de aparecer en los periódicos (como amenazaba sombríamente uno de los presentes), consideré el asunto y, por último, dije que si el abogado me proporcionaba una entrevista confidencial con el escribiente en su propio despacho aquella tarde, haría lo que pudiera para librarles de la molestia de la que se quejaban.

Al subir las escaleras de mi antiguo cubil, allí estaba Bartleby, sentado en silencio sobre el pasamanos, en el descansillo.

—¿Qué hace usted aquí, Bartleby? —dije.

—Sentarme en el pasamanos —respondió suavemente. Lo conduje al despacho del abogado, que entonces nos dejó solos.

—Bartleby —le dije— ¿se da cuenta de que usted me causa una gran tribulación al persistir en ocupar la entrada, después de haber sido despedido de la oficina?

No hubo respuesta.

—Ahora tiene que ceder una de dos. O hace usted algo, o algo tendrá que hacerse con usted. Ahora bien, ¿qué clase de trabajo le gustaría colocalarse? ¿Le gustaría volver a hacer copias para alguien?

continue à hanter tout l'immeuble, à s'asseoir sur la rampe de l'escalier dans la journée et à dormir dans l'entrée durant la nuit. Tout le monde est inquiet; les clients désertent les bureaux; on craint les réactions de la populace; il faut que vous fassiez quelque chose, sans perdre de temps.

Abasourdi par ce torrent, je reculai devant son impétuosité; j'aurais donné n'importe quoi pour me retrancher dans mes nouveaux quartiers. En vain insistai-je sur le fait que Bartleby ne m'était rien, rien de plus qu'à eux. En vain — j'étais la dernière personne qui avait eu affaire à lui et l'on m'en imputait la terrible charge. Dans la crainte de voir mon nom étalé dans les journaux (ainsi que l'un des assistants m'en menaçait à mots couverts) je considérai la question et, finalement, annonçai que si l'homme de loi voulait bien me rencontrer, dans ses bureaux, un entretien confidentiel avec le scribe, je m'efforcerais, l'après-midi même, de les libérer du fléau dont ils se plaignaient.

En montant l'escalier de mon ancien repaire, je trouvai Bartleby assis, en silence, sur la rampe de l'escalier.

—Que faites-vous ici, Bartleby? —demandai-je.

—Je suis assis sur la rampe, répondit-il suavement. Je l'emmenai dans le cabinet de l'homme de loi, qui nous laissa en tête à tête.

—Bartleby, dis-je, vous rendez-vous compte que vous me causez de graves soucis en persistant à occuper le vestibule après avoir été renvoyé de l'étude?

Pas de réponse.

—Maintenant de deux choses l'une. Ou vous consentez à vous rendre en main ou l'on va vous prendre en main. Dans quel genre d'affaires aimeriez-vous entrer? Voudriez-vous de nouveau faire de la copie pour quelqu'un?

ahora persiste en ocupar todo el edificio, sentándose de día en los pasamanos de la escalera y durmiendo a la entrada, de noche. Todos están inquietos; los clientes abandonan las oficinas; hay temores de un tumulto, usted tiene que hacer algo, inmediatamente.

Horrorizado ante este torrente, retrocedí y hubiera querido encerrarme con llave en mi nuevo domicilio. En vano protesté que nada tenía que ver con Bartleby. En vano: yo era la última persona relacionada con él y nadie quería olvidar esa circunstancia. Temeroso de que me denunciaran en los diarios (corno alguien insinuó oscuramente) consideré el asunto y dije que si el abogado me concedía una entrevista privada con el amanuense en su propia oficina (la del abogado), haría lo posible para librarlos del estorbo.

Subiendo a mi antigua morada, encontré a Bartleby silencioso, sentado sobre la baranda en el descanso.

—¿Qué está haciendo ahí, Bartleby? —le dije.

—Sentado en la baranda —respondió humildemente. Lo hice entrar a la oficina del abogado, que nos dejó solos.

—Bartleby —dije— ¿se da cuenta de que está ocasionándome un gran disgusto, con su persistencia en ocupar la entrada después de haber sido despedido de la oficina?

Silencio.

—Tiene que elegir. O usted hace algo, o algo se hace con usted. Ahora bien, ¿qué clase de trabajo quisiera hacer? ¿Le gustaría volver a emplearse como copista?

despacho, y ahora anda por todo el edificio. De día permanece sentado en la barandilla de la escalera y de noche duerme en el zaguán. Es un fastidio para todos. Los clientes dejan las oficinas; hay temores fundados de un altercado. Haga algo, y sin demora.

Horrorizado por este aluvión, retrocedí, y poco me faltó para encerrarme bajo llave en mi oficina nueva. En vano insistí en que Bartleby tenía que ver conmigo lo mismo que con cualquier otro. En vano. Yo era la última persona de la que se sabía que hubiese tenido trato con él, y a esta terrible evidencia se atenían ellos. Temeroso de verme en los periódicos (tal como amenazó uno de los presentes), me paré a pensar y, finalmente, dije que si el abogado me permitía una entrevista confidencial con el escribiente en su oficina (la del abogado), esa misma tarde haría cuanto estuviera en mi mano para librarles de la molestia que motivaba sus quejas.

Subí las escaleras que conducían a mi antigua morada y... ahí estaba Bartleby, sentado en silencio en la barandilla del rellano.

—¿Qué hace ahí, Bartleby? —dije.

—Estoy sentado en la barandilla —respondió mansamente. Lo llevé al despacho del abogado, que nos dejó solos.

—Bartleby —dije— ¿es usted consciente de que me causa grandes molestias por su obstinación en ocupar la entrada después de haber sido expulsado de la oficina?

No hubo respuesta.

—Ahora deberá suceder una de estas cosas: o hace usted algo o harán algo con usted. Ahora bien, ¿qué clase de trabajo le gustaría dedicarse? ¿Le gustaría volver a hacer copias?

porte de son bureau, et maintenant il persiste à hanter l'ensemble de la maison; il s'assoit sur la rampe de l'escalier pendant la journée et, la nuit, il dort dans le vestibule. Tout le monde se plaint. Les clients désertent les bureaux; on craint même une émeute; il faut que vous fassiez quelque chose, et cela sans délai. »

Je reculai, abasourdi, devant ce torrent de paroles, et j'aurais donné bien des choses pour pouvoir aller m'enfermer dans mes nouveaux quartiers. En vain protestai-je que Bartleby ne m'était rien, qu'il ne me concernait pas plus que [67] n'importe qui; j'étais la dernière personne dont on savait qu'elle avait eu affaire à lui, et l'on m'en imputait la terrible charge. Craignant de voir traîner mon nom dans les journaux (comme l'un des assistants m'en menaçait obscurément), je pesai la question et déclarai enfin que, si l'homme de loi me permettait d'avoir une entrevue confidentielle avec le scribe dans son cabinet, je ferais de mon mieux au cours de l'après-midi pour les délivrer du fardeau dont ils se plaignaient.

Lorsque je montai l'escalier de mes anciens locaux, je trouvai Bartleby assis en silence sur la rampe du palier.

« Que faites-vous là, Bartleby? —demandai-je.

—Je suis assis sur la rampe », répondit-il doucement. Je l'emmenai dans le cabinet de l'homme de loi, et celui-ci nous laissa.

« Bartleby, lui dis-je, vous rendez-vous compte que vous êtes pour moi une source de grands tracas en persistant à occuper ce vestibule après votre renvoi du bureau? »

Pas de réponse.

« Allons, c'est une nécessité, de deux choses l'une: ou bien vous ferez quelque chose de vous-même, ou bien on fera quelque chose à votre sujet. Voyons, dans quelle sorte d'affaire voudriez-vous entrer? Voudriez-vous vous engager à 70 nouveau comme copiste? [68]

adesso si ostina a funestare l'intera casa, sedendosi sulla ringhiera delle scale di giorno e dormendo nell'ingresso di notte. Ne sono tutti preoccupati; i clienti se ne vanno; serpeggia la paura di una sommossa. Bisogna intervenire e senza perdere tempo. »

Atterrito da quel torrente di parole, indietreggiai e sarei stato contento di chiudermi a chiave nel mio nuovo studio. Invano continuai a insistere che Bartleby non era niente per me - non più di chiunque altro. Invano: risultavo essere io l'ultima persona che aveva avuto a che fare con lui e devo dire conto della terribile situazione. Timoroso dunque di finire sui giornali (come minacciò oscuramente uno dei presenti), considerai la faccenda e, dopo un po', dissi che, se l'avvocato mi avesse concesso di parlare allo scrivano in privato nel suo ufficio (dell'avvocato), quel pomeriggio mi sarei adoperato al massimo per liberarlo del fastidio all'origine delle sue recriminazioni.

Salendo le scale verso la mia vecchia tana, ecco Bartleby che in silenzio se ne stava seduto sulla ringhiera del pianerottolo.

« Che cosa fa qui, Bartleby? », chiesi.

« Sto seduto sulla ringhiera », rispose mitemente. Gli feci cenno di entrare nell'ufficio dell'avvocato che subito se ne andò.

« Bartleby », dissi, « si rende conto che mi fa tribolare ostinandosi a occupare l'ingresso, dopo essere stato licenziato dall'ufficio? »

Nessuna risposta.

« Ora una delle due: o lei fa qualcosa, oppure qualcosa va fatto a lei. In che lavoro le piazzerà? Vorrebbe riprendere a copiare per qualcuno? »

<i>tr. de J. L. Borges</i>	<i>Melville's Bartleby</i>	<i>tr. de Julia Lavid</i>	<i>tr. de M. Causse</i>	<i>tr. de J. L. Borges</i>	<i>tr. de J.M. Benítez Ariza</i>	<i>tr. de Pierre Leyris</i>	<i>unattributed</i>
—No, preferiría no hacer ningún cambio.	“No; I would prefer not to make any change.”	-No, preferiría no hacer ningún cambio.	—Non; j'aimerais mieux ne pas changer.	—No, preferiría no hacer ningún cambio.	—No, preferiría no cambiar nada.	— Non, je préférerais m'abstenir de tout changement.	«No, preferirei non fare cambiamenti».
—¿Le gustaría ser vendedor en una tienda de géneros?	“Would you like a clerkship in a dry-goods store?”	-¿Le gustaría ser dependiente en una mercería?	—Voudriez-vous une place de commis dans un magasin de tissus ?	—¿Le gustaría ser vendedor en una tienda de géneros?	—¿Le gustaría llevar los papeles de una tienda de ropa? [49]	— Aimeriez-vous à être commis aux écritures dans une épicerie?	«Vorrebbe fare il contabile in una drogheria?»
—Es demasiado encierro. No, no me gustaría ser vendedor; pero no soy exigente.	“There is too much confinement about that. No, I would not like a clerkship; but I am not particular.”	-Es demasiado encierro. No, no me gustaría ser dependiente; pero no soy exigente.	—C'est trop enfermé. Non, je ne voudrais pas être commis; mais je ne suis pas difficile.	—Es demasiado encierro. No, no me gustaría ser vendedor; pero no soy exigente.	—Se pasa demasiado tiempo encerrado. No, no quiero llevar papeles. Pero no soy exigente.	— Ce serait trop enfermé. Non, je n'aimerais pas être commis, mais je ne suis pas difficile.	«Si sta troppo al chiuso. No, non mi va di fare il contabile, ma non faccio il difficile».
—¿Demasiado encierro —grité—, pero si usted está encerrado todo el día!	“Too much confinement,” I cried, “why, you keep yourself confined all the time!”	-¿Demasiado encierro! —grité—. ¿Pero si usted se pasa encerrado todo el día!	—Trop enfermé ! m'écrai-je. Mais vous passez votre temps à l'intérieur !	—¿Demasiado encierro —grité—, pero si usted está encerrado todo el día!	—¿Demasiado tiempo encerrado! —exclamé—. ¿Si es usted el que está siempre encerrado!	— Trop enfermé ! m'écrai-je; mais vous restez enfermé tout le temps!	«Troppo al chiuso?», esclamai. «Ma se lei se ne sta sempre rinchiuso!»
—Preferiría no ser vendedor —respondió como para cerrar la discusión.	“I would prefer not to take a clerkship,” he rejoined, as if to settle that little item at once.	-Preferiría no ser dependiente —replicó, como para dejar claro aquel pequeño punto de una vez.	—J'aimerais mieux ne pas devenir commis, reprit-il comme pour régler sur-le-champ ce point de détail.	—Preferiría no ser vendedor —respondió como para cerrar la discusión.	—Preferiría no llevar papeles —añadió, como para dejar definitivamente zanjado ese punto.	— Je préférerais ne pas être commis », reprit-il, comme pour régler une fois pour toutes cette petite question.	«Preferirei non fare il contabile», aggiunse come a sistemare subito quella piccola questione.
—¿Qué le parece un empleo en un bar? Eso no fatiga la vista.	“How would a bar-tender's business suit you? There is no trying of the eyesight in that.”	-¿Qué le parece atender en un bar? Eso no fatiga la vista.	—Et tenir un bar ? Ce n'est pas fatigant pour la vue.	—¿Qué le parece un empleo en un bar? Eso no fatiga la vista.	—¿Qué tal un empleo de camarero? Ahí sí que no hay que forzar la vista.	« Aimeriez-vous à tenir un bar? Ce n'est pas une occupation qui éprouve la vue.	«Le andrebbe di lavorare in un bar? In quel mestiere non si sforza gli occhi».
—No me gustaría, pero, como he dicho antes, no soy exigente.	“I would not like it at all; though, as I said before, I am not particular.”	-No me gustaría en absoluto; aunque, como he dicho antes, no soy exigente.	—Je n'aimerais pas cela du tout ; mais, comme je viens de vous le dire, je ne suis pas difficile.	—No me gustaría, pero, como he dicho antes, no soy exigente.	—No me gustaría lo más mínimo. Pero, como dije antes, no soy exigente.	— Je n'aimerais pas du tout ça. Mais, encore une fois, je ne suis pas difficile. »	«Non mi piacerebbe affatto, anche se, come ho già detto, non faccio il difficile».
Su locuacidad me animó. Volví a la carga.	His unwonted wordiness inspired me. I returned to the charge.	Esta verborrea inusitada me animó. Volví a la carga.	Sa loquacité inhabituelle me fit reprendre courage. Je revins à la charge.	Su locuacidad me animó. Volví a la carga.	Su inusitada locuacidad me animó. Volví a la carga.	Sa loquacité inaccoutumée m'encouragea. Je revins à la charge:	L'insolita loquacità mi diede un'ispirazione. Ritornai alla carica.
—Bueno, ¿entonces quisiera viajar por el país como cobrador de comerciantes? Sería bueno para su salud.	“Well then, would you like to travel through the country collecting bills for the merchants? That would improve your health.”	-Bien, entonces. ¿Le gustaría viajar por el país, cobrando facturas para los comerciantes? Eso mejoraría su salud.	—Eh bien alors, aimeriez-vous voyager dans le pays, aller faire acquitter les factures des marchands ? Votre santé s'en trouverait améliorée.	—Bueno, ¿entonces quisiera viajar por el país como cobrador de comerciantes? Sería bueno para su salud.	—Bien. Entonces, ¿le gustaría viajar por todo el país con una cobranza? Eso le sentaría bien a su salud.	« Eh bien! alors, aimeriez-vous à courir le pays en encaissant des factures pour le compte de marchands? Votre santé en serait améliorée.	«Le piacerebbe allora viaggiare per tutto il paese a riscuotere crediti per i commercianti? Le farebbe bene alla salute».
—No, preferiría hacer otra cosa.	“No, I would prefer to be doing something else.”	-No, preferiría hacer alguna otra cosa.	—Non, j'aimerais mieux faire autre chose.	—No, preferiría hacer otra cosa.	—No. Preferiría hacer otra cosa.	— Non, je préférerais autre chose.	«No, preferirei fare qualcosa'altro».
—¿No iría usted a Europa, para acompañar a algún joven y distraerlo con su conversación? ¿No le agradaría?	“How, then, would going as a companion to Europe, to entertain some young gentleman with your conversation—how would that suit you?”	-Entonces, ¿qué le parecería viajar como compañero por Europa, para entretener con su conversación a algún joven caballero? ¿No le agradaría eso?	—Alors pourquoi ne pas accompagner à travers l'Europe un jeune homme de bonne famille que vous distrairiez par votre conversation ? Cela vous plairait-il ?	—¿No iría usted a Europa, para acompañar a algún joven y distraerlo con su conversación? ¿No le agradaría?	—¿Qué tal viajar a Europa en compañía de algún joven caballero, para distraerle con su conversación? ¿Le gustaría eso?	— Vous plairait-il alors d'accompagner en Europe quelque jeune homme de bonne famille qui profiterait des avantages de votre conversation ?	«Che ne direbbe di andare in Europa al seguito di qualche giovane gentiluomo per intrattenerlo con la sua conversazione... Le andrebbe?»
—De ninguna manera. No me parece que haya en eso nada preciso. Me gusta estar fijo en un sitio. Pero no soy exigente.	“Not at all. It does not strike me that there is anything definite about that I like to be stationary. But I am not particular.”	-De ninguna manera. No me parece que haya en eso nada [110] definitivo. Me gusta estar fijo en un sitio. Pero no soy exigente.	—Pas du tout. Il me semble qu'il n'y a rien de bien défini là-dedans. J'aime à être sédentaire. Mais je ne suis pas difficile.	—De ninguna manera. No me parece que haya en eso nada preciso. Me gusta estar fijo en un sitio. Pero no soy exigente.	—En absoluto. No me parece que eso tenga mucho futuro. Me gusta ser sedentario. Pero no soy exigente.	— Pas du tout. Je n'ai pas l'impression qu'il y ait rien de bien défini là-dedans. J'aime à être sédentaire. Mais je ne suis pas difficile.	«Per niente. Non mi pare che ci sia niente di stabile. Mi piace stare fermo in un posto. Ma non faccio il difficile».
—Entonces, quédese fijo —grité, perdiendo la paciencia. Por primera vez, en mi desesperante relación con él, me puse furioso—. ¿Si usted no se va de aquí antes del anochecer, me verá obligado (en verdad, <i>estoy obligado</i>) a irme yo mismo! —dije un poco absurdamente, sin saber con qué amenaza atemorizarlo para trocar en obediencia su inmovilidad. Desespero	“Stationary you shall be, then,” I cried, now losing all patience, and, for the first time in all my exasperating connection with him, fairly flying into a passion. “If you do not go away from these premises before night, I shall feel bound— indeed, I am bound—to— to quit the premises myself!” I rather absurdly concluded, knowing not with what possible threat to try to frighten his immobility into compliance.	-Fijo estará usted entonces —grité, perdiendo ahora toda la paciencia y, por primera vez en toda mi desesperante relación con él, ardiendo en cólera—. ¿Si no se va usted de este local antes de la noche, me sentiré obligado, en realidad estoy obligado a... a abandonar el local yo también! —concluí de forma bastante absurda, sin saber con qué amenaza atemorizarlo, para transformar su inmovilidad en resignación. Desesperado de cualquier es-	—Sédentaire vous serez donc, m'écrai-je à bout de patience et, pour la première fois dans l'histoire de mes exaspérantes relations avec lui, je me mis bel et bien en colère. « Si vous ne quittez pas les lieux avant la nuit, je me sentirai obligé — que dis-je, je me SENS obligé de- de- de quitter moi-même ! » conclus-je assez absurdement, ne sachant quelle menace brandir pour muer son immobilité en obéissance. Jugeant [52]	—Entonces, quédese fijo —grité, perdiendo la paciencia. Por primera vez, en mi desesperante relación con él, me puse furioso—. ¿Si usted no se va de aquí antes del anochecer, me verá obligado (en verdad, <i>estoy obligado</i>) a irme yo mismo! —dije un poco absurdamente, sin saber con qué amenaza atemorizarlo para trocar en obediencia su inmovilidad. Desespero	—Sedentario será —grité, perdiendo la paciencia y, por vez primera en mi exasperante relación con él, dejándome llevar por la ira—. Si no se marcha de esta oficina antes de anochecer, me verá obligado... es más, estoy obligado a... a marcharme yo —concluí, de un modo más bien absurdo, no sabiendo qué amenaza esgrimir para obligarlo a transformar su <u>inmovilidad</u> en obediencia. Desesperando	— Sédentaire vous serez donc! » m'écrai je, [69] perdant toute patience et, pour la première fois dans l'histoire de mes exaspérantes relations avec lui, me mettant bel et bien en colère. « Si vous ne quittez pas les lieux avant la nuit, je me verrai obligé... en vérité je suis obligé de... de... de quitter les lieux moi-même ! » conclus-je assez absurdement, ne sachant à quelle menace recourir pour intimider son inertie et forcer son consente-	«E fermo in un posto allora se ne starà», esclamai perdendo la pazienza e sbottando di rabbia per la prima volta nella storia dei miei esasperanti rapporti con lo scrivano. «Se lei non se ne va da questo stabile prima di sera, sarò costretto - anzi sono costretto a... ad andarmene io stesso!», conclusi in modo piuttosto incongruo, non sapendo con quale minaccia spaventarlo per scuoterlo da quella sua immobilità, inducendolo a obbedire.

rando de cualquier esfuerzo ulterior, precipitadamente me iba, cuando se me ocurrió un último pensamiento, uno ya vislumbrado por mí.

—Bartleby —dije, en el tono más bondadoso que pude adoptar, dadas las circunstancias—, ¿usted no iría a casa conmigo? No a mi oficina, sino a mi casa, ¿a quedarse a hasta encontrar un arreglo conveniente? Vámonos ahora mismo.

—No, por el momento preferiría no hacer ningún cambio.

No contesté; pero eludiendo a todos por lo súbito y rápido de mi fuga, huf del edificio, corrí por Wall Street hacia Broadway y saltando en el primer ómnibus me vi libre de toda persecución. Apenas vuelto a mi tranquilidad, comprendí que yo había hecho todo lo humanamente posible, tanto respecto a los pedidos del propietario y mis inquilinos, como respecto a mis deseos y mi sentido del deber, para beneficiar a Bartleby, y protegerlo de una ruda persecución. Procuré estar tranquilo y libre de cuidados; mi conciencia justificaba mi intento, aunque, a decir verdad, no logré el éxito que esperaba. Tal era mi temor de ser acosado por el colérico propietario y sus exasperados inquilinos, que, entregando por unos días mis asuntos a Nippers, me dirigí a la parte alta de la ciudad, a través de los suburbios, en mi coche; crucé a Jersey City y a Hoboken, e hice fugitivas visitas a Manhattanville y Astoria. De hecho, casi estuve domiciliado en mi coche durante este tiempo.

Cuando regresé a la oficina, encontré sobre mi escritorio una nota del propietario. La abrí con temblorosas manos. Me informaba que su autor había llamado a la policía, y que Bartleby había sido con-

Despairing of all further efforts, I was precipitately leaving him, when a final thought occurred to me—one which had not been wholly undiluted before.

“Bartleby,” said I, in the kindest tone I could assume under such exciting circumstances, “will you go home with me now—not to my office, but my dwelling—and remain there till we can conclude upon some convenient arrangement for you at our leisure? Come, let us start now, right away.”

“No; at present I would prefer not to make any change at all.”

I answered nothing; but, effectively dodging everyone by the suddenness and rapidity of my flight, rushed from the building, ran up Wall Street toward Broadway, and, jumping into the first omnibus, was soon removed from pursuit. As soon as tranquillity returned, I distinctly perceived that I had now done all that I possibly could, both in respect to the demands of the landlord and his tenants, and with regard to my own desire and sense of duty, to benefit Bartleby, and shield him from rude persecution. I now strove to be entirely carefree and quiescent; and my conscience justified me in the attempt; though, indeed, it was not so successful as I could have wished. So fearful was I of being again hunted out by the incensed landlord and his exasperated tenants, that, surrendering my business to Nippers, for a few days, I drove about the upper part of the town and through the suburbs, in my rockaway; crossed over to Jersey City and Hoboken, and paid fugitive visits to Manhattanville and Astoria. In fact, I almost lived in my rockaway for the time.

When again I entered my office, lo, a note from the landlord lay upon the desk. I opened it with trembling hands. It informed me that the writer had sent to the police, and had Bartleby removed to the Tombs as a

fuerzo ulterior, me marchaba ya precipitadamente, cuando se me ocurrió una idea final, una idea que no había descartado por completo anteriormente.

-Bartleby -dije, en el tono más amable de que fui capaz en circunstancias tan tensas-. ¿Quiere usted venir conmigo ahora, no a mi oficina, sino a mi casa, y quedarse allí hasta que podamos conseguir algún arreglo conveniente para usted a nuestro gusto? Venga, vayámonos ahora mismo.

-No, de momento preferiría no hacer cambio alguno en absoluto.

No respondí nada; pero, de hecho, evitando a todos con lo repentino y rápido de mi huida, me precipité fuera del edificio, corrí por Wall Street hacia Broadway, y, subiendo al primer autobús, estuve pronto fuera del alcance de toda persecución. En cuanto volvió la tranquilidad, me di cuenta claramente de que ahora había hecho todo cuanto había podido, tanto respecto a las exigencias del casero y sus inquilinos, como respecto a mis propios deseos y sentido del deber, para beneficiar a Bartleby y protegerle de una brutal persecución. Procuré ahora sentirme completamente despreocupado y sosegado; y mi conciencia me hizo justicia en el intento; aunque, realmente, no tuvo tanto éxito como yo hubiese deseado. Tanto miedo tenía de ser acosado de nuevo por el colérico casero y sus exasperados inquilinos que, dejando mis asuntos en manos de Nippers por unos días, me dediqué a recorrer en coche la parte alta de la ciudad y los barrios periféricos; crucé a Jersey City y a Hoboken, e hice una visita rápida a Manhattanville y a Astoria. De hecho, viví casi todo el tiempo en mi coche.

Cuando volví a entrar en la oficina, había una nota del casero sobre mi escritorio. La abrí con manos temblorosas. Me informaba [111] que el que la escribía había llamado a la policía, y había hecho que trasladaran a

inutile tout autre tentative de conciliation, j'allai le quitter précipitamment quand me vint à l'esprit une ultime pensée, que je n'avais pas laissé de caresser précédemment.

—Bartleby, dis-je d'un ton aussi aimable que le permettait des circonstances aussi irritantes, voulez-vous m'accompagner chez moi — non, pas à mon bureau mais à mon domicile — et y rester jusqu'à ce que nous ayons cherché à loisir un arrangement qui vous convienne? Venez, allons-y.

—Non, pour le moment j'aimerais mieux ne pas bouger du tout.

Je ne répondis rien mais, trompant victorieusement tout le monde par la rapidité et la soudaineté de ma fuite, je m'élançai hors de l'immeuble et, remontant Wall Street en direction de Broadway, je sautai dans le premier omnibus venu, qui me mit bientôt à l'abri de toute poursuite. Dès que j'eus recouvré ma tranquillité, je perçus distinctement que j'avais fait tout ce que je pouvais humainement faire, tant pour satisfaire aux exigences du propriétaire et de ses locataires que pour répondre à mes inclinations et à mon sens du devoir, dans le dessein de secourir Bartleby et de la protéger d'une persécution brutale. Je m'efforçai alors d'être calme et insouciant; ma conscience ne me reprochait rien; toutefois mes efforts ne furent guère couronnés de succès. Redoutant d'être pourchassé de nouveau par un propriétaire furieux et des locataires exaspérés, je remis mes affaires entre les mains de Pincettes pour quelques jours et, en cabriolet, je parcourus la ville haute et les faubourgs, traversai Jersey City et Hoboken, et poussai même jusqu'à Manhattanville et Astoria. A dire vrai, durant tout ce temps, je vécus pour ainsi dire en cabriolet.

De retour à l'étude, hélas, une note du propriétaire m'attendait sur mon bureau. Les mains tremblantes, je l'ouvris. Le scribeur m'informait qu'il avait appelé la police et fait enfermer Bartleby aux Tombs comme

rando de cualquier esfuerzo ulterior, precipitadamente me iba, cuando se me ocurrió un último pensamiento, uno ya vislumbrado por mí.

—Bartleby —dije, en el tono más bondadoso que pude adoptar, dadas las circunstancias—, ¿usted no iría a casa conmigo? No a mi oficina, sino a mi casa, ¿a quedarse a hasta encontrar un arreglo conveniente? Vámonos ahora mismo.

—No, por el momento preferiría no hacer ningún cambio.

No contesté; pero eludiendo a todos por lo súbito y rápido de mi fuga, huf del edificio, corrí por Wall Street hacia Broadway y saltando en el primer ómnibus me vi libre de toda persecución. Apenas vuelto a mi tranquilidad, comprendí que yo había hecho todo lo humanamente posible, tanto respecto a los pedidos del propietario y mis inquilinos, como respecto a mis deseos y mi sentido del deber, para beneficiar a Bartleby, y protegerlo de una ruda persecución. Procuré estar tranquilo y libre de cuidados; mi conciencia justificaba mi intento, aunque, a decir verdad, no logré el éxito que esperaba. Tal era mi temor de ser acosado por el colérico propietario y sus exasperados inquilinos, que, entregando por unos días mis asuntos a Nippers, me dirigí a la parte alta de la ciudad, a través de los suburbios, en mi coche; crucé a Jersey City y a Hoboken, e hice fugitivas visitas a Manhattanville y Astoria. De hecho, casi estuve domiciliado en mi coche durante este tiempo.

Cuando regresé a la oficina, encontré sobre mi escritorio una nota del propietario. La abrí con temblorosas manos. Me informaba que su autor había llamado a la policía, y que Bartleby había sido con-

de nuevos intentos, me disponía a marcharme a toda prisa cuando tuve una última ocurrencia... Una que no era la primera vez que me venía a la cabeza.

-Bartleby -dije, con toda la amabilidad que pude exhibir en tales circunstancias-, venga a mi casa... no a mi oficina, sino a mi hogar... y quédese allí hasta que podamos tranquilamente encontrar algún arreglo que le convenga. Venga, pongámonos en marcha ahora mismo. [50]

-No. De momento, preferiría no cambiar nada en absoluto.

No contesté, sino que, logrando esquivar a los presentes con lo repentino y rápido de mi huida, salí del edificio, recorrí todo Wall Street en dirección a Broadway y, de un salto, subí al primer ómnibus, lo que pronto me puso fuera del alcance de toda persecución. Tan pronto como volvió la tranquilidad, comprendí que había hecho cuanto estaba en mi mano, tanto con respecto a las exigencias del casero y sus inquilinos como en lo que concernía a mis deseos y a mi sentido del deber, para ayudar a Bartleby y ponerlo a salvo de todo acoso. Hice lo posible por desentenderme y despreocuparme, y mi conciencia me daba la razón; aunque, en fin, no lo conseguí en la medida que hubiese deseado. El temor de ser importunado de nuevo por el atribulado casero y sus exasperados inquilinos me llevó a dejar el negocio en manos de Nippers por unos días y dedicarme a pasear en mi coche por la parte alta de la ciudad y los suburbios, pasar a Jersey City y Hoboken y hacer fugaces visitas a los barrios de Manhattanville y Astoria. En realidad, esos días casi viví en mi coche.

Cuando entré de nuevo en mi oficina, ¿qué fue lo que me encontró? Una nota del casero encima de mi mesa. Me temblaban las manos al abrirla. Me hacía saber que el que la escribía había llamado a la policía y había hecho que metiesen a

ment. Estimant tout autre effort inutile, j'allais partir précipitamment lorsqu'une dernière idée me vint à l'esprit — une idée qu'au demeurant je n'avais pas laissé de caresser déjà.

« Bartleby, dis-je du ton le plus doux que je pusse prendre dans des circonstances aussi irritantes, voulez-vous m'accompagner chez moi maintenant — non pas à mon bureau, mais à mon logis — et y rester jusqu'à ce que nous ayons décidé ensemble tout à loisir des dispositions appropriées à prendre pour vous? Venez, allons-y de ce pas.

— Non, pour l'instant je préférerais m'abstenir de tout changement, quel qu'il soit. »

Je ne répondis pas; mais esquivant tout un chacun avec succès par la soudaineté et la rapidité de ma fuite, je me précipitai hors de la maison, remontai Wall Street en courant dans la direction de Broadway et là, sautant dans le premier omnibus venu, me trouvai bientôt à l'abri de toute poursuite. Dès que j'eus retrouvé mon calme, je vis [70] clairement que j'avais fait désormais tout ce que je pouvais faire — compte tenu des exigences du propriétaire et des locataires aussi bien que de mon propre désir et de mon sentiment du devoir — pour venir en aide à Bartleby et le protéger de toute persécution brutale. Je m'efforçai alors d'être parfaitement insouciant et tranquille; et mes efforts eurent l'approbation de ma conscience; mais à dire vrai, ils ne furent pas aussi fructueux que j'aurais pu le souhaiter. Je craignais tant de me voir pourchassé à nouveau par le propriétaire furibond et par ses locataires exaspérés que, laissant le soin de mes affaires à Lagrinche pour quelques jours, je parcourus dans mon cabriolet les hauts quartiers de la ville et des faubourgs, gagnant Jersey City et Hoboken et poussant même des pointes fugitives jusqu'à Manhattanville et Astoria. En fait, pendant cette période, je vécus pour ainsi dire dans mon cabriolet.

Lorsque je regagnai mon étude, je trouvai sur mon bureau une lettre du propriétaire. Je l'ouvris d'une main tremblante; mon correspondant m'informait qu'il avait prévenu la police et fait mettre Bartleby aux Tombs pour vagabondage. Il me

Disperando nell'esito di altri sforzi, stavo per lasciarlo precipitosamente, quando mi venne un ultimo pensiero... un'idea che non avevo mai del tutto accantonato in precedenza.

«Bartleby», dissi con il tono più gentile che in tutta quella concitazione mi riuscì di assumere, «vuole venire con me -non nel mio ufficio, ma nel mio appartamento -e restare lì finché non avremo trovato con comodo una sistemazione conveniente? Su, andiamoci adesso, subito».

«No, per il momento preferirei non cambiare nulla».

Non replicai ma, scansando tutti con una fuga subitanea e rapida, mi precipitai fuori da quello stabile, risalii di corsa Wall Street verso Broadway e, saltando sul primo omnibus, mi trovai presto al sicuro dagli inseguimenti. Non appena fui di nuovo calmo, capii distintamente di aver fatto tutto il possibile sia per venire incontro alle esigenze del padrone di casa e degli inquilini, sia per appagare il mio desiderio e obbligo morale di aiutare Bartleby e proteggerlo da una dura persecuzione. Mi sforzai allora di scrollarmi di dosso ogni ansia e di mettermi tranquillo; la coscienza approvava quel tentativo, sebbene non proprio come avrei voluto. Ero così timoroso di essere stanato dall'exasperato proprietario e dagli adirati inquilini che, affidando l'ufficio a Pince-Nez per qualche giorno, mi diressi in carrozza verso la parte alta della città, attraversando i sobborghi, arrivai a Jersey City e Hoboken, al di là del fiume, visitai in gran fretta Manhattanville e Astoria. Insomma vissi quasi tutto il tempo in carrozza.

Quando varcai di nuovo la soglia dello studio, ecco sulla mia scrivania un messaggio del padron di casa. Lo aprii con mani tremanti. Mi informava che lo scrivente aveva fatto intervenire la polizia e condurre Bartleby alle Tombe

cido a la cárcel como vagabundo. Además, como yo lo conocía más que nadie, me pedía que concurriera y que hiciera una declaración conveniente de los hechos. Estas nuevas tuvieron sobre mí un efecto contradictorio. Primero, me indignaron, luego casi merecieron mi aprobación. El carácter enérgico y expeditivo del propietario le había hecho adoptar un temperamento que yo no hubiera elegido; y sin embargo, como último recurso, dadas las circunstancias especiales, parecía el único camino.

Supe después que, cuando le dijeron al amanuense que sería conducido a la cárcel, éste no ofreció la menor resistencia. Con su pálido modo inalterable, silenciosamente, asintió.

Algunos curiosos o apiados espectadores se unieron al grupo; encabezada por uno de los gendarmes, del brazo de Bartleby, la silenciosa procesión siguió su camino entre todo el ruido, y el calor, y la felicidad de las aturdidas calles al mediodía.

El mismo día que recibí la nota, fui a la cárcel. Buscando al empleado, declaré el propósito de mi visita, fui informado de que el individuo que yo buscaba estaba, en efecto, ahí dentro. Aseguré al funcionario que Bartleby era de una cabal honradez y que merecía nuestra lástima, por inexplicablemente excéntrico que fuera. Le referí todo lo que sabía, y le sugerí que lo dejaran en un benigno encierro hasta que algo menos duro pudiera hacerse —aunque no sé muy bien en qué pensaba—. De todos modos, si nada se decidía, el asilo debía recibirlo. Luego solicité una entrevista.

Como no había contra él ningún cargo serio y era inofensivo y tranquilo, le permitían andar en liber-

vagrant. Moreover, since I knew more about him than anyone else, he wished me to appear at that place, and make a suitable statement of the facts. These tidings had a conflicting effect upon me. At first I was indignant; but, at last, almost approved. The landlord's energetic, summary disposition had led him to adopt a procedure which I do not think I would have decided upon myself; and yet, as a last resort, under such peculiar circumstances, it seemed the only plan.

As I afterward learned, the poor scrivener, when told that he must be conducted to the Tombs, offered not the slightest obstacle, but, in his pale, unmoving way, silently acquiesced.

Some of the compassionate and curious bystanders joined the party; and headed by one of the constables arm in arm with Bartleby, the silent procession filed its way through all the noise, and heat, and joy of the roaring thoroughfares at noon.

The same day I received the note, I went to the Tombs, or, to speak more properly, the Halls of Justice. Seeking the right officer, I stated the purpose of my call, and was informed that the individual I described was, indeed, within. I then assured the functionary that Bartleby was a perfectly honest man, and greatly to be compassionated, however unaccountably eccentric. I narrated all I knew, and closed by suggesting the idea of letting him remain in as indulgent confinement as possible, till something less harsh might be done—though, indeed, I hardly knew what. At all events, if nothing else could be decided upon, the almshouse must receive him. I then begged to have an interview.

Being under no disgraceful charge, and quite serene and harmless in all his ways, they had permitted him

Bartleby a las Tumbas por vagabundo. Además, como yo sabía más de él que ninguna otra persona, me aconsejaba que apareciese por allí e hiciese una adecuada exposición de los hechos. Estas noticias me produjeron un efecto contradictorio. Al principio estaba indignado; pero, al final, casi lo aprobaba. La disposición enérgica y terminante del casero le había llevado a adoptar un procedimiento que yo no creo que yo mismo hubiera decidido, y sin embargo, en circunstancias tan peculiares, parecía la única solución.

Como supe después, el pobre escribiente, cuando le dijeron que debía ser conducido a las Tumbas, no ofreció ninguna resistencia, sino que con su forma de ser, mortecina e inmóvil, asintió silenciosamente.

Algunos transeúntes compasivos y curiosos se unieron al grupo; y, encabezada por uno de los policías del brazo de Bartleby, la silenciosa procesión siguió el camino a través del ruido, el calor y la alegría de las estruendosas vías públicas al mediodía.

El mismo día en que recibí la nota, fui a las Tumbas, o, para hablar con propiedad, a la Sala de justicia. Tras buscar al oficial adecuado, expuse el propósito de mi visita, y se me informó de que el individuo que describía, estaba, en efecto, dentro. Aseguré entonces al funcionario que Bartleby era un hombre totalmente honrado y digno de compasión, aunque inexplicablemente excéntrico. Le conté todo lo que sabía, y acabé sugiriéndole la idea de dejarle que permaneciera en un confinamiento tan indulgente como fuera posible, hasta que se pudiera hacer algo menos drástico, aunque, en realidad, no sabía qué. En cualquier caso, si no se podía decidir ninguna otra cosa, el asilo debería recibirlo. Luego solicité una entrevista.

Al no estar bajo ningún cargo grave y ser hombre sereno e inofensivo, le habían permitido vagar libremente

[53] vagabond. Étant donné, ajoutait la lettre, que j'en savais plus long sur son compte que quiconque, j'étais prié de me rendre à la prison afin d'y exposer convenablement les faits. Ces nouvelles eurent sur moi des effets contradictoires. Je fus d'abord indigné; puis, en fin de compte, approbateur. Le tempérament énergique et simpliste du propriétaire l'avait amené à adopter une méthode que je n'aurais jamais pu prendre sur moi; cependant, en dernier ressort et dans des circonstances aussi exceptionnelles, c'était le seul parti à prendre.

Ainsi que je l'appris ensuite, le pauvre scribe, en apprenant qu'on allait le conduire aux Tombs, n'opposa pas la moindre résistance; pâle, silencieux et impassible, il acquiesça.

Quelques spectateurs, à la fois pris de compassion et de curiosité, se joignirent au groupe et, emboitant le pas à l'agent qui tenait Bartleby par le bras, défilèrent en procession silencieuse dans les artères tumultueuses, chaudes et allègres de midi.

Le jour même où je reçus la lettre, je me rendis aux Tombs ou, pour employer l'expression exacte, à la maison d'arrêt. Ayant cherché le fonctionnaire responsable, j'exposai le but de ma visite et fus informé que l'individu répondant à ma description était effectivement là. J'assurai alors au fonctionnaire que Bartleby était un homme parfaitement honnête, tout à fait digne de compassion, en dépit de ses excentricités inexplicables. Je racontai tout ce que je savais et conclus en suggérant qu'on lui rendit la détention aussi douce que possible, en attendant des dispositions moins draconiennes — je ne savais trop lesquelles, d'ailleurs. En tout état de cause et à défaut d'autre chose, il fallait que l'hospice des pauvres l'hébergeât. Je priai qu'on m'accordât un entretien avec Bartleby.

Comme il n'était coupable d'aucune faute infamante, qu'il était calme et inoffensif à tous égards, on lui avait

cido a la cárcel como vagabundo. Además, como yo lo conocía más que nadie, me pedía que concurriera y que hiciera una declaración conveniente de los hechos. Estas nuevas tuvieron sobre mí un efecto contradictorio. Primero, me indignaron, luego casi merecieron mi aprobación. El carácter enérgico y expeditivo del propietario le había hecho adoptar un temperamento que yo no hubiera elegido; y sin embargo, como último recurso, dadas las circunstancias especiales, parecía el único camino.

Supe después que, cuando le dijeron al amanuense que sería conducido a la cárcel, éste no ofreció la menor resistencia. Con su pálido modo inalterable, silenciosamente, asintió.

Algunos curiosos o apiados espectadores se unieron al grupo; encabezada por uno de los gendarmes, del brazo de Bartleby, la silenciosa procesión siguió su camino entre todo el ruido, y el calor, y la felicidad de las aturdidas calles al mediodía.

El mismo día que recibí la nota, fui a la cárcel. Buscando al empleado, declaré el propósito de mi visita, fui informado de que el individuo que yo buscaba estaba, en efecto, ahí dentro. Aseguré al funcionario que Bartleby era de una cabal honradez y que merecía nuestra lástima, por inexplicablemente excéntrico que fuera. Le referí todo lo que sabía, y le sugerí que lo dejaran en un benigno encierro hasta que algo menos duro pudiera hacerse —aunque no sé muy bien en qué pensaba—. De todos modos, si nada se decidía, el asilo debía recibirlo. Luego solicité una entrevista.

Como no había contra él ningún cargo serio y era inofensivo y tranquilo, le permitían andar en liber-

Bartleby en la cárcel por vagancia. Y añadía que, puesto que yo era el que más sabía de él, me rogaba que me presentase en ese lugar e hiciese la declaración correspondiente. Estas noticias tuvieron un efecto contradictorio sobre mí. A lo primero me indigné; al cabo, estuve de acuerdo. La decisión sumaria y enérgica del casero le había llevado a adoptar una medida que no creo que yo hubiera podido decidir por mí mismo; y sin embargo, como último recurso, dadas las circunstancias, parecía el único curso de acción posible. [51]

Según supe más tarde, el pobre escribiente no puso el menor impedimento cuando le dijeron que había de ser conducido a la cárcel; sino que, con su impavidez y palidez características, y sin decir palabra, consintió.

Algunos de los presentes, por compasión o por curiosidad, se unieron al grupo; y, encabezada por uno de los guardias, que llevaba a Bartleby del brazo, la silenciosa comitiva hizo su recorrido en medio del ruido, el calor y el alegre tráfago de las calles al mediodía.

La misma tarde en que recibí la nota fui a la cárcel. O, para decirlo con propiedad, al Depósito Judicial. Busqué al funcionario responsable, le expliqué el motivo de mi visita y fui informado de que el individuo al que me refería estaba allí. Le aseguré entonces al funcionario que Bartleby era un hombre intachable y digno de la mayor compasión, a pesar de sus inexplicables rarezas. Le referí todo lo que sabía, y al final le sugerí que le hiciera su confinamiento lo menos riguroso posible, hasta que se encontrase una solución menos severa (aunque, la verdad sea dicha, no sabía cuál). En último extremo, si no podía arbitrarse otra medida, habría que llevarlo al asilo. Solicité entonces una entrevista.

Al no habersele acusado de nada grave, y por su natural sereno e inofensivo, le habían permitido pasearse

demandait en outre, puisque j'en savais plus long que quiconque à son sujet, de me rendre aux dites Tombs et d'exposer congrûment les faits. Cette nouvelle produisit sur moi des effets contradictoires. Mon premier mouvement fut [71] d'être indigné; mais en fin de compte, j'approuvai presque. L'humeur énergique et expéditive du propriétaire lui avait inspiré une ligne de conduite que je ne me fusse sans doute jamais résolu à prendre. Cependant, en dernier ressort et dans des circonstances aussi exceptionnelles, il semblait que ce fût le seul parti possible.

Comme je l'appris plus tard, le pauvre scribe n'avait pas offert la moindre résistance lorsqu'on lui avait annoncé qu'il allait être conduit aux Tombs: il s'était contenté d'acquiescer en silence à sa manière livide, impassible.

Quelques-uns des assistants, mus par la compassion et la curiosité, s'étaient joints au groupe; et la procession silencieuse, précédée de l'un des agents qui donnait le bras à Bartleby, avait défilé à travers le bruit, la chaleur et la gaieté des rues tumultueuses à midi.

Le jour même où je reçus la lettre, je me rendis aux Tombs ou, pour parler avec plus de propriété, aux Prisons. Après avoir cherché le fonctionnaire compétent, j'exposai le motif de ma visite, et l'on m'informa que l'individu que je décrivais se trouvait bien là. J'assurai alors à mon interlocuteur que Bartleby était un homme parfaitement honnête et, en dépit de ses inexplicables excentricités, digne de la plus grande compassion. Je racontai tout ce que je savais à son sujet et terminai en insistant pour qu'on lui rendit [72] la détention aussi douce que possible, jusqu'au moment où l'on pourrait prendre à son égard un parti moins rigoureux — bien qu'en vérité je ne visse guère lequel, à moins que, faute de mieux, on ne recourût à l'hospice. Je demandai ensuite à voir Bartleby.

Comme aucune charge infamante ne pesait sur lui et qu'il se comportait d'une façon parfaitement inoffensive et

per vagabondaggio. Siccome io su di lui ne sapevo più di ogni altro, mi pregava di recarmi in quel luogo e fare un'adeguata deposizione dei fatti. Questi ragguagli ebbero su di me reazioni contrastanti. Dapprima ne fui sdegnato, ma, alla fine, giunsi quasi ad approvare la decisione. Il temperamento sbrigativo ed energico del padron di casa lo aveva indotto ad adottare una procedura che non credo mi sarei mai deciso a seguire, eppure, estremo rimedio in quelle circostanze tanto insolite, sembrava l'unica soluzione.

Come appresi più tardi, il povero scrivano, avvertito che doveva essere tradotto alle Tombe, non aveva opposto la minima resistenza, ma vi si era adeguato con la sua pallida, imperturbabile mansuetudine.

Alcuni presenti, per compassione e curiosità, si erano uniti al gruppo e, capeggiato da un poliziotto a braccetto di Bartleby, il silenzioso corteo aveva sfilato attraverso le concitate strade in mezzo al frastuono e al caldo e all'allegria di mezzogiorno.

Lo stesso giorno in cui ricevetti quel messaggio, mi recai alle Tombe, ovvero, per esprimermi con precisione, al carcere giudiziario. Cercato il funzionario competente, dichiarai lo scopo della mia visita e venni a sapere che di fatto l'individuo descritto era lì trattenuto. Assicurai allora il funzionario che Bartleby era un uomo di assoluta probità, da commiserare profondamente, seppur eccentrico al di là di ogni dire. Esposi tutto quello che sapevo e conclusi suggerendo di tenerlo in reclusione con tutta l'indulgenza possibile, finché non si fosse trovata una soluzione meno aspra, sebbene inverosimile, sapessi quale potesse essere. Se poi non si fosse deciso niente, lo avrebbe accolto l'ospizio dei poveri. Chiesi quindi di parlargli.

Non essendo imputato di nessun grave reato e avendo sempre un'aria docile e innocua, gli avevano concesso

<i>tr. de J. L. Borges</i>	<i>Melville's Bartleby</i>	<i>tr. de Julia Lavid</i>	<i>tr. de M. Causse</i>	<i>tr. de J. L. Borges</i>	<i>tr. de J.M. Benítez Ariza</i>	<i>tr. de Pierre Leyris</i>	<i>unattributed</i>
tad por la prisión y particularmente por los patios cercados de césped. Ahí lo encontré, solitario en el más quieto de los patios, con el rostro vuelto a un alto muro, mientras, alrededor, me pareció ver los ojos de asesinos y de ladrones, atisbando por las estrechas rendijas de las ventanas.	freely to wander about the prison, and, especially, in the enclosed grass-platted yards thereof. And so I found him there, standing all alone in the quietest of the yards, his face toward a high wall, while all around, from the narrow slits of the jail windows, I thought I saw peering out upon him the eyes of murderers and thieves.	por la prisión, y especialmente por los patios interiores cubiertos de hierba. Y así lo encontré allí, solo en el más tranquilo de los patios, con el rostro vuelto hacia un alto muro, mientras que, a su alrededor, desde las estrechas rendijas de las ventanas de la cárcel, creí ver los ojos de asesinos y ladrones mirándole con curiosidad. [112]	permis de circuler librement dans la prison et, [54] en particulier, dans les cours intérieures plantées de gazon. C'est dans l'une d'elles, la plus écartée, que je le trouvai debout, le visage tourné vers un mur élevé tandis qu'alentour, par les fentes étroites des fenêtres de la prison, je crus voir les meurtriers et les voleurs le scruter de leurs yeux.	tad por la prisión y particularmente por los patios cercados de césped. Ahí lo encontré, solitario en el más quieto de los patios, con el rostro vuelto a un alto muro, mientras, alrededor, me pareció ver los ojos de asesinos y de ladrones, atisbando por las estrechas rendijas de las ventanas.	libremente por la prisión, en especial por los herbazales cerrados que tenían por patios. Y allí lo encontré, solo, en el más tranquilo de los patios, cara al muro, mientras a su alrededor, desde las hendeduras estrechas de las ventanas de la cárcel, creí ver pendientes de él los ojos de asesinos y ladrones.	sereine, on lui avait permis d'errer librement à travers la prison, notamment dans les cours intérieures tapissées de gazon. Et je le trouvai là, qui se tenait tout seul dans la plus tranquille des cours, le visage tourné vers un haut mur, cependant qu'alentour, à travers les fentes étroites des fenêtres de la prison, je croyais voir les meurtriers et les voleurs darder sur lui leurs regards.	di aggirarsi liberamente per la prigione e soprattutto nei cortili erbosi interni. Fu quindi lì che lo trovai, da solo, in piedi nell'angolo più tranquillo, con il volto verso un alto muro, mentre tutto intorno, attraverso le strette feritoie delle finestre della prigione, mi parve di scorgere gli occhi di ladri e assassini che sbirciavano.
—¡Bartleby!	"Bartleby!"	—¡Bartleby!	—Bartleby!	—¡Bartleby!	—Bartleby.	«Bartleby!	«Bartleby!»
—Lo conozco —dijo sin darse la vuelta— y no tengo nada que decirle.	"I know you," he said, without looking round—"and I want nothing to say to you."	—Le conozco —dijo, sin mirar a su alrededor—, y no quiero decirle nada.	—Je vous connais, dit-il sans se retourner — et je n'ai rien à vous dire.	—Lo conozco —dijo sin darse la vuelta— y no tengo nada que decirle.	—Le conozco —dijo sin volverse— y no tengo nada que decirle.	— Je vous connais, dit-il sans se retourner — et je n'ai rien à vous dire.	«La conosco», disse senza voltarsi, «non ho nulla da dirle».
—Yo no soy el que le traje aquí, Bartleby —dije profundamente dolido por su sospecha—. Para usted, este lugar no debe ser tan vil. Nada reprochable lo ha traído aquí. Vea, no es un lugar triste, como podía suponerse. Mire, ahí está el cielo, y aquí el césped.	"It was not I that brought you here, Bartleby," said I, keenly pained at his implied suspicion "And to you, this should not be so vile a place. Nothing reproachable attaches to you by being here. And see, it is not so sad a place as one might think. Look, there is the sky, and here is the grass."	—No fui yo quien le traje aquí, Bartleby —dije yo, muy dolido por su sospecha implícita—. Y, para usted, éste tampoco debería ser un lugar tan vil. Nada reprochable se le puede imputar por estar aquí. Y, mire, no es un lugar tan triste como pudiera pensarse. Mire: ahí está el cielo, y aquí la hierba.	—Ce n'est pas moi qui vous ai amené ici, Bartleby, dis-je, vivement peiné de sa suspicion. Cette maison ne saurait être un lieu dégradant pour vous. Votre présence ici n'a rien de déshonorant. Et voyez, l'endroit n'est pas aussi triste qu'on pourrait le croire. Regardez le ciel au-dessus de votre tête, l'herbe à vos pieds.	—Yo no soy el que le traje aquí, Bartleby —dije profundamente dolido por su sospecha—. Para usted, este lugar no debe ser tan vil. Nada reprochable lo ha traído aquí. Vea, no es un lugar triste, como podía suponerse. Mire, ahí está el cielo, y aquí el césped.	—No he sido yo quien le traigo aquí, Bartleby, repóndime, muy apenado por la acusación implícita—. Además, este sitio no debe [52] suponer deshonra alguna para usted. En su caso, estar aquí no es ninguna vergüenza. Vea, no es un lugar tan triste como se piensa. Fijese, hay cielo y hierba.	—Ce n'est pas moi qui vous ai envoyé ici, Bartleby, répondez-moi, vivement peiné de son soupçon implicite. D'ailleurs, pour vous, cet endroit ne devrait pas être un lieu tellement infâme: aucun déshonneur n'en rejait sur vous. Et voyez, ce n'est pas aussi triste, ici, qu'on pourrait le croire. Regardez, il y a là le ciel, et ici le gazon.	«Non sono stato io a portarla qui, Bartleby», dissi profondamente addolorato dall'implicito sospetto. «E per lei questo non dovrebbe essere un posto tanto abietto. Non le viene imputata nessuna azione riprovevole per trovarsi qui. E guardi: non è poi così triste come si potrebbe pensare. Guardi: c'è il cielo, c'è l'erba».
—Sé dónde estoy —repliqué, pero no quiso decir nada más, y entonces lo dejé.	"I know where I am," he replied, but would say nothing more, and so I left him.	—Sé dónde estoy —respondió, pero no quiso decir nada más, así que me fui.	—Je sais où je suis, répliquai-t-il, mais il ne voulut rien dire de plus et je le laissai.	—Sé dónde estoy —repliqué, pero no quiso decir nada más, y entonces lo dejé.	—Sé dónde estoy —contesté, y no quiso decir nada más, así que lo dejé.	— Je sais où je suis », répondit-il. Après quoi il ne voulut plus rien dire, et je le quittai.	«So dove mi trovo», rispose, ma non volle aggiungere altro, e così lo lasciai.
Al entrar de nuevo en el corredor, un hombre ancho y carnoso, de delantal, se me acercó, y señalando con el pulgar sobre el hombro, dijo: —¿Ése es su amigo?	As I entered the corridor again, a broad meat-like man, in an apron, accosted me, and, jerking his thumb over his shoulder, said, "Is that your friend?"	Al volver a entrar en el pasillo, un hombre ancho y carnoso, con delantal, se me acercó, y señalando con el pulgar por encima del hombro, me dijo: —¿Es ése amigo suyo?	En pénétrant de nouveau dans le corridor, un bonhomme bedonnant, en tablier, m'accosta et, rejetant son pouce par-dessus son épaule, me demanda : —C'est votre ami ?	Al entrar de nuevo en el corredor, un hombre ancho y carnoso, de delantal, se me acercó, y señalando con el pulgar sobre el hombro, dijo: —¿Ése es su amigo?	Al entrar de nuevo en la galería, un hombre corpulento y entrado en carnes, en delantal, me abordó y, señalando con el pulgar por encima de su hombro, dijo: —¿Es amigo suyo?	Comme je regagnais le corridor, un gros [73] homme viandeux, affublé d'un tablier, m'accosta et me dit en lançant son pouce par-dessus son épaule «C'est votre ami?	Mentre imboccavo di nuovo il corridoio, un omaccione dall'aria sanguigna, con un grembiule, mi si avvicinò e, indicando con il pollice sopra la sua spalla, disse: «E un suo amico?»
—Sí.	"Yes."	—Sí.	—Oui.	—Sí.	—Sí.	—Oui.	«Sì».
—¿Quiere morirse de hambre? En tal caso que observe el régimen de la prisión y se saldrá con su gusto.	"Does he want to starve? If he does, let him live on the prison fare, that's all."	Quiere morirse de hambre? Si eso es lo que quiere, que viva de la comida de la prisión, eso es todo.	—Il veut mourir de faim ? Dans ce cas, qu'il se contente de l'ordinaire de la prison.	—¿Quiere morirse de hambre? En tal caso que observe el régimen de la prisión y se saldrá con su gusto.	—Si quiere morirse, no tiene más que alimentarse del rancho de la prisión.	— Est-ce qu'il veut mourir de faim? Si c'est ça qu'il veut, c'est facile : il n'a qu'à se contenter de l'ordinaire.	«Vuole morire di fame? Se sì, basta dargli la razione che passa il carcere, ed è fatta».
—¿Quién es usted? —le pregunté, no acertando a explicarme una charla tan poco oficial en ese lugar.	"Who are you?" asked I, not knowing what to make of such an unofficially speaking person in such a place.	—¿Quién es usted? —le pregunté, sin saber qué hacer con tal persona que hablaba de modo tan poco oficial en un lugar semejante.	—Qui êtes-vous? demandai-je, ne sachant comment situer le personnage qui tenait des propos aussi peu officiels dans un endroit pareil.	—¿Quién es usted? —le pregunté, no acertando a explicarme una charla tan poco oficial en ese lugar.	—¿Quién es usted? —pregunté, sin saber qué esperar de una persona que se expresaba tan fuera de los cauces ordinarios en un sitio como aquel.	— Qui êtes-vous ? » demandai-je, ne sachant que penser d'un personnage qui parlait d'une façon aussi peu officielle en un tel lieu.	«Lei, chi è?», chiesi non sapendo come catalogare una persona che in un tale posto parlava in modo così poco ufficiale.
—Soy el despensero. Los caballeros que tienen amigos aquí me pagan para que los provea de buenos platos.	"I am the grub-man. Such gentlemen as have friends here, hire me to provide them with something good to eat."	—Soy el despensero (19). Los caballeros que tienen amigos aquí me contratan para que les proporcione algo bueno de comer.	—C'est moi qui prépare le frotic. Les messieurs qu'ont des amis dans la place me chargent de leur procurer des bonnes choses à manger.	—Soy el despensero. Los caballeros que tienen amigos aquí me pagan para que los provea de buenos platos.	—Soy el proveedor. Los caballeros que tienen amigos aquí me pagan para que les proporcione algo bueno de comer.	— Je suis le marchand de bouffe. Les messieurs qui ont des amis ici me chargent de leur procurer du bon manger.	«Sono il vivandiere. I signori qui che hanno amici mi pagano, così io gli porto cose buone da mangiare».
—¿Es cierto? —le pregunté al guardián.	"Is this so?" said I, turning to the turnkey.	—¿Ah, sí? —dije, volvíndome al carcelero.	—Est-ce vrai ? dis-je en me tournant vers le géolier.	—¿Es cierto? —le pregunté al guardián.	—¿Es eso cierto? —le pregunté al carcelero.	— Est-ce vrai? » dis-je en me tournant vers le géolier.	«È vero?», chiesi volgendomi verso il secondino.
Me contestó que sí.	He said it was.	Dijo que así era.	Il répondit par l'affirmative.	Me contestó que sí.	Dijo que sí.	Celui-ci fit signe que oui.	Lo confermò.
—Bien, entonces —dije, deslizando unas monedas de plata en la mano del despensero—, quiero	"Well, then," said I, slipping some silver into the grub-man's hands (for so they called him), "I want you to	—Bien, entonces —dije, deslizando unas monedas en la mano del despensero (pues así le llamaban)— quiero que le preste para	—C'est bien, dans ce cas, dis-je en glissant quelque argent dans la main du froticier (ainsi qu'on l'appelait). Je veux que	—Bien, entonces —dije, deslizando unas monedas de plata en la mano del despensero—, quiero	—Bueno, tenga —dije, poniendo en manos del que pasaba por proveedor unas monedas—. Deseo que le	«Eh bien, alors », dis-je en glissant quelque argent dans la main du cuistot (puisqu'on le nommait ainsi), « je désire que	«Allora», dissi facendo scivolare qualche moneta d'argento nelle mani del vivandiere (perché così lo chiamavano), «le

que mi amigo esté particularmente atendido. Déle la mejor comida que encuentre. Y sea con él lo más atento posible.

—Presénteme, ¿quiere? —dijo el despensero, con una expresión que parecía indicar la impaciencia de ensayar inmediatamente su urbanidad.

Pensando que podía redamarse en beneficio del amanuense, accedí, y preguntándole su nombre, me fui a buscar a Bartleby.

—Bartleby, éste es un amigo, usted lo encontrará muy útil.

—Servidor, señor —dijo el despensero, haciendo un lento saludo, detrás del delantal—. Espero que esto le resulte agradable, señor; lindo césped, departamentos frescos, espero que pase un tiempo con nosotros, trataremos de hacérselo agradable. ¿Qué quiere cenar hoy?

—Prefiero no cenar hoy —dijo Bartleby, dándose la vuelta—. Me haría mal; no estoy acostumbrado a cenar. —Con estas palabras se movió hacia el otro lado del cercado, y se quedó mirando la pared.

—¿Cómo es esto? —dijo el hombre, dirigiéndose a mí con una mirada de asombro—. Es medio raro, ¿verdad?

—Creo que está un poco desequilibrado —dije con tristeza.

—¿Desequilibrado? ¿Está desequilibrado? Bueno, palabra de honor que pensé que su amigo era un caballero falsificador; los falsificadores siempre son pálidos distinguidos. No puedo menos que compadecerlos; me es imposible, señor. ¿No conoció a Monroe Edwards? —agregó patéticamente y se detuvo. Luego, apoyando compasivamente la mano en mi hombro, suspiró—: murió tuberculoso en Sing—Sing. Entonces, ¿usted no conoció a Monroe?

give particular attention to my friend there; let him have the best dinner you can get. And you must be as polite to him as possible.”

“Introduce me, will you?” said the grub-man, looking at me with an expression which seemed to say he was all impatience for an opportunity to give a specimen of his breeding.

Thinking it would prove of benefit to the scrivener, I acquiesced; and, asking the grub-man his name, went up with him to Bartleby.

“Bartleby, this is a friend; you will find him very useful to you.”

“Your sarvant, sir, your sarvant,” said the grub-man, making a low salutation behind his apron. “Hope you find it pleasant here, sir; nice grounds — cool apartments—hope you’ll stay with us some time—try to make it agreeable. What will you have for dinner today?”

“I prefer not to dine today,” said Bartleby, turning away. “It would disagree with me; I am unused to dinners.” So saying, he slowly moved to the other side of the enclosure, and took up a position fronting the dead-wall.

“How’s this?” said the grub-man, addressing me with a stare of astonishment. “He’s odd, ain’t he?”

“I think he is a little deranged,” said I sadly.

“Deranged? deranged is it? Well, now, upon my word, I thought that friend of yours was a gentleman forger; they are always pale and genteel-like, they can’t help pity ‘em can’t help it, sir. Did you know Monroe Edwards?” he added touchingly, and paused. Then, laying his hand piteously on my shoulder, sighed, “he died of consumption at Sing-Sing. So you weren’t acquainted with Monroe?”

ticular atención a aquel amigo; encárguese de que tenga la comida mejor que pueda usted conseguir. Y sea con él lo más educado que pueda.

—¿Me presenta usted, por favor? —dijo el despensero mirándome con una expresión que parecía indicar la impaciencia [113] por tener la oportunidad de ofrecirme una muestra de su educación.

Pensando que podía ser beneficioso para el escribiente, accedí; y, preguntándole el nombre, me dirigí con él hacia Bartleby.

—Bartleby, éste es un amigo; le será muy útil.

—A su servicio, señor, a su servicio —dijo el despensero, haciendo una profunda reverencia tras su delantal—. Espero que se encuentre a gusto aquí, señor; terrenos agradables, apartamentos frescos, espero que se quede con nosotros algún tiempo; intentaremos hacérselo agradable. ¿Qué desea cenar hoy?

—Prefiero no cenar hoy —dijo Bartleby, dándose la vuelta—. Estaría en desacuerdo conmigo, no estoy acostumbrado a cenar—con estas palabras se volvió lentamente hacia el otro lado del recinto y se situó frente al muro.

—¿Cómo es eso? dijo el hombre, dirigiéndose a mí con una mirada de asombro—. Es un tipo raro, ¿no?

—Creo que está un poco trastornado —dije, con tristeza.

—¿Trastornado? ¿Está trastornado? Vaya, palabra de honor que pensé que ese amigo suyo era un falsificador; siempre son pálidos y distinguidos los falsificadores. No puedo por menos que compadecerlos, señor, no puedo evitarlo. ¿Conoció usted a Monroe Edwards? —añadió, de manera conmovedora, e hizo una pausa. Luego apoyando la mano lastimeramente en mi hombro, suspiró—. Murió de tisis en Sing-Sing. ¿Así que usted no conocía a Monroe?

vous preniez grand soin de moi ami ici présent; procurez-lui le meilleur déjeuner [55] possible et soyez aussi déferent envers lui que vous le pourrez.

—Présentement, ¿quiere? —dijo el despensero, con una expresión que parecía indicar la impaciencia de ensayar inmediatamente su savoir-vivre.

Pensant que le scribe pourrait en tirer profit, j’acquiesçai et, après avoir demandé son nom au cuisinier, je le conduisis près de Bartleby.

—Bartleby, voici un ami; vous verrez qu’il peut vous être très utile.

—Vot’ serviteur, m’sieur, vot’ serviteur, dit le fricotier en s’inclinant bien bas derrière son tablier. J’espère que vous vous plairez ici, m’sieur; beaux terrains — appartements frais — j’espère que vous resterez avec nous quelque temps — fera tout pour vous être agréable. Que voulez-vous pour vot’ déjeuner d’aujourd’hui?

—J’aime mieux ne pas déjeuner aujourd’hui, dit Bartleby en se détournant. Cela ne m’irait pas; je n’ai pas l’habitude des déjeuners. Ce disant, il se dirigea lentement vers l’autre extrémité de l’enclos et se posta face à la muraille nue.

—Qu’est-ce que ça veut dire? me demanda le fricotier en me regardant d’un air ébahi. Il est louffoque, hein?

—Je crois qu’il est un petit peu dérangé, dis-je tristement.

—Dérangé? Dérangé? Ah ben, moi qui prenais votre ami pour un gentilhomme faussaire; ils sont toujours pâles et pleins de bonnes manières, ces faussaires. Je peux pas m’empêcher de les plaindre, j’peux pas, m’sieur. Est-ce que vous avez connu Monroe Edwards? ajouta-t-il d’une voix émue, et il marqua une pause. Puis mettant la main sur mon épaule en signe de pitié, il soupira: il est mort de consommation à Sing-Sing. Alors comme ça vous n’étiez pas lié à Monroe?

que mi amigo esté particularmente atendido. Déle la mejor comida que encuentre. Y sea con él lo más atento posible.

—Presénteme, ¿quiere? —dijo el despensero, con una expresión que parecía indicar la impaciencia de ensayar inmediatamente su urbanidad.

Pensando que podía redamarse en beneficio del amanuense, accedí, y preguntándole su nombre, me fui a buscar a Bartleby.

—Bartleby, éste es un amigo, usted lo encontrará muy útil.

—Servidor, señor —dijo el despensero, haciendo un lento saludo, detrás del delantal—. Espero que esto le resulte agradable, señor; lindo césped, departamentos frescos, espero que pase un tiempo con nosotros, trataremos de hacérselo agradable. ¿Qué quiere cenar hoy?

—Prefiero no cenar hoy —dijo Bartleby, dándose la vuelta—. Me haría mal; no estoy acostumbrado a cenar. —Con estas palabras se movió hacia el otro lado del cercado, y se quedó mirando la pared.

—¿Cómo es esto? —dijo el hombre, dirigiéndose a mí con una mirada de asombro—. Es medio raro, ¿verdad?

—Creo que está un poco desequilibrado —dije con tristeza.

—¿Desequilibrado? ¿Está desequilibrado? Bueno, palabra de honor que pensé que su amigo era un caballero falsificador; los falsificadores siempre son pálidos distinguidos. No puedo menos que compadecerlos; me es imposible, señor. ¿No conoció a Monroe Edwards? —agregó patéticamente y se detuvo. Luego, apoyando compasivamente la mano en mi hombro, suspiró—: murió tuberculoso en Sing—Sing. Entonces, ¿usted no conocía a Monroe?

preste especial atención a mi amigo. Déle de comer lo mejor que tenga. Y tenga con él todas las consideraciones.

—Presénteme —dijo el proveedor, mirándome con una expresión que parecía decir que estaba impaciente por hacerme una demostración de sus modales.

Pensando que era en bien del escribiente, obedecí. Y, después de preguntarle el nombre al proveedor, me acerqué con él a Bartleby.

—Bartleby, le presento a un amigo. Le será de gran ayuda.

—Servidor de usted, servidor de usted —dijo el proveedor, haciendo una inclinación con delantal y todo—. Espero que su estancia sea agradable, señor. Hermosos jardines, habitaciones [53] locales frescos... j’espère que vous resterez quelque temps avec nous, monsieur... je tâcherai de rendre votre séjour agréable. Que désirez-vous pour déjeuner aujourd’hui?

—Prefiero no cenar hoy —dijo Bartleby, volviéndose—. No va con mis costumbres. No suelo cenar. Dicho esto, se dirigió despacio al otro lado del recinto y se paró frente al muro ciego.

—¿Qué pasa aquí? —dijo el proveedor, dirigiéndome una mirada de asombro—. Un tipo raro, ¿no?

—Creo que está un poco trastornado —dije, con pena.

—¿Trastornado? ¿Eso es lo que tiene? Vaya, le juro que pensé que ese caballero amigo suyo era falsificador. Tienen pinta de señorito y siempre están pálidos, los falsificadores. Me dan mucha pena, no lo puedo remediar. ¿Conoció usted a Monroe Edwards? —añadió, en tono conmovedor, e hizo una pausa. Luego me puso la mano en el hombro, en un gesto de pena, y suspiró—. Murió tísico en Sing-Sing. ¿No conoció usted a este Monroe, por casualidad?

vous preniez tout particulièrement soin de moi ami; donnez-lui le meilleur déjeuner que vous pourrez. Et traitez-le aussi poliment que possible.

—Présentement, ¿quiere? —dit le marchand de bouffe en me regardant de l’air impatient de me donner un aperçu de sa bonne éducation.

Jugeant que cela serait profitable au scribe, j’acquiesçai; et après avoir demandé son nom au [74] marchand de bouffe, je m’approchai avec lui de Bartleby.

« Bartleby, voici un ami; il vous sera fort utile.

—Vot’ serviteur, monsieur, vot’ serviteur », dit le marchand de bouffe en faisant un profond salut derrière son tablier. « J’espère que l’endroit vous plait, monsieur; de beaux terrains... des locaux frais... j’espère que vous resterez quelque temps avec nous, monsieur... je tâcherai de rendre votre séjour agréable. Que désirez-vous pour déjeuner aujourd’hui? »

—Je préfère ne pas déjeuner aujourd’hui, dit Bartleby en se détournant. Cela ne m’irait pas. Je n’ai pas l’habitude de déjeuner. » Ce disant, il s’en fut lentement de l’autre côté de la cour et se posta face au mur aveugle.

« Comment ça? dit le marchand de bouffe en me jetant un regard stupéfait. Il est bizarre, ¿non? »

—Je crois qu’il a l’esprit un peu dérangé, dis-je tristement.

—Dérangé? dérangé vraiment? Ma parole, je prenais vot’ copain pour un de ces messieurs les faussaires; toujours pâles et distingués, ces faussaires. J’peux pas m’empêcher de les plaindre, monsieur, c’est plus fort que moi. Avez-vous connu Monroe Edwards? » ajouta-t-il d’une voix émue, et il s’arrêta. Puis, posant sa main sur mon épaule dans un geste de pitié: « Il est mort de la [75] poitrine à Sing-Sing, soupira-t-il. Ainsi donc, vous n’avez pas été en relations avec Monroe? »

chiedo di prestare particolare attenzione al mio amico qui. Gli faccia avere il miglior pranzo che riesca a trovare. E con lui sia più gentile che può».

«Che ne dice di presentarmi?», chiese il vivandiere guardandomi con un’espressione che sembrava significare l’impazienza di mostrarmi le sue buone maniere.

Pensando che potesse giovare allo scrivano, accondiscesi e, chiedendo al vivandiere come si chiamasse, mi avvicinai con lui a Bartleby.

«Bartleby, ecco un amico. Vedrà che le sarà molto utile».

«Servitor suo, signore, servitor suo», disse il vivandiere con un profondo inchino dietro il suo grembiule. «Spero che sarà di suo gusto qui, signore. Bel giardino... locali freschi... spero che rimarrà con noi per un po’... cercherò di renderglielo piacevole. Cosa vuole per pranzo oggi?»

«Preferisco non pranzare oggi», disse Bartleby voltandosi dall’altra parte. «Mi farebbe male, non sono abituato a pranzare». Così dicendo, si portò lentamente sul lato opposto del cortile e si mise davanti al muro cieco.

«Cosa vuoi dire?», disse il vivandiere rivolgendosi a me con sguardo attonito. «E un po’ tocco, vero?»

«Penso che sia un po’ disennato», dissi con tristezza.

«Disennato? dice? Beh, parola mia, ecco cosa pensavo: che quel suo amico lì era un falsario. Sempre pallidi e con l’aria da signori, quelli, i falsari. Mi fanno pena, signore, non posso farne a meno. Conosceva Monroe Edwards?», aggiunse in tono mesto e tacque. Quindi, appoggiando la mano sulla mia spalla con gesto accorato, sospirò: «È morto tísico a Sing-Sing. Così non conosceva Monroe?»

19 grub-man en el original. Grub es un término del argot británico y norteamericano que significa acomodado. Sin embargo, curiosamente, su significación literal es la de «gusano», palabra que refleja la auténtica personalidad de este hombre, fiel producto de la institución corrompida. En la primera versión para la revista Putnam, Melville le presentará con nombre propio, el señor Cutlet, que más tarde eliminará para la versión *The Piazza Tales*, al igual que la invitación a él y su mujer a Bartleby para cenar con ellos.

—No, nunca he tenido relaciones sociales con ningún falsificador. Pero no puedo demorarme. Cuide a mi amigo. Le prometo que no le pesará. Ya nos veremos.

Pocos días después, conseguí otro permiso para visitar la cárcel y anduve por los corredores en busca de Bartleby, pero sin dar con él.

—Lo he visto salir de su celda no hace mucho —dijo un guardián—. Habrá salido a pasear al patio.

Tomó esa dirección.

—¿Está buscando al hombre llamado? —dijo otro guardián, cruzándose conmigo—. Ahí está, durmiendo en el patio. No hace veinte minutos que lo vi acostado.

El patio estaba completamente tranquilo. A los presos comunes les estaba vedado el acceso. Los muros que lo rodeaban, de asombroso espesor, excluían todo ruido. El carácter egipcio de la **arquitectura** me abrumó con su tristeza. Pero a mis pies crecía un suave césped cautivo. Era como si en el corazón de las eternas pirámides, por una extraña magia, hubiese brotado de las grietas una semilla arrojada por los pájaros.

Extrañamente acurrucado al pie del muro, con las rodillas levantadas de lado, con la cabeza tocando las frías piedras, vi al consumido Bartleby. Pero no se movió. Me detuve, luego me acerqué; me incliné, y vi que sus vagos ojos estaban abiertos; por lo demás, parecía profundamente dormido. Algo me impulsó a tocarlo. Al sentir su mano, un escalofrío _____ me corrió por el brazo y por la médula hasta los pies.

La redonda cara del dispensero me interrogó.
—Su comida está pronta. ¿No querrá comer hoy tampoco? ¿O vive sin comer?

—Vive sin comer —dijo yo y le cerré los ojos.

"No, I was never socially acquainted with any forgers. But I cannot stop longer. Look to my friend yonder. You will not lose by it. I will see you again."

Some few days after this, I again obtained admission to the Tombs, and went through the corridors in quest of Bartleby; but without finding him.

"I saw him coming from his cell not long ago," said a turnkey, "maybe he's gone to loiter in the yards."

So I went in that direction.

"Are you looking for the silent man?" said another turnkey, passing me. "Yonder he lies—sleeping in the yard there. 'Tis not twenty minutes since I saw him lie down"

The yard was entirely quiet. It was not accessible to the common prisoners. The surrounding walls, of amazing thickness, kept off all sounds behind them. The Egyptian character of the **masonry** weighed upon me with its gloom. But a soft imprisoned turf grew under foot. The heart of the eternal pyramids, it seemed, wherein, by some strange magic, through the clefts, grass-seed, dropped by birds, had sprung.

Strangely huddled at the base of the wall, his knees drawn up, and lying on his side, his head touching the cold stones, I saw the wasted Bartleby. But nothing stirred. I paused; then went close up to him; stooped over, and saw that his dim eyes were open; otherwise he seemed profoundly sleeping. Something prompted me to touch him. I felt his hand, when a **tingling** shiver ran up my arm and down my spine to my feet.

The round face of the grub-man peered upon me now. "His dinner is ready. Won't he dine today, either? Or does he live without dining?"

"Lives without dining," said I, and closed the eyes.

-No, nunca he tenido relación social con ningún falsificador. Pero no puedo demorarme más. Cuide a mi amigo. No le pesará. Ya nos veremos.

Unos cuantos días después volví a obtener permiso para entrar en las Tumbas, y atravesé los pasillos en busca de Bartleby, pero no le encontré.

-Le vi salir de su celda hace poco -dijo un carcelero-, quizá se ha ido a holgazanear en los patios.

Así que fui en aquella dirección.

-¿Busca usted al hombre silencioso? -dijo otro carcelero, al pasar junto a mí-. Allí está tumbado..., durmiendo en aquel patio. No hace veinte minutos que le vi echarse. [114]

La cour était parfaitement calme. Elle n'était pas accessible au commun des prisonniers. Ses murs, d'une épaisseur surprenante, ne laissaient filtrer aucun son. Le caractère égyptien de la maçonnerie m'accabla de sa mélancolie, malgré le doux gazon emprisonné qui poussait sous les pas. On eût dit le coeur des éternelles pyramides où, par quelque étrange magie, avait germé la graine que les oiseaux avaient laissé choir entre les fentes.

C'est un Bartleby décharné qui m'apparut, curieusement recroquevillé au pied du mur, couché sur le flanc, les genoux relevés et la tête reposant sur les pierres froides. Rien ne bougeait. Je marquai une pause ; m'approchai de lui ; me penchai et vis que ses yeux sans éclat étaient ouverts ; à ce détail près, il semblait profondément endormi. Quelque chose m'incita à le toucher. Je tâtai sa main, un frisson **agu** courut le long de mon bras puis descendit de l'échine aux pieds.

La cara redonda del dispensero se asomó por encima de mí.
—Su cena está preparada. ¿O es que no va a comer hoy tampoco? ¿O vive acaso sin comer?

-Vive sin comer-dije yo, y cerré sus ojos.

—Non, je n'ai jamais été en rapport avec des [56] faussaires. Mais je ne puis m'arrêter plus longtemps. Prenez soin de mon ami, là-bas. Vous ne le regretterez pas. Je vous reverrai.

Quelques jours plus tard, j'obtins la permission de revenir aux Tombs et je parcourus les couloirs en quête de Bartleby, mais en vain.

—Je l'ai vu sortir de sa cellule il n'y a pas longtemps, dit un géolier ; il est peut-être allé flâner dans les cours.

Je me dirigeai par là.

—Vous cherchez l'homme silencieux ? me demanda en passant un autre géolier ? Il est couché là-bas — il dort dans la cour. Je l'ai vu allongé, il n'y a pas vingt minutes.

La cour était parfaitement calme. Elle n'était pas accessible au commun des prisonniers. Ses murs, d'une épaisseur surprenante, ne laissaient filtrer aucun son. Le caractère égyptien de la maçonnerie m'accabla de sa mélancolie, malgré le doux gazon emprisonné qui poussait sous les pas. On eût dit le coeur des éternelles pyramides où, par quelque étrange magie, avait germé la graine que les oiseaux avaient laissé choir entre les fentes.

C'est un Bartleby décharné qui m'apparut, curieusement recroquevillé au pied du mur, couché sur le flanc, les genoux relevés et la tête reposant sur les pierres froides. Rien ne bougeait. Je marquai une pause ; m'approchai de lui ; me penchai et vis que ses yeux sans éclat étaient ouverts ; à ce détail près, il semblait profondément endormi. Quelque chose m'incita à le toucher. Je tâtai sa main, un frisson **agu** courut le long de mon bras puis descendit de l'échine aux pieds.

La face rebondie du fricotier me scrutait :
—Son déjeuner est prêt. Il va pas déjeuner aujourd'hui non plus ? Est-ce qu'il vivrait sans manger ?

—Il vit sans manger, répondis-je, et je fermai les yeux.

—No, nunca he tenido relaciones sociales con ningún falsificador. Pero no puedo demorarme. Cuide a mi amigo. No se arrepentirá. Volveré a verle.

Pocos días después, conseguí otro permiso para visitar la cárcel y recorrí las galerías en busca de Bartleby, pero sin dar con él.

—Lo he visto salir de su celda no hace mucho —dijo un guardián—. Habrá salido a pasear al patio.

Tomó esa dirección.

—¿Está buscando al hombre llamado? —dijo otro guardián, cruzándose conmigo—. Ahí está, durmiendo en el patio. No hace veinte minutos que lo vi acostado.

El patio estaba completamente tranquilo. A los presos comunes les estaba vedado el acceso. Los muros que lo rodeaban, de asombroso espesor, excluían todo ruido. El carácter egipcio de la **arquitectura** me abrumó con su tristeza. Pero a mis pies crecía un suave césped cautivo. Era como si en el corazón de las eternas pirámides, por una extraña magia, hubiese brotado de las grietas una semilla arrojada por los pájaros.

Extrañamente acurrucado al pie del muro, con las rodillas levantadas de lado, con la cabeza tocando las frías piedras, vi al consumido Bartleby. Pero no se movió. Me detuve, luego me acerqué; me incliné, y vi que sus vagos ojos estaban abiertos; por lo demás, parecía profundamente dormido. Algo me impulsó a tocarlo. Al sentir su mano, un escalofrío _____ me corrió por el brazo y por la médula hasta los pies.

La redonda cara del dispensero me interrogó.
—Su comida está pronta. ¿No querrá comer hoy tampoco? ¿O vive sin comer?

—Vive sin comer —dije yo y le cerré los ojos.

—No, jamás he tenido trato con ningún falsificador. No puedo quedarme más tiempo. Cuide a mi amigo. No se arrepentirá. Volveré a verle.

Pasaron unos días y de nuevo fui admitido en la cárcel y recorrí las galerías en busca de Bartleby, pero sin encontrarlo.

—Lo vi salir de su celda no hace mucho —dijo un carcelero—. Puede que ande por los patios.

Fui en esa dirección.

—¿Busca al hombre llamado? —dijo otro carcelero, al cruzarse conmigo—. Se ha echado a dormir en ese patio —dijo un carcelero—. Puede que ande por los patios.

El patio estaba en completo silencio. No tenían acceso a él los presos comunes. Los muros circundantes, de un espesor asombroso, no permitían que llegase ningún ruido de fuera. El carácter egipcio de la construcción me contagiaba su melancolía. Pero un césped suave crecía, preso, bajo los pies. Al parecer, en el corazón de las eternas pirámides habían retoñado, por arte de magia, las semillas que los pájaros habían dejado caer por las rendijas.

Acurrucado a un modo extraño al pie del muro, las rodillas levantadas y echado de costado, la cabeza contra las frías piedras, encontré al extenuado Bartleby. No hubo el menor movimiento. Me detuve, luego me acerqué a él, me incliné y vi que sus ojos turbios estaban abiertos. Salvo por ese detalle, parecía profundamente dormido. Algo me impulsó a tocarlo. Al sentir su mano, un escalofrío **estremecedor** me corrió todo el cuerpo, del brazo a los pies.

La cara redonda del proveedor me miraba ahora.
—La cena está lista. ¿No va a cenar hoy tampoco? ¿Vive sin comer?

—Vive sin comer —dije yo y le cerré los ojos.

— Non, je n'ai jamais entretenu de relations sociales avec aucun faussaire. Mais je ne puis rester plus longtemps. Prenez soin de mon ami. Vous n'y perdrez rien. Je vous reverrai. »

Quelques jours plus tard, je fus admis de nouveau à pénétrer dans les Tombs et je parcourus les couloirs à la recherche de Bartleby, mais sans le trouver.

« Je l'ai vu sortir de sa cellule, il y a un petit moment, dit un géolier. Peut-être qu'il est allé flâner dans les cours.

J'allai donc dans cette direction.

« Vous cherchez l'homme silencieux? dit un autre géolier en me croisant. Il est couché là-bas — endormi dans la cour. Il n'y a pas vingt minutes que je l'ai vu couché par terre. »

La cour était parfaitement tranquille, car les prisonniers ordinaires n'y avaient point accès. Les murs d'une extraordinaire épaisseur qui l'entouraient ne laissaient venir à elle aucun bruit. Le caractère égyptien de cette maçonnerie pesait lugubrement sur moi. Mais un doux gazon captif croissait sous les pas. Le coeur des éternelles pyramides, eût-on dit, dans les fentes desquelles, par quelque étrange magie, des semences de gazon, chues du bec des oiseaux, avaient germé.

Étrangement recroquevillé au pied du mur, [76] couché sur le flanc, les genoux repliés et la tête touchant les pierres froides: tel m'apparut l'émacé Bartleby. Mais rien ne bougeait. Je m'arrêtai, puis m'approchai tout contre lui; je vis en me penchant que ses yeux voilés étaient ouverts; par ailleurs, il semblait profondément endormi. Quelque chose m'incita à le toucher. Je tâtai sa main un frisson **convulsif** courut le long de mon bras et de mon échine jusqu'à mes pieds.

La face ronde du marchand de bouffe me dévisageait.
« Son déjeuner est prêt. Est-ce qu'il va encore se passer de déjeuner aujourd'hui? Il vit donc sans déjeuner?

—Il vit sans déjeuner, répondis-je, et lui fermai les yeux.

«No, non ho mai frequentato falsari. Ma non posso restare oltre. Abbia cura del mio amico laggiù. Non ci perderà. Arrivederla».

Alcuni giorni dopo, di nuovo ammesso alle Tombe, percorsi i corridoi alla ricerca di Bartleby, ma senza trovarlo.

«L'ho visto da poco uscire dalla sua cella», disse un secondino, «forse se n'è andato a gironzolare in cortile».

Mi avviai in quella direzione.

«Cerca l'uomo che non parla?», chiese un altro secondino superandomi. «È disteso laggiù... dorme nel cortile. Non sono neanche venti minuti che l'ho visto sdraiarsi».

Il cortile, tranquillissimo, era precluso ai detenuti comuni. Le mura intorno, straordinariamente spesse, lo isolavano da ogni suono esterno. Lo stile egizio del complesso mi incombeva addosso con il suo cupore. Ma sotto i piedi cresceva una soffice erbetta prigioniera. Il cuore delle piramidi eterne sembrava -dove, all'interno, per qualche strano incantesimo, attraverso le fenditure, dai semi lasciati cadere dagli uccelli fosse germogliata l'erba.

Rannicchiato in una strana posa ai piedi del muro, con le ginocchia piegate, disteso sul fianco, la testa appoggiata sulle pietre fredde, vidi il devastato Bartleby. Non si muoveva nulla. Mi fermai, quindi mi accostai a lui, mi chinai e vidi che i suoi occhi opachi erano aperti; per il resto, sembrava immerso in un sonno profondo. Qualcosa mi spinse a toccarlo. Tastai la mano e un brivido **pungente** mi guizzò su per il braccio e giù per la schiena fino ai piedi.

Il fazione rotondo del vivandiere sbucò dietro di me. «Il suo pranzo è pronto. Neanche oggi vuoi mangiare, eh? E che? Vive senza mangiare?»

«Vive senza mangiare», dissi e gli chiusi gli occhi.

—¿Eh?, está dormido, ¿verdad?

“Eh!—He’s asleep, ain’t he?”

-¡Eh! Está dormido. ¿No?

[57] —Eh, il dort, pas vrai ?

—¿Eh?, está dormido, ¿verdad?

—Vaya, duerme, ¿no?

— Hé!... Il dort, n'est-ce pas?

«Ehi! Dorme, eh?»

—Con reyes y consejeros —dije yo.

“With kings and counselors,” murmured I.

-Con los reyes y los consejeros —murmuré (21).

—Avec les rois et les conseillers(3), murmurai-je.

—Con reyes y consejeros —dije yo.

«Con los reyes y los mag-nates de la tierra» —murmuré.

— Avec les rois et les conseillers’, murmurai-je.

«Con i re e i consiglieri», mormorai.

* * *

**

CREO que no hay necesidad de proseguir esta historia. La imaginación puede suplir fácilmente el pobre relato del entierro de Bartleby. Pero antes de despedirme del lector, quiero advertirle que si esta narración ha logrado interesarle lo bastante para despertar su curiosidad sobre quién era Bartleby, y qué vida llevaba antes de que el narrador trabara conocimiento con él, sólo puedo decirle que comparto esa curiosidad, pero que no puedo satisfacerla. No sé si debo divulgar un pequeño rumor que llegó a mis oídos, meses después del fallecimiento del amanuense. No puedo afirmar su fundamento; ni puedo decir qué verdad tenía. Pero, como este vago rumor no ha carecido de interés para mí, aunque es triste, puede también interesar a otros.

El rumor es éste: Bartleby había sido un empleado subalterno en la Oficina de Cartas Muertas de Washington, del que fue bruscamente despedido por un cambio en la administración. Cuando pienso en este rumor, apenas puedo expresar la emoción que me embargó. ¡Cartas muertas!, ¿no se parece a hombres muertos? Concebid un hombre por naturaleza y por desdicha propongo a una pálida desesperanza. ¿Qué ejercicio puede aumentar esa desesperanza como el de manejar continuamente esas cartas muertas y clasificarlas para las llamas? Pues a carradas las quemamos todos los años. A veces, el pálido funcionario saca de los dobles del papel un anillo —el dedo que iba destinado tal vez ya se corrompe en la tumba—; un billete de banco remitido en urgente caridad a quien ya no come, ni puede ya sentir

There would seem little need for proceeding further in this history. Imagination will readily supply the meagre recital of poor Bartleby's interment. But, ere parting with the reader, I let me say, that if this little narrative has sufficiently interested him, to awaken curiosity as to who Bartleby was, and what manner of life he had prior to the present narrator's making his acquaintance, I can only reply, that in such curiosity I fully share, but am wholly unable to gratify it. Yet here I hardly know whether I should divulge one little item of rumour, which came to my ear a few months after the scrivener's decease. Upon what basis it rested I could never ascertain; and hence, how true it is I cannot now tell. But, inasmuch as this vague report has not been without a certain suggestive interest to me, however sad, it may prove the same with some others; and so I will briefly mention it. The report was this: that Bartleby had been a subordinate clerk in the Dead Letter Office at Washington, from which he had been suddenly removed by a change in the administration. When I think over this rumour, hardly can I express the emotions which seize me. Dead letters! does it not sound like dead men? Conceive a man by nature and misfortune prone to a pallid hopelessness, can any business seem more fitted to heighten it than that of continually handling these dead letters, and assorting them for the flames? For by the cartload they are annually burned. Sometimes from out the folded paper the pale clerk takes a ring—the finger it was meant for, perhaps, moulders in the grave; a bank-note sent in swift charity—he whom it would relieve, nor eats nor

Resultaría innecesario proseguir con esta historia. La imaginación completará la escueta narración del entierro del pobre Bartleby. Pero, antes de despedirme del lector, permítaseme decir que si este pequeño relato le ha interesado lo bastante como para despertar su curiosidad sobre quién era Bartleby, y qué tipo de vida había llevado antes de que el presente narrador lo conociera, sólo puedo responder que comparto completamente su curiosidad, pero que soy totalmente incapaz de satisfacerla. Sin embargo, no sé bien si debería divulgar un pequeño rumor que llegó a mis oídos pocos meses después del [115] fallecimiento del escribiente. Nunca podría determinar sobre qué base descansaba y, por tanto, no puedo decir cuánto de verdad tiene. Pero, ya que este vago relato no ha carecido de cierto interés sugestivo para mí, aunque triste, puede resultar lo mismo para otros, y por ello lo mencionaré brevemente. El informe era éste: que Bartleby había sido un empleado subordinado en la Oficina de Cartas no Reclamadas de Washington, de la que fue repentinamente se le había despedido por un cambio en la administración (22). Cuando pienso en ello, apenas puedo expresar las emociones que me embargan. ¡Cartas muertas! ¿No suena eso como hombres muertos? Imagínense a un hombre, proclive por naturaleza y desventura, a una mortecina desesperación; ¿puede cualquier otro trabajo parecer más apropiado para acrecentarla que el de manejar continuamente esas cartas no reclamadas, y clasificarlas para quemarlas? Pues anualmente se quemaban a carretadas. A veces, del papel doblado, el pálido empleado saca un anillo —el dedo al que estaba destinado quizá se está convirtiendo en polvo en la tumba; un billete enviado con la caridad más diligente —al que podría aliviar, ni

On ne verrait guère l'utilité de pousser plus loin ce récit. L'imagination pouvant, en effet, suppléer sans peine à la succincte narration de l'interment du pauvre Bartleby. Mais, avant de prendre congé du lecteur, qu'il me soit permis d'ajouter ce qui suit : si cette petite histoire l'a suffisamment intéressé pour éveiller sa curiosité à l'égard de l'identité de Bartleby et de ses modes d'existence avant que le narrateur eût fait sa connaissance, je peux répondre que je partage entièrement cette curiosité mais que je suis incapable de la satisfaire. Je ne sais d'ailleurs pas si je dois divulguer ici le bruit qui me parvint aux oreilles quelques mois après le décès du scribe. Sur quel fondement reposait cet on-dit, je ne saurais l'avancer avec certitude et, partant, je ne saurais dire dans quelle mesure il est véridique. Néanmoins, cette vague rumeur n'étant pas sans offrir à mes yeux un certain intérêt suggestif, il en sera peut-être de même pour autrui, et je n'hésiterai pas à en faire brièvement mention. Selon la rumeur, Bartleby aurait été un employé subalterne du Bureau des lettres au rebut de Washington avant d'en être soudainement chassé lors d'un rassemblement administratif. Quand j'y songe, je puis à peine exprimer les émotions qui m'étreignent. Lettres au rebut ! Cela ne sonne-t-il pas aux oreilles comme hommes au rebut ? Que l'on imagine un individu enclin par nature et par malchance au désespoir blafard, quel labeur pourrait davantage le conforter dans son désespoir que celle de manipuler constamment des lettres au rebut et de les trier pour la flamme ? Car on en brûle chaque année des charretées. [58] Parfois, du feuillet plié, le blême employé extrait une bague : le doigt auquel elle était destinée s'effrite peut-être dans la tombe; un billet de banque expédié au plus vite par charité : celui qu'il eût soulagé ne mange plus et ne connaît plus la

CREO que no hay necesidad de proseguir esta historia. La imaginación puede suplir fácilmente el pobre relato del entierro de Bartleby. Pero antes de despedirme del lector, quiero advertirle que si esta narración ha logrado interesarle lo bastante para despertar su curiosidad sobre quién era Bartleby, y qué clase de vida llevó antes de que el narrador trabara conocimiento con él, sólo puedo decirle que comparto esa curiosidad, pero que no puedo satisfacerla. No sé si debo divulgar un pequeño rumor que llegó a mis oídos, meses después del fallecimiento del amanuense. No puedo afirmar su fundamento; ni puedo decir qué verdad tenía. Pero, como este vago rumor no ha carecido de interés para mí, aunque es triste, puede también interesar a otros.

El rumor es éste: Bartleby había sido un empleado subalterno en la Oficina de Cartas Muertas de Washington, del que fue bruscamente despedido por un cambio en la administración. Cuando pienso en este rumor, apenas puedo expresar la emoción que me embargó. ¡Cartas muertas!, ¿no se parece a hombres muertos? Concebid un hombre por naturaleza y por desdicha propongo a una pálida desesperanza. ¿Qué ejercicio puede aumentar esa desesperanza como el de manejar continuamente esas cartas muertas y clasificarlas para las llamas? Pues a carradas las quemamos todos los años. A veces, el pálido funcionario saca de los dobles del papel un anillo —el dedo que iba destinado tal vez ya se corrompe en la tumba—; un billete de banco remitido en urgente caridad a quien ya no come, ni puede ya sen-

No hay necesidad de prolongar mucho más esta historia. La imaginación suplirá la escueta relación del entierro del pobre Bartleby. Antes de despedirme del lector, no obstante, permítaseme decir que, si esta breve narración ha llegado a interesarles lo suficiente para hacerles sentir curiosidad sobre quién era Bartleby, y qué clase de vida llevó antes de que el narrador llegara a tener trato con él, sólo puedo responder que comparto esa curiosidad, pero soy del todo incapaz de satisfacerla. Llegados a este punto, no sé si debo divulgar cierto rumor que llegó a mis oídos unos meses después de la muerte del escribiente. No he podido comprobar sus fuentes; por tanto, no sé que parte de verdad hay en ello. No obstante, en la medida en que esta vaga noticia no ha dejado de despertar en mí, [55] a pesar de todo, cierta capacidad de sugerencia, es posible que de subalterno en la Oficina de Cartas Muertas de Washington, de donde fue despedido por un cambio de administración. Cuando pienso en este rumor, no encuentro palabras para expresar las emociones que me dominan. ¡Cartas muertas! ¿No suena a hombres muertos? Imaginen a un hombre propenso, a un carácter y circunstancias, a la pálida desesperación... ¿Qué ocupación podría contribuir más a aumentarla que la de manejar constantemente esas cartas muertas y llevarlas al fuego? Porque las quemamos a carretadas, año tras año. A veces el funcionario extrae del papel —el dedo que iba destinado tal vez ya se corrompe en la tumba—; un billete de banco remitido en urgente socorro... Aquél al que debía aliviar ni come ni pasa

Il n'y a guère lieu, semblait-il, de pousser plus loin ce récit. L'imagination suppléera aisément au maigre exposé de l'enterrement du pauvre Bartleby. Mais avant de quitter le lecteur, qu'il me soit permis de lui dire que, si ce petit récit l'a suffisamment intéressé pour éveiller sa curiosité à l'endroit de Bartleby et du genre de vie qu'il avait pu mener [77] avant que le présent narrateur eût fait sa connaissance, tout ce que je puis répondre, c'est que je partage pleinement ladite curiosité, mais que je suis complètement incapable d'y satisfaire. Je ne sais toutefois si je dois divulguer certaine petite rumeur qui vint à mes oreilles quelques mois après le décès du scribe. Sur quel fondement reposait-elle, je n'ai jamais pu le découvrir; aussi suis-je incapable de dire dans quelle mesure elle est véridique. Malgré tout, comme ce vague bruit n'a pas été sans éveiller en moi certain intérêt suggestif, quelque triste qu'il fût, peut-être en sera-t-il de même pour autrui, et je vais le rapporter brièvement. La rumeur, donc, voulait que Bartleby eût exercé une fonction subalterne au service des Lettres au Rebut de Washington, et qu'il en eût été soudainement jeté hors par un changement administratif. Quand je songe à cette rumeur, je puis à peine exprimer l'émotion qui s'empare de moi. Les lettres au rebut! Cela ne rend-il point le son d'hommes au rebut? Imaginez un homme condamné par la nature et l'infortune à une blême désespérance; peut-on concevoir quelque mieux faite pour l'accroître que celle de manier continuellement ces lettres au rebut et de les préparer pour les flammes? Car on les brûle chaque année par charretées. Parfois, des feuillets pliés, le pale employé tire un anneau: le doigt auquel il fut destiné s'effrite peut-être dans la tombe; un billet [78] de banque que la charité envoyait en toute hâte celui qu'il eût secouru ne mange plus, ne connaît

Non occorrerebbe dire molto di più in questa storia. L'immaginazione può facilmente dare l'idea dello spoglio rituale del seppellimento del povero Bartleby. Ma prima di accomiatarmi dal lettore, lasciatemi dire che, se questo racconto ha suscitato la curiosità di sapere chi fosse Bartleby e che vita avesse condotto prima che lo conoscesse il presente narratore, posso soltanto rispondere che io pienamente condivido tale curiosità, ma sono del tutto incapace di soddisfarla. Eppure a questo punto sono incerto se divulgare l'eco di una diceria che giunse al mio orecchio alcuni mesi dopo la morte dello scrivano. Su quali basi poggiasse non sono mai riuscito ad accertare; quindi, non sono in grado di dire quanto ci sia di vero. Ma poiché questa vaga notizia, comunque riportata, non mi sembra priva di una sua suggestione, forse lo stesso parrà agli altri; così ne farò un breve cenno. Ecco la notizia: Bartleby era stato un impiegato subalterno nell'ufficio delle lettere smarrite a Washington, dal quale era stato all'improvviso licenziato per un cambiamento nell'amministrazione. Quando penso a questa diceria, a fatica riesco a esprimere le emozioni che mi pervadono. Lettere smarrite, lettere morte! Non suona come uomini morti? Pensate a un uomo, per natura e sventura, incline a una languida disperazione: esiste un lavoro più adatto ad accentuarla che maneggiare continuamente queste lettere morte e metterle in ordine per darle alle fiamme? Ogni anno ne vengono bruciate a carretate. Qualche volta dal foglio piegato il pallido impiegato estrae un anello - il dito al quale era destinato, forse, imputridisce nella tomba; una banconota inviata in un moto di pronta carità... e colui che ne avrebbe tratto sollievo non mangia più e non soffre più la

hambre; perdón para quienes murieron **desesperados**; esperanza para los que murieron sin esperanza, buenas noticias para quienes murieron sofocados por **insoportables** calamidades. Con mensajes de vida, estas cartas se apresuran hacia la muerte.

¡Oh Bartleby! ¡Oh humanidad!

hungers any more; pardon for those who died **despairing**; hope for those who died **unhoping**; good tidings for those who died stifled by **unrelieved** calamities. On errands of life, these letters speed to death.

Ah, Bartleby! Ah, humanity!

come ni siente hambre ya; perdón por aquellos que murieron desesperando; esperanza para aquellos que murieron sin esperanza; buenas noticias para aquellos que murieron ahogados por calamidades **no aliviadas**. Con mensajes de vida, estas cartas se precipitan hacia la muerte.

¡Ah, Bartleby! ¡Ah, humanidad!

faim ; un pardon pour ceux que le **désespoir** terrassa ; de l'espoir pour ceux qui s'éteignirent sans l'ombre d'une illusion ; de bonnes nouvelles pour ceux qui trépassèrent sous le poids de l'infortune. Messagères de vie, ces lettres courent à la mort.

Ah Bartleby ! Ah humanité.

Notas:

1. Les Tombes : prison de New York. Exemple d'architecture qui ne laisse pas de faire songer aux travaux de maçonnerie égyptiens et en particulier aux Pyramides.

2. Dans cette nouvelle traduction de Bartleby, l'expression anglaise « I would prefer not to » que j'avais précédemment traduite par : « Je préférerais n'en rien faire » (cf. précédente traduction du Nouveau Commerce), est devenue ici : « J'aimerais mieux pas. » En effet, à la lumière des comparaisons qu'avait — en son temps — effectuées Claude Minière (dans *La Quinzaine littéraire*) sur les différentes traductions existantes de la célèbre expression (il faisait remarquer que le « couperet du Not To » restait le privilège de la langue anglaise), il m'est apparu que l'expression : « j'aimerais mieux (affirmative) suivie de « pas » (négative) était plus fidèle à la lettre et à l'esprit de la lapidaire formule : « I would prefer not to. » Le caractère hölderlinien de Bartleby s'en trouve modifié (il perd cette politesse un rien ampoulée, cette déférence distante que suggérait l'expression française) mais il acquiert une modernité qui rend son immuable réponse plus décapante et donc plus compatible avec le caractère révolutionnaire de la résistance passive « à la Bartleby ». (N.d.T.)

3. Adams et Colt : Samuel Adams fut tué par John Colt à New York au mois de janvier 1842. Condamné à mort, Colt devait être pendu le 18 novembre 1842, à quatre heures de l'après-midi. Il épousa à midi Caroline Hanshaw, qui lui avait donné un enfant. Après la cérémonie, on les autorisa à rester ensemble un moment mais, sur sa demande, Colt fut laissé tout seul une demi-heure avant la pendaison. Quelques minutes avant quatre heures, on le trouva poignardé dans sa cellule, la dague fichée dans le corps. On conclut au suicide et l'on soupçonna la veuve d'avoir fourni l'arme. (Melville était fasciné par cette histoire dont on retrouve un écho dans la scène finale de « Pierre ou les ambiguïtés ».)

4. Job, 3, 11-16 (N.d.T.).

tir hambre; perdón para quienes murieron **desesperados**; esperanza para los que murieron sin esperanza, buenas noticias para quienes murieron sofocados por **insoportables** calamidades. Con mensajes de vida, estas cartas se apresuran hacia la muerte.

¡Oh Bartleby! ¡Oh humanidad!

hambre ya. Perdón para los que murieron **desesperados**, esperanzas para los que murieron sin esperanza, buenas noticias para los que murieron ahogados por las _____ calamidades... Con sus mensajes de vida, estas cartas van directas a la muerte.

¡Ay, Bartleby! ¡Ay, humanidad!

plus la faim; un pardon pour des êtres qui moururent **bourrelés** de remords; un espoir pour des êtres qui moururent désespérés; de bonnes nouvelles pour des êtres qui moururent **accablés** par le malheur. Messages de vie, ces lettres courent vers la mort.

Ah! Bartleby ! Ah! humanité!

fame; parole di perdono per coloro che morirono **nello sconforto**; di speranza per coloro che morirono disperati; buone nuove per coloro che morirono soffocati da sventure **inconsolabili**. Apportatrici di vita, queste lettere rovinano verso la morte.

O Bartleby! O umanità!